

Juan Soto Ivars

ARDEN LAS REDES

**La poscensura
y el nuevo mundo virtual**



DEBATE

Juan Soto Ivars

ARDEN LAS REDES

**La poscensura
y el nuevo mundo virtual**



DEBATE

Arden las redes

La poscensura
y el nuevo mundo virtual

JUAN SOTO IVARS

*En memoria de Cabu, Charb, Elsa Cayat, Oncle Bernard,
Georges Wolinski y Tignous. Je suis Charlie*

Así que por fin formo parte de tu negra lista.
Ni siquiera te conozco y ya soy tu feroz antagonista
porque soy machista, fascista, autista, egoísta, multicopista,
artista, bromista, dentista, turista, sofista, carlista, corto de vista.

Me preocupa. Si no me preocupara no me ocuparía en rimar
lo tontorrón que me pareces,
pero te advierto que al final de la canción desapareces,
falleces, pereces, feneces, te caes al mar y te comen los peces.

Tú lo que buscas es un gurú, y hallaste un puto juglar
y esas ganas de chillar,
esas ganas de chillar,
¿sobre qué puedes chillar?
Sobre algo tendrás que chillar, pues a mí no me chilles.

Todos tus amigos tienen su gurú para no tener que pensar
y se ponen a chillar,
y se ponen a chillar,
¿cómo no vas a chillar?
Tú también tendrás que chillar a los cuatro vientos.

Tu problema no es que estés *acojonao*, lo terrible es que tú no lo sabes
y alguien tiene que pagar,
alguien tiene que pagar,
se la tienes jurada,
enemigos, ¿dónde hay enemigos?
¡Que te cargan los odres, Don Quijote!
Te estás cargando los odres.

Así que profané tu entorno correcto, así que lo contaminé
Si yo no soy de tu equipo,
yo no soy de tu equipo,
nunca fui de tu equipo,
sí yo odio a todos los bandos.
¡Que nunca estuve en tu casa!

¡Que yo no le di al botón de *play*!

«Alguien tiene que pagar»,
Mamá Ladilla, letra de Juan Abarca

Presentación

George Orwell escribió que «si la mayoría de la gente está interesada en la libertad de expresión, habrá libertad de expresión, incluso si las leyes la persiguen». Sin retorcer sus palabras, se puede extraer la conclusión inversa: si la mayoría de la gente deja de estar interesada en la libertad de expresión, dejará de haber libertad de expresión, incluso aunque las leyes la permitan. Esta es la idea central del libro que el lector tiene entre las manos.

Nunca habíamos disfrutado de unos medios tan accesibles para comunicarnos ni de una libertad de expresión tan extendida, pero de repente empezó a molestarnos. El precio de la libertad en tiempos de internet fue sumergirnos en el torrente incesante y virulento de las opiniones ajenas, y muchas veces encontrábamos esas opiniones muy ofensivas. Nuestra forma de entender el mundo había dejado de refugiarse en las conversaciones privadas y los grupos de amigos. La esfera íntima se convirtió en esfera pública sin que fuéramos conscientes por completo de la dimensión del cambio y, por lo tanto, sin que pudiéramos prever las consecuencias. De pronto estábamos en tensión constante al descubrir lo que pasaba por la cabeza de los demás, que habían sido seres silenciosos con los que nos comunicábamos según las pautas de la cortesía y la vecindad. Luego estalló una crisis y el peso de la actualidad se volvió desmesurado en nuestras vidas. Estábamos permanentemente conectados y no todos sabíamos gestionar los sentimientos que este poder despertaba en nosotros. Las apariciones de la ofensa en la sociedad se multiplicaron. La misma herramienta que nos irritaba nos permitía desahogarnos. Los medios de comunicación en crisis, buscando el clic, expandieron y legitimaron estos sentimientos. La política se volvió sentimental, la economía se volvió sentimental, todo era público, todo manchaba. Las masas descritas por Ortega se habían convertido en

protagonistas de algo. Por todas partes florecía una especie nueva: los pajilleros de la indignación.

Yo me había pasado los últimos tres años obsesionado con esta furia cotidiana, fijándome en sus efectos sobre la libertad de expresión. A finales de 2016 este libro estaba encarrilado, pero de pronto me di cuenta de que faltaba algo. Quizá una prueba de fuego. Había intentado describir lo que identifiqué rápidamente como un nuevo tipo de censura: investigué los linchamientos digitales, perseguí a las víctimas y a los verdugos, observé cuáles eran las reacciones del poder frente al jaleo constante de las redes, y las conclusiones encajaban como las piezas del Tetris. Todo parecía indicar que, aunque no se hable de ello más que de manera dispersa, en artículos elocuentes pero aislados, la libertad de expresión se había encontrado con una amenaza concreta y peligrosa en internet. En mis notas empecé a referirme al fenómeno como «poscensura».

Llevaba mucho leído cuando empezaron a asomar nuevas teorías que cogían el testigo de Zygmunt Bauman y su modernidad líquida para esbozar el concepto de «posverdad», una vuelta de tuerca del relativismo que se había acentuado con internet. Intelectuales tan poco dados al alarmismo como Katharine Viner, directora de *The Guardian*, relacionaban este fenómeno escurridizo con la victoria de Donald Trump en Estados Unidos y el triunfo del Brexit en Reino Unido. La crisis de credibilidad de los medios de comunicación había alumbrado el nacimiento de nuevos diarios dedicados a la mentira y la difamación, y su mensaje se adaptó muy bien al estado de ánimo de las redes sociales. Por todas partes aparecían individuos voceando su visión del mundo, llamando farsantes o estúpidos a quienes se la discutieran, exigiendo que se censurase a quienes manifestaban una opinión incómoda para ellos, a los que atribuían etiquetas disuasorias como «machista», «fascista» o «buenista», sinónimos de «traidor».

Mis intuiciones y devaneos sobre la poscensura encontraron puntos de referencia, anclajes que me permitieron ir más lejos. Pasaron por mi mesa de trabajo cientos de artículos y decenas de libros, llamé a puertas extrañas y mantuve conversaciones con desconocidos. Todo me conducía a la misma conclusión, y fue ahí cuando empecé a preocuparme. Siempre que estoy convencido de que tengo razón temo haber dedicado demasiados recursos a

responder a una pregunta sin sentido. A medida que cerraba la teoría de la poscensura, las palabras de Karl Popper se volvían cada vez más incómodas en mi cabeza:

Debo enseñarme a mí mismo a desconfiar de ese peligroso sentimiento o convencimiento intuitivo de que soy yo quien tiene razón. Debo desconfiar de ese sentimiento por poderoso que pueda ser. De hecho, cuanto más poderoso sea, más debo recelar de él, porque cuanto más poderoso sea, mayor será el peligro de que pueda engañarme a mí mismo; y, con ello, el peligro de que pueda convertirme en un fanático intolerante.[1]

¿Y si mi deseo de acertar había manipulado mis investigaciones? ¿Y si mi certeza era producto de esa ofuscación que identificamos enseguida en los apóstoles de las teorías conspiranoicas? Como he dicho, todo partía de una sensación: que estamos constantemente envueltos en un estado de irritación y de censura, y que los medios lo legitiman. Mi duda se refería al adverbio «constantemente». Cuando aprendemos una palabra que no conocíamos, empezamos a oírla por todas partes. La atención es muy traicionera: puede hacernos creer que un hecho irrelevante es importante, o que varios hechos aislados están relacionados. Dispuesto a echarlo todo por tierra, durante noviembre de 2016 abrí todos los días al azar un par de medios españoles y copié los titulares del tipo de noticias en que se apoya todo cuanto había escrito. Si eran muchísimas, podría enviar el libro a mi editor. Si el número me resultaba decepcionante, eso querría decir que me había dejado llevar por la ofuscación. Que había impuesto mi visión del mundo a la realidad, ignorando las pruebas en contra.

La lista de noticias sobre la ofensa en noviembre se recoge en el apéndice (página 255) porque no quiero entorpecer la lectura. Su contenido carece del más mínimo interés, pero demuestra un hecho insólito: durante el mes de noviembre de 2016 hubo al menos 34 polémicas en las redes sociales relacionadas con el escándalo y la ofensa colectivos; todas ellas llegaron a los medios de comunicación más importantes de nuestro país, y todas daban voz a quienes querían que otros se callasen o se arrepintieran de haber expresado algo públicamente.

Noviembre no había sido un mes inusual. Terminé el libro sin desconectar

la antena, y a inicios de diciembre se sucedieron sin parar episodios parecidos. Un grupo de estudiantes de bachillerato escribió una petición en Change.org para que Telecinco censurase una serie biográfica sobre Ramón Serrano Suñer. Consideraban que era una apología del franquismo, y 48.000 personas la firmaron. Un día antes, 200.000 habían firmado otra petición exigiendo que se prohibiera la canción de un artista de reguetón, cuya letra era machista. Al mismo tiempo llegaba a la prensa la noticia de que un grupo de mujeres de León se habían organizado para exigir que el Centro Cultural Niemeyer cancelase la invitación a Arturo Pérez-Reverte, pues consideraban que el autor es machista. Mientras tanto, decenas de miles de personas celebraban el fracaso en taquilla de la última película de Fernando Trueba, *La reina de España*, que habían instado a boicotear porque el cineasta, un año y medio antes, había dicho que no se sentía español. A los cómicos de *Mongolia* trataron de impedirles la representación de su musical. En esta ocasión, quienes querían censurar eran católicos.

El mismo fenómeno se repite todos los meses con igual intensidad, y no es exclusivo de España sino que ocurre lo mismo en Estados Unidos, Reino Unido o Francia. Elena Ramírez, la directora de Seix Barral, explicó en Facebook que la librería Barnes & Noble de Nueva York y algunos medios de comunicación notificaron a la autora de una novela que «se negaban a adquirir copias o reseñar el libro si lo titulaba finalmente tal y como figuraba en las galeradas recibidas». El título incluía la palabra *bullet* («bala»), considerada políticamente incorrecta en un país donde los supermercados venden armas con total impunidad. «Ofende la palabra y no el objeto que representa», reflexionaba Ramírez, que había decidido restituir el título original de la novela para la edición española. El asunto tampoco era un hecho aislado, como supe más tarde: en 1997, el equipo de la NBA Washington Bullets pasó a llamarse Washington Wizards. Por algún extraño motivo, los asesinatos a sangre fría y los tiroteos en lugares públicos no descendieron después de este heroico maquillaje léxico-deportivo, de la misma forma que el racismo y la xenofobia estadounidenses se mantuvieron intactos durante tres décadas y media de corrección política en torno a las minorías.

Ni las noticias que recopilé ni las que he resumido después cuentan gran cosa, pero en conjunto dicen algo sobre nuestra época. Cada noticia remite a

centenares, miles o decenas de miles de tuits, lo que significa que durante unas horas, todos los días, auténticas multitudes anduvieron persiguiendo al pecador o la pecadora de turno, a quien otros defendían con igual beligerancia. Husmeé cada escándalo y pasaron por la pantalla de mi ordenador comentarios sentenciosos, insultos brutales, acusaciones categóricas, preguntas retóricas, discusiones sin sentido y también artículos firmados por insignes intelectuales y comunicadores; una minoría tomaba partido por el protagonista y una mayoría estaba en contra de él.

Otro ejemplo: Elvira Lindo entrevistó a Pedro Almodóvar en Nueva York. En *The New Yorker* le dedicaban al reportaje las páginas centrales, y en *El País*, bajo la entrevista de Lindo, abrieron los comentarios a los lectores. Almodóvar defendía a Trueba del boicot que había sufrido, y Elvira comentaba descorazonada:

Hay ahí más de mil personas insultándole: Que si se ha hecho millonario por las subvenciones. Que si se ha llevado el dinero al extranjero. Que si tiene la culpa de una violación en *El último tango*. Que si Trueba tiene un ojo de monstruo. Que si lo que quiere es seguir viviendo del cuento. Que es una mierda de pijo progre. Que le cierra el paso a la gente joven. Que sus películas son una puta mierda. Que si ya basta de dar por culo con la tolerancia en los ochenta. Que ya está bien de que estemos manteniendo a estos jetas con nuestro dinero.

Y así, así todo. Me entristece mucho. Mucho.

Puede que se haga usted un par de preguntas: ¿qué importancia tiene lo que digan unos cuantos miles, incluso decenas de miles de usuarios de las redes sociales para un país de cuarenta y cinco millones de habitantes?; ¿qué más dan todas esas polémicas cuando tenemos problemas graves sobre los que la discusión en las redes sociales pasa de puntillas o de refilón? Un hombre llamado Sebastián Navarrete se hacía la misma pregunta en la sección de cartas al director de *El País*:

¿Por qué cualquier burrada que se le ocurra escribir a un imbécil en una red social se eleva a la categoría de noticia hasta el punto de dedicar a difundir estos exabruptos minutos y minutos de informativos y otros programas de televisión y radio? ¿Acaso no es así como el provocador consigue su objetivo? A lo mejor convendría no distraer nuestra atención y dedicar ese tiempo a informarnos de otros asuntos que sí nos afectan a todos.[2]

Otro lector lo expresaría un par de meses después con más gracia todavía:

Ayer se me cayó un vaso de cristal y se rompió. Lo cuento aquí porque, como hay tanta gente que lo cuenta todo por Twitter y demás redes sociales, he pensado que también podría interesar a los lectores de este periódico. Hoy se me ha caído un vaso de cristal, y después he tenido que recogerlo.[3]

Las mismas preguntas, explícitas e implícitas, me habían llevado a pensar tanto sobre el fenómeno que he llamado «poscensura». Mi respuesta es que la hiperconexión de las sociedades democráticas nos ha sumido en una guerra intransigente de puntos de vista, en una batalla cultural de batallones líquidos, a los que uno se adscribe sin más compromiso que la necesidad de que el grupo le dé la razón, y que un nuevo tipo de prensa sensacionalista promociona y legitima estos sentimientos exacerbados, de forma que el debate racional es prácticamente imposible en el entorno de las redes sociales. Estas se han convertido en un canal por el que la ofensa corre libremente hasta infectar a los periódicos, la radio y la televisión. Las masas se levantan en grupos que exigen, según lo que afecta a sus sensibilidades, recortar la libertad de expresión. El proceso nos hace a todos menos libres por miedo a que una multitud de desconocidos venga a decirnos que somos malas personas. A medida que la ofensa se vuelve libre, el pensamiento se acobarda.

Polémica a polémica, tuit a tuit, nos hemos visto envueltos en el clima censor sobre el que me voy a extender en las siguientes páginas. La concepción clásica de la censura requería un poder totalitario y unas leyes que la sustentasen, pero lo que llamo «poscensura» es un fenómeno desordenado de silenciamiento en medio del ruido que provoca la libertad.

PRIMERA PARTE
La censura nunca calla

Interferencias en la era de la libertad total

Daniel Webster dijo que si tuviera que renunciar a todos sus derechos salvo uno, se quedaría con la libertad de expresión, porque con ella podría recuperar todos los demás. La posibilidad de cualquier ciudadano de expresar su opinión es el pilar fundamental de la democracia. Si un grupo de poder monopoliza la opinión y persigue a sus detractores, las víctimas no son solamente los perseguidos, sino toda la sociedad, que pierde su derecho a la información plural. Por este motivo, la libertad de expresión queda protegida por todos los textos constitucionales de los estados democráticos, y está además amparada en el artículo 19 de la Carta Internacional de los Derechos Humanos. Declara este documento que «nadie podrá ser molestado a causa de sus opiniones» y define la libertad de expresión como el derecho de cualquier persona a «buscar, recibir y difundir informaciones e ideas de toda índole, sin consideración de fronteras, ya sea oralmente, por escrito o en forma impresa o artística, o por cualquier otro procedimiento de su elección». Deja sus restricciones al arbitrio de los legisladores de cada Estado y marca los límites en la responsabilidad, el respeto a otros derechos, la reputación y la protección de la seguridad, el orden, la salud y, lo cual acaba finalmente convertido en una trampa, la moral pública.

Sin embargo, las interferencias en la libertad de expresión son discretas. Está establecida como un derecho fundamental de orden supremo, a salvo de las veleidades del poder, que por regla general aborrece que le disputen la verdad o que cuestionen su autoridad. Desde la conquista del derecho hasta el siglo XXI, hubo un consenso ciudadano sobre el valor y la importancia de la

libertad de expresión. El asunto estaba prácticamente fuera del debate público. Ante cualquier movimiento del poder para recortarla, la prensa se levantaba en bloque y la ciudadanía identificaba el peligro. No era un asunto de izquierdas o de derechas, nada tenía que ver la ideología, porque todos entendían que la libre expresión de ideas es un beneficio común. Las únicas opiniones contra la libertad de expresión —también amparadas por este derecho— provenían de grupos que la mayor parte de la sociedad percibía como fanáticos, desde los ultras religiosos que ponían el grito en el cielo por la pornografía hasta las bandas de ideología extremista que aspiraban a imponer su visión del mundo a toda la sociedad.

La llegada de internet se presentó como la conquista suprema de la libertad. De la noche a la mañana, cualquier ciudadano de los estados democráticos podía expresar su opinión sin correr demasiados riesgos judiciales. Las jerarquías de la información se caían hechas pedazos, los escalafones eran burlados, y quienes habían vivido en silencio encontraron una herramienta para levantar la voz. Hoy, un adolescente puede lanzar sus discursos a YouTube y, de un día para otro, se convertirá en una estrella más influyente que los presentadores veteranos de la tele y los analistas reputados. La época en que para expresar un pensamiento había que pasar el filtro de la censura estatal parece tan remota como el tiempo, no tan lejano, en que el filtro lo aplicaban ceñudos comités de edición en diarios y revistas.

En 2006, la portada de la revista *Time* fue un espejo. El personaje del año éramos todos nosotros. ¿Qué nos estaba diciendo ese espejo? Que teníamos a nuestro alcance un altavoz y una caja de madera; que cualquier peatón había adquirido el derecho y la tecnología para montar su propia tribuna y dedicarse durante horas a la alegre perorata. El mundo había cambiado en un parpadeo y la novedad tecnológica ejercía su poder de fascinación. Quien manifestara dudas era tachado de aguafiestas por el entusiasmo general. La tecnología se había convertido en mística. La nueva fe se expandió a la velocidad de la luz. Hablaron de nueva democracia, de cultura libre y de libertad absoluta personajes tan convencidos, tan tajantes, que sonaron muy convincentes.

Rotas las barreras del viejo mundo, surgieron escritores de éxito que no habían pasado el filtro de las editoriales, comunicadores influyentes a los que nadie había querido dar trabajo en los medios tradicionales, músicos que

llenaban salas de conciertos en plena decadencia del negocio discográfico y cineastas que rodaron películas financiándose directamente a través de plataformas colaborativas de internet. ¿Censura? ¿Y dónde demonios podríamos encajarla si nadie se calla ni un momento?

En 2016 había 615 millones de europeos con acceso a internet (el 73 por ciento de la población), de los cuales la mitad eran usuarios de Facebook. En Estados Unidos había 320 millones de internautas (el 89 por ciento de la población) y 223 millones tenían perfil en Facebook.[1] Mientras escribo esto, 701.389 personas se conectan a Facebook, comparten 527.760 fotos en Snapchat, realizan 347.222 publicaciones en Twitter y 38.194 en Instagram, ven 2,74 millones de vídeos en YouTube y envían nada menos que 20,8 millones de whatsapps... cada minuto.[2] Sí, ¡cada minuto! En 2011 se dispararon directas a las redes sociales 350.000 millones de fotografías. Parecen muchas pero no lo son: en 2013 la cifra escaló a la locura del billón y medio de instantáneas, con lo que se hicieron más fotos en un solo año que en toda la historia de la humanidad.[3] Si un poder político o económico tuviera el deseo de controlar o censurar esta marabunta de mensajes, su única alternativa sería el apagón digital, porque de lo contrario le harían falta instrumentos demasiado sofisticados para escuchar y manadas enteras de funcionarios para perseguir a los autores.

Pero esto no es todo. Solamente en España se publicaron 73.144 libros en 2015,[4] cifra que supuso un aumento del 1 por ciento respecto al año anterior pese a la crisis y la caída global de las ventas de libros. ¿Censura? Carlos Astiz, secretario general de la Asociación Española de Editoriales de Publicaciones Periódicas en 2014, explicó que su organización tiene censadas 763 publicaciones digitales, y estimó que el número total de periódicos en España ronda los tres mil. Si nos proponemos contar los blogs personales y colectivos, lo cierto es que ni siquiera hay datos fiables por lo desmesurado de la cifra. ¿Censura? Ja.

Fueron surgiendo, claro, problemas. Algunos gobiernos democráticos, espantados con las nuevas formas de convocar manifestaciones, tuvieron que soportar que la gentuza rodease con hostilidad la cámara de representantes, que jóvenes zarrapastrosos y egocéntricos ocuparan durante semanas enteras las plazas de las capitales europeas, que montasen partidos políticos y

cosecharan millones de votos. Como consecuencia de ello, en España se introdujeron cambios legislativos que buena parte de la ciudadanía percibió como un retroceso en materia de libertades. Estaban inspirados en un decreto promulgado por George W. Bush en 2002 y endurecido en 2006 con la excusa del terrorismo, la Ley Patriótica, pero la aplicación de la «Ley Mordaza» española, como nos gusta llamarla, resultó menos lesiva para nuestro derecho de información y manifestación de lo que habíamos temido. En 2016, dos años después de que entrase en vigor, ocupábamos el puesto 34 en la clasificación mundial de libertad de prensa, lo que no está nada mal si pensamos que Reino Unido y Estados Unidos[5] nos van a la zaga. Además, ¿no seguimos teniendo derecho a expresar nuestra furia contra el Gobierno? ¿No atacamos la misma Ley Mordaza en nuestros perfiles de Facebook y Twitter sin que la policía llame a nuestra puerta? El perro ladraba más de lo que mordía, aunque también mordió. Antes de la Ley Mordaza, el perfil de Twitter de la Policía Nacional dijo:

«Ojalá se mueran (o una bomba)...» es una mezquindad, una idiotez, pero NO ES DELITO. ¿Por qué no les bloqueas y les ignoras? Te cabrearás menos.[6]

Después de la Ley Mordaza:

En Internet, decir canalladas puede no solo dejarte como un canalla... También te puede llevar a la CÁRCEL... ¡RESPETA![7]

Al amparo de la Ley Mordaza se produjeron casos vergonzosos; por ejemplo, el periodista Asier López fue condenado a pagar una multa de 601 euros por publicar «sin autorización» imágenes de una operación policial.[8] De todos modos, el ámbito de la libertad se estrechaba también por otros frentes. Se cerraron algunas páginas web aquí y allá, acusadas de pornografía o incitación al odio, y se pidieron dos años y medio de cárcel para Pablo Muñoz y Cruz Morcillo, periodistas de *ABC* acusados de un supuesto delito de descubrimiento y revelación de secretos. El presidente del Grupo Prisa, Juan Luis Cebrián, interpuso una querrela a *El Confidencial*, que había publicado informaciones contrastadas sobre el patrimonio de su familia. También se apartó de su puesto a profesionales por desavenencias ideológicas, como

Jesús Cintora (Cuatro) o Javier Gallego (La Ser), pero rápidamente encontraron trabajo de nuevo y se ganaron las simpatías de los enemigos del poder. Se obligó a dimitir a Pedro J. Ramírez, director de *El Mundo*, supuestamente por sus críticas al presidente del Gobierno, pero tuvo la libertad de fundar un nuevo medio de comunicación. Ya digo: eran interferencias, y este tipo de episodios no son nuevos, como veremos más adelante.

Pese a los intentos de amedrentar a periodistas y los problemas estructurales e ideológicos de los grandes grupos mediáticos, aparecieron en la prensa española casos sonados y peligrosos para el poder y las empresas, como los «papeles de Panamá», los mensajes privados entre el presidente Mariano Rajoy y el tesorero del PP Luis Bárcenas, la Gürtel, los ERE o el escándalo de las «tarjetas *black*». Los chivatazos de la prensa y las filtraciones de los ciberactivistas llevaron al banquillo a poderosos banqueros y empresarios, y los periodistas, variados y relativamente libres —a veces con libertad para irse a otro medio que les deje informar sin censurarles—, fustigaron todos los partidos políticos sin distinción, en el poder o la oposición, de manera que los españoles tuvimos innumerables puntos de vista sobre los que reflexionar a la hora de votar.

¿Importa que los episodios aislados de censura política hayan venido ocurriendo con una frecuencia muy superior en los últimos diez años que en los treinta anteriores? Lo veremos. Aun así, el riesgo de tener que pagar una multa, perder el trabajo o acabar en prisión por publicar unas palabras parece irrelevante si lo comparamos con lo que ocurre en otras latitudes. Basta fijarnos en estados regidos por la tiranía o la teocracia, como Arabia Saudí, donde los poetas son apaleados hasta morir, o China, donde unos disturbios de poca monta en una aldea del quinto infierno son motivo suficiente para que el Gobierno provoque un apagón informativo a escala nacional, y la apariencia de nuestros derechos y libertades resplandece como el agua del estanque en el que se miraba Narciso.

Sin embargo, cada vez se levantan más voces que denuncian retrocesos en la libertad de expresión y en el derecho a la información, y sus advertencias no tienen tanto que ver con las decisiones del Estado como con la presión pública. Antes de los atentados del 11-S contra el World Trade Center, solo un

20 por ciento de los estadounidenses creían que la Primera Enmienda[9] era excesiva. Tras los atentados, la cifra aumentaría al 50 por ciento. Poco después, la actriz Susan Sarandon dijo que parecía que «tras el 11-S o estabas en contra de los atentados o estabas a favor», con lo que estaba señalando con elocuencia la polarización de las opiniones que identificaremos como una de las bases de la poscensura contemporánea; la llamada «guerra contra el terror» había desatado una guerra cultural.

Tras el 11-S, se hicieron muy fuertes y populares grupos dedicados a la censura; por ejemplo la ultraderechista ACTA, que se dedica a presionar a las universidades para que profesores con «ideas peligrosas» sean expulsados. En 2007, la asociación había confeccionado una lista negra con sesenta mil profesores nocivos y quiso poner a prueba su poder lanzándose contra uno. Eligieron a Ward Churchill, docente de la Universidad de Colorado, por sus opiniones sobre el 11-S. Tras los atentados, Churchill había escrito varios artículos en los que decía que el terrorismo islamista era una respuesta lógica a las agresiones mundiales de Estados Unidos. Estas opiniones fueron suficientes para que ACTA decidiera que se había «retratado» como un enemigo del pueblo y que, por tanto, no era apto para enseñar en la universidad. Dado que la Primera Enmienda protegía a Churchill, la organización se propuso destruir su reputación bordeando con habilidad el derecho a la libertad de expresión. Lo que hizo fue revisar minuciosamente todo su expediente académico, todos sus artículos y conferencias grabadas, hasta encontrar pequeños fallos que convirtieron, por medio de abogados, en grandes faltas. Con esto, formularon una acusación alternativa para que la universidad se viera forzada a echarlo, cosa que ocurrió finalmente en 2007, para espanto de la comunidad educativa.[10]

Sin embargo, en Estados Unidos los despidos ideológicos como el de Churchill no son patrimonio de la ultraderecha. Mientras el profesor desmantelaba su despacho sucedían por todo el país episodios provocados por la tendencia contraria. Me refiero a despidos, suspensiones de empleo y sueldo y la apertura de expedientes contra docentes como el que relata Philip Roth en *La mancha humana*. En esta novela, la histeria políticamente correcta destruye la carrera del decano Coleman Silk, que ha preguntado en clase si dos de sus alumnos, que no han asistido nunca, se han disuelto como «humo

negro», con la mala fortuna de que uno de ellos resulta ser negro. La historia de Roth podría parecer una hipérbole, pero a la realidad le gusta superar a la ficción. Contaba el periodista Iñaki Berazaluce el despido de un profesor de español que daba clase en un colegio de Iowa por enseñar la palabra «culo» a sus alumnos. El maestro relataba: «Dibujé un cuerpo humano en la pizarra y escribí los nombres en español de cada parte. Cuando escribí “culo” se partían el ojete, con perdón, pero cuando les expliqué que era “ass” pude ver la mirada de terror reflejada en sus tiernos ojos».[11] En este sentido, Elvira Lindo me dijo que su editorial estadounidense había suprimido pasajes de la traducción de *Manolito Gafotas* que podían escandalizar a los padres.

Hoy el 40 por ciento de los estadounidenses estaría a favor de que se recortase el derecho a la libertad de expresión si eso garantizara la seguridad frente al terrorismo.

Escarbando en la jurisprudencia española, me topé con algunas sentencias llamativas en relación con el terrorismo. Por ejemplo, la 00039/2016 de la Sala de lo Penal de la Audiencia Nacional, en la que se condenaba a un inmigrante musulmán por publicar en su Facebook opiniones contra Israel y Estados Unidos, cánticos religiosos y vídeos de la guerra en Siria atribuidos a Daesh. No había armas, ni sabotaje, ni sedición más allá de las bravuconadas que el chaval había soltado en Facebook. La investigación, recogida en el auto, se limitaba a interpretar sus publicaciones, en las que los magistrados encontraron motivos suficientes para decidir que el chico, de veinte años, se había «radicalizado». Lo condenaron por enaltecimiento del terrorismo y desprecio a las víctimas y le impusieron una pena de dos años y seis meses de cárcel, más cinco años de destierro fuera de España, lo cual me parece una buena forma de radicalizar de verdad a alguien.

Entre la documentación de libre acceso del Consejo General del Poder Judicial abundan este tipo de casos, pero no hace falta ser musulmán para que las redes sociales te lleven al banquillo. Durante los últimos tres o cuatro años, por los tribunales han pasado internautas de lengua viperina por supuestas ofensas contra las víctimas del terrorismo, aunque lo común era que los declarasen inocentes, como ocurrió con el concejal del ayuntamiento de Madrid Guillermo Zapata. A Zapata lo denunció la asociación Dignidad y Justicia (una especie de ACTA más cutre, a la española) por tuits con chistes

de humor negro publicados cuatro años antes de meterse en política. Además, dos titiriteros fueron detenidos por un presunto delito de apología del terrorismo durante una función para niños en Madrid, y aunque finalmente los absolverían, los cinco días de prisión incondicional no se los quitó nadie. Volveremos a estos dos episodios más adelante.

Baste decir ahora que tanto un caso como el otro generaron cientos de miles de opiniones en las redes sociales, divididas radicalmente según la ideología del usuario. Para mucha gente con aversión natural a la izquierda, tanto Zapata como los titiriteros debían ser condenados, es decir, no consideraban que la libertad de expresión sea un derecho universal. Pero, como ya he dicho, esta actitud no es patrimonio de una tendencia política en concreto.

Un día, los católicos tratan de impedir una representación del musical de *Mongolia* porque el cartel les parece blasfemo; otro, estudiantes de extrema izquierda boicotean una conferencia del expresidente Felipe González en la universidad porque consideran que el socialista había escorado a la derecha del Ibex. Y se recogen firmas en Change.org para que un periodista sea expulsado de su periódico, para que se retire un libro infantil de las librerías, para que se censure una canción o para que se despida a un profesor de instituto por publicar en Facebook unas palabras fuera de tono sobre la muerte de un torero.

Así, desordenadamente, en las sociedades democráticas ha resucitado el viejo debate: ¿ha ido demasiado lejos la libertad de expresión?; ¿es esto libertad o libertinaje? El Comité de Derechos Humanos de la ONU señala que «el derecho a la libertad de expresión no solo se aplica a las informaciones e ideas generalmente consideradas útiles o correctas», sino que incluye expresiones controvertidas, chocantes e incluso falsas: «El mero hecho de que una idea sea desagradable o sea considerada incorrecta no justifica su censura». Sin embargo, quienes se levantan en grupos para impedir que otros expresen algo desagradable, quienes boicotean, persiguen y piden la retirada de un libro, siempre aseguran que lo suyo no es censura. Ello denota que, aunque el desprecio por la libertad de expresión sea patente, «censura» sigue pareciendo una palabra fea.

Así que, ¿qué es realmente la censura? De una forma imprecisa, todos

hemos sentido alguna vez sus mordiscos en situaciones de la vida cotidiana. Siendo críos hemos percibido que nos censuraban en la escuela y en casa; durante la adolescencia, el sentimiento regresaba con tanta crudeza que teníamos ganas de lanzar bombas por el mundo o de lloriquear, y como adultos casi nos hemos acostumbrado a que una fuerza invisible nos anime a mordernos la lengua, pese a que la conciencia pedía a gritos su derecho a expresar una idea en libertad. Sin embargo, sería muy impreciso llamar «censura» a esta clase de situaciones. Sabemos que la censura necesita el concurso del poder, aunque en materia de libertad de expresión no sea necesario que ese poder haya alcanzado el gobierno.

UNA NUEVA CENSURA NO TAN NUEVA

La poscensura se diferencia de la censura en que no necesita el concurso del poder. No es un movimiento de masas ni tampoco un ataque deliberado contra la libertad de expresión emprendido por la hegemonía política, sino ruido blanco. No conduce al silencio, sino que provoca miedo a expresar ciertas ideas, que desaparecen en medio del jaleo permanente. El fenómeno surge de la convergencia de movimientos sobre los que me extenderé más adelante: las redes sociales, la crisis de la prensa y la guerra cultural. No necesita órdenes ni leyes que la sostengan. Vigila sin descanso las ideas disolventes y suprime líneas de texto de forma arbitraria, sin necesidad de contratar funcionarios. Crece de manera desorganizada e imprevisible en un movimiento que recuerda a la formación de los atascos de tráfico. La chispa que pone en marcha su motor es la ofensa. Por eso, en esencia, hay algo en la poscensura que no es nuevo.

Hace doscientos años, los ofendidos salían a la plaza con la soga en ristre para perseguir al pecador. Actualmente emprenden la persecución de forma más cómoda, desde sus propias casas, con el móvil en la mano. Para describir a estas masas enfurecidas se recurre con frecuencia al tópico de la Inquisición, pero a mí me parece inoportuno porque la Inquisición era un sistema integrado

en el ordenamiento jurídico de los estados católicos, y por tanto no se ajusta a la anarquía posmoderna de la poscensura. Si buscamos ejemplos históricos hay uno más pertinente: el Movimiento por la Templanza, la principal liga de mujeres contra el alcohol, que fundó la señora Carrie Nation en 1823.

La señora Nation era devota de la secta cristiana de los Discípulos de Cristo, en la que había encontrado el consuelo tras el fracaso de su primer matrimonio con un alcohólico violento llamado Charles Gloyd. No sé qué fue de Gloyd, pero tuvo suerte si se salvó de Carrie, una mujer que podría haber puesto fin sin demasiadas complicaciones a las aventuras de cualquier forajido. Nation, cuyo nombre ya evocaba empuje suficiente para arrastrar naciones,[12] se describía a sí misma como «un bulldog que corre a los pies de Jesús, ladrando a todo lo que Él rechaza». No era precisamente un bulldog francés, sino una mujer tremebunda de más de metro ochenta, que además tenía la costumbre de salir de casa con un hacha en la mano. Cuando los rezos y los cánticos la hacían entrar en trance, Carrie sentía que Dios le estaba hablando. Y lo que le ordenaba el Altísimo era que marchase a las tabernas como una valquiria para emprenderla a hachazos con las botellas de whisky, algo que Carrie, devota y obediente, hacía con ensañamiento.

Estos modales insólitos la convirtieron en una leyenda e hicieron de ella una mujer célebre, poderosa y temible. Su aversión al alcohol la llevó a fundar el Movimiento por la Templanza, donde se organizaba una versión primitiva de las terapias de grupo femeninas, se celebraban misas, se convocaban manifestaciones y se invitaba a las otras damas a acompañar a Carrie cuando el hacha divina la mandaba a las tabernas. Pero, por encima de todo, el Movimiento por la Templanza fue un grupo de propaganda social y presión política. Entre las exigencias que planteaban a los gobernadores de los estados estaba, claro, la prohibición absoluta del alcohol, pero también la supresión de los espectáculos de cabaret y la censura de obras que consideraban obscenas y lascivas. Enviaban a todas partes los panfletos proselitistas que editaba la organización, con los que lograron expandirse a dieciocho estados hasta que en 1920, diez años después de la muerte de Nation, Estados Unidos aprobó la Ley Seca. En la ciudad de Boston todavía existe un local que lleva el nombre de la fundadora; para desgracia de Nation, es una coctelería de lujo.

La explicación del surgimiento de aquellos grupos de presión femeninos es

sencilla. La vida de una mujer en el mundo violento del Lejano Oeste, rebosante de testosterona, era penosa. El alcohol estaba directamente relacionado con el maltrato, que en aquella sociedad en formación conducía con frecuencia al asesinato de la esposa. En aquella vida de privaciones, cientos de miles de mujeres abrazaron con fanatismo desesperado la religión, que les prometía la gloria eterna a cambio del martirio en vida, pero aun así hacía falta una fortaleza semejante a la de Carrie Nation para no degenerar en la locura.[13] Había, pues, un buen motivo para que las seguidoras de Nation quisieran suprimir la libertad de los hombres para emborracharse hasta reventarlas a palos. Buscaban furiosamente la supervivencia. Estaban muertas de miedo y desesperanza.

El miedo, la desesperanza. ¿Acaso no son evidentes ambos sentimientos en los grupos que se organizan en las redes sociales para boicotear una película o machacar a cualquiera que se haya *propasado*? Son dos de los sentimientos a los que alude Bauman en su análisis de la sociedad líquida. La fórmula de J. M. Coetzee —según la cual la censura es un recurso de los gobiernos débiles— [14] se mantiene inalterada si sustituimos «gobiernos» por «colectivos». Colectivos como Hazte Oír, una organización católica de ultraderecha que persigue a toda clase de blasfemos (y también a quien ofende sus sentimientos nacionales, como ocurrió con Fernando Trueba), encuentran en internet un altavoz idóneo. Sin embargo, la novedad es que los colectivos de izquierdas, antaño promotores de la libertad, hoy actúan de la misma forma.

Las redes sociales han favorecido estas uniones de conveniencia ideológica. Nos permiten conectarnos con muchos desconocidos según nuestros intereses y sensibilidades. Pero se puede ir más allá: ¿por qué tanta gente siente el deseo de ser partícipe de algo que esté por encima de su individualidad?; ¿por qué corren tantos a unirse a las cruzadas?

Yo creo que es el miedo, como en tiempos de Carrie Nation. Hoy día, el individuo conoce su debilidad ante el huracán de las altas finanzas, que mandan al paro a millones de personas con una mínima fluctuación, y tiene miedo; miedo también por su impotencia en la catástrofe habitual del cambio climático; miedo porque no sabe cuándo tendrá lugar el próximo atentado terrorista, la siguiente pandemia, el fallo catastrófico en el reactor nuclear; miedo al otro, que puede ser el inmigrante o el adversario que lo rodea por

todas partes y se expresa libremente. Pero sobre todo miedo a sí mismo, a quedarse solo en medio del ruido, lo que le empuja a disolver parte de su identidad en las identidades colectivas. A principios del siglo XX, Ortega y Gasset describía una clase de miedo que me recuerda al de hoy:

Vivimos rodeados de gentes que no se estiman a sí mismas, y casi siempre con razón [...] La igualdad ante la ley no les basta: ambicionan la declaración de que todos los hombres somos iguales en talento, sensibilidad, delicadeza y altura cordial. Cada día que tarde en realizarse esta irrealizable nivelación es una cruel jornada para esas criaturas «resentidas» [...] Cuando se quedan solas les llegan del propio corazón bocanadas de desdén para sí mismas [...] Aparecen ante sus propios ojos como falsificadores de sí mismos, como monederos falsos de trágica especie, donde la moneda defraudada es la persona misma defraudadora.[15]

Una mujer vanidosa, con vocación de poeta pero mediocre para las artes, anodina en su aspecto físico, se sentirá menos irrelevante si entrega una parte de su identidad individual al colectivo de todas las mujeres. No necesitará leer sobre teoría feminista para que la consideren feminista, solo será necesario dominar cuatro panfletos, compartir cuarenta entradas de blog y estar al día con los ataques del colectivo —el colectivo no será «el feminismo», sino un grupo que se autodenomina feminismo— y comulgar con ellos.

Normalmente, en los colectivos de internet la identificación se produce por oposición. Para ser «feminista» en la red solo hay que demostrar que se odia a ciertos hombres; para ser «comunista», que se odia a determinados políticos y periodistas; para ser «animalista» habrá que celebrar las cogidas de los toreros, reírse de la coz mortal de un caballo en la cara del ganadero que le estaba poniendo el hierro candente, etc. El individuo podrá tener, aparte, sus incongruencias. Podrá ser feminista pero discutir íntimamente los dogmas, ser comunista y cuestionar a los políticos favoritos de sus camaradas, ser animalista y no interpretar que su abuela es una asesina por comer solomillo... Pero todas estas matizaciones quedarán reservadas en la existencia offline. Cualquier titubeo ante el colectivo online podrá significar su expulsión y su linchamiento por parte del grupo. Se habrá convertido en un traidor. He aquí algunas normas sociales básicas de los colectivos digitales: no discutir ciertas cosas, no emitir en público opiniones disolventes, no hacer

bromas con ciertos temas. Y con esto, tan fácil, el colectivo nos brindará un consuelo parecido al que Carrie Nation obtenía del Movimiento de Mujeres por la Templanza.

De la censura de siempre y la censura de hoy

Demos un paso atrás. Regresemos al tiempo de la censura ortodoxa para extraerle sus motivaciones, su justificación social y sus consecuencias para los individuos incómodos. A lo largo de la historia, toda clase de individuos antipáticos para el poder han conocido la cárcel, el destierro, la hoguera, el paredón o la indigencia, porque la censura es un fenómeno represivo que no siempre se contentaba con destruir obras, sino que quería destrozarse también el prestigio y hasta la vida de sus víctimas. Cuando un Estado decidía que alguien era su enemigo, el aparato censor engullía complaciente todo cuanto escribía, los jueces despreciaban cualquier excusa y la prensa lo humillaba hasta aniquilar su reputación. En los estados regidos por la censura, lo menos grave que podía ocurrirle a un escritor era la supresión de un pasaje de su libro. Si perseveraba y el poder lo consideraba disolvente, su destino era engrosar la lista negra, y a partir de entonces cualquier movimiento despertaba la suspicacia automática de los vigilantes. La sombra de la sospecha iba tan pegada a él como la suya propia. Pero la censura, en puridad, es simplemente silenciamiento, supresión en la esfera pública de las ideas que el poder considera incómodas o peligrosas.

Detengámonos en eso. ¿Qué pasa por la cabeza de una persona creativa cuando la maquinaria implacable y todopoderosa del Estado le impide dar cauce público a sus pensamientos? Para responder a esta pregunta voy a contar la historia de Mijaíl Bulgákov, que escribió sus obras durante el estalinismo. Lo inaudito del caso de Bulgákov es que no lo fusilaron ni lo enviaron al gulag, como hicieron con otros escritores de su tiempo. Los funcionarios del

Partido Comunista le permitieron vivir pero jugaron a desesperarlo. Creo que fue víctima de la censura más férrea de toda la literatura universal.

Médico de formación, camillero en la guerra y adicto a la morfina, Bulgákov renunció en 1919 al estetoscopio y la droga e intentó hacerse un hueco en los corrillos literarios de Moscú. No le fue difícil volverse conocido. El martillo de la revolución había roto la puerta de la torre de marfil de los literatos. El materialismo dialéctico levantó a la filosofía de su sepulcro y la condujo al centro de la organización política del país. La investigación teórica y literaria se arrimaría al poder por primera vez desde los tiempos antiguos. Asustados por los megáfonos, cientos de intelectuales burgueses y zaristas huían despavoridos.[1] ¡Adiós! También la mayor parte de la familia de Bulgákov marchaba camino de París. Las simpatías del médico estaban con los blancos, pero tras el triunfo de los bolcheviques trató de adaptarse a las nuevas condiciones de vida. Después de todo, el Gobierno rojo prometió a los escritores comunistas un papel relevante, y él quería ser escritor. Ante Gorki, Stalin describiría a los poetas como los ingenieros del alma.

¿Por qué tenía Stalin tanto interés por los intelectuales? La historia lo recuerda como un estratega bélico afortunado, como un paranoico que se libraba de sus fantasmas mediante la purga, como un traidor que enviaba a amigos y enemigos a Siberia o al paredón, como un padre brutal que no quiso canjear a su hijo por un prisionero nazi, como un manipulador de masas que convirtió la pobreza de su pueblo en una soga para dominarlo,[2] pero hay que recordar que Stalin también fue un lector empedernido de poesía. El georgiano de origen humilde, Iósif Dzhugashvili todavía, luego Koba, luego Stalin, se había educado en un seminario donde adquirió sus ideas revolucionarias a base de lecturas poco profundas de las biblias marxistas.

Es una tentación interpretar la furia de Stalin contra los literatos de su tiempo como la de un poeta frustrado. Sabemos que Stalin había escrito versos inocentes y líricos. Los firmó con el seudónimo Soselo. Un ejemplo:

*La alondra ha cantado con su oscuro azul
volando más alto que las nubes
mientras el melodioso ruiseñor*

canta una canción a los niños.[3]

Los poetas no pueden evitar sentirse aristócratas. Tocados por la gracia, vanidosos, se burlan de los poetas mediocres, pero cuando el poeta mediocre consigue alcanzar una posición de poder desata todo su resentimiento contra los que son mejores que él. Si Stalin no hubiera sido Stalin, si hubiera seguido siendo Soselo, un mediocre lirista cursi, no es arriesgado pensar que los poetas vitalistas surgidos de la revolución se hubieran mofado de él.

La vida cultural revolucionaria fue luminosa al principio. Poetas, cineastas, novelistas, músicos y pintores, persuadidos de que los bolcheviques les entregaban la libertad y les devolvían el sagrado prestigio social, desataron una locura creativa que sacó del sopor a la cultura rusa. Lenin supo utilizar el talento de esta generación para convertirlo en propaganda, pero pronto vino la guerra civil y minó su salud. Stalin se dedicó a culminar la tarea de Lenin con la furia de un poeta frustrado. Los ingenieros del alma no tardaron en aprender quién era el capataz. Stalin convirtió el desorden de los años veinte en una broca con la que la revolución penetró el cerebro del pueblo.[4] La censura se instauró con más severidad que en los peores tiempos de la monarquía. Las detenciones se producían por motivos arbitrarios. Los miembros más brillantes de aquella breve edad de plata —Ajmátova, Tsvetáieva, Mandelstam— terminarían ejecutados, deportados o confinados en los campos de concentración que Alexandr Solzhenitsyn bautizaría mucho más tarde como Archipiélago Gulag. Pero a Bulgákov le esperaba un destino muy distinto.

Stalin agasajó a Gorki para que regresara de Italia, donde había ido a reponerse y había encontrado la paz lejos de la Revolución. Puso su nombre a teatros, cines, calles, plazas, avenidas, escuelas, montañas y a la ciudad de Nizhni Nóvgorod, y le pidió que fuera el padre de las letras soviéticas. Seducido, Gorki diseñó el único estilo admitido durante el estalinismo, el realismo socialista. Frank Westerman explica su esencia: «La literatura debe ser edificante; la Unión Soviética no necesita divertimentos al estilo Hollywood».[5] El I Congreso de Escritores Socialistas declara el realismo socialista como única doctrina revolucionaria. Los vanguardistas seguidores de Maiakovski serán burgueses. El intimismo será burgués. La lírica y la

poesía sentimental serán las peores aberraciones burguesas; el expresionismo, el impresionismo y el dadaísmo, peligrosas injerencias extranjeras que podían colgar al autor el peligroso estigma de «cosmopolita».[6] ¿Hace falta que diga qué pasó con la sátira en aquella época de rigor? Pero no, habrá sátira, por supuesto: la de Ilf y Petrov, la de los primeros tiempos de Mijaíl Zóschenko, quien también acabaría aplastado.

Pues bien, Bulgákov tenía la desgracia de ser un satírico, pero no a la manera soviética. La sátira soviética solo podía reírse del pasado, de los borrachos y los extranjeros, jamás del sistema socialista. En los años veinte había empezado a publicar en las revistas una serie de relatos humorísticos absurdos en los que encontró su estilo predilecto. Se mofaba de las contradicciones de la vida diaria en la Unión Soviética. La escasez de alimentos, los problemas para encontrar piso en Moscú, las catástrofes habituales en el servicio de trenes y tranvías se convirtieron en sus temas favoritos. Sus personajes enloquecían aplastados por la burocracia. Miraban a su alrededor y no encontraban más que absurdo, pero el absurdo está prohibido en la revolución. La revolución da sentido a la existencia, aclara las dudas y da al hombre y al mundo un futuro. Bulgákov deja escrito en sus diarios que fantasea con ser leal a la revolución, pero para él la lealtad es crítica. Quiere levantarse en medio de la propaganda como una sana voz de la conciencia.

¿Lo aceptará esa sociedad rigurosa? Tras la publicación de su novela *Corazón de perro* (1924), la crítica dedica a Bulgákov apelativos como «hijo de puta», «basura» y «cerdo».[7] Este es el argumento del libro: el médico Filip Filípovich recoge un simpático chucho de la calle para usarlo en un experimento científico, que consistirá en injertarle un corazón, unos testículos y una hipófisis humanas, y comprobar qué pasa a continuación. Mientras tanto, el doctor opone una resistencia atroz contra la decisión del Gobierno de partir las casas grandes de Moscú en pedazos para hospedar a familias enteras de proletarios. Filip Filípovich se justifica: jura que necesita todas sus habitaciones para atender a los pacientes, pero el Comité de Vecinos parece a punto de ganar la batalla. La operación del perro es un éxito y resulta fatal para sus intereses: el perrito despierta, empieza a caminar sobre las patas traseras, se le cae el pelo, se pone a decir tacos, exige que le traigan el

Pravda y así, tras una metamorfosis repulsiva, se ha convertido en un proletario leal al poder soviético que exige su propia habitación.

No creo que haga falta haber leído *La mentalidad soviética* de Berlin para suponer que un tipo como Bulgákov tenía las de perder en una sociedad como aquella. Lo llamaron a la Lubianka y lo sometieron a un interrogatorio. «¿Le parece que *Corazón de perro* oculta una intencionalidad política?» Era una pregunta irritada porque el sentido del humor siempre es una víctima propicia para los censores, que en general son personas incapaces de comprender la ironía, bien por la rigidez de su responsabilidad pública o bien por estrechez mental. Lineales, aburridos, mezquinos, los censores ven malas intenciones en la risa porque tienen pavor de que alguien se esté riendo de ellos. Recordemos cómo define Kant el humor: una súbita transformación de una espera en nada. ¿Y qué es lo que más detesta el totalitarismo? La nada.

Coetzee identifica la censura ortodoxa con la debilidad del poder.^[8] El poderoso, pese a que tiene todas las armas al alcance de la mano, se siente amenazado cuando un individuo se carcajea, porque el poder sabe que su autoridad no proviene de la *auctoritas*, el respeto del pueblo al buen gobierno, sino del autoritarismo, el control absoluto del pueblo. El pensamiento totalitario encuentra en el chiste un deseo de humillación. Así percibió el poder soviético las obras de Bulgákov. Sus relatos dejaron de publicarse. Le prohibieron representar todas sus obras de teatro, viejas y nuevas, incluso *La guardia blanca*, que, según decían, Stalin había disfrutado mucho. Sus antiguos amigos le abandonaron por miedo a compartir su destino.

Hubo quien le animó a que siguiera escribiendo con un cambio de registro. Le prometieron que su suerte mejoraría si escribía novelas de trabajadores heroicos, obras hidráulicas y campesinos que cumplen los planes de producción, pero él no sabía hacerlo —decía— o no quiso. El 25 de febrero de 1925 escribía en su diario: «Ante mí se plantea un problema insoluble. Esto es todo». No se le permitía trabajar en ninguna parte y habían denegado todas sus peticiones para abandonar la URSS. En 1929 escribió la primera de sus cartas a Stalin, donde le suplicaba al líder que le desterrase junto con su mujer:

Al cabo de diez años mis fuerzas se han agotado; no tengo ánimos suficientes para

vivir más tiempo acorralado, sabiendo que no puedo publicar, ni representar mis obras en la URSS. Llevado hasta la depresión nerviosa, me dirijo a Usted y le pido que interceda ante el Gobierno de la URSS para que se me expulse de la URSS, junto con mi esposa L. E. Bulgákova, que se suma a esta petición.[9]

Me impresionan estas palabras. Como harán los protagonistas de este libro, las víctimas de los linchamientos de hoy en día, Bulgákov intenta razonar con quienes se han propuesto destruirlo. Al mismo tiempo, expresa lo que siente un escritor bajo la censura rigurosa.

La carta no obtuvo la respuesta esperada. Poco después, la policía entró en su casa y sustrajo sus diarios personales y el manuscrito de una novela en la que llevaba años trabajando sin esperanza. A finales de 1930 escribió una carta más y al año siguiente otra. Saludaba a Stalin con estas palabras: «¡Muy estimado Iósif Visariónovich!». El muy estimado Iósif Visariónovich ni siquiera daba acuse de recibo. Había pensado en suicidarse pero no tenía fuerzas para hacerlo. Sí lo hizo Maiakovski el 14 de abril. Aquello generó una profunda conmoción social. El suicidio del poeta fue una piedra pesada que cayó en el centro del estanque. Una de las ondas tocó a Bulgákov al día siguiente del entierro. En plena noche, sonaba el teléfono: «Va a hablar usted con el camarada Stalin», dijo una voz al otro lado.

Bulgákov debió de dar un salto. Stalin lo saludó con su inconfundible acento georgiano. ¿Podía ser una broma? No; nadie se atrevería a fingirse Stalin. Bulgákov debió de sentarse —cómo saberlo— y notó que el muy estimado Iósif Visariónovich estaba de buen humor. Stalin se conmisero de la mala suerte de nuestro escritor. Le preguntó si estaba seguro de querer abandonar la URSS, como había manifestado en sus cartas. «¿De verdad está tan harto de nosotros?» Bulgákov, acobardado, le respondió que no. Le dijo que amaba su patria. Estaba seguro de que, si le daban una oportunidad, podría servir al socialismo como escritor. «He reflexionado mucho al respecto y he comprendido que un escritor ruso no puede existir fuera de su país...» A Stalin le complació mucho oír aquello. Se despidieron. Stalin le dijo que quería verlo en persona, hablar con él. Todo se arreglaría. «¡Hasta pronto entonces, muy estimado Iósif Visariónovich, y gracias!»

Jamás se produjo el encuentro. Nada más colgar el teléfono se había arrepentido de sus palabras. La llamada solo tiene una consecuencia buena: le

dan trabajo de ayudante de dirección en el Teatro Artístico, pero la censura sigue imperturbable. En 1940, Mijaíl Bulgákov muere de agotamiento y de tristeza, en silencio, carcomido por la paranoia. Hasta el último momento gritaba: «¡Los manuscritos!», temeroso de que la policía política los hurtase de nuevo.

Y aquí está la paradoja de la censura. Si nosotros hemos leído su obra capital es gracias a la censura. Bulgákov había quemado el manuscrito de *El maestro y Margarita* por miedo a que lo encontrase la policía, pero ignoraba que la policía ya había entrado en su casa y lo había fotocopiado. El libro iba a aparecer durante el deshielo de los años sesenta en los archivos de la OGPU. Se publicaría por primera vez en 1967, quince años después de la muerte de Stalin.

En un pasaje de la novela, el Maestro quema el manuscrito en el que está trabajando. El demonio Woland, que ronda por Moscú, le dice: «Los manuscritos no arden».

Ni siquiera cuando arden las redes sociales, como veremos después.

LA CENSURA GRACIAS AL ESTADO

El caso de Bulgákov ilustra lo que ocurre cuando la censura ortodoxa despliega todo su poder silenciador contra un individuo. Demos ahora un salto a climas más cálidos. Ya he adelantado que la poscensura no necesita al Estado. Sin embargo, como veremos ahora, su motivación social y su mecanismo se parecen a la vieja censura estatal.

Los juristas entienden que la censura es el mecanismo de control de la opinión pública que tiene el poder político. Este control puede anticiparse a la publicación de las ideas con el tachón o la prohibición previa, o bien perseguir la idea publicada al estilo de los bomberos de *Fahrenheit 451*. En España, el régimen de Franco usó con gusto los dos métodos a partir de la Ley de Prensa de 1938, cuyo objetivo, acorde con las tendencias del totalitarismo fascista, era poner a toda la prensa del país y a la mayor parte de los

creadores al servicio del Movimiento. La redactó José Antonio Giménez-Arnau, director general de Prensa del Ministerio de la Gobernación, y su texto dispuso el asfalto legal para que durante las décadas siguientes se sometiera a los periodistas y a los creadores a la mojigatería y el control ideológico. La ley de 1938 era una norma de guerra. Gabriel Arias Salgado, primer ministro de Información y Turismo, recibió el encargo de crear una corriente cultural adscrita al régimen y declaró que llevaría a cabo una «Teología de la Información» basada en el precepto de santo Tomás: «La libertad es la opción entre los bienes posibles, pero siempre excluido el mal».

A partir de los años cincuenta, el régimen se esforzaría por maquillar su censura. Arias Salgado pensaba que «hay que discernir entre lo que es normal, correcto, justo y oportuno» y lo que no lo es, puesto que lo contrario sería «arriesgarse a conceder los mismos derechos y a poner al mismo nivel todas las religiones y las doctrinas más opuestas, la verdad y la falsedad, el bien y el mal».

Manuel Fraga sustituyó a Arias Salgado, y entre 1962 y 1966 redactó una Ley de Prensa menos dirigista con el fin de quedar bien con los nuevos socios internacionales del Estado. A Fraga no le fue fácil convencer al régimen. Su táctica fue dar libertad en lo accesorio y controlar lo esencial. Quería que la comunidad internacional viera los avances sociales del franquismo, pero también contener la ebullición intelectual burguesa y estudiantil. Así, la ley de Fraga estableció la supresión de la censura en el artículo tercero, pero reservó en el segundo a la trampa. Según Georgina Cisquella, ahora la censura política tenía «reglas escritas, lo que teóricamente permite saber a qué atenerse a los que se dedican a la producción cultural en cualquiera de sus formas. En la práctica, sin embargo, nunca se sabe dónde acaba el margen de libertad tolerada y dónde se traspasa el límite del libertinaje sancionable».[10]

A partir de 1966, la censura franquista fue más burocrática que totalitaria. Dicho de otro modo: el Estado abrió la zarpa de la ideología, pero dejó suficiente burocracia como para entorpecer a cualquier libertino. Había una censura para la prensa, otra para el cine y una tercera para los libros y actos culturales. El sistema era tosco pero eficaz; en el caso de los libros, cada editorial necesitaba un número de registro, pero el Ministerio de Información y Turismo ponía todas las trabas imaginables para conseguirlo. Sin embargo,

la autoridad mostraba «tolerancia» hacia las editoriales que no habían logrado la licencia oficial. Les permitía publicar de manera oficiosa a cambio de que tuvieran la cortesía de enviar sus libros al ministerio para una «consulta voluntaria». Los viejos censores, convertidos en «mejoradores de estilo», trasladaban a los editores sus impresiones sobre cada uno de sus títulos.

Había instancias municipales, regionales y estatales, y sus criterios rara vez coincidían. Tras la lectura del censor, el ministerio podía dar carta blanca, «recomendar» la supresión de algunos pasajes o palabras, o bien «desaconsejar su publicación»; es decir, ya no se «censuraba» sino que se «desaconsejaba». El editor podía apelar al ministerio si no estaba conforme, pero ahí volvían a aparecer todas las trabas burocráticas. Vencer a la censura no era del todo imposible, pero hacerlo requería mucha paciencia y asumir riesgos. Había censores muy rencorosos.

Todos los escritores españoles que he consultado coinciden en describir sus experiencias con la censura franquista con una palabra, «arbitrariedad». El escritor y filólogo Alonso Zamora Vicente dijo: «La censura española no creo que sea mejor ni peor que otras. En todo caso, es menos inteligente [...] Me atrevería a decir, por mi experiencia, que rematadamente estúpida. Revela no tener criterios, andar a bandazos, salir por peteneras cada lunes y cada martes».[11] El filósofo José Luis Aranguren ponía un ejemplo: «Si tengo alguna esperanza de que [el fragmento] aparezca, entonces lo incluyo; si a pesar de eso me lo censuran, siempre me las arreglo (como la censura es tan completamente arbitraria) para introducirlo en un nuevo texto. Y generalmente termina por pasar».[12] Esta clase de testimonio se repite, con pequeñas variaciones, en las palabras de Francisco Umbral, Dionisio Ridruejo, Rosa Chacel...

Mucha gente piensa en la censura como el resultado de un aparato bien coordinado. El mito nos remite al totalitarismo soviético o a los edificios implacables de 1984, pero la práctica de la censura, al menos en España, ponía todo el peso en el censor. Aranguren refiere un episodio interesante. Un libro suyo fue censurado personalmente por Ricardo de la Cierva, director del aparato durante los años de apertura. El funcionario suprimió pasajes políticamente arriesgados pero dejó pasar otras cosas. «El señor De la Cierva, que censuró directamente, lo hizo de una manera delicada», explica

Aranguren. El libro tenía una referencia crítica al propio De la Cierva, «no diré ataque pero sí algo que no podía ser muy de su gusto», y de esos pasajes el censor «no quitó nada, lo dejó».[13] La estupefacción de Aranguren puede interpretarse de dos formas: por un lado, un elogio de la caballerosidad de su censor; por otro, la constatación de que la censura española se apoyaba en el criterio personal del censor, que disfrutaba de cierta libertad de movimientos y actuaba guiado por su criterio y su buena o mala voluntad. Si De la Cierva dejó esos pasajes que aludían a él fue porque quiso. Es decir, podría haberlos suprimido si le hubiera dado la gana.

La censura española era tan imperfecta que, hacia los años setenta, algunos editores literarios pusieron a prueba la libertad de expresión supuestamente garantizada por la ley de 1966. Puesto que la consulta era «voluntaria», editoriales como Fundamentos, Lumen o Anagrama dejaron de pasar por el ministerio. Tras una larga relación con los censores, los editores habían llegado a creer que podrían anticiparse a cualquier tipo de situación desagradable pensando como censores y aplicando la autocensura a sus catálogos.

Esto derivó, sin embargo, en que algunos editores censuraban, como los directores de periódicos, con mucha mayor severidad que los propios funcionarios. Según Baltasar Porcel, «hay muchos tipos de censura. Está la censura que te impone el régimen y está la censura que te imponen las publicaciones, que han tenido más miedo del que debían haber tenido».[14] La censura por miedo del empresario es muy interesante porque llega directamente hasta nuestros días; por ejemplo, cuando el Grupo RBA dictaminó que no se podía publicar una portada del semanario satírico *El Jueves* sobre la abdicación del rey, por miedo a represalias jurídicas de la Casa Real,[15] o cuando el Grupo Planeta «sugirió» a Gregorio Morán que suprimiera un capítulo de su libro *El cura y los mandarines*, porque podía «levantar ampollas».[16]

La cobardía empresarial será una de las señas de identidad que se mantengan intactas en la poscensura contemporánea. Como veremos más adelante, tras un escándalo en las redes no suele retirarse el libro, ni se despiden al periodista, ni se cancela el espectáculo del humorista. Sin embargo, las explosiones de ira en las redes sociales siembran la cobardía entre los

empresarios editores, que acaban transformándose en censores bajo el imperio del miedo a ofender.

CENSURA QUE NO ES CENSURA

Los primeros compases de la danza de acoplamiento entre España y Europa favorecieron cierta indulgencia del régimen hacia la prensa. Los últimos años del franquismo fueron la edad de bronce de los semanarios. El público español, acostumbrado a décadas de prensa oficialista, se aficionó a los semanarios políticos. En los años setenta, Baltasar Porcel se sorprendía de «la cantidad de libros marxistas [...] que vemos en los escaparates de las librerías [...] Parece que estamos en la época de Trujillo, en la República Dominicana, donde se podía hablar de todo menos de Trujillo y los suyos».[17] Esta libertad vigilada se interrumpiría de forma súbita a partir de 1975, cuando el régimen, ya decapitado, empezase a defenderse a la desesperada.

Hasta que entró la democracia, siguieron secuestrándose publicaciones, y los directores más valientes pagaron multas exorbitantes. Sin embargo, las tácticas con las que el franquismo amordazaba a la prensa desbordaban el concepto jurídico de «censura». El mejor ejemplo de ello es que no estaba permitido el secreto profesional de los periodistas. Al contrario que los confesores de la Iglesia, los periodistas estaban obligados a revelar el nombre de sus fuentes si un juez lo requería. El 21 de febrero de 1976, el semanario *Triunfo* apareció con una portada de color negro y seis palabras en rotundos caracteres blancos: PRENSA: SECRETO PROFESIONAL. LA HUELGA ROTA. El editorial de la página 3 se disculpaba ante los lectores con estas palabras:

TRIUNFO aparece esta semana con algunas imperfecciones de las que, contra lo habitual, no nos preocupamos; más bien nos satisfacemos de ellas. Son consecuencia de la asistencia de nuestros periodistas a las diversas reuniones celebradas estos días en defensa del secreto profesional, como parte imprescindible de la libertad de prensa, y de un movimiento que ha paralizado el trabajo diario en aras de un trabajo más profundo de defensa del periodista y del lector. Por otra parte, nuestra portada

responde al diseño común realizado por un grupo de semanarios que se han solidarizado entre sí en esta cuestión de defensa de la libertad de prensa.

El número de páginas ha tenido forzosamente que disminuir para poder estar a tiempo en la cita con los lectores. Serán compensadas por una mayor abundancia en el número próximo.

Más que perdón por estas imperfecciones, pedimos a nuestros lectores comprensión y solidaridad.

Nótese como la palabra «censura» no aparece en el texto de *Triunfo*. La huelga de periodistas de 1976 había sido convocada después de que Rodrigo Vázquez Prada fuera procesado por negarse a revelar sus fuentes ante el juez. Fue uno de los empujones más vigorosos que la democracia incipiente arreó contra las paredes destartadas del viejo régimen. No solo se exigía la supresión de toda censura previa, voluntaria o no, y la abolición de todo castigo posterior a la publicación, como el secuestro o las multas. Se aspiraba a lograr una libertad de expresión sin miedo.

La violación del secreto profesional de los periodistas era un elemento disuasorio. Es importante señalar esta especie de agujero jurídico para entender cómo funciona la nueva censura de nuestro tiempo. Si el periodista tiene derecho a publicar pero no a proteger a su fuente, se verá tentado a no publicar para no buscarle un problema a su informador. Es decir, la censura no tiene por qué ser directa, como suele pensarse, sino que se aplica de manera indirecta, sin relación jurídica con la prohibición o el permiso para publicar. A medida que avancemos en el tiempo hasta nuestros días, comprobaremos que el miedo a las consecuencias es tan efectivo cuando emana del Estado y el riesgo es la cárcel o una multa como cuando lo hace del desorden de las susceptibilidades populares y el precio es ver destruida la reputación.

LA MENTALIDAD CENSORA

La injerencia del poder en el secreto profesional nos remite al robo de los diarios personales de Bulgákov. Nos indica que el Estado censor se reserva el derecho a hurgar en la cabeza del individuo con el fin de suprimir ideas que ni

siquiera iban a formularse en público. Los diarios personales son una constatación por escrito del pensamiento íntimo; el secreto profesional protege aquella parte de la información que el periodista conoce pero no está dispuesto a divulgar. Si el Estado decide penetrar en esos ámbitos, quiere decir que la censura no se contenta con permitir o restringir la expresión de una idea, sino que la persigue hasta el fondo de la conciencia, porque quiere aniquilarla por completo. Esto me lleva a preguntarme si el deseo del censor es que callemos o castigarnos por haber pensado. Reflexiono mucho acerca de esto cuando veo las cosas que dicen los que participan en los linchamientos de las redes sociales.

Los aparatos censores presumen de haber adivinado las intenciones ocultas de sus víctimas. Si el autor de la obra ha sido cauto y no deja ver a las claras su intención, o si es ambiguo, o si es irónico, el censor actuará como si le hubiera leído el pensamiento y pondrá en su boca palabras que el autor no ha pronunciado. Retorcerá el texto hasta encontrar pruebas de lo que el censor se empeña en ver y demostrar. Fiódor Dostoievski lo expresaba con elocuencia en el poema del inquisidor que aparece en *Los hermanos Karamázov*:

Yo no sé quién eres tú, ni quiero saberlo; eres Él o solo una semblanza suya; pero mañana mismo te juzgo y te condeno a morir en la hoguera como el peor de los herejes; y ese mismo pueblo que hoy besaba tus pies, mañana, a una señal mía, se lanzará a atizar el fuego de tu hoguera.[18]

La naturaleza fanática del censor le induce a creer que tiene acceso a los pensamientos del reo. Al mismo tiempo, lo convence de que está ungido en la responsabilidad de proteger al pueblo, al que considera inmaduro y manipulable. Esto explica la implacable testarudez del censor. Actúa movido por su convicción de que ha sido capaz de descifrar una verdad oculta. Conviene resaltar esta idea, porque cuando se habla de censura se suele limitar el análisis a su dimensión estatal, sujeta a leyes y ordenanzas, cuando en la práctica, con muchísima frecuencia, se ha apoyado en el criterio personal de los censores.

La censura franquista nos permite corroborarlo. Vemos que el censor piensa influido por el sistema de creencias general, sí, y que a veces dictamina

si dará o no el imprimátur con la ayuda de sus colegas, pero no olvidemos que la experiencia de la lectura siempre se vive en soledad. Será muy interesante, entonces, pensar hasta qué punto el criterio de un censor es personal o está contaminado por las corrientes misteriosas del pensamiento colectivo.

El dramaturgo español Antonio Buero Vallejo, a diferencia de su colega ruso Bulgákov, consiguió representar la mayor parte de su repertorio satírico pese a los lápices rojos de los funcionarios y los curas franquistas. No sufrió complicaciones demasiado graves, como él mismo aseguraba, más allá del engorro que supone que una persona que no piensa precisamente en la belleza del texto ande corrigiéndote los manuscritos. Buero explicaba la censura con estas palabras:

La censura [...] se justifica invocando el bien general y la necesidad de defender la ley, el orden y la moralidad pública o privada [...].^[19]

Tenemos ahí una descripción del ánimo censor que pasa directamente de la vieja censura organizada por el Estado a la nueva: del franquismo al clima censor contemporáneo. La censura, vista por Buero Vallejo, puede leerse como un movimiento de represión del bien general contra el individuo. La invocación que hace el poder político a través del censor es la del bien común. Para la mentalidad censora, la salud de la comunidad justifica el atentado contra la libertad del individuo disolvente. Este razonamiento perverso —según el cual la comunidad debe ser protegida de ciertas ideas— se mantiene intacto cuando no existe un poder político represivo y la censura se integra en la sociedad: cuando grupos de ciudadanos libres se agrupan y se levantan contra un elemento desestabilizador que ha dicho algo inapropiado.

EL CENSOR SIN ESTADO

El *Diccionario de la Real Academia Española* ofrece siete definiciones distintas para «censura», pero solo una nos va a permitir continuar: la sexta, relativa al psicoanálisis, en la que se resume la teoría del centinela de Freud

con esta fórmula: «Conjunto de factores que regulan determinados hechos psíquicos permitiendo que algunos emerjan a la consciencia y otros se repriman».

Apliquemos esta definición a la sociedad, y no a la mente de un individuo, y veremos que la censura no solo intenta que un texto, una película, etc. quede atrapado en la membrana que separa el cajón de la publicación, la intimidad del público, sino que también pretende reprimir la idea en sí. El centinela freudiano se mancha las manos para que la suciedad no salpique al Yo. ¿Quién es el Yo en una sociedad? Lo vamos a ver enseguida.

La definición es muy atractiva porque vuelve a colocar al censor en el centro del concepto y al sistema jurídico en la periferia. De hecho, así lo explicaba el periodista y poeta Lorenzo Gomis, fallecido en 2005, fundador de la revista *El Ciervo* y director de *El Correo Catalán* durante la Transición. Según él, la censura no solo intenta que el pueblo ignore ciertas ideas, sino que trata de evitarle al poder el mal trago de aguantarlas. Así, el censor «utiliza el lápiz rojo como un arma en defensa propia», asumiendo una responsabilidad parecida a del portero de fútbol, que desea evitar el gol para que no pierda su equipo pero también para no quedar mal ante su entrenador. El censor usará el lápiz rojo «en defensa propia», según su propio criterio y sus intuiciones personales, igual que el centinela de la metáfora freudiana «inspecciona todas y cada una de las tendencias y solo deja pasar a las que no le desagradan».[20]

El censor quiere evitar su oprobio bloqueando una idea que molestará a sus superiores y, por tanto, le ocasionará problemas a él. La censura no será entonces una simple herramienta del poder, sino la consecuencia de que un individuo o un grupo se arroge el derecho de silenciar a otros individuos o grupos. Pero el censor necesitará que la sociedad apoye su misión, así que ocultará su deseo de ponerse a salvo recurriendo a las excusas que mencionaba Buero Vallejo.

Cuando, en plena democracia, un grupo de ciudadanos decida censurar a una persona o participe en su linchamiento en las redes sociales, este factor de autopreservación del censor va a ser muy importante. En las motivaciones de los nuevos censores siempre habrá una necesidad de salvarse a sí mismos, unos a otros. Veremos cómo, al linchar a un individuo, se reparten medallas en

forma de retuits y de «me gusta» en Facebook. Ello implica, claro, que la censura quede liberada del Estado. En este sentido, el dibujante Máximo nos dio una de las definiciones más oportunas que he leído: «La censura es el corolario instrumental de una sociedad censora».[21] Esto quiere decir que la censura no necesita al Estado ni a las leyes, sino que aparece como un instrumento de una sociedad que no soporta la libertad de expresión. Según el censor Ricardo de la Cierva, el Estado franquista no actuaba solo, sino que se apoyaba en los deseos de paz y de moralidad pacata de la mayor parte de la sociedad. Umbral y Cela también describían a la sociedad española como un conjunto atemorizado que agradecía los márgenes impuestos por la guía espiritual del régimen, y, en este sentido, encontramos muchos testimonios de viejos comunistas en los libros de Svetlana Alexiévich que manifiestan el mismo sentimiento.

Si la censura no es más que el instrumento de un cierto tipo de sociedad, ¿necesita una ley represiva? Lo cierto es que no. La intensidad con que se manifieste la censura dependerá de los sentimientos de la sociedad, de la fuerza, la irritabilidad ante las ideas ajenas y la capacidad de presión de determinados grupos.

Podemos colegir de todo esto que la censura es el choque que se produce cuando el individuo libre quiere expresar una idea y la comunidad quiere impedirselo.

Si las leyes del Estado garantizan la libertad de expresión, la comunidad buscará formas de hacer pagar por sus palabras a los individuos disolventes. El Estado democrático podrá defender al acusado y repeler las denuncias que caigan sobre él, pero no habrá forma de que un Gobierno o unos jueces eviten el escarnio social. La censura dejará de manifestarse con multas o el secuestro de publicaciones, pero adoptará una nueva forma con la humillación pública. Quien haya violentado a una parte de la comunidad se enfrentará a la arbitrariedad de la furia. Le será imposible calcular de antemano lo que va a pasar. Su condena podrá ser una semana de linchamiento en las redes sociales o la pérdida de su trabajo.

Los librepensadores del franquismo sabían contra quién tenían que luchar. Cuando la ley queda escrita, el creador aprende a burlarla. Durante la etapa de autarquía y en el transcurso de la apertura, durante todas las fases de la

censura franquista, los creadores inventaron trucos para burlar a los censores. Los escritores «barroquizaron» su prosa para ocultar ataques al régimen o insinuaciones sexuales. Los cineastas incluían algún taco en el guion, convencidos de que el censor suprimiría esa palabra y no estaría atento a la idea subversiva que venía justo después.

Sin embargo, en una censura que no se apoya en las leyes, que no está regida por una autoridad concreta, nos va a ser muy difícil prever a qué nos estamos arriesgando cuando queramos expresar determinadas ideas. Además, si la vigilancia no la ejerce un funcionario, sino que proviene de personas anónimas que dedican toda su atención paranoica a vigilar cualquier mensaje dañino desde las redes sociales, la amenaza de la censura se multiplica por mucho que las leyes garanticen la libertad de expresión.

La censura en democracia

La promulgación de la Constitución del 78 garantiza la libertad de expresión e información para todos los ciudadanos y levanta el cepe que atenazaba a los medios.[1] A partir de la Transición, el poder tendrá que inventar un nuevo tipo de mordaza más sutil, del color carnosos de las tiritas, cuando quiera que una información quede escondida al público o que un periodista peligroso dé con sus huesos en la cola del paro. La censura estatal no desaparece del todo, aunque se atenúa, y el riesgo ya no es la cárcel ni la multa, sino el despido o la humillación.

Se impondrá una censura de pacto sobre ciertos asuntos; por ejemplo, habrá un acuerdo de silencio de los actores de la Transición sobre la corona y los negocios de la familia real[2] o los presuntos implicados en el 23-F. Por otra parte, habrá una censura de ninguneo sobre asuntos económicos que serán muy difíciles de tratar en el debate público y que quedarán ocultos tras el silencio tácito, como las conexiones estrechas entre las grandes empresas y los partidos políticos que se desvelarán durante la crisis, las expectativas del motor de crecimiento económico inmobiliario (se impondrá el dogma de que España funciona sola) y la situación real de la banca española, sector que, según el Banco de España en 2007, estaba saneado. Una vez despojado el Estado de sus funcionarios represores, desamparado por la ley, la censura política evolucionará hasta convertirse en censura empresarial.

El respeto del poder democrático hacia la libre información queda en entredicho si nos referimos a los medios de comunicación públicos. Cada partido denuncia desde la oposición la misma gestión que lleva a cabo cuando

gobierna. Felipe González criticará la manipulación de Suárez, Aznar la de González, Zapatero la de Aznar y, después de unos años raros de relativa pluralidad bajo la presidencia de Zapatero —más adelante contaré por qué fue «relativa»—, Rajoy llegará al Gobierno en 2011 con mayoría absoluta y la calidad de los informativos de TVE quedará reducida al nivel de una hoja parroquial. En las autonomías, tres cuartos de lo mismo; con diferencias de grado y calidad en los contenidos, habrá manipulación en favor de los gobiernos autonómicos en todas las emisoras públicas de radio y televisión, desde TV3 a Canal Sur, pasando por Telemadrid y Canal 9, de infame y conocida trayectoria.

Las cotas de manipulación del poder en los medios públicos serán tan evidentes que el público con sentido crítico irá a informarse a los medios privados. Durante unos años, encontraremos allí una información de calidad, variada y más o menos independiente, pero la sombra del poder seguirá alargándose a medida que avance la democracia española.

Durante los quince primeros años de democracia se establece un rico ecosistema de medios privados protegido por una clase de empresario muy particular; Jesús Polanco, José Manuel Lara, la dinastía Luca de Tena, el conde de Godó y Antonio Asensio consolidan sus imperios mediáticos atendiendo a la responsabilidad social. Para esos jeques de la comunicación, que sí tiznaban sus medios con su ideología particular, la misión del periodismo quedaba a salvo de la búsqueda enloquecida de beneficio. Mientras estuvieron al mando, las empresas de comunicación españolas respiraron, con sus más y sus menos, un aire de pluralidad. Sin embargo, a partir de los años noventa y especialmente con el nuevo milenio, hereda los imperios una nueva generación de ejecutivos más preocupados por el lucro que por el prestigio de la prensa libre. La fauna mediática española entrará en una rápida decadencia entre compras, ventas, fusiones y absorciones. Según Enric González,

la creación de conglomerados multimedia en torno a los antiguos periódicos [...] ha supuesto un traspaso de la propiedad: lo que antes pertenecía a una dinastía editora, o a un empresario determinado, ahora está en manos de inversores y de ejecutivos procedentes de otras ramas de la industria. Quedan algunas familias editoras (Sulzberger, Godó...) pero dependen de los bancos acreedores.[3]

La jerarquía del periódico clásico del siglo XX era la siguiente: había un dueño más o menos filántropo, en el sentido de que no le obsesionaba demasiado el beneficio que produjera su periódico. Por debajo de él estaban el director editorial y su equipo de redacción. El rigor de un medio, su línea editorial y la pluralidad de sus enfoques dependían del director y del consejo de redacción. Pero cuando las reuniones de accionistas sustituyeron a los seudofilántropos en la cúspide de la pirámide, el resto de la jerarquía cambió de forma radical.

En los años noventa, el sector mediático empieza a transformarse al ritmo frenético de los procesos de reconversión neoliberal. Grupos multimedia enormes empiezan a absorber todos los periódicos, emisoras, editoriales, productoras y cadenas de televisión que encuentran a su paso. Las puertas giratorias que conectan a los partidos políticos con la empresa ponen en bandeja los medios a los intereses y las estrategias partidistas. Las grandes empresas se lanzan sobre el accionariado de unos periódicos que necesitan desesperadamente liquidez en un contexto de cambio digital. Y ahí arranca una censura estricta, puesto que los nuevos dueños de los medios vetarán toda clase de informaciones sobre sus empresas. Las páginas de economía de los diarios serán las primeras en perder su independencia. Las de política, antaño teñidas por evidentes corrientes ideológicas, pasarán a la propaganda activa, y se marginará a los periodistas disidentes.

La censura mediática en el franquismo se basaba en el secuestro de la tirada de un periódico discoló, cuyos ejemplares eran retirados desde el Ministerio de Información y Turismo o el de Gobernación. A partir de los años noventa, el secuestro se aplica a ciertos artículos, que desaparecen del periódico a última hora, y queda en manos del contubernio entre directores nombrados a dedo y grandes empresarios, una autoridad mucho más difícil de identificar. Ello repercutirá en la credibilidad de la profesión. Mientras que para un lector de diarios del franquismo estaba claro quién era el malo de la película, durante la democracia los lectores acusarán a los propios periodistas de sesgar la información conspirando con turbios poderes económicos. Será necesario que empiecen a publicarse libros, generalmente escritos por periodistas destrozados por la nueva censura, para que el público empiece a

darse cuenta de lo que ha pasado con su vieja prensa libre.

En la nueva jerarquía mediática, el director y el consejo de redacción ya no toman las decisiones importantes sobre cierta clase de información sensible. Óscar Abou-Kassem dice que «encontrar hoy un editor capaz de publicar una noticia que sepa que puede afectar a los intereses del grupo al que pertenece es imposible». Pere Rusiñol va todavía más allá. Para él, el mundo de los editores responsables ya no existe, sino que «ha desaparecido o se ha disuelto en conglomerados amplios y vinculados al sector financiero [...] Ningún grupo de comunicación piensa en el bien público».

Aunque, como veremos, surgen medios verdaderamente independientes, Rusiñol sabe de lo que habla en cuanto a los medios clásicos. Trabajó diez años en *El País*, fue adjunto a la dirección en *Público* y salió tan escaldado de sus experiencias con Juan Luis Cebrián y Jaume Roures que fundó un semanario satírico, *Mongolia*, y la revista *Alternativas Económicas*. Rusiñol coordinó también un librito sobre los nexos entre la prensa y el poder económico. En ese volumen queda descrita, con nombres y apellidos y una claridad quirúrgica, la coreografía que bailaron grandes partidos, bancos, multinacionales, eléctricas y operadores de telefonía, que aplastaron con su danza grotesca a unos medios muy tocados económicamente.[4]

Por su parte, José Antonio Zarzalejos denunció la censura en *ABC*. El que hoy es uno de los analistas estrella en *El Confidencial* había dirigido *ABC* entre 1999 y 2004 y entre 2005 y 2008. Asegura que los medios, en general, «son débiles, frágiles, y ya no hacen suficiente contrapeso a los poderes políticos y económicos». Su cese en *ABC* explica a qué se refiere. Recordemos: Zapatero ganó por sorpresa las elecciones de 2004 en los tres días que mediaron entre los atentados del 11-M y la votación del día 14. Durante este periodo, el Gobierno del PP mintió descaradamente a través de sus portavoces, e intentó hacerlo desde los medios de comunicación. Después de las elecciones, el PP estaba desesperado y furioso. Declararon la guerra a la versión oficial sobre la autoría de los atentados, mientras el sector extremista capitaneado por Esperanza Aguirre intentaba destronar, sin éxito, a Mariano Rajoy. Bien. Pues Aguirre acudió al grupo Vocento para que la ayudase. *El Mundo* de Pedro J. Ramírez y la COPE de Federico Jiménez Losantos estaban de su parte, pero Zarzalejos se negó a publicar basura sobre

la teoría de la conspiración del 11-M. Entonces, Aguirre decidió destruir al director de *ABC*.

Zarzalejos cuenta cómo ocurrió en una entrevista:

ZARZALEJOS: Cuando empiezo mi segunda etapa como director del diario [...] ya se ha desatado toda la trama del 11-M, y sobre todo la oposición de Zaplana, Acebes y Esperanza Aguirre [...]. Pero yo decido no secundar la gran mentira que era «la conspiración del 11-M», ni el secuestro de la derecha por parte de una serie de medios, singularmente la COPE, pero también *El Mundo*, que aconsejan a la derecha situarse en posiciones más extremas.

P: Casi marcándole la agenda.

Z: Casi, no [...] Convirtiendo al PP en un brazo marquetiniano de ambos medios de comunicación con la jerarquía eclesiástica madrileña detrás. Yo me rebelo ante esta situación, y dos años y medio después esta situación es la que me vence. El 6 de febrero de 2008 me cesan y cuando pregunto por qué lo hacen escasamente un mes antes de las elecciones generales, el consejero delegado me dice: «Porque queremos hacer nosotros las elecciones».

P: Es decir, la que entonces fuera su empresa hizo un pacto mediático de no agresión con la COPE y un pacto político con Esperanza Aguirre. Y como usted los molestaba en ambos casos, lo cesan.

Z: Pero no tan solo pactan mi cese, sino que también pactan mi sucesión. A mí me cesan un miércoles y cuatro días después, el lunes siguiente, ya están en *ABC*, por sorpresa, el director y dos subdirectores de *La Razón*.

P: ¿Y tiene pruebas de que detrás de todos aquellos movimientos estuviera Esperanza Aguirre?

Z: Tengo pruebas absolutas y totales de que Esperanza Aguirre y su entorno, el presidente del Consejo de Administración y el consejero delegado de Vocento, además de algunos miembros de la familia Luca de Tena, sabían que el movimiento completo era primero mi cese, y después el desembarco de la gente de *La Razón* [...].

P: ¿Las presiones políticas en su segunda etapa como director de *ABC* eran soportables? ¿Eran las habituales? Sobre todo comparándolo con la situación actual en la que, según dice, los políticos tienen un papel muy determinante en la toma de decisiones.

Z: [...] Yo no consentía las presiones y tenían que ejercerlas a mis espaldas, tratando de puentearme, normalmente a través de miembros del Consejo de Administración. Pero en alguna ocasión, eran presiones absolutamente directas que yo no consentí jamás. No he tenido nunca presiones tan fuertes como las de Esperanza Aguirre, una persona que se define como liberal y que tiene siempre la palabra «libertad» en la boca. También la tenía cuando expulsó a Germán Yanke y a Pablo Sebastián de Telemadrid, ¡la cadena que probablemente le rinde más culto a la personalidad!

P: A raíz de la «teoría de la conspiración» del 11-M se generó una división entre los medios conservadores de Madrid. ¿Antes de todo aquello había una auténtica unidad o esta había sido mitificada?

- Z: Hubo un momento, en los años noventa, en que la prensa de la derecha española se unió. Pero ahora [la conversación tiene lugar en 2008], en la derecha mediática española, nadie se atreve a plantarle cara a Pedro J., quien, además, utiliza a Jiménez Losantos para descalificar al que se mueva. ¿Y quién se ha movido? Se movió *ABC* y lo descalificó. Se movió Ruiz-Gallardón y lo descalificó. ¡Y en qué términos! El juez Del Olmo, instructor del 11-M, no le dio la razón en sus tesis y también lo descalificó. Y lo mismo hizo con la fiscal del caso.
- P: Pero, visto con perspectiva, *El Mundo* y la COPE apostaron por la «teoría de la conspiración» y aumentaron sus ventas y audiencia, mientras que *ABC* no lo hizo y bajó.
- Z: Exactamente, pero [...] el escándalo siempre tapa a la sensatez hasta que se descubre que detrás [...] hay una engañifa. Detrás de la «teoría de la conspiración» del 11-M había un engaño y la gente lo está descubriendo progresivamente. Ya no se vende ni medio periódico con este tema. Y lo que hizo *ABC* durante dos años y medio fue decir: «Por aquí no paso». Yo no pasé por ahí y estoy muy orgulloso de no haber pasado. Y si tuviera que volver a tomar las decisiones que tuve que tomar entre 2005 y 2008 las volvería a tomar, aunque supiese que eso comportaría mi cese.[5]

En el libro que publicó un par de años más tarde, Zarzalejos relacionaba su posición de debilidad con la de la familia Luca de Tena, dueños históricos del diario centenario, que habían ido cediendo poder a las empresas del accionariado de Vocento y al PP, partido que había pasado de ser el aliado natural del rotativo durante la democracia a su amaestrador:

Ángel Expósito [director de *ABC* entre 2008 y 2010] sigue sometido, después de encajar un ERE [...] que mermó la plantilla en casi un 50 por ciento, a nuevos recortes en una redacción ya diezmada [...] El tiempo dirá qué depara esta sismica en *ABC*, que ha introducido al periódico en una dinámica ajena a su trayectoria histórica, bajo un control que ya no está vinculado a la familia Luca de Tena ni, mucho menos, al de las otras familias propietarias.[6]

LAS EMPRESAS EN LOS MEDIOS

En democracia, el poder maneja y censura los medios privados con tres riendas. Una, económica, basada en la subvención pública, el crédito privado y la publicidad, que imposibilita a los editores informar sobre los desmanes

financieros de sus acreedores y los somete a la voluntad de determinados partidos políticos. Un ejemplo es lo que ha ocurrido con el Grupo Prisa durante los últimos diez años, tal como se cuenta en *Papel mojado*. Después de la muerte del histórico Jesús Polanco, el consejo de accionistas, tutelado por Juan Luis Cebrián, se convirtió en un conglomerado de bancos internacionales y españoles, eléctricas y telefónicas, empresas sobre las que será muy raro ver algún tipo de información crítica en *El País*, diario que, por cierto, sobrevive gracias a su plantilla de periodistas brillantes.

La segunda rienda es política y ha sido descrita más arriba por Zarzalejos. La tercera, interna, es la nueva jerarquía de las redacciones, donde, según Andreu Missé, «los equipos directivos han adquirido un poder sin precedentes y en consecuencia una gran responsabilidad en todo lo que está ocurriendo».

Este fenómeno no es exclusivamente español, sino que se da en todas partes. Rius cita en su libro un ejemplo esclarecedor, el del diario conservador británico *The Telegraph* y las filtraciones de la «lista Falciani». Recordará el lector que Hervé Falciani, un técnico informático, extrajo en 2009 un CD con la lista de clientes del banco HSBC —uno de los principales accionistas de Prisa, por cierto— que estaban evadiendo impuestos en sus países. El Consorcio Internacional de Periodistas, entre los que en España figura *El Confidencial*, publicó la lista en 2015, y la información recorrió el mundo entero. Sin embargo, *The Telegraph* no pudo sacar casi nada. Ya en 2012 había lanzado noticias con la información que Falciani había puesto en manos de la justicia francesa. En ese momento, HSBC, su principal anunciante, retiró su publicidad del diario y *The Telegraph* quedó en una situación económica de extrema fragilidad. La dirección ejecutiva del medio se bajó los pantalones, retiró la mayor parte de las noticias sobre el HSBC publicadas en la web y prometió no volver a meterse en los asuntos de Falciani. Tres años después, cuando se filtró la lista completa y todos los medios estaban informando sobre ella, el cronista jefe del *Telegraph*, Peter Osborne, dimitió con una carta en la que denunciaba que «la cobertura sobre el HSBC del diario [...] es un fraude para sus lectores».

El caso del *Telegraph* no es extraño. El poder de los bancos sobre la prensa se ve claramente en otra anécdota referente a la lista Falciani. Cuando *The New York Times* publicó una serie de noticias acerca de la familia de

Emilio Botín, presidente del Banco Santander, que aparecía en la lista de evasores, ninguno de los diarios en papel se hizo eco de la información más que en páginas interiores y de manera recóndita. Apunta Rius que «unos meses antes, el 28 de enero de 2015, los siete diarios españoles de mayor tirada [...] aparecieron en el quiosco encartados en un anuncio del banco Santander». Esto significa que el censor había estampado su firma sin pudor.

En este sentido, Rius se pregunta dónde estaban los periodistas económicos mientras se producía la debacle de los bancos y cajas de ahorro y el colapso del sector inmobiliario. Un repaso a la lista de los mayores anunciantes en la prensa escrita de los años previos al crac de 2007-2008 da la respuesta.

Recién empezado el nuevo siglo, las cotas de manipulación de la prensa privada son ya tan llamativas que la profesión pierde la credibilidad que se había ganado durante las dos primeras décadas de la democracia. La mano del anunciante ni siquiera se molesta en disimular. David Torres, columnista en *Público* y *El Mundo*, me dijo que le habían suprimido una alusión a Bayer en un artículo sobre el nazismo, porque la farmacéutica era un anunciante de la casa. Anécdotas como esta son habituales y han llevado a una parte considerable de la ciudadanía a percibir a los periodistas como mayordomos de las empresas y los partidos políticos en lugar de como un contrapoder. La dinámica continúa y empeora. Hoy, según las encuestas del CIS, una de las profesiones que infunden mayor desconfianza a los ciudadanos es la de periodista, algo que pone a la democracia en una posición de extrema fragilidad y abre la veda para nuevos medios que se dedican a publicar lo que el público quiere leer aunque sea mentira, como *OkDiario*.

Emmanuel Carrère llama al proceso de descrédito del público, que prefiere cualquier mentira que concuerde con su opinión a una información veraz que se la desmienta, «tiranía de las mentes sutiles». Habla de ello en su biografía de *Limónov*, pero Daniel Gascón le pidió que lo explicara en una entrevista:

Hablo de esa gente de nuestro mundo que piensa que está más informada y es más inteligente que el lector medio de periódicos, y que está obsesionada por la idea de que no le engañen. Normalmente, esas personas tienen visiones muy paradójicas, contrarias a lo que consideran políticamente correcto. Conozco a muchas de ellas;

abundaban especialmente tras la caída del comunismo. Tengo un amigo que me dijo completamente en serio: «En Occidente todo el mundo está equivocado con respecto a Putin. En realidad, a Putin no le gusta el poder, lo aburre. Lo que quiere es retirarse a su dacha, con su familia y su perro». Y me lo decía con toda sinceridad. Es obviamente falso, pero hay gente que preferiría morir antes que decir lo que dicen *Le Monde*, *El País* o *La Repubblica*. Así que había una broma sobre gente que no odio, que son mis amigos, pero a veces son demasiado sutiles. A veces yo soy uno de ellos.[7]

Por fortuna, la profesión también crea nuevos medios independientes, más modestos y limitados a la web, para ponerse a salvo de los teléfonos que se levantaban con voz de ministro o vicepresidente. Nacerán así *El Confidencial*, *InfoLibre*, *Eldiario.es*, *Contexto*, *La Marea*... Medios que, pese a sus errores, meteduras de pata y líneas ideológicas, abandonan la doctrina del silencio tácito y publican noticias críticas sobre la banca y las empresas, e incluso se saltan cuando es necesario la ley no escrita del «perro no come perro» y denuncian los desmanes de los directivos de los viejos medios privados.

Gregorio Morán resume el fenómeno con una frase: «La censura durante la democracia había sido más económica que política». Sin embargo, es preciso señalar que no siempre es así; el caso de Zarzalejos recuerda más a la vieja censura franquista que a la nueva censura neoliberal. Veamos ahora el último ejemplo de vieja censura en democracia.

AL MÁS PURO ESTILO FRANQUISTA

Antes he dicho que el periodo de José Luis Rodríguez Zapatero como presidente del Gobierno fue el de mayor pluralidad en RTVE, pero hay que aclarar que, paradójicamente, amparó el caso más negro de censura política en la historia de la democracia. Zapatero reformó la ley para que el director del ente público fuera elegido por votación parlamentaria. Hasta entonces, el partido de gobierno otorgaba a dedo este cargo, y así se aseguraba de que el director sería un propagandista disciplinado. Zapatero, que era un idealista en el mal sentido de la palabra pero también en el bueno, aspiró a que la televisión del Estado se convirtiera en un servicio público, y la puso a salvo

de los deseos de manipulación de su propio partido.

El Congreso de los Diputados eligió a Luis Fernández como director y a los once miembros restantes del consejo de redacción. Hubo cuatro propuestos por el PP, tres por el PSOE, uno de ERC, uno de CiU, uno de IU y dos de los sindicatos.[8] Desde el primer día, la pluralidad se notó en los informativos, las tertulias políticas y los nuevos programas que la cadena iba contratando. Ofrecieron a Jesús Quintero, leyenda viva de la entrevista con pausa y con verdad por aquel entonces, un programa en el que le dieron carta blanca total. No era cualquier cosa. Quintero, periodista ácrata y elegante, nacido loco en la radio, osado y con fe en la justicia por encima de su fe en la amistad, tenía fama de no casarse con nadie. Creo que se convirtió para muchos en el referente de aquella nueva forma de hacer televisión pública. Para mí, al menos.

A través de TVE trajo a los hogares de los españoles al subcomandante Marcos, a Alejandro Jodorowski o el magnate Raymond Nakachian, y también a figuras fundamentales de la Transición: políticos de todo pelaje, líderes fascistas, comunistas históricos y también presos, banqueros, jueces, ricos y pobres. Después de ocho años de manipulación y caspa derechista, Quintero abrió en la televisión pública española una ventana a las mentes más dispares. Todo fue bien hasta el día en que invitó a su amigo, el periodista José María García, que se había salvado de un cáncer. La entrevista empezó en estos términos:

QUINTERO: Buenas noches. ¿Por qué después de treinta y cinco años en la radio un día dijiste adiós y no te despediste de los oyentes?

JOSÉ MARÍA GARCÍA: Ese día, que nunca se me olvidará, fue el 7 de abril de 2002. Decir en ese momento por qué me iba era hacerle un daño irreparable al Partido Popular y un beneficio que no merecía al PSOE. Por eso decidí guardar silencio. Y decidí guardar silencio hasta hoy.

Q: ¿Y por qué rompes hoy ese silencio?

J: Por un lado [...] por la admiración que siento por ti [...] Y por otro, porque este espacio es una pequeña isla que, por el momento, creo que está a flote de tanta, con perdón, mierda y porquería como nos ofrece la caja tonta.

Lo cierto es que la entrevista era dinamita. Unos años más tarde, declaraciones como las que José María García le soltó a Quintero no hubieran

extrañado tanto, pero, en 2007, la historia sobre el intento del PP de Aznar de amparar una cruzada para crear un trust de medios de derechas que hiciera de contrapeso a Prisa sonaba a película de Hollywood. La historia de García tenía buenos y malos: los buenos, periodistas conservadores que trataron de enfrentarse al «imperio Prisa» y terminaron destrozados por la arrogancia, avaricia y deseo de control absoluto del malo, Aznar. García describía al expresidente, viejo amigo suyo, como un hombre que se emborrachó de poder hasta volverse loco. Lo señalaba como el mayor censor de la historia de la democracia. Explicaba cómo Aznar, a través de su vicepresidente Rajoy, manejó una lista negra de periodistas y exigió que quedasen fuera de los nuevos medios que trataba de levantar García.

Q: ¿No crees que [Aznar] va a pensar que eres un traidor?

J: ¿Traidor por qué? No he contado todavía ni un diez por ciento de lo que tengo que decir.

A lo largo de la entrevista, García señalaba también al empresario Florentino Pérez, dueño del Real Madrid, amigo y socio de Rodrigo Rato y José María Aznar, y una de las figuras más poderosas de la España del pelotazo. En esencia, José María García estaba rompiendo un tabú del que ni siquiera éramos del todo conscientes por aquel entonces: la conexión íntima que se fraguó desde los años noventa entre políticos, empresarios y medios de comunicación.

El 21 de febrero de 2007, TVE censuró la entrevista. A Quintero le pilló totalmente por sorpresa. Se emitió únicamente un fragmento ínfimo en el que García manifestaba su desconfianza hacia Luis Fernández y añadía que, si la nueva televisión pública era realmente libre, emitirían sus palabras. Emitieron esas solamente. Un mes después de que TVE censurase la entrevista, apareció en la prensa una noticia: Jesús Quintero abandonaba su programa por motivos de salud. Han pasado diez años. Hablo por teléfono con él y le pregunto si ese fue el verdadero motivo de su «renuncia». Quintero ríe. «Tenía diez programas más producidos. Se suprimió ese programa y me comí todos los demás, perdí el dinero que había invertido en ellos. Raúl del Pozo me llamó a los pocos días de que se censurase la entrevista a García; acababa de ver a Florentino Pérez con Luis Fernández en el palco del Bernabéu. “Esto se acaba”, me dijo.

Y se acabó.»

LA EMPRESA: ENTRE LA CENSURA INTERNA Y LA CENSURA POR COBARDÍA

El poder no es amigo de la libertad de expresión, y las empresas son poderosas. Nuestro ordenamiento jurídico garantiza la libertad de expresión con muy pocas excepciones. Las leyes españolas reservan el biombo para los asuntos del Ministerio del Interior, los procesos judiciales en curso, la diplomacia y otros ámbitos del Estado en los que se entiende que el secreto es fundamental para que la máquina siga funcionando. También se condenan excesos (demostrables jurídicamente) de la libertad de expresión como injurias o calumnias a personas o instituciones, porque una cosa es ser libre de decir lo que uno quiera y otra muy distinta usar la mentira para hundirle al vecino la reputación o el negociado.

Esta censura de baja intensidad garantiza la seguridad, la paz y la estabilidad del país. Bienvenida sea, aunque esto no significa que, por ejemplo, tras la cortina de terciopelo púrpura de la diplomacia, no se oculten escenas porno, carterismo grotesco y demás escándalos de interés público, como demostraron las filtraciones de WikiLeaks. Pero la opinión pública, en general, parece dispuesta a respetar con mansedumbre la existencia de los secretos. Toda ciudad civilizada necesita debajo unas alcantarillas, y mientras podamos seguir tirando de la cadena sin que se nos inunde el suelo del cuarto de baño, no tendrá demasiado sentido levantar las tapas metálicas de la calle para husmear lo que se cuece por ahí abajo.

Sin embargo, existe un ámbito enorme dentro de la democracia donde buena parte de la población pasa la mayor parte de su vida con la boca apretada: la empresa.

El sociólogo Jean-Léon Beauvois dice que «la gente no descubre la obediencia en su trabajo, sino que ha sido formada desde muy temprano en la obediencia», y señala que la familia y la escuela son los ámbitos de socialización en los que se forma a ciudadanos obedientes, que serán

incapaces de poner en cuestión la estructura jerárquica y organizativa de la empresa en la que trabajarán cuando sean adultos.

Las leyes son lo suficientemente laxas como para permitir que las empresas se conviertan en un punto y aparte en materia de libertad de expresión. En los tribunales, el interés del individuo está por debajo del interés de la persona jurídica, porque la empresa dispone de mayores recursos para ir a juicio ante cualquier vulneración de sus derechos, y para ganarlo. Desde el momento en que trabajamos para un tercero, el silencio interesado se convierte en la moneda de cambio de nuestras relaciones laborales. El trabajador vive con el miedo a perder el puesto por hablar. Es, por tanto, sujeto de una censura que no necesita un organismo de control, porque la competencia interna y la desconfianza mutua aseguran que la información importante será guardada con celo y que las opiniones escandalosas sobre la corbata del capataz quedarán en el *petit comité*. En este ambiente de censura orgánica proliferan los soplonos, centinelas siempre encantados de chivarse de cualquier queja, chiste o calumnia a la dirección, para recibir beneficios personales o simplemente para quedar bien, lo que contribuye a la institucionalización del clima de silencio.

En este sentido, dice Noam Chomsky que «las empresas son tan totalitarias como el bolchevismo o el fascismo» y que «poseen las mismas raíces intelectuales de principios del siglo XX».[9] Se refiere a la verticalidad del poder dentro de la empresa, el silencio por coacción que controla la opinión de los trabajadores, la desigualdad total en el reparto de la fuerza y la reserva del monopolio de la verdad por parte de la dirección. A veces, los excesos de la empresa son tan poco disimulados que tropiezan con la ley, y pierden:

EL TRIBUNAL SUPREMO CONDENA LA CENSURA PREVIA POR LAS EMPRESAS DE LOS COMUNICADOS SINDICALES

La Sala de lo Social señala que el empresario debe mantener al sindicato en el goce pacífico de los instrumentos aptos para su acción sindical

La Sala de lo Social del Tribunal Supremo ha desestimado el recurso interpuesto por Liberbank S. A. contra una sentencia que declaró que una actuación empresarial de bloqueo y censura de los comunicados sindicales en la intranet de la empresa constituye vulneración de la libertad sindical y condena a cesar en ese comportamiento

y a indemnizar al sindicato en 6.000 euros.

La Sala respalda la libertad de expresión y difusión de comunicados [...] Sobre el empresario pesa el deber de mantener al sindicato en el goce pacífico de los instrumentos aptos para su acción sindical, siempre que tales medios existan, su utilización no perjudique la finalidad para la que fueron creados por la empresa y se respete la proporcionalidad de sacrificios.[10]

El Estado totalitario quiere ostentar el monopolio de la verdad, así que censura todas las verdades alternativas. La noticia que he copiado ilustra el intento de hacerse con el monopolio de la verdad de un banco, arrebatándole al sindicato el derecho de lanzar sus comunicados. Pero los sindicatos, por su parte, tampoco son amigos de la libertad de expresión de aquellos trabajadores que no quieran pagar la cuota. El sindicato es un grupo de presión al que la ley da el derecho de levantar la voz para oponer el discurso de los trabajadores al de la productividad y el beneficio. Funciona teóricamente como un contrapeso y defiende una versión de la verdad que no tendría modo de articularse sin una organización potente. Sin embargo, las peleas entre distintos sindicatos, y entre los trabajadores y el sindicato, crean dentro de la empresa discursos que luchan por la hegemonía y generan nuevos niveles de censura.

En una columna, Andrés Aberasturi relataba un episodio que muestra hasta dónde puede llegar esta disputa entre los trabajadores y sus sindicatos. Ocurrió durante una negociación colectiva tras la amenaza de expediente de regulación de Barclays:

Naturalmente los sindicatos se han negado a que abogados externos se mezclen en el asunto: UGT de forma rotunda y clara y CCOO pidiendo tiempo para constituir, en todo caso, una mesa negociadora sin injerencias. Y esto es el mundo al revés: los trabajadores exigiendo a los sindicatos que se vayan y los sindicatos de clase negándose a abandonar sus puestos.[11]

Recurrí a José Antonio González Espada, abogado laboralista del Col·lectiu Ronda, para que me explicase cuáles eran a su juicio las formas de censura clásicas dentro de las empresas. Me dijo que la mayor parte de las denuncias por asuntos relacionados con la censura tienen que ver con la violación de la «tutela judicial efectiva y la garantía de indemnidad». Este

derecho está recogido en el artículo 24 de la Constitución, y nos da la posibilidad de acudir a un tribunal para solicitar su tutela para defender nuestros derechos e intereses. El Tribunal Constitucional, desde sus inicios, siempre ha declarado que este derecho fundamental, de importancia equivalente al derecho a la vida o a la intimidad, no solo implica la posibilidad de interponer demandas, sino también de evitar las represalias negativas por presentar una demanda o incluso una queja o reclamación extrajudicial. «En este sentido —me explicó—, la vulneración de la garantía de indemnidad se alega muchísimo en tribunales, denunciando represalias empresariales contra los que reclaman sus derechos o simplemente insinúan que van a hacerlo o que van a colaborar con quienes lo hacen. Diría que, con diferencia, es el derecho constitucional cuya vulneración se denuncia con más frecuencia en el ámbito laboral.»

González Espada relaciona este problema con la libertad de expresión. Aclara que son conceptos jurídicamente distintos aunque con frecuencia se confundan. Ante la posibilidad de una queja, las muchas empresas imponen el silencio mediante el miedo al despido, o sanciones como la suspensión de empleo y sueldo, el acoso laboral, la degradación del trabajador a funciones inferiores, el cambio a otro puesto de trabajo que implique aislamiento, etc. El buscador oficial de jurisprudencia del Consejo General del Poder Judicial devuelve más de diez mil sentencias en relación con este tipo de atropellos de la libertad de expresión en el ámbito de la empresa, lo que demuestra que no es un asunto anecdótico.

Pero es otro comportamiento de las empresas con respecto a la libertad de expresión el que se conecta directamente con la poscensura. Cuando hay un estallido de furia colectiva en las redes, las empresas suelen acobardarse y retroceder, obsesionadas con que la polémica no afecte a su reputación. Esto tiene una parte buena y otra mala. La buena es que lo que a un trabajador o cliente estafado le costaría mucho esfuerzo, por ejemplo un juicio sin garantías de victoria, gracias a las redes sociales se logra en una tarde. Jon Ronson refiere muchos episodios así en *Humillación en las redes*. Cuando un gimnasio de la cadena LA Fitness se negó a dar de baja a una pareja que había perdido todos sus ingresos, una campaña de linchamiento en Twitter contra la empresa logró que les devolvieron la cuota. «Grandes gigantes estaban

cayendo frente a personas que antes carecían de poder: blogueros, cualquiera con una cuenta en un medio social. Y los estábamos abatiendo con una nueva arma: la humillación online», relata Ronson. Pero, como él mismo cuenta en su libro, la ira de las redes dejó muy pronto de dirigirse hacia los gigantes.

Rápidamente perdimos el control: cuando las redes humillaban a un ciudadano cualquiera, la cobardía de las empresas repercutía directamente en su despido. He aquí unos cuantos ejemplos extraídos del libro de Ronson:[12] Justine Sacco era una chica totalmente anónima que trabajaba en IAC. Antes de viajar de vacaciones a Sudáfrica, tuiteó una broma de humor negro para sus doscientos seguidores, subió al avión y, cuando aterrizó, esta había sido retuiteada millones de veces. Twitter había decidido que Sacco era la peor escoria racista de la humanidad, y la presión social sin sentido fue demasiado para IAC: fue despedida, sin apelación, sin discusión. Hank y Alex, dos chavales igualmente anónimos, en una conferencia sobre nuevas tecnologías cuchichearon una broma nerdi-sexual en voz baja, algo sobre «insertar un paquete de datos». Adria Richards, una chica de la fila de delante, oyó el chiste, se giró, les hizo una foto y sin mediar palabra los denunció en Twitter acusándolos de machistas. A los pocos minutos, la conferencia se interrumpió. Los organizadores habían visto el tuit de Richards. Pidieron a Hank y Alex que se marcharan. Sin embargo, el linchamiento en las redes continuó, y al día siguiente el jefe de Hank lo llamó a su despacho y lo despidió. Sí, por un chiste susurrado a su amigo en una conferencia. Lindsey Stone trabajaba como cuidadora de discapacitados psíquicos en una residencia llamada LIFE. Estaba de viaje con ellos y se hizo una foto de broma: aparecía con la boca abierta, como gritando, y el dedo corazón levantado junto a un cartel que pedía silencio y respeto en el cementerio nacional de Arlington, donde hay enterrados militares. Despreocupada, subió la foto a Facebook. Algunos amigos de la red social se rieron y otros se ofendieron, y en general la gracia pasó desapercibida. No era más que una foto tonta, ¿verdad? Cuatro semanas después, era *trending topic* mundial con tuits como este: «Que te follen, puta, espero que tengas una muerte lenta y dolorosa, zorra subnormal». LIFE recibió un alud de correos electrónicos exigiendo el despido de Lindsey. Su jefe la llamó y ni siquiera la dejó entrar en el edificio. Despidió a Lindsey Stone en el aparcamiento.

¿Merecían el despido estas personas? ¿Eran acaso malos trabajadores? No. Causa del despido: la ira de una multitud vociferante en las redes sociales. Ese jurado invisible e implacable determinó sus destinos. Las empresas, cobardes e irresponsables, cedieron a la presión para poner a salvo su reputación. Durante los linchamientos que veremos en los próximos capítulos, la turba tuitera se dirigirá sin falta a los empleadores de sus víctimas. Miles de personas enfadadas por un chiste o una opinión en una entrevista exigirán a una editorial que retire un libro, a un instituto que despida a un profesor, a un hospital que eche a una enfermera, etc. La misma fuerza social que logra que una empresa estafadora pague por lo que le ha hecho a un cliente o a un trabajador, se lanza contra personas inocentes cuyo único pecado fue tuitear o postear algo que prendió la mecha de la indignación.

La actitud cobarde de las empresas en estos casos ha convertido la poscensura en un movimiento temible para sus víctimas. En las redes sociales, una acusación es sinónimo de un veredicto de culpabilidad. Muchas empresas ejecutan la condena para lavarse las manos.

El caso Migoya: la censura que se niega a sí misma

Hemos visto que durante la democracia no desapareció del todo la censura, pero aun así, tras la muerte de Franco, arrancó la etapa de mayor libertad que había conocido el apaleado pueblo español. España se modernizó y se civilizó. La moralidad nacional-beata cayó hecha pedazos por una nueva generación de jóvenes que se morían de ganas de provocar. La sociedad española abrazó con fuerza la libertad de expresión. Cambió la vestimenta, cambió la literatura, se destapó el cine. Fernando Savater, en uno de los capítulos más hermosos de sus memorias,^[1] dice que en aquellos años, cuando iba a la tienda y preguntaba si tenían cambio, el tendero respondía orgulloso: «¿Cambio? ¡Sí!».

En aquel ambiente de libertad absoluta de los años ochenta, las nuevas generaciones recurrirían a un mal gusto deliberado para autoafirmar su identidad, pero en conjunto el movimiento era de una belleza arrebatadora. ¡Libertad! Durante los años de oro de la libertad de expresión, un programa de la televisión pública como *La bola de cristal* tenía permiso para emitir a la más tierna infancia mensajes con una carga de política y de humor negro que hoy serían impensables. El destape había mostrado el cuerpo de las mujeres a una caterva de hombres reprimidos que celebraban el atrevimiento sin pararse a considerar cuestiones como la cosificación o el abuso. Humoristas atrevidos —desde Martes y Trece hasta Faemino y Cansado, pasando por Los Morancos y Cruz y Raya— reventaron todos los límites e hicieron reír a una generación a la que las películas de Alfredo Landa le parecían un entretenimiento carca. La música popular dio la espalda a las coplas y el folclore y quedó sembrada de

guitarras eléctricas, crestas de gallo y pantalones fardahuevos de licra. ¡Libertad! Habría, claro, momentos para el escándalo. Al cantautor Javier Krahe lo enjuició la extrema derecha por asar un Cristo en un cortometraje en el que imitaba los programas de cocina de la época. En plena oleada de atentados de ETA, el rock radical vasco se granjeó el estigma que iba a seguir mandando a sus protagonistas al banquillo de los acusados mucho tiempo después de que la banda terrorista dejara de matar. Sin embargo, aquella generación aborrecería cualquier cosa que sonase mínimamente a censura. Callar era de carcas, ofenderse era de carcas, la libertad era el valor más importante y quien no la quisiera podía meterse a rezar en una caja de comida para gatos. ¡Ah, libertad, libertad!

Pero todo proceso colectivo lleva irremediablemente a la reacción. Recién arrancado el nuevo milenio, iba a producirse un episodio que anticiparía la poscensura que estaba por venir.

¿Y QUIÉN COJONES ES MIGOYA?

A Hernán Migoya, fuera del mundo del cómic, no lo conocía ni su madre, pero dos meses después de publicar su primer libro todos *sabían* que era un violador en potencia. Nacido en Ponferrada en 1971, hijo de padres humildes, se había criado en la periferia industrial de Barcelona y era, por tanto, un chuleta tirando a tímido. Ya se sabe cómo funcionan las cabezas de los tímidos. A unos les da por fantasear con una gloria a la que no se atreverán a acercarse, otros alimentan el rencor contra enemigos a los que nunca plantarán cara y los hay que sueñan con lanzarse sobre mujeres esquivas que los miran por encima del hombro en el triste mundo real. Migoya cogió todo eso y se dedicó a inventar historias. Su vocación era la misma que tienen todos los escritores, pero para sacarle partido se movía más cómodo en los márgenes. Se dedicó a los guiones de cine y a escribir historias para el tebeo *underground*, entre cuyas viñetas se deslizaba su visión paranoica del mundo del deseo, que le granjeó la fama (en ese ámbito) cuando la banda punk del

cómic español «made in Cataluña» empezaba a improvisar las últimas canciones del concierto. Migoya se hizo editor de La Cúpula, que sacaba *El Vibora*, una revista gráfica que hoy conseguiría escandalizar al mismo demonio, pero que, en los despreocupados noventa, era la seña de identidad de los aficionados al cómic-proletariado —reinas de silicona, rock barriobajero mediante— de los cinturones industriales.

De vez en cuando, sin embargo, Migoya se ponía más literario y escribía algún relato de ficción. Publicó no se sabe dónde el monólogo de un violador muy satisfecho de sus crímenes, la típica historia perversa del pospunk que agonizaba entre víctimas del éxtasis y la metadona, y para sorpresa suya una editora de libros de verdad lo leyó y contactó con él. Migoya se encontró con una mujer de poderosa cabellera gitana y voz cascada por el tabaco que estaba destinada a cambiar su vida. Era Miriam Tey, dueña de la pequeña editorial Los Libros del Cobre, entre cuyos logros quedará para el recuerdo haber publicado antes que nadie al chino Gao Xingjiang, tan desconocido en la España de aquellos años como el joven Migoya, pero que quince años después obtendría el Premio Nobel de Literatura.

Hay un elemento de Miriam Tey que indica grandeza de espíritu y amplitud de miras: el hecho de que se tomase con sentido del humor el monólogo de un violador satisfecho si recordamos que, además de editora, Tey era directora del Instituto de la Mujer de la época final de Aznar. Que la persona que estaba al frente de una institución que suele denunciar cualquier anuncio de detergente por machista supiera valorar *ese* relato de Migoya sentaba sin duda las bases de una fecunda relación editorial. El relato era una ficción que podía revolver las tripas y Miriam Tey lo sabía. Intuía, además, que el guionista de cómics tenía madera para dar el salto a la literatura y quería tener el privilegio de lanzarlo. Le encargó un libro de relatos y le pidió que tocase otros temas profundizando en ese tono visceral que había logrado con su monólogo del violador.

Espoleado por la enérgica editora, Hernán se puso a trabajar como una bestia y compuso una colección de cuentos perversos con los que exploraba las facetas más grotescas del erotismo como solo el cómic *underground* y algunas bandas de punk se han atrevido a hacerlo. Para que el lector se haga a la idea, diremos aquí que el narrador del monólogo de la violación nos dice

que prefiere abusar de una mujer a pagarle, ni que sea una copa, y luego se queja de que la sociedad tenga tantos escrúpulos hacia los violadores cuando es evidente que el asesinato es mucho peor, porque de eso no se recupera nadie. El personaje de este cuento nos presenta un esquema moral tan distorsionado como los protagonistas de algunos poemas de Josep Maria Fonollosa —violadores, pederastas, asesinos— e incluso llama imbéciles a los hombres que se limitan a follar con consentimiento. El resto de los cuentos mostrarían diferentes facetas de la perversión dibujadas con los trazos contundentes de una mente adiestrada por el cómic. Sin embargo, de nuevo como en los poemas de Fonollosa, en casi todas las historias brillaría bajo el monstruo un tipo de humanidad blanda y sensible que solo los oídos más finos consiguen percibir. ¿Por qué ese violador trata de justificarse ante nosotros? Es una pregunta que quedaría sin respuesta, disponible solo para lectores especialmente desprejuiciados como Miriam Tey.

Cuando tuvo suficiente material para considerar que aquello era un libro, Migoya repasó lo que había escrito y descubrió que todos tenían algo que ver con las mujeres. Finalmente le envió a Tey un manuscrito cuyo título, según me dice el autor, tenía menos vocación de provocar que de servir como homenaje a Chester Himes, autor de una de sus novelas favoritas, *Todos muertos*. Miriam Tey se entusiasmó con la colección que le había caído en las manos. Releyó el relato del violador convencida de que tras ese atrevimiento había una apuesta literaria de calidad y descubrió que el resto de las historias conservaban este tono descarnado y paródico pero iban mucho más lejos a través de la sátira para mostrar distintas caras de la perversión. Eligió una portada sugerente y envió el libro a imprenta en marzo de 2003. Poco después, el autor recibía los primeros ejemplares de su ópera prima. Se titulaba *Todas putas*.

La promoción fue pobre, pues Migoya era un paria venido del cómic que no conocía a nadie en el mundillo literario. Lo entrevistaron en un par de revistas más relacionadas con el *underground* y el porno que con la literatura. Aparecieron un par de reseñas elogiosas aquí y allá. Pese a ello, el poder de un libro con tu nombre en la cubierta es sugestivo. Quizá empezó a soñar con su futuro como escritor. Por ejemplo, vendrían días de Sant Jordi en los que desfilaría ante él una cola de lectores esperando su firma y, tal vez, entre el

gentío, una admiradora ninfómana dispuesta a hacer las guarradas más inverosímiles con tal de salir en su próximo libro. Puestos a fantasear, ¿por qué no? Podría haber pedido también a los dioses una vida de lujos y sexo salvaje, bandejas de caviar desparramándose sobre la barriga de glotones luchadores de sumo, ¡qué más daría! El destino le reservaba un futuro inmediato que se parecía mucho más al hábito de un monje franciscano. Sin que Hernán Migoya y Miriam Tey lo percibieran, pequeños mecanismos encarnados en individuos dispersos pusieron en marcha algo mayor: la ofensa, y estaba a punto de desatar el mayor linchamiento público que se ha visto en España antes de que las redes sociales nos acostumbraresen a estas cosas. El «caso *Todas putas*» —finalmente «caso Tey», pues a la destrucción de la editora irían dirigidos los cartuchos de los promotores de la montería— se iba a convertir en una campaña de humillación tan disparatada, tan contaminada por el rifirrafe político del momento, que llegarían a pedirse explicaciones a la editora en el Senado.

Hoy nuestro escritor ya no vive en la periferia de Barcelona sino en Lima, ciudad que, según me cuenta, «sabe reírse despreocupadamente de cosas que aquí se han convertido en tabú, como la guerra de sexos, pese a que allá el machismo y la violencia contra la mujer son todavía más escalofriantes que en España». Veremos que esto no es raro: a medida que las condiciones de vida de un grupo social mejoran y se disuelve la discriminación que lo envolvía, la piel de sus integrantes se vuelve más fina y el escándalo estalla con mayor facilidad. Hablaremos de ello más adelante. Observemos ahora cómo cayó Migoya, que ha vuelto unos días a Barcelona. Está sentado frente a mí en la mesa de un bar de menú del día barato. A un lado mis sobras mordisqueadas y mi grabadora, al otro lado un ejemplar de su nueva novela, *Deshacer las Américas*, y su segundo plato intacto, que deglutirá como un anormal cuando los camareros empiecen a colocar las sillas patas arriba encima de las mesas.

La imagen que me había compuesto mentalmente de Migoya no casa en absoluto con la persona que he encontrado dos horas antes frente a la tienda de cómics Norma del passeig de Sant Joan de Barcelona. Después de leer todos los artículos que dejó su polémica, no sé por qué, pensaba que sería un tipo inteligente e ingenioso al que la sensación de víctima ha convertido en un egocéntrico insoportable. En cambio, me encuentro con un hombre amable y

calvo de cuarenta y cinco años que mira el mundo un poco desconfiadamente a través de sus gafas de culo de vaso, pero empieza a reírse a carcajadas por cualquier motivo. Migoya: un tipo de discurso lleno de tacos pero delicado, que me perdona el retraso y me pregunta qué tal me va la vida. Toda nuestra relación se limita a que nos hemos leído en Facebook desde hace dos o tres meses, pero él, antes de dejarme que le pregunte por el libro que acaba de publicar, se pone a hablar de mis artículos y me cuenta que ha venido a España porque sus padres, muy mayores, están enfermos. Rápidamente conectamos; el autor abandona la desconfianza en cuanto se siente comprendido, y yo no puedo evitar pensar en mí mismo cuando me dice que él, al contrario de lo que parece, tiene un auténtico pavor a caerle mal a la gente.

Dice esto un hombre del que, hace trece años, desconocidos célebres sugerían que tenía intenciones homicidas. Es el tiempo transcurrido desde la polémica de *Todas putas*, pero todavía le hierve la sangre cuando recuerda las palabras que le dedicaron algunos escritores de izquierdas. Curiosamente, no le dolió tanto que lo acusaran de misógino y hasta de violador como la mirada por encima del hombro que le dedicaban cuando se referían a su libro. «Para la élite literaria, que vengas de los cómics no significa nada, porque casi ningún escritor lee cómics, les importan una mierda; si vienes de los cómics, para muchos literatos eres un don nadie, y ese fue el efecto que se intentó divulgar interesadamente: que yo era un mierda que venía de la nada y no valía un churro como escritor.»

Durante los trece años que han pasado desde su consagración y su escándalo hasta el día de hoy, Migoya ha publicado varias novelas en distintas editoriales para demostrar que sí era un escritor, incluida la segunda parte de *Todas putas*, que, lleno de resentimiento, tituló *Putas es poco*, así como una aproximación oscura al mundo de la infancia, *Observamos cómo cae Octavio*, y una parodia en serie Z de la crisis económica, *Una, grande y zombi*. Sin embargo, el escándalo lo persigue allá adonde va. Me dice que la gota que colmó el vaso, el momento en que decidió largarse de España, fue cuando lo entrevistaron tras publicarse su novela de zombis y la primera pregunta del periodista fue:

«¿Cuánta violencia contra la mujer hay en tu nuevo libro?».

No podía soportarlo más. De hecho, con *Deshacer las Américas* ha

decidido volver al tema de las perversiones sexuales y las puertas se le cerraban en la cara por todas partes. Se las ha visto y deseado para que un editor valiente publicase esta novela en la que cuenta las disparatadas aventuras sexuales por Latinoamérica de un tal H., trasunto suyo, con la intención de quitarse de encima los últimos coletazos del escándalo y pasar página de una santa vez. Pero la sombra del linchamiento es muy alargada y pertinaz.

Mientras trata de vaciar su plato bajo la mirada apremiante de los camareros, me explica que cuando empezó el calvario él estaba tan contento en Cannes, seleccionando películas para llevarse al Festival de Cine Fantástico de Sitges, donde estaba trabajando como programador. Cannes había empezado el 14 de mayo de 2003 y duró hasta el 25. Fueron los días centrales de la polémica. El 18 de septiembre se retiró el libro de las librerías. Cuando Migoya se fue a Francia, *Todas putas* se mustiaba sin pena ni gloria, como corresponde a una ópera prima en España, pero en su ausencia la cosa se iba a disparatar por completo y, cuando regresara, lo haría como una especie de enemigo público. Así vivió el inicio de la polémica desde Cannes: «Un periodista de *La Vanguardia* me había entrevistado antes de irme. Aparentemente le había encantado el libro. Pero cuando estaba en el festival me avisaron de que el artículo se llamaba “El libro de las violaciones” o algo así, y me ponía a caer de un burro. “¡Joder! —pensé—, de puta madre, un poco de polémica ayudará a que se venda un poco.” Pero al mismo tiempo como una sensación paranoica de “¿qué va a pasar ahora?, ¿y si se va de madre?”».

Se fue de madre. El motivo por el que el periodista había escrito un texto diferente al que esperaba Migoya fue que había descubierto que la editora y la directora del Instituto de la Mujer de Aznar eran la misma persona. El PSOE y CiU también lo supieron y en algún torvo despacho se decidió que valía la pena echar gasolina al fuego. Las elecciones municipales y autonómicas estaban a la vuelta de la esquina y en 2003, pese al desastre del *Prestige* y la guerra de Irak, las encuestas todavía eran favorables al PP. La crónica de *La Vanguardia* se politizó —mezclaba el cargo de Tey en el equipo de Aznar con el contenido distorsionado del libro de Migoya— e iba a marcar la nota con que sonaría la gran orquesta de detractores de Migoya.

En *La Vanguardia* se atribuía al libro una supuesta «apología de la violación» que no tenía la menor relación con la realidad. La «apología» la hace un personaje ficticio en el monólogo del primer relato. En literatura es frecuente que un asesino justifique su crimen. Si un novelista escribiera una novela en primera persona sobre un etarra ficticio, sería necesario para la verosimilitud del personaje que hiciera una «apología» del terrorismo. Pero cuando se sembró la idea de que Migoya, como autor, había escrito una apología de lo que su personaje ficticio estaba defendiendo —la violación—, el juicio quedó totalmente enmarañado. La realidad y la ficción eran indistinguibles en el argumento. Se dijo que Migoya había escrito una «apología de la violación» como se podría decir que *Lolita* es una apología de la pederastia o que la canción «La dejo o no la dejo» de Albert Pla —autor muy promocionado, por cierto, en *La Vanguardia* y los demás medios de la polémica— es apología del terrorismo.

Ese mismo día, la noticia saltó al periódico de mayor difusión en España, *El País*, con este artículo publicado en la sección de «Sociedad»:

LA DIRECTORA DEL INSTITUTO DE LA MUJER EDITA UNA OBRA CON UNA APOLOGÍA DE LA VIOLACIÓN

El libro se titula «Todas putas» y está escrito por Hernán Migoya, que se declara misógino

La directora del Instituto de la Mujer, Miriam Tey, ha publicado en una editorial de su propiedad un libro, titulado *Todas putas* y escrito por Hernán Migoya, que supone toda una apología de la violación, según cuenta hoy el diario *La Vanguardia*. «Ahora que los negros son buenos y los maricones unos seres muy simpáticos, a ver si la sociedad decide de una vez que no todos los violadores somos mala gente», dice uno de los cuentos.^[2]

¿«Dice uno de los cuentos»? Merece la pena resaltar esa coda. Si el cuento lo dice, se puede suponer que la intención del autor es efectivamente hacer apología. En cambio, si quien lo dice es el narrador... Pero no importaba: a partir del 17 de mayo el artículo de *El País* correría por las televisiones, las radios y aquel internet previo a las redes sociales donde sí funcionaban los foros a pleno rendimiento, y al día siguiente el libro desapareció de las

librerías. No iba a servir de nada. Todo el país se cubrió de opiniones desinformadas y noticias en las que la verdad quedaba tergiversada. La palabra «apología» se repetiría sin cesar. Sin embargo, todo orbitaba en torno al cargo de Miriam Tey. ¿Cómo era posible que una señora encargada de velar por el bienestar feminista hubiera publicado una atrocidad semejante? ¡Intolerable! De la noche a la mañana, mientras el autor seleccionaba películas de ciencia ficción para llevárselas a Sitges, su carrera literaria se había convertido en el argumento de una novela de Stephen King. Ese tal Hernán Migoya, «escritor misógino», estaba en boca de millones de personas escandalizadas con que un «atentado contra todas las mujeres» contase con el beneplácito de la encargada de combatir el machismo desde una importante institución oficial. Como puede verse claramente en el fragmento de arriba, *El País* se cubría las espaldas y citaba a *La Vanguardia* para decir que el libro suponía «toda una apología de la violación». Sin embargo, pese a que este artículo de *El País* no llevaba firma, incluía valoraciones de cosecha propia cuya objetividad era tan discutible como la «apología»:

En general, todo el libro está escrito con un marcado tono misógino y, además de este cuento, contiene otro titulado «Porno del bueno», en el que un adulto va a buscar a una niña a la escuela para después violarla mientras, entre lágrimas, le pide: «No se lo digas a mamá, mi vida».[3]

Salta a la vista que volvía a tratar de confundirse la voz del pederasta de «Porno del bueno» con la de Migoya y Tey. ¿Acaso esa frase, «no se lo digas a mamá, mi vida», no es verosímil en boca de un pederasta de ficción? Pero más importante todavía: ¿«todo el libro con un marcado tono misógino»? El segundo relato narra la vida de dos hermanos siameses, chico y chica, que viven en una inquietante simbiosis y que se masturban juntos por las noches. Son muy felices, casi uno, hasta que ella se enamora de otro hombre. El hermano tiene que sufrir entonces el calvario de aguantar que su hermana siamesa folle con su amante en su propia cama, y parece que su vida se termina cuando ellos deciden casarse. Acaba, en efecto, muerto en una mezcla perturbadora de suicidio y asesinato. Me parece tan discutible decir que todo el tono del libro es marcadamente misógino como negarlo categóricamente, de la misma forma que me parece superfluo basar la crítica o la defensa del libro

—recordemos, un primer libro— en su calidad o mediocridad. Cuando se desata una campaña de desprestigio, la obra es lo último que se lee. Se usa, sin embargo, todo aquello que la víctima haya dicho en cualquier parte. Cuando el crimen ha sido condenado previamente, las pruebas aparecen por todas partes a ojos del jurado. Hoy se recurriría a viejos tuits de Migoya que pudieran resultar denigrantes para las mujeres o los negros o los perros, pero en aquel entonces había que tirar de entrevistas. Las que había concedido el autor antes de irse a Cannes tenían ese tono canalla y desenfadado de quien va por el mundo con la conciencia tranquila porque *todavía* no lo han acusado de nada. ¡Perfecto! No había más que sacar de contexto sus palabras y Hernán se convertiría en un personaje de ficción arrogante muy idóneo para servir de contenedor a todo el odio que se estaba sembrando.

Migoya admite que incluso sus amigos «se han sentido muy ofendidos con este libro», pero argumenta que «en este país los escritores suelen ser muy políticamente correctos y todos pierden el culo por declararse en contra de la guerra y el chapapote. Yo no tengo esa ansiedad por demostrar lo buena persona que soy, sino solo por ser buen escritor. Y los mejores escritores suelen ser unos hijos de puta».[4]

Nótese cómo se empleaba el testimonio de que sus amigos se habían sentido ofendidos, porque es importante: la ofensa es contagiosa y se transmite mediante la empatía. Se pretendía que el lector del artículo se ofendiera sin necesidad de leer el libro y eso es exactamente lo que se consiguió. ¿Y por qué se buscaba una ofensa previa a la lectura? Porque la mera existencia del libro parecía un peligro para la sociedad. Este motivo oculto en las críticas resulta fundamental para entender cómo funciona la nueva censura: todos los detractores, escritores de izquierdas en su mayoría, se iban a apresurar a decir que «la censura» les parecía intolerable. Hablaban de un concepto anticuado de la censura, propio de regímenes como el franquista, en que la desaparición de una obra requiere un sistema estatal y una ley represora. Acto seguido, los escritores negaban categóricamente la calidad del libro —de lo que se desprende la idea de que no deberían haberlo publicado— y expresaban su irritación por el cargo de la editora —de lo que se extrae la conclusión de que *esa* editora no debería haberlo publicado—. Si el libro de Migoya hubiera aparecido en cualquier otra editorial, el mecanismo de la nueva censura no se

habría activado. Ninguno de los prebostes literarios que iban a saltar sobre la obra le habría hecho el menor caso. En los juicios públicos de la poscensura, es frecuente que los fiscales se escuden en que solo están haciendo una crítica. Dirán que la existencia de un libro es intolerable, que es una basura, que atenta contra los derechos humanos, y en la misma línea se escudarán exclamando que ellos no tienen el menor deseo de que sea censurado. Se dirá así, en pasiva, porque los nuevos censores siguen pensando interesadamente en la censura como elemento externo, una pieza del poder. Pero ¿cómo pensaban estos intelectuales que se decidía si una obra debía ser retirada durante el franquismo? ¿Con qué clase de argumentos se tomaba esa decisión sino con argumentos similares? Lo cierto es que la campaña de desprestigio del autor y la editora había logrado la retirada del libro en los primeros días de la polémica. ¿No es eso lo mismo que hacía esa censura ortodoxa que tanto decimos aborrecer?

El principal triunfo de la nueva censura es hacernos creer que no existe. Se lo hace creer sobre todo a quienes participan en una campaña censora. Algunos, de pronto, notan que algo les quema en la mano y descubren que habían estado paseando con una antorcha. No me cabe la menor duda de que la mayoría de los intelectuales que iban a poner el grito en el cielo contra el libro de Migoya estaba *realmente* en contra de la censura. Sé que estaban convencidos de sus principios. El problema era que no estaban llamando «censura» al mecanismo del que ellos se estaban sirviendo.

Dado que en 2003 los diarios todavía no publicaban al mismo tiempo en papel y digital, el autor voló de regreso a casa el 25 de mayo ignorando buena parte de la dimensión del escándalo. Sabía que la editorial había puesto en cuarentena su libro pero no que, a esas alturas, un ejército de personalidades célebres del mundo de la literatura, el periodismo y la política estuvieran lavándose los dientes tras devorarlo, mientras que otros trataban de frenar la polémica sin éxito. El lío en casa era monumental. Uno podía estar a favor o en contra de los alegatos feministas, a favor o en contra de la censura, de la corrección política, todo al mismo tiempo. Lo importante era dejar claro en todo momento que el libro no tenía la más mínima calidad para justificar el pisoteo.

La corrección política es, sin duda, una castrante estupidez. Pero no se olvide que el frívolo ejercicio de su contraria, la incorrección, siendo un derecho, no es una obligación, ni un grado, ni una garantía de éxito. Un autor puede ser más provocador — y menos botarate— que Migoya.[5]

Prácticamente todas las críticas mostraban un tono igual de destructivo contra Migoya, y casi todas empezaban también con la mención al cargo.

El revuelo del caso Tey, directora general de la mujer [*sic*] y editora de un libro de cuentos en el que se elogia la violación de la mujer, me atrapó en plena lectura [...] La argumentación del personaje violador es atropellada y elemental. Ni asomo de inteligencia, ingenio o gracia expresiva. Ni una frase literariamente feliz, ni un solo juego de conceptos, palabras o escenas. [...] Lo llaman provocar, pero quieren ofender al ofendible, humillar al humillable, dañar al que no siempre puede defenderse.[6]

¿«Dañar al que no puede defenderse»? ¿Como, por ejemplo, el autor de un primer libro que se ve atacado en todos los periódicos del país? Saltaba a la vista que otros críticos, igualmente despiadados, ni siquiera se lo habían leído y opinaban de oídas, movidos por cuestiones personales que les permitían dictaminar con qué temas se puede hacer ficción y con qué otros no.

En un país como el nuestro, sembrado de cadáveres de mujeres asesinadas por sus maridos, plagado de violaciones y de agresiones a menores —también sucede en otros, pero no me consuela—, hay que tener mucho cuidado cuando se emite algún juicio sobre el tema o sus relativos. [...] Váyase señora Tey. Se lo dice esta «puta» a la que intentaron violar con trece años.[7]

Los lectores también participaban en el debate en la sección de «Cartas al director» y en llamadas telefónicas a la radio. Por lo visto, bastaba echarle un vistazo al libro para adivinar no ya su calidad, sino las intenciones secretas del autor.

Recibí en la librería donde trabajo los ejemplares [...] Leí un par de páginas y decidí arrinconarlo en una estantería, bastante indignado porque esa editorial se hubiera rebajado a publicar semejante bodrio.[8]

Unos articulistas citaban a otros y se apoyaban en criterios ajenos, pero en ninguna parte aparecían fragmentos de los demás cuentos, como si Migoya

solamente hubiera publicado los relatos del violador y del pederasta. La libertad creativa de los articulistas y el ambiente de feliz ajusticiamiento daban permiso para añadir algunas etiquetas más, propicias para expandir el incendio.

[...] ¿en nombre de qué habría que permitir al escritor lo que no se permite al resto de los ciudadanos, por ejemplo, publicar un panfleto racista o de apología de la violencia? Claro que un texto literario —artefacto complejo, ambiguo, quizá irónico— no es igual que un panfleto ni se le puede juzgar por el mismo rasero; pero debería en todo caso demostrar esa complejidad, esa ironía [...] Como decía Llàtzer Moix, una cosa es *Lolita*, y otra, este engendro.[9]

En un momento dado, el linchamiento era tan escalofriante que los propios linchadores empezaron a matizar. Pilar Rahola, fiel a su estilo, arrancaba su columna con un cotilleo sobre Miriam Tey...

Ella, que se las prometía tan felices desde que conoció —y deslumbró— a José Mari en casa de Óscar Tusquets, y ahora ahí está, centro centripeto del fuego que se ha montado para quemar a las brujas del machismo.[10]

... y componía un acertado resumen de lo que había venido siendo la polémica.

Sin duda, parece lógico el cabreo: ella, celadora de los derechos de la mujer, especialmente responsable de la lucha contra el maltrato y la violencia, publica un libro soez y misógino donde se hace una clara apología de la violación. Ergo hay que destituirla.[11]

A continuación, el *seny* parecía animarla a juzgar con clemencia a la editora. Eso sí, sin poner en duda que el libro era una canallada. Esto, a esas alturas, ya no le importaba a casi nadie.

Quizá Míriam Tey tenga que dimitir algún día como directora del instituto. Pero que sea porque no cumple correctamente con su compromiso público, y no por editar tonterías. Por editarlas, lo que tendría que hacer es dimitir como editora. Aunque también sería injusto: ¿qué editor no tiene en su lista algún Migoya de inefable memoria y pésima categoría? Las cazas de brujas también son cacerías, aunque las perpetren los buenos. Y los buenos, esta vez, se están pasando mil pueblos.[12]

Tenía razón en lo de los buenos. Los buenos se agrupan, teóricamente para defender al débil, sin darse cuenta de que convierten en débil a la persona que están ajusticiando. Rahola había torcido el brazo en favor de Tey, cosa que la honra, pero seguía sin reparar en quién era el más vulnerable. Ni siquiera conocía personalmente a Migoya, pero ya lo sabía todo sobre él.

Lo peor del libro es su autor, un entrañable misógino que está encantado de sus cuatro minutos de gloria y que va por ahí intentando escandalizar al feminismo a costa de decir más sandeces que su propio personaje [...] El señor Migoya no solo piensa mal, cosa que abunda bastante, sino que escribe peor. Encima de misógino, pues, mal escritor.[13]

¿Lo era? No faltaron voces de escritores consagrados que lo afirmaran así. Por ejemplo, la de Juan José Millás. De entrada se manifestaba contrario a la «censura» del libro, pero dejaba ver que su crítica literaria tenía mucho que ver con la posición política de la editora.

Si la discusión respecto a *Todas putas* es si debe prohibirse su publicación, conviene apresurarse a manifestar que no. Pero tampoco debe prohibirse el derecho a criticar el libro ni a poner en evidencia el entorno político de su editora, que, quizá por una coincidencia desgraciada, se ha mostrado históricamente tibia a la hora de condenar la violencia de género.[14]

Para Millás era muy importante destacar que «el cuento» (no habla del resto de los relatos) era muy malo porque necesitaba justificar una comparación muy arriesgada, según la cual Migoya escribía ficción sobre la violación por el mismo motivo que un simpatizante de ETA haría ficción sobre atentados terroristas.

Se me ocurre un ejercicio de ficción tan defendible como los que aparecen en *Todas putas*: supongamos que un simpatizante de ETA publicara un cuento cuya acción se redujera al asesinato de concejales del PP y del PSOE por parte de su protagonista. Imaginemos que el autor calificara de muy sano el odio a esos partidos políticos [...] Mientras no nos demos cuenta de que las mujeres son al misógino lo que el español al etarra [...] las mujeres continuarán cayendo como moscas (cincuenta, casi, en lo que va de año).[15]

La sugerencia de que Hernán Migoya, Miriam Tey y, por extensión, los lectores de *Todas putas* eran cómplices de los asesinatos de mujeres nos obliga a preguntarnos por qué extraño motivo siguieron produciéndose asesinatos y violaciones con una frecuencia escalofriante mucho después de que Tey abandonase el cargo y de que Migoya empezara a escribir novelas de niños raros y zombis y se fuera despavorido a Perú. Pero en ese momento no pensaba en Perú, sino que acababa de volver a España. Él, que era un perfecto desconocido en este mundillo de los escritores, empezó a leer lo que se había dicho sobre su libro y se vino abajo. ¿Realmente era tan malo? Por lo menos era empático y se preocupaba por los demás: sabía que la campaña tenía como objetivo dañar al PP a través de Miriam Tey, y que él y su libro eran víctimas colaterales. Sin embargo, surgían voces más templadas. Elvira Lindo apenas se refería al libro, pero estaba escandalizada por la capitalización política que el PSOE había hecho del asunto y por el grado de crueldad de la masa enfurecida. Incluso se ponía a sí misma como blanco en un acto de valentía.

Si quieren cambiar algo, señores políticos, cambien la realidad, y dejen la ficción en paz. Soy mujer, nunca votaré al PP, pero estoy entre el elevado número de indecisos. Por incoherencias como esta. Ahora, línchenme a mí también.[16]

Además de Lindo, Empar Moliner ponía el dedo en la llaga sobre la evidente falta de sustrato lector que había tras las críticas más virulentas.

Entre las reacciones más destacables contra Migoya están las de algunas estrellas de la comunicación, que alegan no poder opinar porque no han leído el libro, pero que les molesta la «provocación fácil» del título.[17]

Joan Barril también había dedicado la contra de *El Periódico de Catalunya* a su defensa:

No creo que un libro en que se narre una violación desemboque en el aumento de ese delito. La realidad está antes que la ficción. Sade, al manicomio. Nabokov podría ser acusado de pederasta [...] En este país puede editarse *Mein Kampf*, de Adolf Hitler, pero exigimos que se retire un libro de cuentos. Un pellizco a Aznar no vale una paliza a la libertad de imprenta.[18]

También protestaron contra el linchamiento Antonio Muñoz Molina, Juan Manuel de Prada y Pere Gimferrer, pero ya no importaba. Las eurodiputadas socialistas Elena Valenciano y Soraya Rodríguez —a la torpeza verbal de Valenciano le debemos el artículo que más desacomplejadamente presenta el verdadero motivo de la polémica— habían denunciado en la Comisión Europea al Gobierno de Aznar, que se negaba a destituir a Miriam Tey. La editora, superada por los acontecimientos, acorralada por tantos fuegos, sin más apoyo que el de algunas voces aisladas que no siempre la defendían a ella, había tomado ya una decisión: paró la distribución del libro. La censura había vencido una batalla con la ayuda de un gran número de intelectuales, que luego abominaban en sus libros y artículos del yugo que pesó sobre los literatos durante los cuarenta años de la dictadura de Franco.

Para cuando llegamos a esta parte de la historia, Hernán Migoya y yo hemos pagado la comida, hemos liberado a los camareros de la pesadilla de nuestra conversación —en la que ha habido espacio para la risa, el insulto a los prebostes y el desahogo— y hemos salido a pasear hacia el Arco del Triunfo. Es entonces cuando al autor se le dibuja en la cara una expresión de fracaso. «Me sentía muy solo —confiesa—. Lo peor de todo es que mis traumas y mis inseguridades, que tengo a puñados, me habían minado la moral por completo. Desde entonces he notado como la gente se pegaba un susto cuando, en una fiesta, averiguaban quién era yo. Notas el estigma encima de ti y no sabes qué hacer para quitártelo de encima. En unos días había pasado de estar en Cannes disfrutando del cine y de la Costa Azul, creyéndome que era un escritor, a quedarme sin libro mientras un montón de hijos de perra se cebaban conmigo y me despreciaban en la prensa. No te puedes imaginar lo que es.»

Pero sí que puedo. El desprecio es lo que más le duele a cualquier escritor. Subido a la grupa de los movimientos de censura, es el desprecio quien maneja siempre las riendas. Desprecio a la obra, a la literatura, a la libertad creativa de un autor cuyo mundo interior trata desesperadamente de salir de su cabeza en forma de libro. Cuando un grupo de personas decide que un individuo no tiene derecho a escribir algo, o que ha de arrepentirse de haberlo escrito, las acusaciones injustas no pesan tanto como el desprecio con

que se manifiestan. Migoya estaba convencido de que no era un apologista de la violación ni un maltratador de mujeres, pero no sabía si era un buen escritor o una basura. Su tendencia a la paranoia se cebó con él. Me cuenta que, a su juicio, su mayor error fue quedarse callado, rechazar entrevistas porque era incapaz de defenderse de tantas barbaridades. La vieja timidez estaba dándole malos consejos: «Espera bajo las mantas a que pase la tormenta, querido Hernán». Y Hernán le hizo caso a la timidez y en consecuencia se deprimió, y dudó de si podría volver a escribir algo más, ni que fuera para sí mismo. Pero entonces, el 8 de junio de 2003, Mario Vargas Llosa aparecía en escena subido a un caballo blanco. ¿Era una señal de que el consuelo habría que buscarlo en Perú muchos años después?

Lo primero que cabe concluir de este episodio es que quienes, por oportunismo, hipocresía o simple ignorancia se precipitaron a blandir el libro de cuentos *Todas putas* como un garrote contra Miriam Tey y el Gobierno que la nombró tienen una idea de la literatura que coincide milimétricamente con la de los regímenes autoritarios — clericales, comunistas y fascistas—, para los que el quehacer literario debe ser sometido a una rigurosa censura previa a fin de impedir que ciertos textos disolventes, inmorales o violentos causen estragos en los incautos lectores, convirtiéndolos en subversivos, terroristas, asesinos y perversos. Detrás de esta concepción ingenua y confusa de la manera como las ficciones de la literatura influyen en la vida hay, en verdad, un miedo pánico a la libertad.[19]

En su piedra de toque, Vargas Llosa no se limitaba a criticar a los linchadores, contra los que arremetía con toda la fuerza imaginable ridiculizando sus argumentos uno por uno. La emprendía a golpes con la hipocresía de esos escritores que habían repetido como loros la mentira de que el relato «El violador» era una apología, sí, pero también defendía el texto de Migoya. Hablaba de él en términos de obra literaria casi por primera vez en todo el proceso, y además lo sentaba junto a los grandes. Aparecían citadas obras como *Tirant lo Blanc*, *El Quijote*, *La Celestina*... Vargas Llosa sacaba estos títulos de la estantería para pegar con ellos a quienes habían asegurado que la moral de la época debe prevalecer por encima de la literatura. Aquel domingo, con el ejemplar de *El País* temblando entre las manos, en medio de la calle, Hernán Migoya se puso a llorar por primera vez desde que había comenzado el auto de fe.

LAS CONSECUENCIAS

«Lo de los censores es cobardía, no es falta de inteligencia —me había dicho Migoya ante su plato lleno de comida. No era capaz de comer. Tenía demasiadas cosas que sacarse de dentro como para meterse algo en el estómago—. Hay gente que es idiota y que apoya las cruzadas y las quemas en la cruz por estupidez, sí, la hay; pero estoy seguro de que el 80 por ciento de los que me atacaron a mí por escrito lo hacían para ponerse ellos medallitas, como defensores de lo justo. Es mucho más fácil estar de ese lado que del lado de la inteligencia. Tienen miedo de que, si no te destrozan, algo les pueda salpicar a ellos. Todos los adalides de la justicia, todos los Juan José Millás del mundo, fueron a una por este motivo. No sea que alguien fuera a llamarlos machistas a ellos por quedarse a un lado.»

Es linchar para salvarse, una unión apresurada —y frecuentemente irracional— de los justos contra el presunto criminal que simplemente dejó unas palabras por escrito. Será una clave central para entender los procesos de la poscensura. Pero terminemos de ver cómo cae Migoya... y cómo se levanta.

Al día siguiente de nuestra entrevista, presentó su nueva novela, *Deshacer las Américas*, en la primera planta de la librería La Central del Raval de Barcelona. La sala estaba llena, la prensa había acudido; obviamente no toda ella. Álvaro Colomer, un periodista afable y desprejuiciado, paseaba con su fotógrafo entre los invitados. En su crónica de sociedad se referiría al escándalo como agua pasada. ¿Era agua pasada? En parte. Presentaron el libro los periodistas Lucía Ramis y Víctor Amela, y se limitaron a comentar la nueva obra. Migoya estaba exultante, contento y valiente. Hablaba sin complejos de sexo, de cómo las lectoras peruanas y las españolas se toman de manera radicalmente distinta las marranadas que hace su personaje. Parecía haber vuelto la despreocupación con la que se presentó al mundo literario antes del escándalo. Volvía a hablar de lo que le apetecía hablar, como haría un hombre inocente.

Después del artículo de Vargas Llosa, algunos de los linchadores hicieron «el *moonwalker*», en palabras de Migoya, pero el escándalo político continuó

por otros derroteros. El libro que había sido retirado volvió a las librerías. *Todas putas* se convirtió en un best seller con más de cincuenta mil ejemplares vendidos. Sin embargo, Miriam Tey vio cómo su carrera política quedaba destruida y no se iba a recuperar, y su editorial no duró mucho más tiempo. Estaba marcada por el estigma, de mujer machista, como lo estaba Migoya pese a que la polémica lo hubiera hecho famoso. Pero la fama es traidora y tiene alzhéimer. El resto de las novelas de Migoya regresaron a la horquilla de ventas normal para los escritores españoles. En los cócteles pijos y esnobs de la literatura barcelonesa, su presencia no siempre sería bien vista. Salvo Elvira Lindo, la mayor parte de sus defensores no le siguieron la pista. Volvía a ser la celebridad del cómic *underground*, venido del cinturón industrial a la gran ciudad, que se convierte automáticamente en un pringado entre los hijos de la *gauche divine*.

El 29 de septiembre de 2003, en el Senado, a petición del grupo parlamentario CiU, se exigía la comparecencia de la directora del Instituto de la Mujer para «informar sobre la publicación por parte de la empresa El Cobre Ediciones, S. L., participada por aquella, del libro *Todas putas*, del escritor Hernán Migoya, y de su posterior retirada».[20] En aquella comisión había otra manifestación de la nueva censura: no se iba a debatir si había que censurar o no el libro, sino que se iba a lanzar un mensaje disuasorio sobre futuras publicaciones en el sector editorial español.

Las actas de aquella comisión están publicadas hoy en la web personal de Hernán Migoya y pueden consultarse allí. Cabe resaltar que la actitud de Miriam Tey durante su discurso reveló su inexperiencia política. Tey se dirigió a quienes pretendían hundirla como Bulgákov se dirigía a Stalin en sus cartas, o como Lenny Bruce trataba de hacer entrar en razón al juez que lo iba a condenar:[21] exponiendo honestamente sus razones y motivaciones, convencida de que existe la posibilidad de hablar con sensatez porque sus motivos serán escuchados y, en todo caso, rebatidos con argumentos. La respuesta de Mercè Pigem Palmés (CiU), que la había convocado por el asunto de *Todas putas*, fue verdaderamente comprensiva. Pigem escuchó con atención a Tey y, aunque le expresó que el libro le había disgustado y que la misión de la directora del Instituto de la Mujer era velar por los mensajes positivos, reconoció que Tey había expuesto el caso con honestidad y

aportando mucha información. Pero mientras Miriam Tey se dirigía a la comisión, la señora Teresa Riera Madurell (PSOE) repasaba su discurso, y quizá valoraba qué palabras tenía que recalcar con el tono de voz para que su diatriba, escrita de antemano, sonase más contundente.

Las elecciones estaban a la vuelta de la esquina. *Politics as usual*.^[22]

TEY: No dudo sobre su preocupación sincera por la polémica que ha despertado este libro, ni presupongo que tampoco vayan a poner en tela de juicio la libertad de expresión. Sé que se mostrarán con la seriedad y el rigor con los que siempre han trabajado por la reivindicación de los derechos de las mujeres, trabajo por el que ya les he expresado mi mayor respeto y admiración. [Publicamos el libro] con el absoluto convencimiento de que contiene una carga de denuncia implícita muy dura, que de forma esperpéntica y haciendo uso de una caricatura monstruosa solo podía llevar al humor negro o a la indignación moral.

RIERA: Usted sabe [...] que una y otra vez hemos pedido su cese en los últimos tiempos. Hoy tengo que decirle que [...] hemos estado reflexionado sobre la conveniencia de venir a esta sesión y finalmente hemos decidido acudir únicamente para poder decirle en persona lo que pensamos [...] ¿Cómo puede decir o pensar que un libro como el que nos ocupa se trate de un libro que defiende a las mujeres? [...] Con todas estas afirmaciones lo que hizo fue incrementar el malestar de las mujeres y también de los hombres, porque las mujeres no queremos que se defiendan nuestros derechos como usted hace en su libro.

Así que Miriam Tey ni siquiera estaba dentro del colectivo de las mujeres. Ni siquiera sabía lo que «queremos las mujeres»; de hecho, hacía lo contrario con «su libro». Apuntemos este tipo de argumentación —excluir del colectivo a la persona que se pretende atacar para romper los posibles puentes de empatía que otros miembros del colectivo podrían sentirse tentados a cruzar— y pasemos página. Después de aquella comisión, la polémica volvió a saltar por los aires. A partir de ese momento, empezó su decadencia. Recibió una orden directa que la obligó a destituir a la directora del programa de Educación y Cultura, Ana Mañeru, pero la prensa la acusó de hacerlo por manifestar sus opiniones contra *Todas putas* y la propia Tey.^[23] Noventa trabajadores de la institución firmaron un manifiesto contra Tey. El 8 de noviembre, el Defensor del Pueblo emitió un comunicado en que afirmaba que la publicación del libro era un acto «desafortunado».^[24] La polémica parecía no acabar nunca, pero Miriam Tey terminó la legislatura y siguió en el cargo

hasta que Zapatero ganó las elecciones. Una de las primeras decisiones de la nueva secretaria general de Políticas de Igualdad, Soledad Murillo, fue reincorporar a Ana Mañeru. Con el PSOE en el Gobierno, el libro volvió a las librerías sin que se renovase el escándalo y, como ya hemos dicho, vendió cincuenta mil ejemplares sin que las violaciones aumentasen ni se multiplicaran los casos de pederastia. Pero los tiempos estaban cambiando. La *Lolita* de Kubrick se había estrenado en 1962 sin levantar especiales ampollas; sin embargo, la versión de Adrian Lyne de 1997 (protagonizada por Jeremy Irons) estuvo a punto de ser retirada de la circulación por las manifestaciones virulentas que despertó. Se acusaba a esta película de ser, adivina usted bien, una *apología* de la pederastia. Para entonces el fenómeno de la corrección política era normal en Estados Unidos.

Pese a todas las motivaciones políticas y electoralistas que hubo tras el caso Migoya, habíamos descubierto adónde puede conducir la indignación de la ciudadanía si se maneja con habilidad, y qué poco criterio demuestran tener enormes grupos de personas ante acusaciones categóricas como las de machismo o misoginia. Sin saberlo, acabábamos de ver ante nuestras narices el primer truco de manos de un peligroso aprendiz de brujo, la poscensura, que pronto contaría con una varita mágica de tamaño descomunal.

Mientras tanto, muy lejos de España, en una habitación de la Universidad de Harvard, un estudiante de informática de cerebro portentoso y carácter antipático acababa de tener una idea que cambiaría las relaciones sociales a escala planetaria. El 4 de febrero de 2004 se registró el dominio www.thefacebook.com.

SEGUNDA PARTE
La poscensura

Qué es la poscensura

El caso de Hernán Migoya fue una excepción durante la democracia y a la vez un primer episodio de lo que más tarde sería la poscensura. Este fenómeno se alimenta del caudal de tres ríos que confluyen en la sociedad del siglo XXI: las redes sociales, la crisis de legitimidad de la prensa y una combinación de corrección política y guerras culturales, que son las dos formas en que se manifiesta en la esfera pública el conflicto entre las identidades colectivas en el tiempo posterior a la Guerra Fría.

Para 2015, la transformación que había sufrido la sociedad debido a la tecnología era una realidad evidente. Convivimos con personas y con sus perfiles en red, y al mismo tiempo nuestra identidad se divide entre el yo auténtico y nuestra «marca personal». Es decir, vivimos a la vez en dos niveles diferentes, el offline y el online, donde desarrollamos personalidades distintas entre las que se establece una simbiosis que con frecuencia se convierte en parasitismo contra el individuo real. En este mundo desdoblado, la libertad de expresión resulta menos arriesgada en el plano offline que en el online. El tipo de bromas y opiniones que se relativizan por el afecto en una conversación de bar, se vuelven peligrosas en el plano de la red social. Es como si todos viviéramos un poco en ese infierno que llaman «fama». Identificados con nuestro nombre, perseguidos por nuestras propias palabras, con frecuencia nos encontraremos con que la personalidad online ha parasitado a nuestro verdadero yo.

Cuando las redes sociales empezaron a funcionar, ni siquiera se calculó que se volverían tan rentables, así que fue imposible prever de qué forma

sacudirían las estructuras de la sociedad. Si rastreamos los motivos de su invención, nos sorprende encontrar una mezcla de rastas, porros y cerveza barata junto con la noción de utopía de los programadores informáticos, que creían que marchábamos hacia la cultura libre y el enriquecimiento mutuo de la mente en una constelación de las opiniones distintas.^[1] Pero resulta que esos ingenieros geniales no aplicaban la más mínima base humanística a sus inventos. Cito de memoria al matemático Ian Malcolm (Jeff Goldblum), de *Parque Jurásico*, cuando dice que «se obsesionaron tanto preguntándose si podían hacerlo que no se pararon a pensar si debían», porque esta frase, exacta o aproximada, es la crítica más concisa que se me ocurre en este momento contra la evolución de la tecnología informática de la última década y media.

Las redes sociales no fueron una respuesta a las necesidades de la humanidad, sino un reto de informáticos con tendencia a la misantropía, cuyo invento se salió de madre. Pusieron la herramienta al alcance de todo el mundo, y la auténtica naturaleza humana, baqueteada por el pánico, la inseguridad y la soledad, la transformó en el vehículo que transmite más velozmente los sentimientos de ofensa e indignación. En lugar de responder a una necesidad, las redes sociales conectaron con miedos profundos del ser humano. Encontraron en estos miedos su gasolina. Eran una herramienta manejada por nuestra carencia, así que resultó imposible de controlar.

Según la metáfora de Zygmunt Bauman, el tránsito del capitalismo liberal al capitalismo financiero transformó a la sociedad en un flujo líquido, donde las relaciones dejaron de ser estables y se volvieron transitorias. Las corporaciones matrices de las redes sociales, según Andrew Keen, son asimismo el decantado más puro del pensamiento neoliberal. Para estas empresas, el cliente no es una persona a la que se le presta un servicio y la sociedad no es un bien colectivo que hay que cuidar, sino que cada usuario es una cabeza de ganado en la inmensa granja de información que es la sociedad. Inmunes a opiniones como las de Andrew Keen, los directivos de las redes se han hecho con un poder que habría sido la envidia de los estados represores clásicos. Pese a la palabrería *new age*, los jefes de las redes sociales han descuidado el papel que desempeñan en las democracias para volcarse en la consecución de unos objetivos exclusivamente económicos.

A modo de ejemplo, Keen menciona los experimentos sobre las emociones que llevó a cabo Facebook sin el consentimiento de miles de cobayas humanas. Se programó la pantalla de inicio de grupos de usuarios elegidos al azar para que vieran solo publicaciones tristes o publicaciones alegres, a fin de investigar los cambios en su estado de ánimo. Este experimento ilegal concluyó que el estado anímico del individuo es muy permeable a lo que Facebook le muestra, lo cual preocupa sobre todo si pensamos en la influencia que una empresa de estas características puede tener en unas elecciones democráticas.

Ya hemos visto dos patas de la poscensura: la crisis de legitimidad de la prensa (volveremos a ello más adelante) y el influjo de las redes sociales (que en adelante aparecerá constantemente). Ahora veremos un caso, el de María Frisa, y después profundizaremos en la mezcla explosiva del pensamiento políticamente correcto y la guerra cultural.

El caso Frisa: ¿quién es juez?

Menuda vergüenza de ser humano. Ojalá el tiempo te ponga en tu lugar, Maria Frisa.
[1]

Hasta el verano de 2016, María Frisa era una escritora de literatura infantil tocada por la suerte y la fortuna. Se había deslizado con agilidad hasta un público que, según dicen, es muy poco aficionado a los libros, y lo había logrado porque se saltó a la torera las barreras de la pedagogía. Sus novelas infantiles eran irreverentes y gamberras. Conectaban con las preocupaciones de esos monstruos de envergadura reducida que la biología llama «preadolescentes». Sara, la narradora, era como ellos. Un personaje que les hacía sentir identificados porque hablaba en su idioma, sin paños calientes. Si había una enseñanza en sus historias, era la que la narradora extraía tras cometer muchos errores y hacer alguna barbaridad. Gracias a la voz de Sara, la serie de novelas *75 consejos* había catapultado a María Frisa a la fama. Pero una tarde de julio, siete entregas y más de cien mil ejemplares después, todo lo que la escritora había conseguido estuvo a punto de arruinarse.

Lo peor es que, hasta hace unas horas, recordaba *75 Consejos* de María Frisa como un libro gracioso que me gustó hace años. Alienación máxima.[2]

La crítica especializada había comparado *75 consejos* con *Huckleberry Finn*, *Manolito Gafotas* y sobre todo con *El diario de Greg*, de Jeff Kinney, porque los libros de Frisa, sencillos desde el punto de vista literario, recuerdan a las anotaciones de un púber o una de esas conversaciones de WhatsApp repletas de emoticonos que hierven en los teléfonos de los más

pequeños. Disfrazadas de autoayuda infantil, repletas de consejos que nadie debería tomarse al pie de la letra, las novelas se recrean en los problemas de los críos que empiezan a transformarse en adolescentes. Están por tanto llenas de romances patéticos, celos feroces, injusticias, acoso escolar, inseguridad física, traiciones y un toque de melancolía.

Esta señora es la que escribe estos montones de mierda para niñas. @Mfrisa. María Frisa.[3]

La red social Leoteca se convierte en un infierno cuando un escritor de literatura infantil se pasa de moralista. Allí, niños reales ejercen una crítica literaria despiadada y sincera, sin medias tintas, pero los libros de Frisa cosechaban reseñas de este calibre: «Me ha gustado un montón, aunque solo se lo recomiendo a las chicas porque el libro cuenta cosas de NOVIOS»; «Me encanta porque dice los problemas que de verdad puede tener un niño en la escuela»; «ME ENCANTA ESTE LIBRO. ES SUPER ENTRETENIDO E INGENIOSO»; «Muy chulo, en algunas partes es un poco frustrante pero siempre acaba bien. Lo recomiendo 100%».

75 consejos poseía algo de lo que carecen buena parte de las obras destinadas al público infantil: franqueza, complicidad y despreocupación. Cero hipocresía y cero condescendencia. Escrito para niños y niñas sin distinción, aunque finalmente hubiera arrasado más entre estas últimas porque su protagonista es femenina, no hay en sus páginas ningún diminutivo que no sea irónico y despectivo.

@Alfaguara_es ha retirado ya la apología a la sumisión y al *bullying* de María Frisa??[4]

Naturalmente, Frisa había recibido algunas críticas negativas. La desenvoltura y franqueza de su narradora eran demasiado para algunos padres. Frisa me dijo que, hasta la polémica, solo había tenido problemas con algunos de colegios religiosos, donde se prefiere a otros autores obsesionados con educar, que usan la novela como herramientas para inyectar moralejas y lecciones edificantes. Les disgustaba que Frisa lanzase a Sara a los leones. Su protagonista se equivoca, fracasa y sabe reírse de sí misma. El colegio es una

dictadura para ella, sus padres son algo así como la Stasi, sus hermanos aparecen como seres inferiores y molestos. Pero ¿no es así la vida para muchos niños? Sara lanza sus consejos para sobrevivir al colegio, a los exámenes, a las extraescolares. Habla sin tapujos de la tiranía de la infancia e insulta a quien tiene que insultar. Creo que, si no emplea las palabras brutales que uno oye cuando pasa cerca de un patio de instituto, es solo porque las editoriales de literatura infantil temen que los padres se espanten si publican algo escrito en el lenguaje que usan los niños cuando ningún adulto los está escuchando.

¿En serio? Lo triste es que hayan dejado publicar semejante cosa... #MariaFrisa #Librodemierda[5]

Durante cuatro años de éxito, las escuelas habían estado invitando constantemente a Frisa para que leyera sus libros en voz alta ante los niños, que reaccionaban con entusiasmo. Se sentían cómodos con ella porque no es uno de esos adultos que siempre los están juzgando y sermoneando, sino una colega mayor, como la tía que consiente los caprichos, con una forma de hablar muy lanzada e ingeniosa y mucho interés por saber lo que piensan ellos. Complacidos, los niños compartían sus problemas con la escritora, y las historias retorcidas que le contaban, atravesadas por sus puntos de vista sorprendentes sobre la vida, le daban más material para escribir. «Yo tengo hijos y me encanta hablar con los críos, buena parte de lo que he escrito en la serie de *75 consejos* está sacado de ahí», me dijo Frisa en la cafetería de la estación de trenes de Zaragoza dos meses después de su linchamiento público. Así es como arranca el primer libro de la saga, *75 consejos para sobrevivir al colegio* (2012):

Cuando tienes doce años, LA VIDA PUEDE SER BASTANTE PENOSA.

Encima, tus padres están en una etapa muy delicada, porque son realmente viejos —¡a veces tienen incluso más de cuarenta años!—, pero se empeñan en creerse jóvenes, y eso siempre causa problemas.

Te toca soportar cantidad de castigos o broncas injustas, y no por cosas que hayas hecho tú, NO, sino porque a tu padre se le cae el pelo o porque tu madre no puede abrocharse un pantalón. ¡Puaggg!

Encima, por si no fuera bastante aguantar a tus padres, los imbéciles de tus

hermanos pequeños se dedican todo el día a espiarte, a chivarse de lo que haces, a buscar la manera de fastidiarte, a dejarte en ridículo delante de tus amigos con sus chorradas, a estropear tus cosas preferidas...[...]

Esperas un poco de tranquilidad y resulta que justo en la mesa de detrás se sienta la arpía de Rebeca, que se cree la reina del mundo porque está superescuálida. Rebeca tiene tres entretenimientos: hacer circular por toda la clase notas en las que me insulta, pegarme papelitos en la espalda y quitarme a los chicos que me gustan.[6]

Ayúdanos a denunciar este tipo de «libros» (aberraciones más bien)[7]

El estruendo se desató un sábado. Hasta las tres de la tarde estaba siendo un buen día para María. Sus amigos abarrotaban su casa y hacían tiempo hasta que estuviera preparada la paella. El cielo de Zaragoza se mostraba claro, de un color blanquecino con ribetes metálicos, pero el calor no llegaba a ser asfixiante porque tragaban cerveza helada y reían despreocupadamente mientras las niñas trasteaban en la habitación; a saber qué estarían haciendo. Pero, a partir de las tres y media, el móvil de Frisa empezó a pitar. Le echó un vistazo y comprobó con sorpresa que era la aplicación de Twitter. No acostumbraba a usar esta red social en la que apenas tenía seguidores, así que creyó que a su móvil le pasaba algo raro. Miró de reojo la pestaña de notificaciones. Había decenas. Nunca había visto nada parecido. ¿Le habrían dado un premio? Era la hora de las noticias de la tele, ¿y si...? Pensaba esta clase de cosas porque era una escritora con la conciencia tranquila.

Margina amigas «feas», haz bullying, compite por novio aunque no sea quien te gusta. Lo dice María Frisa #denunciable[8]

Como dice el poeta Aleix Mora, «en una sociedad infantilizada, Twitter es el reino de los acusicas». Al leer algunos tuits, Frisa empezó a sentirse muy incómoda. Todas las víctimas de linchamientos digitales con las que he hablado describen sus primeras sensaciones con las mismas palabras. Primero, un ligero nudo en el estómago, y tras otro vistazo al móvil algo parecido al vértigo. Internet crea una interferencia entre ellos y el mundo real. Son los dos niveles de la vida contemporánea solapándose con violencia. El día es claro, la cerveza está fría, los amigos conversan pero sus voces

empiezan a sonar lejanas, como si el ruido mudo de las redes sociales estuviera arrastrándote a otra parte. Sucede cuando una jauría rodea a tu álter ego digital. Le están haciendo preguntas sarcásticas a toda velocidad, le insultan, hablan de él como si lo conocieran, o como si saliera por la puerta de los juzgados con una condena criminal. La muchedumbre de desconocidos, decenas al principio, centenares unos minutos más tarde, persiguen a ese ser con una arroba delante de tu nombre, tu perfil social, mientras tú tratas de seguir con tus cosas. Pero no puedes. Aquella tarde, María Frisa trató de mirar a sus amigos para volver al mundo real, pero en el mundo real era su móvil lo que seguía piando.

Me he quedado tonto. María Frisa... ¿qué demonios te pasa por la cabeza?[9]

Se propuso apagar el teléfono pero una fuerza extraña se lo impedía. En ese momento, su hija de dieciocho años bajó corriendo de la habitación seguida por sus amigas: «¡Mamá, qué fuerte, eres *trending topic*!».

Twitter no es una masa uniforme, no es un ágora. En Twitter, los usuarios se siguen unos a otros según sus intereses y sus visiones del mundo. Twitter, tan moderno, está en realidad lleno de aldeas y capillas. Lo que lee allí un católico son publicaciones sobre santos y vírgenes, mientras que un comunista encuentra consignas leninistas y banderas revolucionarias. Para que unas palabras lleguen a *trending topic*, basta que se repitan con frecuencia durante un par de horas en una de estas aldeas. Así es como Twitter nos avisa de los temas interesantes del día. ¿Interesantes para quién? Cuando hay partido es como si solo existiera el fútbol. Aquella tarde de sábado, una multitudinaria red de adolescentes feministas había logrado que María Frisa se convirtiera en uno de los temas calientes. El efecto del *trending topic* es que personas de otras aldeas se ponen a curiosear. ¡Mirad lo que dicen en Villa Abajo!

@MFrisa Tú eres la María Frisa que ha escrito el libro de cómo sobrevivir al colegio? disculpa pero crees que decirle a una niña de 12 años que tenga novio, que está bien que sea celoso y que haga *bullying* es ético? Porque a mí me parece entre demencial y repugnante.[10]

Había sido una chica de la edad de la hija de Frisa quien había iniciado lo

que iba a ser un linchamiento, aunque su intención no era esa. Su nombre de guerra era @YaraCobaain y había publicado este tuit, que empezó a correr como un reguero de pólvora:

Estas son ALGUNAS PERLAS del libro *75 Consejos para sobrevivir al colegio* escrito para NIÑAS de 12 años.[11]

Adjuntaba unas fotos del libro donde se leía:

Inconvenientes de tener novio: no puedes fijarte en otros chicos delante de él, porque se pone celoso. Aunque eso, alguna vez, es bueno. No puedes vestir mal por si acaso no le gustas. No puedes salir con más chicos porque sales con él.

Ya sé que puede parecer un poco cruel, pero piénsalo despacio. Esto es imprescindible para sobrevivir en el colegio. Siempre, siempre tiene que haber alguien con quien meterse: mejor que ese alguien no seas tú. Sí, es una pena que tenga que ser tu mejor amiga, pero... ¿prefieres que se metan contigo?, ¿en serio? El colegio es una cárcel (tiene hasta los barrotes) y hay que conseguir sobrevivir como sea.

Meses más tarde, Yara Cobaain y yo mantendríamos una conversación por email. Cuando le envié mis preguntas, me dio acuse de recibo pero me escribió también en privado por Twitter: «Te respondí por mail, pero bueno, te lo digo por aquí que hasta parece más cercano... jajaja». El comentario denotaba algo más importante de lo que parece. Yara, que tiene dieciocho años y es estudiante de Forestales, pertenece a una generación que encuentra frío el email, esa que llaman Z, cuyos miembros utilizan Twitter, Snapchat e Instagram sin parar, no como una red social donde se emiten opiniones sino como una extensión de su propio mundo.[12]

Aquel sábado, Yara estaba en casa de su novia, cuya hermana, una niña de nueve años, apareció presumiendo del libro de María Frisa. Yara le echó una ojeada y se quedó estupefacta. Cuando dio la voz de alarma, los padres de su novia le quitaron el libro a la hermana pequeña. Animaron a las chicas a que lo denunciasen en Twitter. Las decisiones se tomaban en caliente. La condena contra María Frisa se gestó así, en cuestión de minutos, en una casa donde unos padres escandalizados creyeron que su hija pequeña había estado leyendo un libro que animaba a mentir, a buscar novio y a acosar a sus compañeras de clase. Con el apresuramiento típico de un adolescente que ha

descubierto una injusticia, Yara publicó su famoso tuit y a continuación añadió otros con más ejemplos sacados del libro:

No queda ahí la cosa, no solo fomenta el machismo y el *bullying*, también la desobediencia a los padres con consejos como: «No obedezcas nunca las órdenes en cadena a la primera». «No dejes que sean tus padres los que elijan [*sic*] el colegio». También aconseja a las niñas a mentir para conseguir sus objetivos. «Si quieres que tus padres te compren algo diles que lo necesitas para el colegio.» «No decir toda la verdad no es mentir.»

Retuitearían su primer mensaje más de quince mil veces en unas pocas horas. Yara no estaba acostumbrada a este volumen de interacción. No había leído más que los consejos —irónicos en su contexto— con los que Sara interrumpe la narración cuando escribió el tuit. Aquello le había parecido suficiente para denunciar el libro ante el jurado de las redes sociales. «Mal hecho, reconozco que debería haberlo leído antes por completo, así que, en cuanto vi la velocidad en la que se viralizaba el tweet, comencé a leérmelo, me llevó dos horas... y la verdad es que tenía el mismo pensamiento habiendo leído solo los consejos que después de leerlo entero.» ¿Estaba Yara convencida de esto cuando me lo dijo, meses más tarde? Según ella, el libro de Frisa no es una sátira. Tampoco le parece relevante que la narradora sea un personaje de ficción. Que Alfaguara no retirase el libro de inmediato le resulta intolerable, pero Yara no me pareció una fanática ni una inquisidora. Me cuenta que sufrió acoso escolar de pequeña, le gustan las chicas —lo cual suele traer problemas todavía— y es una joven muy sensibilizada con los problemas de género. No es la única. En Twitter bulle una comunidad enorme de jóvenes como ella. Chicos y chicas de una generación que considera que el mundo está atrasado —como todas las generaciones a esa edad— pero que tiene a su disposición un arma poderosa, donde sus reivindicaciones pierden el contexto de la edad y dejan de ser una discusión adolescente. En Twitter se oculta la edad. La queja de un adolescente puede llegar a la prensa como si fuera la protesta de la sociedad bajo titulares engañosos estilo «ARDEN LAS REDES».

El mayor éxito de la poscensura es hacernos creer que no existe. ¿Era Yara consciente de que pidieron la censura para un libro o lo vio de otra manera?

«Muchos padres habrán comprado ese libro sin ni siquiera leer en la solapa. Y quizá tu hijo lo lea y mañana vaya a clase y decida meterse con alguien porque “siempre hay que tener con quien meterse”. No sé si me explico, hay sectores más sensibles, a veces la censura es necesaria.»

Cuando le pregunto qué libros odia, Yara me responde que las historias de amor porque «muestran amores utópicos con lo que no estoy de acuerdo y contra los que lucho. Rechazo la idea mujer-hombre, él trabaja, ella limpia y cuida a sus hijos, celos, maltrato psicológico, chantaje», escribe de un tirón. En cambio, sus lecturas favoritas son libros de autoayuda, así que me pregunto: ¿censuraría Yara tres cuartas partes de la literatura universal? ¿Es posible que, además, fallase al interpretar el libro de Frisa? Muchos iban a perseverar en esta interpretación literal. Un par de horas después del tuit, apareció en la red solidaria Change.org una petición para que Alfaguara retirase el libro. Venía firmada por un tal Haplo Schaffer.

ALFAGUARA, RETIRAD EL LIBRO «75 CONSEJOS PARA SOBREVIVIR EN EL COLEGIO» DE MARÍA FRISA

El libro *75 consejos para sobrevivir en el colegio* está plagado de consejos tóxicos de todo tipo para niñas de seis a doce años, que destacan por su machismo, incitación a la desobediencia, incitación al *bullying*, y otras aberraciones que no deberían ser enseñadas a una audiencia tan manipulable e influenciable. A continuación, algunos ejemplos:

Consejo 1: Que tu mejor amigo sea mucho, mucho más tonto que tú. Que sea lo más tonto posible.[...]

Consejo 10: Presta atención a la ropa que llevas el primer día de colegio.[...]

Consejo 12: Nunca admitas un error delante de tus enemigas, miente en todo lo que haga falta.[...]

Consejo 44: Sal con alguien, con quien sea.

Dado lo nocivo y los pobres valores expresados en este libro, exigimos su retirada inmediata. Penguin Random House/Alfaguara, es intolerable que este tipo de contenidos sean publicados, publicitados y difundidos. Actua YA.[\[13\]](#)

Por obra y gracia de la poscensura en 2016, la autora acababa de convertirse en una amenaza pública por un libro publicado en 2012. Yara se vio arropada por la multitud invisible de las redes sociales mientras María

Frisa empezaba a quedarse sola. Aquella tarde miró con incredulidad a sus amigos. No sabía si tenía ganas de reír o de llorar. Desde luego, ya no las tenía de comerse la paella. No quiso contarles nada. Le daba vueltas a lo que decía el móvil y trataba de quitarle hierro, de relativizarlo. Como era muy poco aficionada a Twitter, pensó que este tipo de cosas debían de ocurrir constantemente. Quizá su hija era la única que se daba cuenta de la madeja endiablada en la que se había enredado su madre. Como a las seis de la tarde el móvil seguía pitando, llamó a la editorial. La tranquilizaron: «¡Ya hemos visto, pero no te preocupes! De esto mañana no se acuerda nadie».

Pero a la mañana siguiente Haplo Schaffer había logrado tres mil firmas en su petición, y las adhesiones seguían aumentando. Frisa se angustió. Miraba compulsivamente Twitter y Change.org mientras los usuarios de Facebook le enviaban mensajes que llegaron a amenazarla físicamente. Uno decía que ojalá reventasen a patadas a sus hijos en el patio del colegio para que Frisa aprendiera lo que es el *bullying*. La autora compartiría en su perfil este otro mensaje, que reproduzco sin corregir, junto a la anotación «Estoy asustada»:

¿Como puedes aconsejar algo tan grotesco y inmoral a los niños? Si lo haces por tu voluntad es que eres la peor idiota del mundo, y si lo haces porque te lo imponen algunos, tienes tanta moralidad como una cerda. Vergüenza de idiotas inhumanos como tú. Pienso demandar tu tontería. Y no te preocupes que a nivel europeo habrá repercusiones.[14]

Reviso el perfil del autor, F. C., cuyos hijos, de unos diez o doce años, aparecen practicando kickboxing en una foto. ¿Podría convertirse F. C. en el linchado cualquier día por una foto como esa? Sin duda, porque la poscensura es arbitraria e implacable.

Pese a que los amigos de Frisa trataban de animarla, esto nunca es un consuelo para las víctimas de un linchamiento. Su personalidad online recibía golpes que la verdadera Frisa notaba cada vez con más contundencia. El domingo llamó de nuevo a la editorial y descubrió que habían empezado a tomárselo de otra manera. Le pidieron que esperase, que no dijera una palabra más en las redes. La gente de comunicación estaba buscando una forma de cauterizar la polémica, pero el lunes por la mañana ya eran siete mil los que exigían que se retirase el libro. ¿Y quiénes eran? ¿Quién era el juez? En aquel

momento, todavía adolescentes. Unas amigas de María con hijas de entre catorce y dieciocho años la llamaron por teléfono desde Madrid y Barcelona: «¡Oye, mira lo que dice mi hija: “El libro machista que fomenta el *bullying* y el maltrato”, y dicen que es tuyo!».

Pero la polémica estaba a punto de saltar a la prensa, que se haría eco de la acusación con titulares sensacionalistas sin contraponerle la versión de la autora y la editorial. «Solicitan la retirada de un libro destinado a escolares por su alto contenido ofensivo contra las mujeres» (*ABC*, 26 de julio); «Mentir, vestirse al gusto de un novio o meterse con alguien: los polémicos consejos de un libro para niñas en el colegio» (*La Sexta*, 26 de julio); «Piden la retirada de un libro destinado a niñas de 12 años por su incitación al machismo y al *bullying*» (*Antena 3*, 26 de julio); «Exigen la retirada de un libro que “denigra a las mujeres” e “incita al acoso escolar”» (*Público*, 26 de julio). La editora de Espasa, donde Frisa había publicado una novela para adultos el año anterior, la llamó entonces:

«¡Esto no nos ha pasado nunca! ¡Nunca!».

El miércoles 26 María Frisa era *trending topic* por tercera vez consecutiva y la petición de Change.org había superado las veinte mil firmas. El móvil seguía pintando sin freno. ¿Dónde esconderse de una multitud sin cuerpo que te persigue por todas partes?

Ay mira pero puede Maria Frisa irse a marte a publicar alli la mierda de libros machistas y misoginos para niñas de 12 años????[15]

El barullo enfurecido de Twitter había recorrido ya todas las televisiones, todos los periódicos y radios. La crisis de los medios de comunicación es una pieza clave de la poscensura. En la guerra por el clic, de donde provendrán los ingresos por publicidad de los medios, nadie quiere quedarse fuera. Nueve de cada diez noticias aparecieron sesgadas por la polémica, y los artículos de opinión se dividían entre la defensa y el atropello. En algún momento, empezó a proliferar la idea de que quizá convendría leer el libro completo, pero quienes iban a Twitter con este mensaje eran vapuleados por la multitud. Primera norma de la poscensura: no matizar. En su esquema moral todo se reduce a un blanco y negro, al débil contra el privilegiado, a la víctima contra el verdugo. María Frisa era un ser mezquino y todos los niños de España

habrían seguido indefensos de no ser por la justicia de internet. Este sentimiento vivificante animaba a todo el mundo a sumarse al linchamiento. Se habían asignado papeles muy claros porque, desde la óptica de la poscensura, la sociedad es un escaparate donde todos quedamos automáticamente «retratados» por unas palabras que la multitud tiene derecho a sacar de contexto. Con un interlocutor aislado es posible razonar, pero no con cientos que están convencidos de unos pecados y que se dan la razón unos a otros.

En esta ocasión, a diferencia del caso Migoya, los intelectuales estuvieron a la altura, pero en 2016 habían perdido todo el poder de convicción que conservaban en 2003. Mientras las redes ardían, periodistas y escritores como Daniel Gascón, Sergio del Molino, Elvira Lindo o Eduardo Laporte escribieron artículos en los que aseguraban que los niños no son tan idiotas como para no distinguir la ficción de la realidad, y acusaban a los firmantes de haberse tragado una visión sesgada que perdía todo el sentido si el libro se leía completo. Algunos firmantes de la petición se arrepintieron entonces de haberla firmado. Tomás Gil publicaba este comentario en la plataforma:

Tras reflexionar, creo que me precipité al firmar la petición. He actuado de forma emocional y no meditada. No he leído el libro, no he escuchado las opiniones sobre la narrativa del propio libro, creo que aquí se han confundido conceptos y me retracto en mi apoyo a la petición. Si supiera cómo retirar mi firma lo haría.

Pero el calor de estas voces minoritarias no animaba especialmente a María Frisa. A esas alturas su miedo era concreto y no dependía de las opiniones de unos cuantos escritores; temía que la editorial cediera. Piezas poderosas habían empezado a moverse: Violante Tomás, consejera de Familia e Igualdad de Oportunidades de Murcia, solicitó la retirada de todos los ejemplares de la comunidad autónoma. Haplo Schaffer actualizó su petición de Change.org pidiendo en un mail a todos los firmantes que presionaran a Fnac y La Casa del Libro para que se deshicieran de todos sus ejemplares.

Sin embargo, después de muchas deliberaciones, Alfaguara se puso de parte de su autora. ¿Tuvo que ver el hecho de que sus ventas hubieran sido tan grandes desde 2012? Sospecho que el libro de un autor menos exitoso habría desaparecido sin dejar rastro.

ALFAGUARA RESPONDE AL DEBATE SOBRE
«75 CONSEJOS PARA SOBREVIVIR EN EL COLEGIO»

Alfaguara lamenta profundamente el malestar generado en relación con algunos extractos aparecidos en las redes sociales de la obra *75 consejos para sobrevivir en el colegio*, de María Frisa [...] Alfaguara se posiciona clara y rotundamente en contra de cualquier manifestación que fomente el acoso escolar o el maltrato en cualquiera de sus expresiones [...] Con igual firmeza, Alfaguara defiende la libertad creativa siempre y cuando no atente contra otros derechos fundamentales.

Alfaguara aclara que este libro [...] es un manual redactado en clave irónica por Sara, su protagonista, que da su particular y mordaz visión del mundo con un marcado tono de humor e ironía. Los extractos de la obra que han suscitado este debate están puestos en boca de una protagonista que queda claramente explicitada como un personaje de ficción y, fuera de contexto, [...] pueden dar pie a malinterpretaciones. Igualmente, cabe destacar que esta obra se inscribe dentro de una larga tradición literaria infantil y juvenil, aquella que ha recurrido a personajes que han funcionado a modo de contramodelos y cuyos comportamientos no se han asociado a la apología de actitudes reprobables.

Finalmente, Alfaguara lamenta la confusión originada por el título de la novela [...] Para evitar en el futuro este posible equívoco, Alfaguara incluirá a partir de ahora en la cubierta de este libro un topo que indique con total claridad que esta obra pertenece al género de ficción.[16]

Pero las explicaciones del reo nunca son pertinentes para quien ya ha tomado una decisión de apariencia moral. El libro de Jon Ronson nos deja una reflexión esclarecedora de uno de los linchados. ¿Qué pretenden exactamente los linchadores de las redes sociales? «Se supone que quieren una disculpa pero es mentira [...] Para disculparte, necesitas a alguien que te escuche. Ellos escuchan, tú hablas, se establece una comunicación. Por eso nos cuesta aceptar disculpas. Se produce un intercambio de poder.»[17] Pero los censores no querían desprenderse de su agradable, reconfortante y excitante sensación de poder. Tras leer las disculpas de la editorial y de la autora, las redes se mofaban.[18] Por su parte, Haplo Schaffer volvió a actualizar la petición:

¿Asunto zanjado? Ni de broma. Lo que Alfaguara acaba de hacer es ignorar la voz de ya más de 25.000 personas que no quieren tolerar que contenidos como estos lleguen a las manos de niñas de todo el país [...] Se han limitado a exponer su versión de los hechos en un comunicado más bien propio del siglo pasado que de este y han mostrado una falta de valores atroz [...] La autora ha demostrado una total falta de autocritica, arropada en su círculo cercano [...] Nadie asume responsabilidades, nadie

quiere hacer nada al respecto [...] Sugerimos no comprar ningún producto de Alaguara hasta que decidan cambiar de opinión al respecto a la retirada de este libro. En segundo lugar, trasladamos esta lucha ahora también a las tiendas: FNAC, Casa del libro, Corte Inglés... Dado que la editorial no asumirá su responsabilidad, tendremos que poner a prueba la ética de estas empresas.[19]

Llama la atención el uso que hace Schaffer de la primera persona del plural. «Nosotros», ¿a quién se refiere? «Nosotros» es esa quimera que algunos políticos llaman «pueblo», cuya voz habla a través de ellos en sus mítines y les blinda de cualquier crítica. Pese a que Schaffer había escrito su petición a solas en su piso de Londres, con el zumbido de las redes sociales como único vínculo con el resto del mundo, se sentía impelido a usar la primera persona del plural. Me pregunto: ¿consideraba Schaffer que era necesaria su defensa contra el vertido tóxico que habían derramado sobre los niños en forma de libro, o estaba sintiendo ese oscuro placer de ser el protagonista de una historia maniquea con el antihéroe bien identificado?

Haplo Schaffer no es su nombre real. Este gallego se hace llamar así desde que abrió su canal de YouTube en 2006, cuando era prácticamente un niño. Desde entonces, había demostrado que le gusta dejarse ver. En 2009 fue a *El diario de Patricia*, un programa de Antena 3 al que acuden personas para hablar con sus seres queridos bajo la imperativa batuta de la presentadora, y acabó enojando al compañero de clase con el que se suponía que iba a reconciliarse. En 2010 apareció un par de veces en *Espejo público*, donde se sentó al lado de Rossy de Palma para defender las tribus urbanas frente a unos escépticos que les acusaban de vivir en un perpetuo carnaval. Después se dejó ver por el concurso ¡Ahora caigo! y más tarde en el circo de cotilleo más visto y hediondo de la televisión, *Sálvame*. Allí, Mila Ximénez lo vapuleó con sus modales habituales y Kiko Matamoros intentó hablar con él de literatura, un espectáculo grotesco. Sin embargo, Haplo parecía muy desenvuelto en las polémicas. Está muy acostumbrado a los *haters*, a los ataques propios de internet, a los que responde con furia e ingenio. Se le veía tan cómodo ante las cámaras de televisión como en su propio canal de YouTube, donde le siguen 48.000 personas.

¿Por qué es tan odiado en las redes? En parte, porque Haplo ataca, pero sin duda también por su voz afeminada y su apariencia andrógina. Su atuendo

es siempre parecido: va todo de negro con medias de rejilla, botas altas Destroy y una larga melena lacia que le cubre la cara larga, pálida y maquillada al estilo gótico. En *Sálvame*, Paz Padilla se burlaba de él: «Dejarme hablar con Mario Vaquerizo». Y, como Mario Vaquerizo, Schaffer repite que todos tenemos derecho a ser como somos y se suma a cualquier protesta relacionada con el acoso sexual, el machismo o la homofobia que asome las orejas a su *timeline* de Twitter.

Cuando se lanzó contra María Frisa, parecía encantado con el repunte de su popularidad. Sergio del Molino escribió un artículo defendiendo a Frisa, y aunque se refería a la petición de Change.org no había querido mencionar a Haplo. Este se puso en contacto con él vía Facebook. Sergio del Molino recuerda la conversación con estas palabras:

«Me reprochaba que no le citase y yo le respondí que era más elegante que él y no quería ponerlo en la picota, a lo que replicó que no le importaba, que si podía cambiara la versión digital del artículo para incluir un link a su perfil de Twitter. Le respondí que esperara sentado, entonces la discusión subió de tono, con acusaciones e insultos, y ahí ya le di a “bloquear”, y hasta hoy».

Durante unos días todo el mundo compartía su petición, que él alimentaba constantemente con actualizaciones. Después de reconocer que la había escrito sin leer el libro, se hizo con un ejemplar pirata y subió a YouTube un vídeo de más de dos horas, en el que lo criticaba sin piedad ni criterio literario. Pedía a sus seguidores que no linchasen a la autora, aunque previamente los había exhortado a hacerlo en Twitter. Daba la impresión de estar muy necesitado de mostrarse como un ser compasivo incluso cuando seguía linchando a la escritora. Por supuesto, a este gesto de piedad aparente o de arrepentimiento no le hizo caso nadie. Su vídeo solo alcanzó 9.900 visualizaciones, lo que para los cánones de YouTube es igual a nada.

CONSECUENCIAS

Si he traído aquí a María Frisa no es porque su caso sea singular. En las

escuelas de Virginia (Estados Unidos) se prohibieron recientemente dos obras, *Huckleberry Finn*, de Mark Twain, y *Matar a un ruiseñor*, de Harper Lee. El motivo, como en el caso de Frisa, fueron las quejas de padres sin comprensión lectora y con un concepto de la inocencia de la infancia sin demasiada relación con la realidad. Uno de los padres que lograron suprimir las obras de Twain y Harper Lee, miembro del consejo escolar, declaraba ante la prensa: «No hacían más que decirme: “Es un clásico, es un clásico”. Entiendo que es un clásico de la literatura. Por eso siento que los niños no van a entenderlo. Son grandes obras literarias, pero hay (demasiados) insultos raciales y palabras ofensivas que simplemente no se pueden tolerar».[20] Pese a que, en su contexto, ambas obras son cantos a la tolerancia, no importa. Como vamos a ver en el capítulo siguiente, el pensamiento políticamente correcto reduce el diagnóstico de «racismo» a la aparición de ciertas palabras, con independencia de la intención del autor, del mismo modo que las obras de Frisa fueron consideradas «machistas» por unos fragmentos descontextualizados.

33.837 personas firmaron la petición pero Alfaguara se negó a retirar el libro, con lo que Haplo Schaffer, Yara Cobain y el resto de los promotores del linchamiento perdieron la batalla. Los enemigos de María Frisa se disolvieron al cabo de unas pocas semanas; los individuos volvieron a comportarse como tales hasta que una nueva causa común los uniera contra alguien. Frisa cerró su cuenta de Twitter y, aunque de vez en cuando vuelve a recibir insultos en Facebook, se enfrentó a la tarea más ardua después de todo: escribir otra novela infantil. Cuando me reuní con ella, el trabajo le estaba resultando muy complicado. Le pregunté si sentía autocensura y ella asintió, pero se apresuró a aclarar que la autocensura tenía que ser otra cosa. «Supongo que tú te autocensuras cuando sabes que no debes poner algo porque hará daño, o porque es falso, o porque está mal escrito. Pero yo lo que tengo es miedo, ¿sabes? Para los críos solo sé escribir desde el humor y la ironía, pero ahora estoy todo el rato pensando: “¿Y si esto lo interpretan así, y si me están esperando todos para saltar otra vez ante cualquier minucia?”.»

Volveremos más adelante a este discutible concepto de «autocensura», pero ahora terminemos con el caso Frisa. La escritora conseguiría terminar su nuevo libro. En noviembre, cuatro meses después del linchamiento, publicaría

el primer volumen de una serie de novelas infantiles poseída por el mismo tono incorrecto de las siete novelas de la saga *75 consejos*. Cuando nos reunimos, Frisa se encontraba inmersa en la escritura y tenía algunas noticias. Alfaguara seguiría publicando sus obras, aunque tendría mucha cautela con todo lo que ella tocara, y también con futuras novelas infantiles de otros autores. La polémica había pasado al fin, pero la empresa ya no estaba dispuesta a jugársela de nuevo con las hordas de la red social. De entrada, el título que Frisa había propuesto para el nuevo libro, ¡Odio el cole!, fue rebajado a ¡Abajo el cole!, de connotaciones supuestamente más inofensivas. La decisión de Alfaguara de andar con pies de plomo nos da una pista sobre las consecuencias reales de la poscensura: no siempre afectará a la obra que cae en el centro de la hoguera, pero sí que sentará precedentes. Hará a las editoriales más prudentes o, desde la perspectiva del autor, más cobardes. La censura se ejercerá desde ahí, y lo habrá hecho según el arrebató de jóvenes como estos:

Deberían dejar de publicarle libros de mierda a María Frisa y a toda la basura de escritores que fomentan violencia camuflada de «humor».[21]

No hay comparación con titiriteros. Libertad de expresión sí. Aquí todo vale NO.
[22]

Haplo perdió su batalla para prohibir el libro, Frisa perdió una parte de su libertad creativa, Alfaguara perdió seguridad y valentía. ¿Quién salió ganando? El escritor Víctor Balcells llevó a cabo una investigación valiosa tras el linchamiento a María Frisa que nos indica quién salió ganando con el escándalo: Google. Según recoge su estudio, antes de que este se produjera las palabras clave «María Frisa» con tilde se buscaban en Google un promedio de treinta veces al mes, «Maria Frisa» sin tilde 170 veces, el título de su libro 260 veces y el nombre de Haplo Schaffer 1.100 veces. Durante la polémica, las cifras crecieron a 18.600 en el caso de «María Frisa» con y sin tilde, 15.800 para el título y 4.180 para Haplo Schaffer. Los datos volverían a levantar a este último (20.900) unas semanas más tarde, cuando en pleno agosto emprendiera una nueva cruzada, en esta ocasión contra el *youtuber* Dalas Review, al que su exnovia acusaba de maltratador. Respecto a lo que se

pudo embolsar Google, el valor abstracto del tráfico según la herramienta Semrush podría ser de 2.500 euros. No es mucho, apenas una propina para Google, pero nadie sacó más que el buscador.

Actualmente, María Frisa está escribiendo la octava entrega de la serie que propició su linchamiento. Se titula *75 consejos para sobrevivir a las redes sociales*, y en esta ocasión le está saliendo un canto contra el ciberacoso escolar. Intuyo que tiene algo que ver con su experiencia.

La corrección política

EL ESPEJO

Una mañana me miré al espejo con los ojos de la nueva fe y tuve que contener el espanto y el horror ante el selfi moral que me estaba haciendo. Había descubierto repentinamente que soy un hombre blanco y heterosexual, felizmente casado, que empezó a ganar un dinero más que aceptable por un trabajo no muy duro en plena crisis económica. Para colmo, saltaba a la vista que ese arrogante del espejo estaba más o menos sano y, según los partes de especialistas, en uso de todas sus facultades corporales y psíquicas. Pesaba sobre mí la vergüenza añadida de pertenecer a una familia normal, burguesa y estructurada según el esquema de padre y madre con treinta y tantos años de matrimonio. Nunca me ha faltado nada material ni tampoco cariño. Peor todavía: si me ha faltado algo no fue por mi situación socioeconómica sino por una tendencia frívola e inmoral al derroche, el consumismo y la dipsomanía.

Con estos datos en la mano, y según los parámetros de la corrección política y la guerra cultural, podemos convenir que soy culpable de muchos cargos. Mi situación vital me desautoriza para hablar de la pobreza, la discriminación racial o el feminismo, cuando no me convierte en un bastardo hijo de perra.

En mi descargo puedo balbucir algunas excusas. Por ejemplo, que Víctor Hugo tampoco era ningún miserable, que Flaubert no era madame Bovary y que Jules Verne no estuvo en ninguno de los países de *La vuelta al mundo en ochenta días*. Nunca he sentido desprecio por la gente de otras razas, por discapacitados, pobres o mujeres, y si he vilipendiado a gente de otras razas,

discapacitados, pobres o mujeres ha sido a título individual: ¿no eran dignos de sus elevadas categorías!

PUEBLERINOS VIRTUALES

Hacia finales de 2016 empezaron a decir que había sido el año de las muertes. George Michael murió en las Navidades y leí en Twitter muchos gritos de angustia: «¿Cuándo va a parar esto?»; «¿Es que este malvado año no va a dejar vivo a nadie?»; «¡Siempre se van los mejores!». Pero yo no creo que 2016 fuera el año de las muertes, sino que fue otro año de plañideras. Es curioso: utilizamos una tecnología que nos permite aprenderlo todo para comportarnos como pueblerinos. No perdemos la ocasión de malmeter contra alguien, cotilleamos sin filtro, mostramos nuestra preferencia por las noticias de sucesos y aparecemos temprano para llorar en todos los velatorios.

Theodore Dalrymple señala en uno de los capítulos de su manifiesto contra los excesos del sentimentalismo que la sociedad de hoy es mucho más propensa a sentir que a pensar racionalmente.^[1] Para avanzar en la descripción de la poscensura me centraré en sus críticas; el libro le ha acarreado epítetos como «radical de extrema derecha». Dalrymple (es un seudónimo) es conservador y hace un retrato mordaz del progresismo. Elogia la responsabilidad individual y detesta el victimismo irresponsable, pero ha pasado media vida como psiquiatra en Tanzania y Zimbabue, cooperando en programas de desarrollo para América Latina y trabajando en las cárceles británicas. Su hoja de servicios no cambia la percepción de una parte del público; sus enemigos insisten en colocarlo junto a los defensores de la opresión en un giro característico del fenómeno de la corrección política y la guerra cultural: quien violenta ciertos dogmas, quien se atreve a ser escéptico o hasta provocador con ciertos temas, solo puede ser un tipejo despreciable por mucho que haya tratado de ocultarlo trabajando en el Tercer Mundo.

El alegato de Dalrymple contra el sentimentalismo se mofa de la misma gente que desató el linchamiento contra Frisa: la generación de los «copitos de

nieve». El diccionario *Collins* agregó en 2016 este término, «snowflake generation», a su lista de las palabras del año. La definición del *Collins* es la siguiente: «Jóvenes adultos de la década de 2010, menos flexibles [*resilient*] y más propensos a ofenderse que las generaciones anteriores». Un artículo de Rebecca Nicholson para *The Guardian* matizaba que, «dependiendo de cómo se lea, formar parte de la “generación del copo de nieve” puede resultar tan benigno como hacerse selfis y hablar constantemente de sentimientos, o bien inferir un sentido de derecho, un narcisismo indomable o una forma de identidad política que reacciona contra la libertad de expresión ajena».[2]

Snowflake se ha convertido en el insulto de moda entre la extrema derecha populista. Lo usa Trump cuando arremete contra la corrección política de los liberales, y también aparece en los discursos de Nigel Farage, de la misma forma que en España oímos con frecuencia a Carlos Herrera o Bertín Osborne burlándose de los que «se la cogen con papel de fumar» (viene a ser lo mismo).

El hecho de que la derecha se queje constantemente de las imposiciones de la corrección política pervierte por completo los debates sobre la libertad de expresión. Se hace muy complicado criticar la tendencia a la ofensa colectiva desde dentro de la izquierda, puesto que enseguida llueven epítetos como «ultra» y acusaciones del estilo «usted lo que quiere es humillar a las víctimas». Nos perdemos en explicaciones redundantes y confesiones de inocencia, y nos alejamos del terreno objetivo de la discusión: tan *snowflake* es el joven que se ofende por un chiste racista como el viejo que se ofende por una canción pecaminosa. Tan políticamente correcto es pedir que se censure una serie de televisión sobre Serrano Suñer como exigir la retirada de un anuncio de El Corte Inglés en el que aparecían unos padres gays, por supuesto atentando contra la familia.

Sin embargo, el síndrome del copo de nieve parece ser más acentuado entre la izquierda políticamente correcta, porque la izquierda ha tendido históricamente a dividirse de forma más violenta que la derecha. Según Diego Salazar, «vivimos en una época en la que cierto tipo de progresistas, en su afán por reivindicar la diversidad —o la idea que ellos tienen de diversidad—, han conseguido convertir ciertos rasgos identitarios sobre los que los individuos tenemos poco o ningún control en corsés definitorios para muchas

personas».[3] Los copos de nieve de izquierdas, conectados a las redes sociales y reblandecidos por el sentimentalismo online, reaccionan de forma colectiva ante cualquier idea que violente su cosmovisión. Habitados al mundo digital, donde las etiquetas han sustituido a las categorías morales, ejercen una vigilancia paranoica.

Para profundizar en el lenguaje políticamente correcto, hablé con académicos y otros profesionales de la lengua. Javier Marías, miembro de la RAE, detesta los intentos de grupos minoritarios por imponer una especie de limpieza étnica en el idioma. Me dijo que recibe muchas exigencias en la Real Academia para suprimir definiciones ofensivas del diccionario, y que «quienes protestan [...] pretenden que la RAE haga justamente lo que no debe ni puede hacer: imponer y prohibir y censurar. Eso sí, al gusto del que protesta. Es gente por lo general dictatorial y nada democrática. Gente enemiga de la libertad, en suma». Joaquín Müller, director de la Fundación del Español Urgente, se mostraba mucho más despreocupado, y considera natural que el lenguaje popular cambie según las sensibilidades del momento y que expresiones que antes se usaban con naturalidad desaparezcan o sean sustituidas por otras cuando la gente las percibe como desagradables o insultantes. «La lengua evoluciona de esta forma, a mí me parece más grave la desaparición de palabras hermosas por desuso, por ignorancia de los hablantes.»

Por mi parte, no creo que sea grave que nos dejemos modelar un poco por el discurso políticamente correcto, sino que no nos atrevamos a cuestionarlo cuando se convierte en la imposición de un grupo de comisarios políticos aficionados. De nuevo como en los pueblos, el debate político y social de las redes sociales queda coartado por el miedo al qué dirán.

LA CORRECCIÓN POLÍTICA

La corrección política no se basa en una teoría demostrada e indiscutible. Su origen está en una hipótesis lingüística con pruebas empíricas a favor y en

contra. Después de treinta y cinco años de corrección política a gran escala en Estados Unidos, nadie ha podido demostrar que las asignaciones de eufemismos para las minorías, impuestas a través de los medios de comunicación de masas y los discursos políticos, hayan cumplido sus objetivos. De hecho, tras la victoria de Trump y el resurgimiento del Ku Klux Klan, hay quien piensa que la presunta medicina ha sido perjudicial, y alertan sobre los efectos secundarios imprevistos de la corrección política.

La creencia de que la solución de las tensiones sociales depende de los usos de la lengua proviene de la hipótesis desarrollada por Edward Sapir y Benjamin Lee Whorf, según la cual el lenguaje no es un reflejo de la realidad, sino que ayuda a determinarla. La hipótesis tiene dos versiones. Una determinista, que da por hecho —con evidencias científicas en contra— que el pensamiento depende del lenguaje en el que se piensa, y otra relativista, que indica que el lenguaje influye en nuestra percepción de los otros y que, por tanto, al referirnos a ellos con palabras sin connotaciones negativas podemos influir en que dejen de ser percibidos como «peores» por el resto de la sociedad.

El punto de partida de la hipótesis ha sido discutido en el campo de la filosofía del lenguaje. Noam Chomsky sostiene que el lenguaje es igual para todos los humanos, Anna Wierzbicka dice que existe un sistema semántico universal y que las lenguas son traducciones suyas, y Steven Pinker asegura que el lenguaje es una traducción del pensamiento y que no está condicionado por un uso lingüístico particular. Pese a que la discusión filosófica permite al menos el escepticismo, los defensores a ultranza de la corrección política la presentan como un axioma, y culpan a quienes no la aplican de hacer del mundo un lugar peor.

La versión determinista de Sapir-Whorf penetra directamente en el terreno de la ciencia ficción. En *1984*, la novela de Orwell, el poder totalitario cree que suprimiendo palabras del diccionario se suprimirán conceptos del pensamiento individual. Sin embargo, la versión débil o relativista ha tenido aplicaciones prácticas a lo largo de la historia. Toda la propaganda totalitaria anterior a la publicación de la teoría de Sapir y Whorf gira en torno al mismo principio. El punto de partida de la obra maestra de Victor Klemperer *LTI. La lengua del Tercer Reich*, casa con la versión relativista de la hipótesis:

A menudo se cita la frase de Talleyrand según la cual el lenguaje sirve para ocultar los pensamientos del diplomático (o de una persona astuta y de dudosas intenciones). Sin embargo, la verdad es precisamente lo contrario. El lenguaje saca a la luz aquello que una persona quiere ocultar de forma deliberada, ante otros o ante sí mismo, y aquello que lleva dentro inconscientemente [...] *Le style c'est l'homme*: las afirmaciones de una persona pueden ser mentira, pero su esencia queda al descubierto por el estilo de su lenguaje.[4]

Para Klemperer, las palabras no son inocentes, sino que delatan una visión del mundo. Un defensor de la corrección política podría estar de acuerdo con esto, pero lo que nos encontramos a lo largo de las páginas de *LTI* es una reflexión sobre el peligro de la elección de eufemismos, y una advertencia sobre las relaciones entre el totalitarismo y el tabú. Frank Westerman aplica el mismo punto de vista en su estudio sobre el totalitarismo estalinista cuando señala que «*rab* (“esclavo”) fue sustituido por *rabochi* (“trabajador”). *Gospodin* (“señor”) por *tovarish* (“camarada”). Y el individuo que se diferenciaba del grupo era tachado de *vrag naroda* (“enemigo del pueblo”). La visión de las cosas dependía de cómo se las llamase. Ese era el fundamento de la semántica socialista».[5]

Klemperer dividió su estudio por capas, desde el habla popular hasta las versiones distorsionadas de la historia, pasando por la propaganda política. La primera capa de la *LTI* alude al uso de las siglas y los eufemismos, fenómeno compartido por los jefes de la propaganda estalinista. La segunda comporta la animalización de los judíos, tanto en el lenguaje popular difundido a través del cine, el cabaret y la literatura como en los carteles de propaganda. La tercera, y más profunda, se dedica a la reescritura de la historia alemana y la mistificación de la raza aria.

La misión que perseguía el cambio de paradigma lingüístico de los nazis era que la sociedad pasara de puntillas sobre la evidencia de que, si tu vecino de toda la vida era judío, lo más probable fuera que no lo volvieras a ver. Así, palabras que antaño aludían directamente a realidades fueron sustituidas por otras que no aludían a nada. El funcionamiento atroz del nuevo Estado se llenó de siglas vacías y neutras que ocultaban pelotones de fusilamiento y un sistema de justicia paralela, mientras que las designaciones para los judíos se

asociaban a animales como el cerdo o la rata.

Mediante los cambios en la lengua y la machaconería sobre la «cosmovisión» alemana, que dibujaba a los arios como descendientes de los dioses conectados a las sagas nórdicas, los nazis intentaron apartar a los judíos de la humanidad mientras elevaban a los arios sobre las demás razas de Europa. La humillación lingüística de los judíos ni siquiera terminaba con la muerte. En la obra maestra sobre los campos de exterminio, *Shoah*, se explica que los prisioneros, obligados a ejercer de corderos de holocausto y de enterradores, tenían prohibido usar palabras como «cadáver», «cuerpo» o «personas» para hablar de los difuntos, a los que debían referirse como «muñecos», «porciones», «mierda» o «espantapájaros». El disfeísmo (antónimo de «eufemismo», palabra connotada e insultante que se elige para humillar) iba más allá de la vida. Los judíos ni siquiera dejaban cadáveres. Habría que hacerse dos preguntas: ¿fueron efectivos estos cambios de registro lingüístico por sí solos, o era imprescindible apoyarlos con un aparato represivo brutal que eliminaba cualquier disidencia posible? Y más importante: ¿es comparable el poder de la hegemonía contemporánea, permanentemente sometida a discusión en un ambiente de libertad de expresión, con el del aparato estatal alemán de la época de los nazis?

Los cambios de registro lingüístico tienen consecuencias imprevistas. De hecho, Klemperer se recrea en uno de los eufemismos favoritos de Goebbels, «fanático» (*Phanatiker*), que por aquel entonces era un concepto positivo y de moda. La defensa apasionada, hasta las últimas consecuencias, de un ideal político se percibía como una virtud, así que los nazis eligieron esta palabra para designar a Hitler y a sus seguidores. La prensa nazi ensalzaba a los alemanes arios como fanáticos leales a la idea nacionalsocialista, así que cuando hoy nos referimos a Hitler y sus seguidores como «fanáticos», estamos usando la palabra que ellos mismos eligieron sin calcular que sus actos la llenarían de connotaciones negativas.

Apliquémoslo al revés para el caso de la corrección política. Si una parte de la población percibe a los inmigrantes como intrusos criminales, imponer el uso social de palabras con connotaciones positivas (por ejemplo, «migrantes», «refugiados») será un esfuerzo estéril. El desprecio y el prejuicio son sentimientos tan arraigados como puede serlo la repulsa al

nazismo, y por lo tanto son capaces de convertir cualquier eufemismo en insulto, sea este «fanático» o «afroamericano». En este sentido, la corrección política se apoya en la creencia de que una grave enfermedad se puede curar tratando de evitar los síntomas.

CORRECCIÓN POLÍTICA E IDEOLOGÍA

La corrección política deja de ser una propuesta de mejora de la sociedad para convertirse en una forma de censura cuando se combina con la guerra cultural, en la que vamos a profundizar en el próximo capítulo. Por ahora, señalaré que parte de la izquierda ha pasado las décadas de bienestar económico ensimismada, buscando fórmulas lingüísticas, y estas fórmulas han dado a los colectivos un papel colosal que ha terminado por dividir y segmentar por completo a la izquierda. Martin Luther King predijo que el futuro de los movimientos de los derechos civiles pasaba por la unión de los negros con el resto de los trabajadores, con la integración de las identidades en el discurso de clase, pero al final ha ocurrido todo lo contrario. Actualmente, la izquierda se divide en identidades excluyentes y ha perdido toda su fuerza unificadora. Cada grupo cree que su reivindicación debe prevalecer sobre la del grupo que tiene al lado, y eso cuando las distintas reivindicaciones no se convierten en motivos de exclusión. Todo ha empeorado con las redes sociales y la dinámica de polémicas constantes en las que, para ser mi amigo, primero que todo tienes que demostrar que odias mucho a todos mis enemigos.

El fragor de esta cruzada por el orden, por «poner en su sitio» a los «enemigos», delata la debilidad argumental de estas corrientes de opinión, que aspiran a convertirse en visiones del mundo totalizadoras. Como vaticina Henrik Ibsen en una de sus obras más escalofriantes, es el pueblo contra el enemigo del pueblo, y, según la versión más ortodoxa de la corrección política, se toma la decisión de marcar al individuo en función de las palabras con que se expresa o los chistes con los que se ríe. Puesto que en las redes

sociales las palabras son la acción, se confunde en el juicio social la expresión y el comportamiento. Este esquema explica por qué, durante los últimos años, hemos vivido tantos choques y juicios sumarísimos de la multitud contra la expresión individual. Los grupos que fragmentan la opinión pública reaccionan movidos por sentimientos colectivos e identifican a sus enemigos, a los que se niega el derecho a una defensa y cuyas apelaciones, especialmente si son racionales, se convierten en el objeto de las burlas.

Volveremos a esta idea un poco más adelante. Ahora quiero apuntar un aspecto poco debatido de la corrección política: la hipótesis Sapir-Whorf está tan presente en el discurso de la derecha neoliberal como en el de los defensores de las minorías oprimidas.

Uno de los triunfos más notables del capitalismo financiero —no como sistema económico, sino como sistema de ideología única— sigue las pautas de la corrección política. Entre 1980 y 2008, palabras como «obrero», «rico», «pobre» e incluso «trabajador» fueron patrimonio de partidos marginales de la izquierda comunista. Las mayorías daban la espalda a estos conceptos, que empezaron a entenderse como ofensas. «Obrero», «pobre», «sometido»... Nadie quería para sí epítetos como esos, por más que su dinero fuera el espejismo de los créditos bancarios de una burbuja financiera. Nadie quería votar a un tipo barbudo y malhumorado que se refería a la rutilante clase media como «parias de la Tierra». Este fenómeno de la repulsión de las masas por determinadas palabras que aludían a la desigualdad social funcionó de abajo arriba: la gente aspiraba a ser rica (o a fantasear con que estaba cerca de serlo), así que la derecha neoliberal solo tuvo que tutelar las nuevas palabras desde la propaganda. Al contrario que la corrección política de izquierdas, que pretende sensibilizar desde la élite a las masas, desde el discurso público, el fenómeno del lenguaje eufemístico neoliberal encontró el deseo latente. El deseo de la gente de tener riqueza suele ser mucho más intenso que el de ser tolerante y el de desprenderse del miedo al otro. La pobreza es mucho más incómoda que la armadura de prejuicios de la xenofobia.

Cualquier partido que aspirase a la representación democrática tenía que aplicar las nuevas designaciones en su discurso. Por ejemplo, cuando los partidos de izquierda desnatada apelaban a la clase media, estaban bailando al

ritmo que marcaba la corrección política del capitalismo financiero. No es que no existiera una clase media, sino que en el eufemismo mezclaban a obreros, cajeras de supermercado, agricultores y profesionales liberales, y convertían la clase baja, la pobreza, en un tabú. «Clase media» fue un eficaz maquillaje léxico para desterrar del debate público el discurso de clase. ¿Qué había tras el eufemismo? Una ciudadanía pacífica, poco propensa a unirse por la defensa de una causa justa, cuyo bienestar era una mezcla de hipotecas, créditos y trabajos progresivamente precarios. Un grupo social heterogéneo cuyo papel en la sociedad era consumir. «Miembros de la clase media» era, pues, el eufemismo de «consumidores».

Durante la bonanza con pies de barro de los años ochenta y noventa, la corrección política neoliberal se deslizó por todas partes a través del trabajo. Hoy las criadas son «camareras de piso», los porteros son «empleados de finca urbana», los policías son «agentes de movilidad» o «miembros de los cuerpos de seguridad del Estado», los barrenderos son «operarios municipales de limpieza» y los que reparten folletos por la calle son «relaciones públicas». A los aprendices se les llama «trabajadores en prácticas», el temporero y el bracero son «trabajadores con contrato ocasional», el jefe prefiere que le llamen «CEO» o «líder», y ya no se da una patada en el culo a un trabajador, sino que «termina su relación laboral con la empresa». Tampoco hay recortes sino que hay «ajustes presupuestarios», ni despidos masivos sino «reestructuración empresarial» y «expedientes de regulación de empleo». No se usa dinero público para tapar los agujeros provocados por una casta de banqueros negligentes: se pide un préstamo a nuestros socios internacionales, dada nuestra necesidad de sanear el sector bancario. Los republicanos lograron cambiar el «calentamiento global» por el más neutro «cambio climático»; y a la crisis se la llama «desaceleración»; y, según Zapatero, hasta 2010 España no estaba en crisis; y mientras escribo esto recorreremos todos juntos la «senda de la recuperación».

Parece evidente que si te dan una patada en el culo porque el jefe ha mandado tu fábrica a Camboya no te consolará pensar que «has terminado tu relación laboral con la empresa después de la deslocalización de activos y la necesaria reestructuración del sector industrial ante los nuevos retos globales». Parece también evidente que si dejas de llamar «pobre» a un pobre,

esa persona no empezará a vivir mejor ni adquirirá una mayor dignidad social, pero parte de los izquierdistas aplican este sistema a las razas, las discapacidades y demás minorías, y sostienen con satisfacción la idea de que están ayudando a esa gente a vivir mejor. De nuevo: la corrección política de izquierdas pretende influir en la percepción social de las minorías de arriba abajo, pasando por alto lo profundamente arraigados que están, por desgracia, los sentimientos de xenofobia y desprecio.

Pero, a mi juicio, lo más nefasto de este tipo de corrección política es su intento de negar las realidades deprimentes. Las nuevas palabras que designan a la gente desaventajada no solo tienen que sonar bien y desprenderse de cualquier carga potencialmente ofensiva, sino que han de dar a entender algo falso: en la derecha, que no se está produciendo un abuso contra un trabajador; en la izquierda, que no hay una disminución de las capacidades, que no hay una merma. Creo que, del mismo modo que vivimos en un mundo más injusto en el que no llamamos a las injusticias económicas por su nombre, de la misma manera que los discapacitados han visto cómo se reducían sus ayudas mientras la sociedad los designaba con apelativos políticamente correctos, podríamos perfectamente vivir en un mundo más racista empleando solo designaciones amables y no ofensivas.

UNA EVIDENCIA EN CONTRA

Entiendo las motivaciones de la corrección política de izquierdas, pero me niego a aceptar su lógica, que me parece perversa. Creo que no se puede luchar por la tolerancia con comportamientos tan intolerantes e intransigentes como los que ya hemos visto en este libro y los que nos quedan por ver. No veo a los amigos del eufemismo como mis enemigos, ni siquiera a los más fanáticos e intransigentes. Compartimos el deseo de hacer del mundo un lugar más justo para esas personas que tuvieron peor suerte en la lotería de la asignación de atributos, pero diferimos radicalmente en el método. Ellos están dispuestos a hacer del mundo un lugar inhabitable para quienes expresen ideas

contrarias a las suyas, y yo no. La corrección política de la izquierda proscribía muchas cosas (alegatos racistas y xenófobos, insultos a discapacitados), pero también manifestaciones atrevidas del pensamiento libre, travesuras, chistes, películas y obras literarias, en los que ve apoloías de la discriminación.

¿Por qué es tan importante para los sacerdotes de la corrección política vigilar y perseguir los excesos del lenguaje? Porque, como ya hemos visto, la doctrina sostiene que el eufemismo puede cambiar el concepto que estos individuos tienen de sí mismos y «empoderarlos», al tiempo que induce la tolerancia en sectores que habían permanecido insensibles. La corrección política es, así, una doctrina idealista: supone que podemos influir en que el racista, el machista o el desaprensivo dejen de pensar como lo hacen si *nosotros*, que no somos ninguna de esas cosas, nos expresamos de otra manera y los obligamos a expresarse de otra manera a *ellos*. Sin embargo, queda constatado tras la victoria de Donald Trump que la arrogancia intelectual de la izquierda (*liberals*) políticamente correcta, que ha pasado treinta años declarándose moralmente superior a la derecha paleta, racista e inculta, ha cabreado enormemente a grandes grupos de personas: más de cincuenta millones votaron a Trump. Esto me induce a pensar que la corrección política tiene un efecto secundario no deseado que pone en tela de juicio sus posibles beneficios sociales.

Sapir tuvo la prudencia de dejar abierta su hipótesis: el lenguaje y el pensamiento se influyen el uno al otro; la influencia del lenguaje sobre el pensamiento puede ser un factor importante, pero no el único. Los teóricos de la corrección política se han alejado más y más de este relativismo con el paso del tiempo. En la concepción contemporánea, la creencia de que el lenguaje determina fenómenos profundos y arraigados en la psicología humana, como el racismo, es un dogma.

La corrección política sostiene que, en los años en que el racismo, el machismo y el desprecio por los discapacitados eran la pauta normal de la hegemonía blanca, nuestro lenguaje quedó marcado y sucio, lleno de expresiones vejatorias. Comprendo que hay algo muy cierto en este análisis. Efectivamente, el lenguaje no es inocente y delata aspectos profundos del pensamiento individual y en el colectivo de una sociedad. Desde luego, la

hegemonía de las sociedades occidentales tiene que cambiar su forma de relacionarse con determinadas minorías. Sin embargo, recuperando a Dalrymple, los defensores de la corrección política no pueden dejar de ver como víctimas a las personas a las que designan con sus eufemismos.

Desconfío del sentimiento de víctima, que coloca al individuo en una posición en que la responsabilidad sobre su situación siempre compete en exclusiva a otros. Además, creo que el eufemismo sirve para que quien designa —el que detenta el poder, aunque sea de manera figurada— se sienta menos culpable por su posición. En este sentido, la corrección política llevada al paroxismo acaba siendo terriblemente paternalista, incluso clasista. Según Edgar Straele, experto en autoritarismo, «esta postura cree que no debemos tener la libertad de usar ciertas palabras del lenguaje y que no podemos emplear estos términos de maneras propias, con lo que presupone que no podemos ir más allá de los significados estipulados de las palabras cuando el desarrollo del lenguaje se basa en lo contrario».

NEUROSIS DE GUERRA

Mi percepción es que la sociedad deja de usar palabras despectivas cuando deja de sentir desprecio por determinados grupos, y no al revés. Como muestra, el proceso de aceptación social de los homosexuales a partir del nuevo milenio. Actualmente, «maricón» o «bollera» son palabras ofensivas para los homosexuales, pero no usamos eufemismos para referirnos a ellos porque «gay» (reconquistada por ellos) u «homosexual» (neutra) nos bastan, pese a que ambas suenan a insulto —y son utilizadas como tales— entre los sectores más reaccionarios de la sociedad. Las conquistas sociales de los homosexuales han llevado a que la mayor parte de la sociedad entienda que no hay nada malo en unas preferencias diferentes. Ocurre lo mismo con la bastardía: ser hijo de una mujer soltera ya no se percibe como algo malo. Cuando la sociedad condenaba a las madres solteras, se acuñó el eufemismo «hijo natural», puesto que «bastardo» era insultante. Hoy la palabra bastardo

ha quedado como un insulto pese a que la condición de hijo bastardo ya no signifique ningún estigma social. La sociedad ha avanzado en costumbres, ha aceptado el divorcio, la soltería, la libertad sexual de las mujeres y el derecho a criar a los hijos como les convenga. El lenguaje sobre la bastardía es un reflejo de la moral de la sociedad.

Sin embargo, hay otras condiciones, como la discapacidad, que sí son intrínsecamente negativas. No es que un discapacitado tenga que ser un ciudadano de segunda, sino que nadie querría para sí o sus seres queridos una discapacidad. Con respecto a la raza y la discriminación, George Carlin hacía en uno de sus monólogos una pregunta pertinente:

Pensad en la palabra «negro». No hay nada malo [...], nada en absoluto. Es por el cabrón del racista que la está usando por quien deberían preocuparse. No nos importa cuando Richard Pryor o Eddie Murphy la dicen: ¿por qué? Porque sabemos que no son racistas, ¡son negros! [...] No puedes temer a las palabras que dicen la verdad, aunque sea una que nos disguste [...] El inglés americano está cargado de eufemismos porque los estadounidenses tienen [...] un problema para afrontar la verdad, así que se inventan esta clase de lenguaje suave para protegerse de ella, y esto se va haciendo peor con cada generación.

Para mí, la clave de las palabras de Carlin es «aunque sea una que nos disguste». La homosexualidad no disgusta ya más que a los sectores reaccionarios de la sociedad, pero ¿ocurre lo mismo con las discapacidades? En el mismo monólogo, Carlin hace un repaso de las palabras que designan la destrucción psicológica de los excombatientes de las guerras estadounidenses. En la Primera Guerra Mundial, el colapso psicológico de los soldados se llamó «neurosis de guerra» (*shell shock*), simple, honesta, contundente. Cuando la siguiente generación combatió en la Segunda Guerra Mundial, la enfermedad con la que volvían era la misma, pero la llamaron «fatiga de batalla» (*battle fatigue*), mucho más suave. Entonces estalló la guerra de Corea y una nueva capa de eufemismo rebautizó el mal como «agotamiento operacional» (*operational exhaustion*), que, según Carlin, ya sonaba como algo que podría pasarle a tu coche. Pero al fin, tras la guerra de Vietnam, la más discutida por la opinión pública hasta la invasión de Irak, la más terrorífica para las tropas, esa misma enfermedad, cuyas víctimas se habían multiplicado en las selvas tropicales, alcanzó el grado máximo de eufemismo,

la máxima desconexión con la realidad, y fue llamada «desorden de estrés postraumático» (*post-traumatic stress disorder*).

¿Desapareció la neurosis de guerra de los soldados por llamarla de otra manera? ¿Fue la sociedad más comprensiva con el Gobierno que mandaba jóvenes sanos a la guerra y devolvía ancianos prematuros y perturbados? ¿Fue la barbarie de la guerra menos traumática para ellos? No, del mismo modo que por llamar «servicio» a un cagadero de estación de autobuses no dejará de oler a mierda.

Los izquierdistas partidarios de la corrección política omiten una evidencia: la realidad es tozuda y está llena de situaciones humanas deprimentes. Ser negro no es deprimente, aunque puede serlo si llegas a Europa en una patera. En cambio, ser racista, tener miedo a la gente de otras razas, sí es deprimente. La corrección política trata de suavizar lo primero y falla en la asignación del término «racista», que dispara contra todos aquellos que usen determinadas expresiones. Este fenómeno, mezcla de simpleza mental y mala puntería, está perfectamente descrito en *La mancha humana*, de Philip Roth.

SUBNORMAL

Asignar eufemismos para condiciones deprimentes es inútil. El eufemismo siempre es una carrera hacia delante, porque los hablantes tienen la necesidad de insultar a sus enemigos, y eligen las palabras que la sociedad pone a su disposición.

Pensemos en las palabras que han designado las taras físicas y psíquicas en España con un ejemplo, el Decreto 2421/1968 del 20 de septiembre, que, durante la etapa de apertura del franquismo, establecía en la Seguridad Social «la asistencia a los menores subnormales». El preámbulo de aquella ley, de marcado acento social, decía lo siguiente:

Los menores subnormales, por causas físicas o psíquicas, imponen una carga, tanto afectiva como económica, para la familia de que forman parte y constituyen, en suma,

un grave problema social [...] Los recientes avances de la medicina, de la psicología y de la pedagogía terapéutica hacen posible que tal problema pueda ser paliado, al menos, en cierto grado. Un programa de protección a los menores subnormales debe atender a su bienestar y rehabilitación, protegiendo, ayudando y reeducando al deficiente o disminuido para hacer efectivas las posibilidades en orden a su recuperación e integración social.

¿Estaba insultándolos esta ley? ¿Los humillaba o, por el contrario, quería facilitarles la vida? Se ordenaban ayudas sociales de 1.500 pesetas al mes para las familias con hijos «subnormales» a su cargo —incluso si eran hijos bastardos— y se ordenaba la construcción de centros modernos para la educación especial y recuperación de estos niños. Como tantas otras muestras de apertura del franquismo, la ley fue insuficiente y más bien cosmética. Pero atengámonos a lo segundo, cosmética. Según la corrección política, esta denominación sería nociva en sí misma, incluso cuando sirve para dar ayudas y favorecer la integración social de los discapacitados. Los partidarios del eufemismo, convencidos de que «le style c'est l'homme», se preocupan tanto por la forma que muchas veces ignoran el contenido.

Sin embargo, cuando se redactó esta ley, el término «subnormal» también era un eufemismo. ¿A qué se refería la ley cuando hablaba de «subnormales»? Lo aclara el artículo cuarto:

Se consideraran subnormales, a efectos de lo dispuesto en el presente Decreto, los menores de dieciocho años que se encuentren comprendidos en algunos de los grupos que a continuación se indican:

- 1) Ciegos.
- 2) Sordomudos y sordos profundos.
- 3) Afectos de pérdida total, o en sus partes esenciales, de las dos extremidades superiores o inferiores o de una extremidad superior y otra inferior.
- 4) Parapléjicos, hemipléjicos y tetrapléjicos.
- 5) Oligofrénicos con retraso mental, valorado en un coeficiente intelectual inferior al cero coma cincuenta.
- 6) Paralíticos cerebrales.

Es decir, todo niño que tuviera algún tipo de tara física o psíquica que le impidiera valerse por sí mismo. No era un vocabulario humillante, sino el término que usaban la medicina y la psiquiatría de la época. «Subnormal» era

sinónimo de «discapacitado»; señalaba una condición de dependencia, una falla crónica del cuerpo o de la mente, no con la intención de insultar a nadie sino de describirlo, de hacerlo receptor de unas ayudas sociales.

Aquí viene lo más interesante: el uso popular de la palabra «subnormal» no designaba al discapacitado físico, sino solamente al psíquico. El motivo tenía que ver también con el eufemismo. El término médico más extendido entre la población para designar al discapacitado intelectual era «imbécil/idiota», pero se había convertido en un insulto, porque las personas tienen por costumbre humillar a sus rivales señalando su escasa inteligencia. El uso de «subnormal», que hace referencia a una inteligencia por debajo de la normalidad, servía para suavizar, en la jerga oficial y médica, la carga ofensiva que los hablantes habían dado a la palabra «imbécil». Hasta los años ochenta, era normal que la televisión hablase de «subnormales» para referirse a discapacitados intelectuales, pero cuando la población se acostumbró a la sinonimia entre «subnormal» e «imbécil», usó como insulto el eufemismo y la palabra «subnormal» se cargó de las connotaciones que tiene hoy.

La palabra «suave» con la que la sociedad designa al tonto, sea cual sea esta palabra, siempre señala una condición que nadie quiere para sí, de forma que será susceptible de convertirse en un insulto. Si todo el mundo llamase «altercapacitados psíquicos» a los retrasados mentales, no tardaríamos en percibir como un insulto que alguien nos llamase «alter». Cualquier palabra que designe algo que nadie quiere ser, por suave y eufemística que sea, terminará sonando mal. En el tema del racismo, el problema es que vivamos en una sociedad donde, si nos dieran a elegir, todos preferiríamos ser blancos por las ventajas que conlleva, como dice Louis C. K. en uno de sus monólogos. Se colige de todo esto que el eufemismo siempre es una carrera hacia delante. Concretamente, una huida de la realidad. Incluso una palabra tan inocente como «especial» es susceptible de convertirse en sinónimo de idiota:



El *DRAE* solo recoge la acepción descriptiva de «subnormal»: «Dicho de una persona: que tiene una capacidad intelectual notablemente inferior a la normal». El diccionario no especifica que esta palabra se ha convertido en un vulgarismo; obvia el insulto chabacano que es para la mayor parte de los hablantes.

A raíz de unas declaraciones de Javier Nart en este sentido, una mujer llamada Sandra Ferrer, madre de una niña con síndrome de Down, pidió en Change.org que la RAE revise la definición e incluya la connotación despectiva que le aplican los hablantes. Ferrer pedía también la revisión de «mongólico», cuya definición del diccionario está, según ella, en desuso, y que «síndrome de Down» dejara de definirse como una «enfermedad», puesto que no lo es.^[6] Creo que las reivindicaciones lingüísticas de Sandra Ferrer son pertinentes siempre que no conlleven la desaparición de acepciones ciertas y desagradables de esos términos, todavía extendidas en el uso coloquial, en la jerga de los manuales de psiquiatría y en toda la literatura anterior a la revisión de los conceptos.

TODO VABIEN

Cuando los hablantes convirtieron el eufemismo «subnormal» en un insulto, la siguiente capa de maquillaje léxico fue sustituir «subnormal» por «discapacitado psíquico», pero la nueva ola de corrección política va mucho más lejos y niega que existan las discapacidades. Sostienen que solo hay capacidades diferentes, así que proponen el término «altercapacitado». ¿No es el mismo proceso que va de la «neurosis de guerra» al «desorden de estrés postraumático»? ¿Juega en favor del discapacitado o en favor de sus familiares? Carlin se cachondea de esto:

—Señora, su hijo tiene unas capacidades diferentes.

—¡Oh, gracias a Dios, pensaba que era idiota!

No puedo dejar de ser escéptico con un lenguaje que insiste en blanquear situaciones que pueden ser de lo más negras, pero, en el sentido práctico, lo peor de estas discusiones es que crean enfrentamientos que no llevan a ninguna parte. En *Negociador*, la película de Borja Cobeaga sobre las conversaciones entre el Gobierno socialista y ETA en 2005, hay una escena interesante desde el punto de vista de la corrección política que señala lo mucho que entorpece cualquier tentativa de diálogo. El negociador y el etarra, reunidos en un pueblo de Francia, no son capaces de ponerse de acuerdo en el vocabulario. «Negociación», dice el etarra. «Diálogo», dice el español. «Euskal Herria», dice el etarra. «Pueblo Vasco», responde el otro. Una noche, el negociador se acuesta con una puta y se desahoga hablando con ella. Cuando le cuenta sus problemas terminológicos, la mujer le habla de una compañera colombiana que «es muy digna» y «una novata» y que no soporta que la llamen «prostituta» —prefiere que le digan «acompañante»—, a lo que ella responde que «te puedes llamar como quieras, pero puta eres tan puta como yo». Le dice al negociador que, una vez que aceptaron que cada cual llamase a la profesión como quisiera, pudieron empezar a conocerse realmente.

Los estudios sobre el autismo nos han demostrado que algunos pacientes son mucho más funcionales de lo que se pensaba. También hemos visto cómo personas con síndrome de Down, debidamente motivadas, pueden desarrollar unas capacidades muy superiores a las que la sociedad espera de ellos. En psicología ya no se acepta la resignación, que era la pauta social ante algunas

discapacidades. La sociedad avanza y aprende a integrar a estas personas, a las que ayuda a sacar lo mejor de sí mismas. Las nuevas técnicas psicológicas han demostrado que, si se estimula debidamente a los discapacitados psíquicos en lugar de tratarlos como impedidos, la discapacidad puede llegar a ser irrelevante para ciertos ámbitos de su desarrollo personal. Sin embargo, ninguna de esas técnicas pasa por negar a las personas su propia realidad.

Un discapacitado tiene perfecto derecho a pedir que le llamen «persona con capacidades diferentes». El ciego puede desarrollar un oído muy fino y el sordo, una mejor capacidad de concentración, pero eso no significa que el ciego vea y el sordo oiga. Cuando el teatro se incendia, cuando hay que correr para salvarse, las personas con capacidades diferentes necesitan ayuda. Un cambio lingüístico que oculte la discapacidad, es decir, la necesidad de ayuda en determinadas situaciones, no está ayudando a estas personas, sino que está intentando que la realidad suene menos fea de lo que es. George Carlin sugería que, puestos a negar la fealdad, podríamos llamar a las violadas «receptoras involuntarias de esperma».

LA BELLEZA DE LA VULGARIDAD

Pablo Echenique es un político y científico español aquejado de atrofia muscular espinal, una enfermedad degenerativa que lo reduce a una silla de ruedas mecánica. Abrió un blog donde denunciaba los recortes en las prestaciones a la dependencia y hablaba de los problemas habituales de los discapacitados. Llamó a este blog *Retrones*. Su descripción era la siguiente: «No nos gusta la palabra “discapacitado”. Preferimos “retrón”, que recuerda a *retarded* en inglés, o a “retroceder”. La elegimos para hacer énfasis en que nos importa más que nos den lo que nos deben que el nombre con el que nos llamen». El blog está empapado de un sano humor negro y caricaturiza el sentimentalismo y la condescendencia con que muchas personas tratan a los «retrones». Además, está repleto de reivindicaciones justas y concretas; se centra en los problemas reales que conlleva ser discapacitado, entre los

cuales, para los autores, casi nunca figura la designación. La filosofía del blog vendría a resumirse así: «pónganos el nombre que usted quiera, pero ponga las rampas donde hay que ponerlas».

Viene al caso una anécdota personal. Cuando empecé la universidad me encontré con que teníamos un paralítico en clase. Se llamaba Carlos. Era un chico tímido que se desplazaba en silla de ruedas. Yo me había propuesto hacer amigos en aquel ambiente nuevo, y de una manera inconsciente descarté a Carlos para las primeras rondas. No es que le ignorase, sino que no sabía muy bien cómo hacerme su amigo. Si nos saludábamos en el pasillo, no sabía si permanecer de pie o ponerme en cuclillas para quedar a la altura de sus ojos. Para mí no era una cuestión de desprecio, sino de inexperiencia. Entretanto, el resto de los chicos nos repartimos los papeles; salió el gracioso, el tacaño, el borracho, el intelectual y el silencioso. Carlos era el paralítico, y esto quiere decir que cuando estaba con nosotros guardábamos un poco las distancias. No nos atrevíamos a ser con él tan rudos como éramos entre nosotros, jovencitos de dieciocho tratando de integrarnos.

La situación se rompió gracias a Rubén, un chico de Parla. Rubén era natural, risueño y un poco chulo. Su forma de desenvolverse me hacía pensar que, si alguien hubiera venido a pegarnos, él habría sido el primero en declarar la guerra y defender a los cobardes a hostia limpia. Pues bien: al segundo o tercer día de clase, Rubén apareció empujando la silla de Carlos y dándole pescozones en la coronilla mientras le avisaba de que se estaba quedando calvo. Desde ese momento, Carlos quedó totalmente integrado en el grupo. Lo arrastrábamos a las discotecas y lo utilizábamos para pasar gratis, lo levantábamos de la silla para que mease, nos divertía emborracharlo hasta que se caía al suelo y una noche, ciegos como cubas, lo subimos como un pelele a un columpio y amenazamos con quemarle la silla de ruedas mientras él braceaba agarrado a las cadenas, muerto de risa y llamándonos hijos de puta. Su silla acabó en el estanque del templo de Debod. Éramos unos animales. Nadie había tratado a Carlos así, y él estaba feliz.

He pensado mucho en ello desde entonces. Rubén logró romper la tensión superficial del grupo hacia el paralítico gracias a la incorrección política. Trató a Carlos como una persona y no como una víctima, es decir, sin condescendencia, con humor y despreocupación, casi con brutalidad. Es

exactamente la misma historia que cuenta *Intocable*, la película de Olivier Nakache y Éric Toledano.

Por su parte, el filósofo Slavoj Žižek describía este mismo fenómeno aplicado a las etnias en una conferencia:

Recuerdo cuando era joven y conocí a gente de otras repúblicas exyugoslavas: serbios, croatas, bosnios, etc. Nos pasábamos todo el tiempo haciéndonos chistes vulgares sobre cada uno de nosotros. Pero no tanto contra el otro, sino —de un modo maravilloso— como compitiendo a ver quién podía hacer el chiste más sucio sobre nosotros mismos. Se trataba de chistes obscenos y racistas. Pero como efecto resultaba un maravilloso sentido de obscena solidaridad compartida.[7]

También yo lo he vivido cuando salgo a tomar cañas con algunos de mis amigos del pueblo —gente dedicada a la albañilería, la construcción o los invernaderos— y veo cómo tratan a sus compañeros de curro, inmigrantes marroquíes y ecuatorianos. Entre ellos se establece la misma relación ruda y natural que describe Žižek. Los moros se burlan de los ecuatorianos porque sus mujeres les parecen unas frescas, los ecuatorianos se burlan de los moros porque sospechan que sus mujeres llevan velo para ocultar los bigotes, y los españoles hacen lo propio con los moros y ecuatorianos mientras estos se burlan del carácter español. Todos se insultan sin parar, y creo que este rifirrafe alegre y políticamente incorrecto es en realidad una forma muy natural de tolerancia. Hoy vivimos en un mundo lleno de racistas que se expresan como si no lo fueran.

El humor vulgar y los insultos raciales son una forma de expresar el racismo, pero también pueden ser una manera de saltar sobre las diferencias raciales y culturales. Según Žižek, cuando empezó la guerra civil en Yugoslavia, «las primeras víctimas fueron los chistes. Desaparecieron de inmediato». Añade que este es su problema con la corrección política. «Es una forma de autodisciplinamiento que no permite verdaderamente superar el racismo. No es más que racismo oprimido y controlado.» Cuenta también que, en una charla suya, había un sordomudo en el público y, por tanto, una intérprete de signos. Žižek quiso hacer una broma y preguntó qué demonios estaba diciendo la intérprete, porque los gestos —el dedo índice introduciéndose en el círculo formado por el índice y el pulgar de la otra mano

— parecían obscenos. El sordomudo se partió de risa, pero una «vieja estúpida» lo denunció.

¿Cómo es que no vio que de esta manera nos estábamos haciendo amigos? Pero aguarden, que no soy idiota. Sé muy bien que esto no significa que tengamos que estar corriendo unos atrás de otros humillándonos constantemente. Es un gran arte saber cómo hacerlo. Solo estoy postulando una hipótesis: que sin una pizca de mutua obscenidad amigable no es posible tener un contacto real con el otro, permanece este frío respeto [...] Eso es de lo que carece para mí la corrección política.[8]

A QUIÉN HA BENEFICIADO FINALMENTE LA CORRECCIÓN POLÍTICA

Durante la campaña presidencial de 2016 en Estados Unidos, los asesores de Donald Trump llevaron a cabo un costoso estudio de Big Data para plantear su estrategia. Hoy sabemos que, en parte, ganó las elecciones gracias a sus bravuconerías políticamente incorrectas. A Hillary Clinton y sus seguidores, cegados por la corrección política, las palabras rudas y salvajes de Trump les parecían motivo suficiente para destruir cualquier carrera política. Vivían en su mundo, el mundo de la izquierda adinerada, en un ambiente expresivamente higiénico y políticamente correcto que daba la espalda a la brutalidad con que seguía expresándose buena parte del pueblo bajo estadounidense.

Así, la candidata demócrata insistía en «retratar» a Trump como un machista y un xenófobo, dos atributos evidentes en él, sin darse cuenta de que lo estaba enviando directo a la Casa Blanca. Trump mentía, calumniaba y hacía comentarios ofensivos mientras Clinton cuidaba los datos, exponía las cifras y emitía blandos eslóganes políticamente correctos. Creo que, a la postre, la corrección política de Clinton hizo pasar todas las mentiras y calumnias de Trump por verdades. Al menos, toda esa mierda que salía por la boca del republicano sonaba más auténtica, menos artificial, más parecida a la forma de hablar de buena parte de la población estadounidense blanca, empobrecida y harta de la hipocresía de los tipos con corbata.

Pero la reivindicación de la corrección política solo se ha vuelto más

firme después de la victoria de Trump. Sus defensores entienden que él es el mayor enemigo de la corrección política porque oyen sus palabras y las creen. Pero yo creo que Trump es consecuencia de treinta años de pensamiento políticamente correcto. Treinta años en los que el racismo, el machismo y el odio a los homosexuales no han desaparecido de la faz de la Tierra, pero sí de los mensajes dirigidos a las masas. Ni siquiera creo que haya un resurgimiento de estos sentimientos horribles. Creo que solo hay un cauce político para su expresión.

Nos encontramos ante un fenómeno nuevo: el populismo de extrema derecha ha abandonado la estrategia de hipocresía de los conservadores democristianos. Personajes como Donald Trump o Nigel Farage han sido muy hábiles; aprovecharon la frustración de las clases bajas, cuyos gustos televisivos, registros lingüísticos y aficiones llevaban décadas siendo objeto de burla y condescendencia por parte de la izquierda culta y políticamente correcta, y alimentaron la xenofobia latente de estos grupos sociales con el discurso de la competencia por el trabajo entre nacionales e inmigrantes. Buena parte de esta población despolitizada, inculta, sujeta económicamente a los créditos bancarios y los subsidios, seguía siendo tan racista y machista como en los años sesenta, pero había perdido la costumbre de oír a políticos que «hablasen claramente». Pero entonces llegó Trump y dijo que si tienes montones de dinero puedes «coger del coño a cualquier chavala que se te antoje». Y vieron la luz.

El éxito de la extrema derecha populista en Estados Unidos es impensable sin las tres décadas y media de corrección política. En una sociedad acostumbrada a la libertad de expresión, incluidos los comentarios ofensivos, Donald Trump no tendría nada de exótico o de auténtico. En España, por ejemplo, no ha aparecido un populismo de extrema derecha; aquí siempre hemos sido bastante más vulgares con las designaciones. Llamar «moro» al marroquí no tenía nada de malo hasta que, en los últimos tiempos, empezó la izquierda a tomárselo mal. Si se hubieran dedicado a la educación pública los esfuerzos que se destinaron a borrar del discurso público expresiones racistas, es posible que las cosas hubieran sido diferentes en 2016.

Buena parte del viejo proletariado blanco jamás asumió la forma de hablar artificial ni la forma de pensar que se supone va detrás. Se establecieron dos

niveles: por un lado, cómo hablábamos en la esfera pública; por otro, cómo hablábamos en la intimidad, en el pueblo, en la taberna. La concepción contemporánea de la corrección política había nacido en las universidades progresistas en los años ochenta, y empapó a la sociedad a través de los medios de comunicación y los discursos políticos. La ilusión de erradicar la discriminación dejando de mencionar los colores aisló de la esfera pública los chistes racistas, las chanzas machistas y los comentarios crueles sobre gente con sida, que seguían oyéndose en los talleres mecánicos y los cobertizos de los granjeros.

Los mismos demócratas cultos que inventaron la corrección política, esos cuyos hijos exigirían la creación de «espacios seguros» con lápices de colorear y cuencos de golosinas en la universidad del siglo XXI, llevaban treinta años extendiendo la alfombra por la que correrían dando alaridos personajes como Trump, Farage o Le Pen. Pero los izquierdistas cometen un grave error cuando identifican a los derechistas como los únicos valedores de la incorrección, como veremos en el próximo capítulo.

La guerra cultural

La guerra cultural es un choque de opiniones irreconciliables en aspectos muy sensibles para una sociedad, desde el aborto hasta el matrimonio gay, pero también en asuntos tan triviales como la vestimenta, las preferencias culinarias o el gusto musical. En la guerra cultural se «empaquetan» distintos elementos de la personalidad en un saco ideológico cerrado; por ejemplo, el izquierdista español tendrá que ser antitaurino, favorable al derecho de autodeterminación, propalestino, antinuclear, políticamente correcto, etc., y tendrá que vestir de una determinada manera, apreciar ciertos estilos musicales, despotricar del cine y la literatura comercial norteamericana y mostrar una actitud empática o condescendiente hacia las minorías, cinismo hacia los símbolos nacionales y un respeto ostentoso hacia pueblos indígenas que le son perfectamente desconocidos. Los diputados de Podemos representan la versión más ortodoxa de la izquierda española en la guerra cultural. La transgresión de un número imprevisible de estas líneas rojas culturales acarreará el estigma de «derechista», que «retratará» al individuo como traidor a ojos de los izquierdistas que participan en la guerra cultural. Con la derecha pasa tres cuartos de lo mismo.

La guerra cultural tiene unas raíces hondas que remiten a la Escuela de Frankfurt. Tras el crac del 29 y el ascenso de los nacionalismos fascistas en Europa, Max Horkheimer se da cuenta de que el sistema económico comunista que se ha implantado en Rusia no podrá desarrollarse en las sociedades capitalistas europeas, porque la clase obrera, en general, está menos interesada por los conceptos de clase y demasiado aferrada al patriotismo.

Horkheimer parte de las investigaciones en economía marxista de su maestro Georg Lukács y les aplica un enfoque diferente: cambia la lente revolucionaria de la economía a la cultura.[1] Para ello, Horkheimer cruzará las teorías de Marx con las de Freud.

Mientras que el marxismo clásico sostiene que el capitalismo oprime económicamente al obrero, Horkheimer argumenta que la cultura occidental oprime a toda la sociedad. Profundizarán en esta línea Theodor Adorno y Erich Fromm, que aporta a la teoría feminista la hipótesis de que las diferencias de género no son biológicas sino culturales. Finalmente será Herbert Marcuse quien complete la traducción del marxismo a términos culturales, sumándole una carga nihilista que influirá por completo a la izquierda de los años sesenta y cristalizará en la revolución cultural de Mayo del 68.

Durante las décadas que dura el Estado del bienestar en Europa y Estados Unidos, las reivindicaciones de la izquierda política se centran en la cultura y las identidades, y abandonan la crítica radical de la economía, proponiendo reformas laborales dentro del sistema capitalista. Tras la caída del Muro de Berlín y el derrumbe final del comunismo, la ausencia de un rival ideológico termina de imponer el capitalismo como ideología única y global. Para entonces, la lucha obrera habrá perdido toda su vigencia, y la guerra cultural habrá sustituido a la antigua batalla ideológica.

¿Quién se opone al capitalismo financiero en la actualidad? El movimiento contracultural, desprovisto de alternativas económicas sólidas y representado por autores como Naomi Klein, que presenta batalla a la sociedad de mercado sin oponerle una propuesta económica diferente, y que aboga por la desaceleración, el ecologismo, la cooperación al desarrollo y el control del consumismo a través de la educación y la censura en la publicidad. Joseph Heath y Andrew Potter, en su lectura crítica del *No logo*, de Klein, señalan oportunamente que la contracultura es una falsa oposición al sistema capitalista. Está perfectamente integrada y se beneficia de él.[2]

LOS ENEMIGOS EN LA GUERRA CULTURAL

Los ultraderechistas defienden la incorrección política, pero no es mi caso. Jamás he insultado a nadie por su raza, sexo, trabajo, orientación sexual o discapacidad. En mi tercera novela, las prostitutas son seres adorables, libres e inteligentes, y no por ello deja mi narrador de referirse a ellas como «putas». ¿Es compatible una cosa con la otra? Parecería que no, si nos atuviéramos a la guía de recomendaciones para periodistas que confeccionó el Gobierno municipal de Ahora Madrid. Según esta guía, presentada como un conjunto de consejos expresivos, el único modo de referirse a las prostitutas en la prensa debe denotar que son esclavas explotadas por hombres, y la única forma de referirse a sus clientes es como cómplices y defensores de esta esclavitud.

Cuando se presentó este documento, varias asociaciones de prostitutas se manifestaron en contra,^[3] lo que me lleva a pensar que los debates conceptuales nunca son tan sencillos como parece indicar la guerra cultural. Dado que la corrección política de izquierdas es un sistema que aspira a lo absoluto, a definir lo esencial y encasillar las actitudes humanas de forma clara y tajante, sus propuestas se enfrentan muchas veces a los mismos colectivos que dicen defender.

¿Tenemos derecho los blancos a designar a los negros, los hombres a las mujeres, los sanos a los lisiados? ¿Sería más justo si los negros designasen a los blancos, las mujeres a los hombres y los lisiados a los sanos? Coetzee reflexiona sobre ello a raíz del fin del apartheid, y creo que no es un debate sin sentido. Pensar en estos términos nos llevaría a indagar por qué algunos colectivos se apropian de un término peyorativo y lo limpian, o bien repudian las designaciones otorgadas.

Nos encontraríamos con casos contradictorios, por ejemplo el empleo orgulloso que el gitano hace de «gitano», mientras que una parte de los payos la emplean despectivamente. Podríamos hablar también de los indios norteamericanos, a los que la corrección política llama «native americans» aunque buena parte de ellos detestan esta denominación y prefieren que les llamen «indios», que al menos delata la estupidez del hombre blanco que creyó que había llegado a la India. Podríamos pensar también si una designación políticamente correcta está menos impuesta por la hegemonía blanca que la insultante o despectiva, y muchas otras cosas más. Sería un

debate hermoso, sí, pero imposible. ¿Por qué? Porque entra en el territorio de la guerra cultural, propio de las sociedades fragmentadas entre grupos endogámicos, que desemboca en el insulto y el desprestigio.

Javier Benegas y Juan M. Blanco señalan que, con la corrección política,

los grupos minoritarios no se limitan a ejercer una mera presión; también generan, difunden y, con la connivencia de los políticos, imponen formas de pensamiento tendentes a justificar sus privilegios. Recurren a supuestos agravios, presentándose como víctimas: su martirio y sufrimiento es el argumento de autoridad definitivo con el que imponen su razón. La verdad estaría determinada por las emociones, las afinidades, la empatía, no por el raciocinio. En este marco, la verdad es todo aquello que suena bien, que hace sentir a la gente comfortable, bondadosa, aunque no lo sea. Por el contrario, las verdades incómodas quedan automáticamente apartadas; solo se acepta aquello que es políticamente correcto, esto es, lo que favorece a los grupos mejor organizados.[4]

MANIQUEÍSMO 2.0

La guerra cultural es un sistema maniqueo. En su campo de batalla todo es blanco o negro, lo que conduce el debate intelectual a un cruce de insultos y acusaciones encarnizadas. Cualquier cosa que digamos puede retratarnos como enemigos de unas personas con las que seguramente estemos de acuerdo en muchas cosas. Así, la colisión entre el sistema de la guerra cultural, el pensamiento independiente y la libertad de expresión es obvio. Daré un ejemplo.

Martin Garbus es un abogado estadounidense al que la revista *Time* describe como un personaje legendario en la defensa radical de la libertad de expresión. Según Garbus, la defensa de la Primera Enmienda solo es totalmente sincera cuando peleas para que tus enemigos más viles puedan expresar sus ideas. Garbus ha defendido a toda clase de personas en aprietos por haber expresado sus ideas, desde Václav Havel hasta Nelson Mandela, pasando por Andréi Sajárov, Salman Rushdie, Lenny Bruce y Al Pacino. Sin embargo, sus principios son tan sólidos, tan sinceros, que Garbus hizo algo

mucho más heroico: defendió a un grupo de neonazis estadounidenses que querían manifestarse en un barrio judío. Olvidé mencionar algo importante: Garbus es judío. Su familia huyó de los pogromos polacos y se instaló en Estados Unidos.

Ignoro si la defensa que hizo Garbus del derecho a manifestación de los neonazis está bien o está mal desde una perspectiva moral, pero sé que, según la división maniquea de la guerra cultural, que suele tomar la parte por el todo, Garbus sería catalogado inmediatamente de enemigo de todos los judíos y colaboracionista nazi. De hecho, su postura ante el caso de los neonazis despertó críticas furibundas contra él. Cuando, años después, su hija le preguntó cómo se sentía al defender la libertad de expresión de esos indeseables, un Garbus lacónico y tranquilo dio una respuesta elocuente:

«Me utilizan para causas que no comparto, pero también para causas que son importantes para mí».[5]

Según la guerra cultural, alguien de un bando no puede defender jamás la causa del bando contrario, ni siquiera su derecho a expresarse, porque será tachado automáticamente de traidor. Esto está siendo muy problemático para la libertad de expresión, un derecho universal cuya defensa penetra constantemente en los terrenos grises, alejados del blanco o negro, que colisiona incluso con los principios de la conciencia individual. Para los defensores de la libertad de expresión, el derecho de nuestros enemigos a expresar sus ideas odiosas es tan sagrado como el nuestro y el de nuestros aliados.

ETIQUETAS

La guerra cultural asigna etiquetas que colocan a los disidentes de una parte en el bando contrario, lo cual es una forma de desacreditar su discurso, por razonable que sea. Sirvan como ejemplo los casos de Migoya, acusado de machista-y-no-hay-más-que-hablar, o de Frisa, enviada al rincón de la apología del acoso escolar por un puñado de adolescentes, que lograron

convencer a media opinión pública empleando correctamente las etiquetas de la guerra cultural. La combinación de corrección política y guerra cultural, base de la poscensura, nos ha hecho menos libres de pensamiento que hace treinta años. Cuando uno se expresa libremente es facilísimo caer en un «error fatal» que le asignará la etiqueta de «machismo», «eurocentrismo», «colonialismo», «fascismo», «centrismo», «progresismo», «racismo»... Ismos en los que nos aterroriza caer, por lo que no solo hablamos con pies de gato sino que empezamos a pensar con pies de gato. Mi amigo José María Bellido Morillas es un personaje bastante inclasificable, de ideas imprevisibles. Lo expresaba con ingenio en un estado de Facebook:

Gracias a las redes sociales, he podido enterarme de que soy cuñado, fantasmilla, señorito olivarero, especulador menemista, machista, marica egodistónico, votante del PP, cuñado, homófobo, antisemita, defensor del genocidio socialista, borracho, drogado, oportunista, proetarra, cateto, capillita, ignorante, trol, pablista, colonialista, amante de la tortura, racista, imperialista y colectivista, y de que tengo que leer y viajar más.

Decidí preguntarle al periodista Guillem Martínez, que lleva años investigando las guerras culturales, hasta qué punto afecta este fenómeno a la correcta asignación de atributos. Merece la pena transcribir íntegra la charla:

—Según la lógica de las guerras culturales, ¿dónde está el límite entre la crítica y el ninguneo?

—En abstracto, no lo hay. Es decir, los grupos son la unidad del conflicto cultural, por lo que se dan de leches. La cultura, en fin, es conflicto. Garcilaso y Boscán se dieron para el pelo con otros grupos, en un combate a muerte (cultural). Buñuel, Lorca y Dalí se propasaban (culturalmente) con Juan Ramón Jiménez por lo mismo. El grupo siempre ha luchado contra el grupo, y en ese trance ha apoyado a los suyos y atacado a los otros. El problema es que no hablamos de batallas o guerras en la cultura, algo inveterado, que siempre se ha producido y tiene sus códigos y límites civilizados, sino de algo nuevo, que cambia todas las dinámicas anteriores. Es decir, batallas o guerras culturales. No son una prolongación de la cultura. Lo son de la política, por otros medios. No implican estéticas ni cosmovisiones culturales. Implican cosmovisiones, a secas. Una sola idea. Un solo campo semántico: la derecha, lo equilibrado, lo razonable, lo moderado, lo justo. Y son guerras de exterminio. Se trata de eliminar al otro, al que ejemplifica otra política. Por ahora, metafóricamente.

—Pero ¿es posible librar una guerra cultural sin intentar que «los tuyos» ignoren los argumentos de «los otros»? ¿Es posible la discusión racional en la guerra cultural?

—No, porque el otro, por definición en una guerra cultural, «no es razonable». Es «lo patológico», «lo no razonable». En Estados Unidos, en una batalla cultural, no es lógico ni aceptable, pongamos, el evolucionismo. De hecho, la función de una batalla consiste en demostrar eso, en cargarte el prestigio, la posibilidad de la otra opción. Es posible, no obstante, evitar la guerra cultural. Es decir, salir de su terreno y recurrir al análisis político [...] Las batallas culturales solo se emiten desde instancias de poder político, próximas al poder político, o sensibles de ser poder político, por lo que carecen de simetría si uno de los bandos no se ajusta a esas características. Por eso mismo, carece de interés un enfrentamiento, una batalla cultural, si no te ajustas a esas características.

—Actualmente, ¿se libra una batalla por el monopolio de la verdad?

—Y por cosas aún más chorras. Por el acceso a la hegemonía social que permite, con mayor facilidad, acceder al poder político. Básicamente, esa es su función. El monopolio de la verdad es, me temo, un daño colateral.

Las últimas palabras de Guillem me dejaron pensando un buen rato. Investigar la poscensura me había llevado a mantener conversaciones con personas de ideas dispares, desde el derechista Federico Jiménez Losantos hasta el izquierdista Antonio Maestre. Sucedió que, cuando hablaba con alguien de izquierdas favorable a la corrección política —creo que no es el caso de Maestre—, tenía la sensación de que esa persona entendía que la disputa por la verdad, una de las bases del derecho a la libertad de expresión, era un «daño colateral». Me decían que, en un mundo tan injusto, tan envenenado por la xenofobia, con problemas tan graves y tan acuciantes, la libertad de expresión era la última de sus preocupaciones. Un joven activista pro corrección política me dijo por Twitter: «Si callar a cuatro fachas nos ayuda a cambiar las cosas un poco, bienvenida sea la mordaza». No me permitió dar su nombre, ni siquiera el seudónimo con el que azota a los «fachas» todos los días en Twitter. Es un individuo en estado de guerra.

ENDOGAMIA DE GUERRA CULTURAL

Las redes sociales son el escenario de un espejismo colectivo. Los algoritmos que rigen su funcionamiento crean espacios de endogamia, donde uno acaba

recibiendo mayoritariamente mensajes con los que está de acuerdo, lo que le lleva a creer que los que piensan como él son una mayoría, cuando no tiene por qué ser así. Además, a través del cristal deformado de las redes sociales, nos parece que las grandes estructuras que soportan la sociedad están siempre a punto de quebrarse. Esta visión distorsionada de la realidad lleva a un espejismo más profundo: la creencia de que se puede «erradicar» al enemigo. Desde luego, se puede en el campo de las redes sociales, donde la función de bloqueo hace desaparecer de tu mundo a quien no piensa como tú. La creencia de que «callar a cuatro fachas» pueda ayudarnos a «cambiar las cosas un poco» delata esta percepción fantasiosa y distorsionada del mundo.

Pero la endogamia de las redes sociales provoca un problema mayor. En la guerra cultural digital, los defensores de la corrección política recurren a argumentos llenos de clichés y medias verdades. Sirvan como muestra estos párrafos de un artículo de Daniel Bernabé dedicado a la corrección política:

Imaginen al portavoz de una organización católica, o tal vez incluso un obispo, quizá un periodista deportivo o de sociedad, un escritor presuntamente mordaz, un humorista con aspiraciones de irreverencia, un ministro polaco, un europarlamentario del Front National o un concejal del PP ávido de micrófonos. Imaginen algo no demasiado extraño, cualquiera de ellos haciendo unas declaraciones machistas, homófobas, racistas o clasistas.

Tras las mismas vendría la respuesta defensiva de los grupos afectados, incluso, si las declaraciones fueran especialmente hirientes, de una gran parte de la sociedad. El siguiente episodio sería la reacción de los que comenzaron el ataque. En el mejor de los casos un intento sonrojante de matización o unas disculpas taimadas. En el peor, tras apelar a la libertad de expresión, los que ofendieron levantarían con aire de rebeldía la bandera de lo políticamente incorrecto.[6]

Es el típico planteamiento de la guerra cultural. El primer paso es provocar el descrédito del oponente, en este caso recurriendo a la caricatura. Bernabé identifica a quienes harán el comentario políticamente incorrecto reduciéndolos a su enemigo de la guerra cultural: aparte de los enemigos habituales (la curia, el Front National, el PP), un escritor «presuntamente» mordaz y un humorista con «aspiraciones de irreverencia», es decir, un escritor mediocre y un humorista vanidoso, como si escritores como Philip Roth o humoristas como George Carlin no se hubieran enfrentado abiertamente

al sistema de la corrección política. Hasta ahí, el retrato del «ellos», y frente a «ellos», «nosotros»; Bernabé da por hecho que quien se va a sentir herido puede ser «una gran parte de la sociedad».

Quien ha elegido un bando en la guerra cultural suele erigirse en representación de una mayoría —el pueblo, las mujeres, la patria— y, con una trampa retórica, coloca al adversario en la posición marginal, para convertirlo en un elemento disolvente que actúa contra los intereses de la *verdadera* sociedad («nosotros»). Creo que se confunde el deseo con la realidad.

Como vimos en el capítulo sobre los censores, la ilusión que mueve a esos funcionarios a trabajar es exactamente la misma. Sin embargo, la debilidad del argumento es evidente. ¿«Gran parte de la sociedad» se siente herida por el comentario de un «escritor presuntamente mordaz»? Esto nos obligaría a preguntarnos qué significa ese «gran parte», lo que nos llevaría a otra pregunta lógica: ¿no fue «gran parte de la sociedad» estadounidense la que llevó a Donald Trump a la presidencia de ese país?

A mi juicio, queda descubierta la trampa argumentativa típica de la guerra cultural: se habla desde una postura política cerrada de militancia, afiliada por completo a un bando y sometida a sus límites, y se confunde la sociedad con uno mismo y con quienes piensan como uno. Desde este punto de vista, la libertad de expresión de quien tiene una ideología contraria se relativiza. Alguien que duda o matiza se enfrenta a una fuerza muy poderosa, la camaradería. Los militantes de la guerra cultural son todos camaradas, lo que, según Sebastian Haffner, es sinónimo de entregar el pensamiento crítico al grupo y disolverlo:

La camaradería forma parte de la guerra [...] El hecho de que cause una felicidad momentánea no cambia nada [...] La camaradería corrompe y deprava al ser humano [...] Lo inhabilita para llevar una vida propia, responsable y civilizada. Sí, en realidad es todo un instrumento deshumanizador [...] La camaradería exige al individuo de asumir la responsabilidad sobre sí mismo, ante Dios y ante la propia conciencia. Él hace lo que hagan los demás. No le queda alternativa. No hay tiempo para reflexionar [...] La voz de la conciencia es la de los camaradas y lo absolverá de todo siempre y cuando haga lo que hace el resto [...] La camaradería no admite discusión; cualquier debate vertido en una solución química de camaradería adquiere rápidamente tintes de refunfuño y maquinación, es pecado mortal. Sobre la base de la camaradería no prospera la reflexión, sino solo el pensamiento colectivo de naturaleza más primitiva

[...] Si alguien desea escapar, se le sitúa automáticamente fuera del concepto de camaradería.[7]

MALAPUNTERÍA: FRANCO «VERSUS» COLAU «VERSUS» AZÚA

Cataluña se ha convertido en un laboratorio propicio al estudio de la guerra cultural gracias a la pugna entre los partidarios de la independencia y los de que Cataluña siga siendo parte de España. La designación de etiquetas ideológicas en Cataluña es un caos absoluto e incoherente. Los dos bandos tachan de «fascistas» y «progres» a sus rivales según les apetezca, pues existe una macedonia ideológica en que la izquierda y la derecha se mezclan en la causa de la defensa de España y en la de la independencia. Remito al libro de Guillem Martínez *La gran ilusión*[8] a quien tenga ganas de profundizar en la elección de términos que acompaña a todo el proceso independentista, y paso a centrarme en un episodio muy concreto que explica perfectamente la mala puntería de los francotiradores de esa guerra cultural.

El ayuntamiento de Barcelona en Comú, liderado por la activista antidesahucios Ada Colau, recibe ataques de la derecha española (PP, Ciudadanos, parte del PSOE) pero también, y esto es llamativo, de la izquierda independentista catalana (ERC, CUP). La disputa entre el independentismo de izquierdas y la postura de Ada Colau no es ideológica, sino meramente cultural. La alcaldesa es partidaria de que los catalanes voten si quieren pertenecer a España o independizarse, pero no milita en las filas de la causa independentista, puesto que entiende Cataluña como una realidad plural. Sostiene Colau que tomar partido institucional por uno de los dos patriotismos sería dar la espalda a catalanes de izquierdas, entre los que están las dos sensibilidades. Esta expresión política es relativamente nueva en Cataluña. Surge de la nueva izquierda nacida en la crisis económica al calor del Movimiento 15-M, que divide a la sociedad entre «los de arriba» y «los de abajo», y no entre españoles y catalanes. Ada Colau se opone a un concepto de sociedad y no a una bandera. En su grupo hay independentistas,

españolistas e individuos indiferentes a las reivindicaciones nacionales. Esto ha recrudecido la guerra cultural con un nuevo frente.

El catalanismo se había apropiado del mito de la lucha antifranquista en Cataluña. Buena parte de la élite catalana se había beneficiado política y económicamente de la dictadura, pero durante la Transición jugaron muy bien la carta de la limpieza de expedientes[9] y mezclaron la reivindicación cultural con la política. La derecha catalanista, representada por CiU y Jordi Pujol, alcanzó el gobierno apelando a las raíces aplastadas tras cuarenta años de dictadura. Desde el poder, reescribieron el relato: ellos siempre habían sido antifranquistas, los más antifranquistas de España. De hecho, Franco fue mucho más cruel con los catalanes que con el resto de los españoles.

¿A qué llevó esta visión de la historia? Efectivamente: a que cualquier cosa que sonase a ataque contra la identidad catalana se convertía en franquismo. El tema alcanzaría una cota de absurdo total durante una polémica a cuenta de Ada Colau.

El ayuntamiento había conseguido nadar entre dos aguas mientras avanzaba el *procés*, movimiento por la secesión articulado desde la Generalitat, liderado por una insólita unión de la derecha y la izquierda nacionalistas. Colau, igual que Podemos, criticaba el maridaje y acusaba a la izquierda nacionalista (ERC y CUP) de anteponer la patria a la justicia social. La hermandad de Ada Colau con las nuevas izquierdas del resto de España había hecho que el nacionalismo más recalcitrante la llamase «botiflera», traidora a la patria catalana.

En este ambiente viciado de guerra cultural, el ayuntamiento anunció una exposición antifranquista para octubre de 2016 en el antiguo Mercat del Born, museo parido por CiU como epicentro de la revisión nacionalista de la historia de Cataluña, según Gregorio Morán, una suerte de «Valle de los Caídos del independentismo». Colau y su equipo profanaron el templo, sospecho que sin ser conscientes de ello. Programaron una exposición sobre la arquitectura franquista en Barcelona en el marco de una serie de actos en defensa de la Ley de Memoria Histórica. La elección de un grupo escultórico cambió la percepción de una parte de la sociedad. Iban a colocar una estatua ecuestre de Franco decapitado en la puerta del Mercat. Los independentistas acusaron a Colau de «frivolizar», de «herir la sensibilidad de todos los

barceloneses» e incluso de hacer una «apología» velada del franquismo. La acusación era absurda, pero vencieron la batalla cultural. El día de la inauguración, mientras Gerardo Pisarello, teniente de alcalde, peroraba ante un grupo de ancianos víctimas de la represión franquista, una multitud de miembros de las juventudes independentistas se reunieron en la puerta y llamaron «fascistas» a las víctimas de Franco.

Pese a que mostrar a un dictador decapitado difícilmente puede ser considerado un homenaje, la guerra cultural simplificó por completo el símbolo y el independentismo consiguió llevarse el gato al agua. A los tres días, la estatua había sido derribada varias veces y el ayuntamiento tuvo que retirarla.

El periodista cultural Milo J. Krmpotic resumió el episodio con estas palabras:

- 1) Todo acto de violencia esconde una voluntad de apropiación, de dominio.
- 2) En ese sentido, quienes han atacado y derribado la dichosa estatua ecuestre de Franco se han erigido en dueños de lo que se puede o no se puede mostrar en las calles de Barcelona.
- 3) Y, si bien el espacio geográfico que valerosamente han conquistado es pequeñito, las connotaciones del asunto se multiplican en el terreno de las ideas: suya es la decisión de lo que es arte y de lo que puede ser utilizado con ánimo artístico, suya es ya la única interpretación simbólica posible para la recuperación de la pieza y su puntual colocación en el Born.
- 4) Por supuesto, esa interpretación simbólica ahora establecida es la más directa y evidente, por no decir la más básica y limitadita: si Franco = caca, estatua = suelo.
- 5) Gracias, pues, «defensors de la terra», por evitarnos al resto de la ciudadanía la aburrida y siempre fatigosa necesidad de pensar por nuestra cuenta. Algo en lo que también Franco, por cierto, como todo buen (mal) dictador, fue un maestro.[10]

Veamos ahora el otro lado con una polémica en torno al mismo ayuntamiento. El escritor y académico de la RAE Félix de Azúa fue objeto de polémica por decir en una entrevista que Ada Colau es «una mujer que debería estar sirviendo en un puesto de pescado».[11] No estoy de acuerdo con que ella sea una mala alcaldesa, pero he leído a muchos articulistas soltar cosas parecidas sobre ella y sobre todos los políticos. Sin embargo, gracias a esa fuerza misteriosa que selecciona unas palabras y las separa del caudal, Félix de Azúa fue *trending topic* y terminó en el centro de una polémica que no voy

a perder el tiempo en describir. Tiempo después, le pregunté qué pensaba del asunto.

«Hay cientos de empleados trabajando en esas redes —me dijo—. Exigían mi expulsión de la Real Academia, con lo que mostraban su ignorancia sobre las instituciones culturales españolas. De la Academia te puedes ir, pero no te pueden expulsar. Me enteré de la persecución de los podemitas y colauitas por amigos que siguen los chantajes de las redes con ánimo de estudio. Yo nunca las consulto. Son muy previsibles.»

Las redes no solo pidieron su expulsión de la Real Academia (firmaron la petición más de cien mil personas). El caso Azúa apareció en todas partes y la propia Ada Colau aprovechó el tirón y se fue a un mercado a hacerse fotos con las pescaderas en un arrebato de populismo. Independientemente de que las palabras de Azúa hubieran sido duras, ¿no estábamos sacando las cosas de quicio? ¿No tienen derecho los comentaristas políticos a polemizar, a describir a los políticos que no les agradan en los términos más hirientes o ingeniosos?

Pero lo más curioso es de dónde provenían los ataques. Eran personas contrarias a la Ley Mordaza y a las reformas de Código Penal en materia de ofensas, que ponen el grito en el cielo cuando un político de derechas amenaza con blindar su derecho al honor frente a los ataques, las que consideraban intolerables las palabras de Azúa. Se popularizó un vídeo en el que una pescadera destrozaba un libro del escritor y lo embadurnaba de sangre de pescado, y aplaudían la ocurrencia intelectuales a los que yo mismo he visto abominar de las quemas de libros de la Inquisición o de los nazis.

¿Habría ocurrido lo mismo si Azúa se hubiera referido en esos términos a Ana Botella o Rita Barberá? Evidentemente no. Como dice Guillem Martínez, la guerra cultural oculta una lucha por la hegemonía política, así que los motivos de un linchamiento nunca son las palabras que lo desatan.

LA FALSA INCORRECCIÓN POLÍTICA DE LA DERECHA

La guerra cultural lanza un diagnóstico erróneo en el campo de la corrección política: la izquierda confunde la incorrección de la ultraderecha con un alegato por la libertad de expresión, y por tanto confunde los alegatos por la libertad de expresión con síntomas del pensamiento ultraconservador. Es un diagnóstico superficial, basado en las palabras de ciertos conservadores enemigos declarados de la corrección política de izquierdas, que no se sostiene tras un examen más profundo de las declaraciones de estas personas.

Por ejemplo, Marine Le Pen, la ultraderechista presidenta del Front National, es una falsa defensora de la incorrección: su discurso está cargado de términos ofensivos contra los inmigrantes, los homosexuales y demás, pero Le Pen se desmarcó del luto oficial tras el atentado de *Charlie Hebdo* y popularizó la etiqueta «Je ne suis pas Charlie». Para ella, como para los defensores de la corrección política, la libertad de expresión solo es válida cuando respeta *sus* creencias y valores. Lo mismo ocurre con el columnista español Hermann Tertsch, que presume de ser incorrecto por usar palabras como «maricón», pero que reacciona así cuando se atacan sus ideas:

En un país civilizado La Sexta estaría prohibida por golpista y Wyoming sería un mierda marginal. Aquí triunfan. Así le va a este pobre país.[12]

La extrema derecha es ofensiva con aquellos que desprecia, pero igual de mojigata que las feministas de Twitter cuando se bromea, en lugar de con los tópicos sexistas, con la patria o la religión. La cosa quedó perfectamente clara con el caso de los titiriteros, que volvió a poner a los ayuntamientos de izquierdas en el centro de la polémica.

Durante las primeras Navidades de Manuela Carmena (Ahora Madrid) como alcaldesa de la capital de España, la derecha mediática se lanzó contra cualquier detalle cultural para desacreditar al nuevo equipo de gobierno. El caso más sonado fue el de los titiriteros. El ayuntamiento había contratado a través de la Concejalía de Cultura a Raúl García y Alfonso Lázaro, titiriteros que representaron la obra de cachiporra *La bruja y don Cristóbal*, un inocente retablo infantil.

Durante la representación, aparecía una pancarta en la que se leía «Gora Alka-ETA». Como es habitual en este género de marionetas, los personajes la

emprendían a porrazos unos con otros. Varios padres presentes en la representación se escandalizaron profundamente. Aseguraron que la obra era una apología de la violencia y del terrorismo, pusieron el grito en el cielo, y la derecha mediática y política recogió el guante y se lanzó gozosamente al ataque. El argumento de la obra de cachiporra se explicaba en la prensa en estos términos: «El personaje de la bruja mata a su agresor, mientras que otro guñol vestido de policía golpea a esta hasta dejarla inconsciente. Es en ese momento cuando elabora la pancarta como prueba falsa para depositarla sobre el cuerpo de la bruja para que sea acusada por un juez». Una visión bastante estúpida sobre el estilo clásico de los títeres de cachiporra, representado por autores tan respetados como Ramón del Valle-Inclán.

Dio lo mismo. Poco importa la cultura en un estallido de guerra cultural. Los titiriteros fueron detenidos por la policía y estuvieron cinco días en prisión incondicional, privados de sus derechos más elementales. Desde instancias políticas y mediáticas, los acusaban de apología del terrorismo. Se escribieron, literalmente, cientos de artículos difamatorios contra ellos. Fueron linchados de forma implacable en las redes sociales. Al igual que durante el escándalo de Hernán Migoya, era evidente que los artistas eran una víctima colateral y que el verdadero ataque iba dirigido al ayuntamiento que los había contratado. La polémica duró nueve meses, hasta septiembre, momento en que la Audiencia Nacional archivó la querrela.

Fue un episodio clarísimo en que se mezclaban la guerra cultural y la corrección política, en este caso de derechas. Un episodio paradigmático del fenómeno de la poscensura, al que se sumó una persecución política que recordaba a los peores tiempos del franquismo.

VÍCTIMAS

Todos los bandos de la guerra cultural tienen algo en común: exaltan su victimismo a través del discurso, y creen que el sentimiento de víctimas los legitima. El ejemplo más claro que se me ocurre es el de los integristas

católicos. Consiguen articular sus consignas respecto a la mentira de que el laicismo atenta contra ellos. Aseguran que un derecho como el aborto ataca a la infancia, como si alguien estuviera obligando a las mujeres a abortar. El matrimonio gay vuelve a hacer víctimas a los cristianos: según ellos, que una pareja homosexual se case atenta contra la familia.

Veamos una polémica desatada por estos fieles devotos. La revista satírica *Mongolia* apuesta por la provocación desde el humor, pero a veces el escándalo les llega por donde menos se lo esperan. Cuando fueron a representar su espectáculo teatral en Cartagena (Murcia) los católicos se ofendieron por... ¡el cartel! En él se había sustituido la cara de la Virgen María por la de Donald Trump, mientras que el Cristo moribundo en sus brazos tenía cara de Hillary Clinton. Un grupo de costaleros puso el grito en el cielo, llamó al boicot del espectáculo y los cómicos tuvieron que enfrentarse a un escrache en la puerta del teatro.

Pero el victimismo de la guerra cultural tiene una faceta todavía más perversa: la víctima tiene que estar callada. Cuando Irene Villa dijo que no le molestan los chistes por los que se hizo famoso Guillermo Zapata, Jaime Peñafiel recriminó a la víctima del terrorismo sus palabras en un artículo en *La Razón*, «por dejarnos a tantos y tantos como sufrimos con ella, lo que vulgarmente se dice con el culo al aire, al declarar que los crueles tuits del impresentable Guillermo Zapata, por los que se sienta en el banquillo, no le afectaron. Quienes te queremos no entendemos tu actitud». ¿Qué estaba diciendo Peñafiel?: que Irene Villa es un símbolo, un icono, y que como icono está más guapa callada, especialmente si sus pensamientos no concuerdan con los dogmas de la cruzada.

Peñafiel estaba muy molesto. Él y muchos otros se desgañitaban atacando a Zapata, finalmente inocente según la Audiencia Nacional, diciendo defender a Irene Villa y su honor mancillado. La cosa no es tan rara como pueda parecer. Peñafiel simplemente se atrevió a expresarlo, lo cual le agradezco, pero veremos este tratamiento de las víctimas en toda clase de cruzadas. Me voy a referir a un par de episodios recientes.

El último es la polémica por el vestido con que Cristina Pedroche salió a dar las campanadas de Nochevieja en Antena 3, un calco de la polémica del año anterior también a raíz de la indumentaria de Pedroche. Sus vestidos de

cóctel en estas ocasiones no son del agrado de un sector pequeño pero ruidoso del feminismo patrio, que lanza alegatos contra Antena 3 y el machismo estructural con argumentos que a veces, como en el caso de Lucía Etxebarria, rozan el machismo. Etxebarria estaba muy molesta con lo visto en las campanadas. La primera parte de su alegato en defensa de la dignidad pedrochana y femenina hablaba de la cosificación de la mujer en los medios, cosa probada. Lo curioso es que, después de compadecerse del frío que había debido de pasar Pedroche y del daño que debía de causarle ese vestido, Etxebarria se preguntaba qué pensaría el marido de Pedroche.

«No hablemos ya de los comentarios del señor [Chicote] [...] ¿Al marido de esta mujer, que tanto defiende en público la fidelidad, de verdad le hace gracia esta actitud? ¿Le gusta que le tiren los trastos a su mujer delante de media España, y de una forma tan zafia? Y sobre todo, más importante, ¿a ella le gusta?»^[13] Preocuparse por un marido celoso en pleno alegato feminista es para empezar a reír y no parar hasta noviembre, pero lo interesante era lo siguiente: «¿a ella le gusta?». Y digo que es interesante porque Etxebarria podría haberle preguntado a Pedroche, pero no quiso hacerlo.

La presentadora había anunciado en Instagram que iba a aparecer con una prenda que era «un sueño hecho vestido»; es decir, a ella le gusta ir así ataviada, por más que Chicote aparezca a su lado de traje y corbata. Sin embargo, la opinión de Pedroche sobre su vestido, como la de Irene Villa sobre los chistes de Zapata, es irrelevante. En la denuncia contra la cosificación de la mujer se da por hecho que Pedroche pasa frío, está incómoda y sufre. Se la victimiza, y por tanto se le arrebatada la capacidad de ser ella misma.

Los militantes siempre necesitan víctimas con las que justificar sus cruzadas. Cuando todo el mundo está dando su opinión sobre lo que tú tienes que sentir, sobre lo que debes de estar sintiendo, los que dicen defender tu dignidad te la están arrebatando.

Otro ejemplo. Novedades Carminha, un grupo de pop, lanzó un videoclip en que el actor porno Sylvan Gavroche y la actriz porno y escritora Amarna Miller pasaban el rato follisqueando. En el feminismo español tuitero hay una verdadera discusión en torno a Amarna Miller, muchacha tocada con el criterio propio. Por un lado, se dice de Miller que hace porno feminista,

porque da la impresión de pasarlo bomba en sus películas; por otro, el sector de las feministas que podríamos llamar «de hábito monacal», incómodas ante toda manifestación del deseo masculino, consideran que Miller es una muchachita ingenua y manipulada por el heteropatriarcado. ¡Fiesta!

Bien: cuando se estrenó el videoclip porno, Andrea Levy dijo en Twitter que la canción le gustaba. El actor Gavroche respondió con un tuit: «¿Repetimos vídeo pero con Andrea?», y entonces las militantes acusaron al actor porno de acosador. Este, que se las da de feminista, no tardó ni un segundo en disculparse. «Fue una cagada machista.» Después, se dedicó a recorrer las radios y los periódicos lamentándose y dejando muy claro lo mucho que se arrepentía sus palabras. Pidió perdón mil veces mientras se debatía en Twitter sobre este tipo de agresiones basadas en hacer una insinuación sexual en tono de broma.

Era curioso: se había elegido a Andrea Levy como víctima, y por tanto nadie le preguntaba a ella si le había molestado el tuit. Pese a su fama de soltar frescas, se la convirtió en icono de muchacha indefensa, y así Gavroche podía alardear de su sensibilidad disculpándose por su «agresión», y un montón de gente podía teorizar sobre el acoso y el porno en las redes sociales. A mí me dio por preguntarle a Levy si aquel tuit le había molestado. Me respondió:

«Creo que Gavroche hizo un tuit de buen rollo sin pensar que otros puedan juzgarlo por su profesión. La verdad es que no vi ni machismo, ni lascivia. Y créeme que de este tipo recibo habitualmente. No le di importancia porque creo que todo iba en buen tono y no entendí ni mucho menos que fuera un ofrecimiento real». Días después, Levy me dijo que empezaba a estar un poco harta de que Gavroche siguiera recorriendo medios de comunicación con su disculpa. Me dijo también que, aparte de mí, nadie le había preguntado a ella.

Recapitulemos: a Pedroche le gusta su vestido, a Villa no le molestan los chistes y a Levy nadie le pregunta si la insinuación le ha ofendido. Una vez que convertimos a individuos en símbolo de nuestra cruzada, lo último que queremos es que abran la boca. ¡Que nos dejen defender sus dignidades en paz, hostias! Son las cosas de la militancia.

EL TABÚ

En la guerra cultural, cada tribu tiene sus tabúes y vigila que nadie los toque. Si alguien frivoliza con ellos y ofende sus símbolos, salen a cazarlo, generalmente por las redes o llamando al boicot de los actos públicos del culpable. En esta guerra cultural los símbolos sagrados proliferan de formas inauditas. Tras la muerte de la actriz Carrie Fisher, la princesa Leia de *Star Wars*, Steve Martin, gran amigo de la actriz, escribió apenado unas palabras en Twitter:

Quando yo era joven, Carrie Fisher era la criatura más bella que había visto nunca. Resultó que era ingeniosa y brillante también.

La guerrilla feminista de Twitter consideró que el comentario era de un machismo intolerante. Steve Martin vio como, a pocas horas de la muerte de su amiga íntima, miles de usuarios se dedicaban a insultarlo e intimidarlo. Su nombre apareció en la prensa asociado al estigma de machista. Se escribieron artículos en revistas de izquierdas sobre lo inadmisibile de mencionar la belleza de una actriz. En España pasó lo mismo con Santiago Segura, que publicó un tuit donde Fisher aparecía con el biquini que lleva al principio de *El retorno del Jedi*.

Daniel Krauze relataba la cadena de recriminaciones en que se vieron envueltos los fans de *Star Wars* que habían cometido la temeridad de recordar a Fisher con menos ropa de lo establecido por un grupo ruidoso y minoritario de feministas:

Con la muerte de Carrie Fisher, medios como *The Cut* se han dado a la tarea de decirnos cómo y cómo no debemos recordar a la actriz, autora y guionista. Arguyen que recordarla por su belleza antes que por su pluma, su franqueza o su humor equivale a ser sexista, como si, para poner un tuit en honor a alguien, ahora tuviéramos la obligación moral de conocer todo su currículum vitae [...] La policía del luto está aquí para decirnos qué es destacable de una carrera y qué merece una mención en nuestras redes sociales. No incluir estos logros es, en sus palabras, «extremadamente malo».

[14]

Resulta curioso que hijas y nietas de la liberación sexual replicasen los argumentos de la mojigatería religiosa previa a Mayo del 68. Los argumentos me recordaban a un libro de 1944 escrito por Carlos Salicrú, *¿Es lícito bailar?*, en el que se alerta sobre el peligro para la «dignidad de las mujeres» de los bailes *agarraos* y el atentado contra la femineidad que representa el traje de baño.

Es solo un ejemplo de los muchos que encontramos todas las semanas. Para el bando de los patriotas españoles es tabú bromear, frivolar y a veces hasta hablar, si no es de forma claramente condenatoria, sobre la banda terrorista ETA, mientras que para los *abertzales* son tabúes la condena del terrorismo y hasta el humor con los estereotipos vascos que aparecen en la película *Ocho apellidos vascos*. Para los animalistas es tabú cualquier comentario a favor de la tauromaquia, mientras que para los taurinos es tabú cualquier protesta contra su afición.

Cada bando impone líneas rojas que diezman la libertad de expresión de los demás, especialmente de quienes tienen una ideología más o menos afín y temen el estigma, pero lo peor de todo es que ejercen una vigilancia amateur en las redes sociales más intensa que la de cualquier equipo de funcionarios grises. Esto hace de la poscensura un fenómeno peligroso y arbitrario. A falta de leyes escritas o parámetros centrales, uno nunca sabe lo que puede decir sin que la mecha prenda por cualquier parte. Los tabúes se imponen según códigos de susceptibilidad de unos grupos de personas que confunden lo que les ofende con lo inadmisibles. Así, en la guerra cultural, la libertad de expresión deja de ser un derecho universal para convertirse en un derecho universal siempre que el mensaje no ofenda a quien tiene el poder para lincharlo.

Un ejemplo: la revista feminista *Locas del Coño* fue víctima de la censura en Facebook. Usuarios anónimos denunciaron todas las publicaciones de la revista en dicha red social por «pornografía» e «incitación al odio» (dos de las pestañas que Facebook nos ofrece cuando queremos imponer la mordaza a alguien). En diciembre, después de tres apagones sucesivos, la red social por fin se disculpó y escurrió el bulto apelando a los procesos automatizados. Facebook se ha convertido en el mecanismo de censura más prolijo de nuestro tiempo, debido a la posibilidad de denunciar de forma anónima a cualquiera que diga algo que no nos guste y a la estrechez de sus normas comunitarias.

Hasta finales de 2016, de hecho, los pezones femeninos estuvieron prohibidos por el puritanismo extremo de los dueños de la plataforma, pese a que se supone que hay que ser mayor de edad para abrirse un perfil. La poeta española Luna Miguel dijo que le habían cerrado la cuenta cuando compartió la portada de un libro de ensayos sobre la masturbación femenina. En la portada aparecía un dibujo esquemático... de un dedo.[15]

Las colaboradoras de *Locas del Coño* tienen opiniones muy tajantes. Todas ellas reciben los insultos más hediondos y amenazas de muerte por parte de hombres que se declaran antifeministas. Se han convertido en una de las cabezas visibles de la guerra cultural feminista. En el bando contrario, el del machismo integrista, está por ejemplo *Forocoches*, plataforma donde los usuarios se dedican a debatir de todo menos de vehículos y promocionan insultos, linchamientos e incluso operaciones con hackers. En general, llaman «feminazi» a cualquiera que muestre preocupación por problemas de género.

Cuando les cerraron la página de Facebook, las autoras de *Locas del Coño* estaban seguras de que era cosa de sus archienemigos de *Forocoches*. Lamentaron la censura, pero lo cierto es que a ellas no les tiembla el pulso cuando se trata de censurar cualquier conato de machismo. ¿Y dónde ven el machismo? Laura Rivas escribió que *La Bella y la Bestia* es una de las «fábulas más machistas de Disney», una «terrorífica oda al síndrome de Estocolmo», [16] mientras que Alba M. Cheshire indicaba que «los libros son otro medio de transporte para ese machismo. Uno muy peligroso cuando va dirigido a chicas jóvenes, como lo es la novela romántica juvenil». [17]

¿No son los mismos argumentos que se presentaban contra el libro de María Frisa? Sí. Y la revista *Locas del Coño* animó a firmar la petición para que el libro fuera retirado de las librerías. No fue la primera ni la última vez que sacarían las antorchas. Participaron en el boicot que afectó a la cadena Rock FM, a la que sometieron al tercer grado tuitero en busca de machismos intolerables, [18] y por lo general siempre están en primera línea del frente cuando se trata de perseguir el machismo, real o presunto.

Esto no justifica la censura que sufrieron, pero sí sirve para señalar de forma clara que, según la lógica de la guerra cultural, hoy defenderá tu libertad de expresión el mismo grupo que mañana puede tratar de censurarte.

Holocausto Vigalondo o la bulimia mediática

Regresemos a la segunda parte de la poscensura: crisis de los medios, con una historia concreta: el caso Nacho Vigalondo. Las cosas le iban muy bien a este cineasta español. En 2003 fue candidato a los Óscar con un cortometraje y en 2007 rodó su primer largo, *Los cronocrímenes*. Brotada de una idea rocambolesca sobre viajes en el tiempo y universos paralelos, esta película le alfombró de claveles la pista de despegue para Estados Unidos. En 2011 había terminado *Extraterrestre*, una película experimental que recordaba a un antiguo corto suyo en que un platillo volante se detenía en el cielo, y entretanto se había hecho vegetariano, cantaba en karaokes madrileños, se codeaba con estrellas y colaboraba con *El País*. Tenía, pues, motivos para estar contento, así que la noche en que su cuenta de Twitter alcanzó los cincuenta mil seguidores decidió gastar una broma. Un viernes de madrugada, mientras andaba por ahí de fiesta, tuiteó:

Ahora que tengo más de cincuenta mil *followers* y me he tomado cuatro vinos podré decir mi mensaje: ¡El holocausto fue un montaje!^[1]

Al instante empezó a recibir insultos, pero eso no era nada raro. Cualquier persona que se está haciendo famosa se acostumbra enseguida a que la envidia del personal aparezca en forma de calumnia en la pestaña de notificaciones de Twitter. No se preocupó lo más mínimo por las reacciones, que consideró estúpidas y malintencionadas. A nadie se le ocurriría pensar que hablaba en serio, ¿verdad? Así que decidió pasar al asalto y provocar de forma tan exagerada que no cupiera duda de que estaba de coña: «Cómo se llamaba la

película de Spielberg... Ah, sí *A todo gas*», «Anna Frank's catch me if you can»... Como explicaría más tarde el propio Vigalondo, estaba jugando a un juego: el director de cine era en realidad un negacionista que había esperado a ser suficientemente famoso e influyente para empezar a soltar basura nazi en las redes. Una táctica de malo de James Bond. ¿Quién podría tomarlo en serio?

La respuesta es clara: todo aquel que tuviera ganas de linchar a alguien. En 2011 era más difícil que ahora calcular las consecuencias de unas cuantas bromas con el tabú en Twitter, pero, sin que él se diera cuenta, el universo se estaba dividiendo como en sus películas, y sus tuits sarcásticos habían ido a parar a un lugar tétrico donde Vigalondo perdía el control sobre las reacciones; un mundo paralelo donde el cineasta era realmente un negacionista que detestaba a los judíos, y al que se debía linchar debidamente para castigarlo por su aberrante inmoralidad. Supongo que siguió de fiesta sin darle vueltas, pero antes del amanecer su tuit había llegado al entorno de la embajada de Israel. Cuando se despertó a la mañana siguiente, luego de un sueño agitado, Vigalondo se había convertido en la noticia del día. Dos o tres días después, *El País* prescindía de su colaboración.

Hablo con Vigalondo para preguntarle cómo lo ve después de cinco años. Las cosas le han ido muy bien desde entonces: su última película, rodada en Estados Unidos, se titula *Colossal* y está protagonizada por Anne Hathaway. Con ella descolocó a la crítica y en general se la metió en el bolsillo: «Sorprende por su increíble desfachatez argumental y extravagante sentido del humor [...] un ejercicio muy gracioso, ingenioso y hasta profundo de funambulismo. Hay momentos en ella, tan extravagantes y divertidos, que dan ganas de aplaudir».[2] Así que, ¿cómo ve Vigalondo aquel escándalo? «Con el paso del tiempo me siento un triste pionero de algo que ya forma parte de nuestro telón de fondo semanal —me dice—. Con la perspectiva veo que mi episodio no tuvo ninguna repercusión real en mi vida, más allá de los dos meses posteriores al titular de *Lainformación.com*, que fue el primero que me llamó abiertamente negacionista, el que prendió la mecha gorda. También sé ahora que si los medios acabaron por dejarme en paz y la cosa no fue a mayores es porque el rendimiento político de la polémica fue muy corto. Yo era, como mucho, un “progre” vinculado a un periódico al que por aquel

entonces también se consideraba “progre”. Si hubiese tenido un cargo público o carnet del partido todos sabríamos la odisea que habría acabado viviendo.»

¿Cuál era el telón de fondo del «Holocausto Vigalondo»? La crisis interna de los medios de comunicación, su fragilidad financiera y el desembarco de los poderes económicos y políticos en el accionariado pusieron en aprietos la independencia y la credibilidad de la profesión, como ya hemos visto en el capítulo 3, pero el efecto de las redes sociales les dio otra puñalada. Los medios en crisis habían puesto a la profesión en una situación de debilidad grave. Algunos periodistas empezaron a percibir que su permanencia en el medio dependería del tráfico que pescasen sus noticias. Esto les empujó a retorcer los titulares para convertirlos en un gancho para las redes sociales, y más tarde, en algunos medios, empezaron a cobrar directamente en función de la «viralidad» de sus publicaciones, es decir, según el tráfico que consiguieran aportar al diario.

Por otra parte, se enfrentaban ahora a una audiencia que expresaba abiertamente su desconfianza y que la difundía por las redes sociales. Cualquier artículo, lo firmase un becario que saca la información de la Wikipedia o un premio Nobel de Economía, traía debajo y en las redes sociales un reguero de comentarios de lectores —las mentes sutiles de Carrère—, que respondían que el autor «no tiene ni puta idea de lo que habla». En este sentido, el récord se lo llevó un católico que, vía Twitter, le dijo al Papa de Roma que no sabía de qué estaba hablando, después de que el Sumo Pontífice dijera que la Iglesia tenía que modernizar su visión de los homosexuales. Si el Papa ya no es infalible en las redes sociales, ¿qué puede esperarse de los periodistas?

Empezaron a notarse movimientos bajo la superficie de la prensa. Proliferó un tipo de titular, llamado *clickbait*, diseñado para que los usuarios de las redes sociales pinchen y compartan sin pensar. Según Enrique Dans, el *clickbait* engloba a los «titulares que dejan de ser enunciativos, o incluso imaginativos, para convertirse en engendros intrigantes, en un intento de conseguir el clic a toda costa, en formulaciones del tipo “y no te imaginas lo que pasó después”, “no podrás dejar de mirar” o “las diez cosas que tienes que saber para”».[3]

Al principio estos titulares remitían a artículos de nulo valor informativo,

pensados para divertir al público, que se publicaban en las secciones frívolas de los diarios online. Las noticias *clickbait* contenían listas sobre «las diez tartas más aparatosas», «los doce gatitos más monos de 2014», «las siete reacciones de bebés que te harán gritar de ternura» y otras frivolidades por el estilo. Pero ocurrió algo catastrófico: todos los días, en las listas de noticias más leídas de diarios tan solventes como *El País* o *El Mundo*, aparecían este tipo de noticias acaparando los primeros puestos. Noticias sin contenido relevante adelantaban a las noticias importantes del día.

Algunos pensaron que era un modelo aceptable, dada la vulnerabilidad económica de los medios en el cambio de papel a digital. Creyeron que el público financiaría con sus clics en noticias basura otras menos virales y menos leídas, que en cambio contenían información importante. El *clickbait* no parecía ser un gancho más nocivo para la ética periodística que regalar películas con la edición de los domingos o encartar una revista de cotilleos, o de moda y complementos. Pero como adivinó Bruno Galindo en su novela *El público* (Lengua de Trapo, 2012), lo que habría podido ser una medida de los medios contra el desinterés de los lectores acabó por cambiar radicalmente la filosofía de la prensa, tanto en España como en los demás países democráticos.

En dos o tres años, los titulares *clickbait* contagiaron todas las secciones. Una noticia de política con un titular veraz y enunciativo tenía menos éxito que otra con uno escandaloso. Así, la información pertinente empezó a presentarse de forma que resultase irresistible compartir el titular y más tarde empezó a retorcerse la realidad, y el titular mentiroso condujo a la redacción de noticias igualmente falaces. Los usuarios de las redes sociales eran, repentinamente, los responsables de la agenda mediática. Los medios no ofrecían a los lectores la verdad, sino la mentira del gusto popular. En un momento de crisis política, las noticias sobre los partidos abandonaron el terreno de las medidas y decisiones políticas para penetrar en el reino polémico de la tertulia televisiva. Hacia 2013 nos habíamos acostumbrado a la oleada de titulares engañosos sobre asuntos importantes. Los usuarios de las redes sociales los desperdigaban por todas partes. Fue entonces cuando empezó a hablarse de posverdad.

Saco una carta del mazo para poner un ejemplo. La noticia que copio a

continuación es absolutamente falsa, y quien la publicó lo sabía.

EL PP PROPONE QUE LOS «MEMES» SEAN DELITO

La Plataforma por la Libertad de Información alerta sobre el planteamiento de los conservadores, que supone una nueva «amenaza para la libertad de expresión»

El PP se dispone a avanzar con su «Ley Mordaza». El Grupo Popular ha presentado en el Congreso una proposición no de ley que pretende delimitar el contenido de la Ley para adaptarlo a las redes sociales, con el objetivo, según dicen, de reforzar la protección de los derechos de la personalidad.

El PP justifica su propuesta por la «insólita» difusión de información en internet y la vulneración del derecho al honor, y pone como ejemplo la difusión de fotos en las redes sociales sin consentimiento de sus titulares. Con esta PNL los conservadores instan al Congreso de los Diputados a pronunciarse sobre la modificación de la ley actual que rige el derecho al honor. De momento no hay nada en firme.

Habrà que estar atentos a la posición del resto de partidos, dado que la propuesta que ha lanzado el PP para modificar la Ley requiere la mayoría absoluta del Congreso para ser aprobada.

De esta manera, los montajes fotográficos y satíricos —conocidos como «memes»— que proliferan en las redes se verían afectados por la ley y pasarían a considerarse delito.^[4]

En el quinto párrafo del cuerpo de la noticia, *Público* adjuntaba el motivo de su titular falso: un tuit del bufete de abogados Almeida.

Si a la Ley Mordaza se añade la reforma de la Ley de protección del Honor, hacer memes de políticos y policías será actividad de riesgo.

Esto es lo que pasó: *Público* aseguró que el PP quería prohibir los memes y la gente lo compartió en Facebook y Twitter. A los usuarios les cuadraba perfectamente que la derecha se hubiera propuesto prohibir las caricaturas de internet. Encajaba, resultaba verosímil, y nadie se iba a preocupar por contrastar la información. Pero era muy fácil hacerlo. Bastaba con ir al *BOE*, donde no había una sola palabra sobre los memes. Cito textualmente del *BOE*. El Grupo Parlamentario Popular consideraba que, con los cambios digitales, las figuras públicas se encontraban en una situación de indefensión ante la calumnia.

Un ejemplo de ello es la frecuente vulneración del derecho a la intimidad personal y a la propia imagen que se articula con la subida de imágenes por terceros sin el consentimiento de sus titulares.

Por todo ello, y para otorgar la debida protección a estos derechos fundamentales, deviene necesario configurar de manera más precisa el contenido de los mismos. Con el objetivo de reducir el amplio margen que en la aplicación de la Ley se otorga al arbitrio judicial.

Por todo ello, el Grupo Parlamentario Popular presentaba la siguiente proposición no de ley:

El Congreso de los Diputados manifiesta la necesidad de valorar una posible modificación de la Ley Orgánica 1/1982, de 5 de mayo, de protección civil del derecho al honor, a la intimidad personal y familiar y a la propia imagen con objeto de adaptarla a la realidad social y al desarrollo tecnológico producido desde su promulgación.

Los memes se hacen añadiendo frases ingeniosas o montajes de Photoshop a las fotos publicadas por la prensa. Son parodias de la realidad, viñetas, mientras que lo que decía la proposición publicada en el *BOE* afectaba a la intimidad y al siempre escurridizo derecho al honor. ¿Memes? Lo que se desprendía del texto del *BOE* es que el PP quería introducir entre los daños al honor y la intimidad las fotos de la vida privada de los políticos que compartimos sin parar en las redes sociales. Algo serio, sí, y potencialmente peligroso para la libertad de expresión, pero nada que ver con la noticia que había lanzado *Público*. De hecho, el bufete Almeida había explicado un día antes en el diario *Diagonal* que, mientras no estuviera redactada la ley, era un poco difícil comentar su alcance. Aun así, durante unos cuantos días, la amenaza del malvado Gobierno contra la libertad de hacer memes fue la comidilla de las redes sociales. Otros medios, viendo que *Público* se estaba llevando el tráfico de la polémica, decidieron publicar titulares igualmente falsos. ¿Posverdad? Más bien nula ética profesional.

«TITULARITIS»

Un titular, como el tuit, es demasiado corto para dar una imagen ajustada a la realidad, pero está más que demostrado, según me cuentan los responsables de tráfico de los diarios, que la relación entre lo que se difunde en Twitter y la ratio de lectura de la noticia es muy decepcionante. Es decir, se comparte mucho el titular pero se lee poco la noticia. En *El Confidencial*, por poner un ejemplo, el 50 por ciento del tráfico llega desde la portada, mientras que solo el 17 por ciento proviene de las redes sociales, pese a que el medio es muy viral. Los datos confirman la teoría de que la red social crea una dinámica que nos anima a compartir rápidamente cualquier titular escandaloso, pero que nos da poco margen para pararnos a comprobar la veracidad de lo que estamos compartiendo.

Pongo un ejemplo personal. Durante la campaña de linchamiento mediático a Podemos antes de las elecciones generales en España, escribí un artículo en el que explicaba que, a mi juicio, se estaba calumniando de forma totalmente torticera a ese partido. Mi punto de vista era que Podemos tenía muchos aspectos criticables, pero que la mayor parte de las noticias sobre sus pecados se desviaban al escándalo, la polémica y la calumnia. Para mi artículo de opinión, elegí un titular que parodiaba las noticias exageradas, descontextualizadas o falsas que aparecían en los medios: «La policía alerta de que Podemos está realizando ritos satánicos en sus sedes». Bien, enseguida noté que la gente no estaba interesada en leer el contenido. Por un lado, los enemigos de Podemos compartían el titular con comentarios del estilo «lo que faltaba» y «no me extraña». Por otro, los fieles de Podemos me atacaban, acusándome de alimentar la hoguera, cuando el texto era precisamente una crítica a ese movimiento. Conclusión: fue el artículo más compartido del día en el periódico, pero escasearon los lectores.

La *titularitis* es el síntoma de una enfermedad de las audiencias de las redes sociales que se contagia a los medios en el momento en que el gusto del populacho digital marca la forma de anunciar las noticias, incluso la elección de los temas de interés. Como ya hemos visto con la falsa noticia de *Público* sobre la prohibición de los memes, el *trending topic* del día empuja a los

medios a publicar noticias sobre el tema, aun cuando el tema sea falso o discutible. Nos encontramos, pues, ante una nueva forma de sensacionalismo que abarca a la práctica totalidad de los medios. Pese a que muchos periódicos se preocupan por dar información veraz, lo normal es que se les cuelen varias noticias virales a la semana, como es el caso de *La Vanguardia* digital, o que reserven secciones enteras para la basura, como la sección «Jaleos» en *El Español*, «F5» en *El Mundo* o «Verne» en *El País*. Incluso un medio como *InfoLibre*, que se caracteriza por huir de la viralidad (la mayor parte de sus noticias son de pago, así que no tiene sentido tuitearlas), inserta para los suscriptores una sección en los emails que habla de las polémicas del día en Twitter.

¿Qué nos indica esto? Que Twitter ha dejado de ser un canal con el que los usuarios están al día de la actualidad para convertirse en un generador de noticias basura. Esto nos devuelve a Vigalondo y nos conecta con la poscensura. ¿Qué clase de noticias crea Twitter? Polémicas que cobran un peso exagerado cuando aparecen en los medios.

El propio Vigalondo reflexionaba sobre este problema en el artículo que escribió veinticuatro horas antes de que *El País* lo despidiera por la polémica.

El sábado por la mañana recibo un mensaje directo de un periodista de *La Información* que me avisa que van a publicar un artículo acerca del suceso [...] Mi mensaje de respuesta, tranquilizador, acaba entrecomillado en el cuarto párrafo [...] El texto de *La Información* «remezcla» textos y añade nuevos datos [...] Hoy lunes, por la mañana, parecía haberse desinflado de nuevo [pero] a última hora de la mañana mi cuenta de Twitter recibe una nueva oleada de insultos y reproches [...] Otros dos medios online, *rollingstone.es* y *cinemania.es*, han publicado sendos artículos [...] Han «readaptado» la información volcada por otros medios [...] Me pilla por sorpresa [...] el tono [...] sensacionalista del artículo de *Cinemanía* [...]: «Con un anuncio para *El País* en los televisores de toda España, y una incipiente carrera en Hollywood, están aún por verse las consecuencias que este arrebató humorístico podría tener en la trayectoria de Vigalondo». Esta vez, la forma verbal deja bien clara la ansiedad por el acontecimiento en potencia, el escándalo progresivo, la anticipación de la noticia de verdad... [...] A última hora de la tarde sucede algo que puede catapultarlo todo hacia nuevas e insospechadas direcciones. Recibo una llamada de teléfono. Un reportero de *El Mundo* me pide mi opinión ante un nuevo estremecedor dato. Al parecer, se ha filtrado la información de que PRISA piensa cancelar mi campaña publicitaria ante mi inaceptable comportamiento en Twitter... Tiempo, tiempo, ¡TIEMPO![5]

En aquel artículo, Vigalondo reflexionaba sobre la transformación de Twitter en un generador de noticias, y mencionaba la dimisión de Álex de la Iglesia como presidente de la Academia de Cine a través de su cuenta de Twitter. Como el canario que muere en la mina cuando hay un escape de gas, Vigalondo fue el primero en notar que esto era una dinámica: «Lo hemos estado viendo durante toda la última semana: titulares y cuerpos de noticia compuestos casi enteramente por twitteos entrecomillados [...] Podemos preguntarnos: Ante una ausencia de códigos de conducta ¿Qué responsabilidad es más urgente definir, la del twittero o la de la prensa?». El resto de su artículo no tiene desperdicio:

En realidad el periodista de *El Mundo* (o sus informantes) erraban en una cuestión: La campaña publicitaria no se podría cancelar por mis soeces twitteras... Porque ya había terminado, el pasado domingo. Así lo expliqué. Y partir de ahí, el asunto pareció perder importancia. Mi polémica, tantas veces muerta y resucitada, perdía todo el atractivo si no aparecía un castigo claro y contundente hacia mi persona de una maldita vez.

En este mismo momento, la noche del lunes, la polémica ha vuelto a morir, una vez más. La publicación de este texto en este blog quizá la reavive, soy consciente, pero creo que es un mal menor frente a la necesidad de aclarar algunos hechos y describir estas mecánicas nuevas, esta volátil confluencia de redes sociales y periodismo, de la cual no soy la primera víctima, ni mucho menos seré la última.

Desde luego que no: más bien fue la primera, o una de las primeras víctimas del proceso de maridaje entre la prensa sensacionalista, la guerra cultural y los escándalos de Twitter que se han convertido en la gasolina del fenómeno de la poscensura. Vigalondo terminaba su post pidiendo perdón a todo aquel que se hubiera ofendido. Como el autor sospechaba, su post generó una nueva ola polémica que derivó en que dos días más tarde *El País* le «pidiera» poner fin a su blog con la cobardía habitual por parte de las empresas.

Pido disculpas por el dolor que está causando mi tweet. Quiero aclarar que ni soy antisemita ni negacionista. Cualquiera que conozca mi trayectoria, ya sea escrita o en medios audiovisuales podrá comprobar que jamás me he acercado a esas posturas, a las que condeno radicalmente.

El tweet que ha levantado la polvareda no es la declaración de un revisionista, es la

parodia de una actitud así.

Lo reitero por si acaso: no soy negacionista, no soy antisemita.

Lo siento.

Por otro lado, a raíz de todo lo que ha pasado desde el pasado viernes, somos conscientes de que la suspensión de este blog puede ser una medida consecuente.

Así que este es un adiós. Ha sido una época fantástica.

Habrà más.

Gracias.[6]

¿Somos tan cabrones como parece por las redes sociales?

En 2016, los conductores estaban en pie de guerra contra el ayuntamiento de Ahora Madrid, que había decidido luchar contra la polución prohibiendo conducir a los de matrícula par o impar, según el día. Pero los conductores se cabrea que un ayuntamiento haga lo que haga, y no solo eso. Los cabrea que un semáforo se les ponga en rojo en las narices. Los cabrea que un peatón pase por un paso de peatones cuando ellos quieren seguir recto. Los cabrea que no les dejen coger el coche un día si la matrícula acaba en cierto número, los cabrea que no les dejen atravesar las calles peatonales, los cabrea que haya demasiado tráfico, los cabrea lo que hacen los otros conductores, los cabrea los vados, los cabrea que no haya dónde aparcar y el precio de los aparcamientos privados. La zona azul de Gallardón también los cabreó y se declararon en guerra contra los parquímetros. Así que si yo fuera alcalde no me tomaría en serio los cabreos de los conductores.

Hablaremos ahora del curioso fenómeno de disociación de la personalidad al que nos tiene acostumbrados la vida en las redes sociales, que me recuerda a lo que les pasa a los conductores: protegidos en el interior de su coche, pierden los papeles y sueltan improperios que rara vez se atreverían a decirle a alguien a la cara. El coche brinda una atmósfera de intimidad y de aislamiento. A través del parabrisas, los demás no parecen personas, sino máquinas, y la máquina que nos envuelve funciona también como una máscara. Al otro lado del volante están nuestros enemigos en la jungla del asfalto. Mi padre, un hombre educadísimo y dialogante que jamás se ha peleado, usaba el volante de su Renault 21 como una ametralladora imaginaria con la que hacía saltar por los aires a quien le adelantaba mal o se le cruzaba, mientras le

dedicaba epítetos que recuerdan a los comentarios de los periódicos online: «¡Hijo de puta! ¡Anda que...! ¡Tú eres un miserable y un cerdo, eso es lo que eres, cabrón!».

Pero nadie es tan energúmeno como parece en su coche, y la prueba es que casi nadie echa el freno, abre la puerta y la emprende a hostias con otro conductor. Al contrario, después de un choque ligero en la ciudad, lo normal es que los energúmenos del volante salgan a darse el pésame por los abollones mutuos y diriman las responsabilidades invocando al seguro. A veces hay alguna pelea a puñetazo limpio, pero son episodios exóticos y emocionantes. Podemos llamar hijo de perra a quien hace una maniobra molesta o peligrosa porque no le estamos viendo la cara. El odio al volante suele quedarse ahí, en el volante. La histeria de los conductores atrapados en un atasco se expresa con el concierto de los cláxones. La de los internautas, a golpe de *#hashtag*.

Para estudiar este odio artificial de las redes sociales, cojo al azar una carta del mazo y aparece el rostro de Rita Barberá, exalcaldesa de Valencia, que permaneció veinticuatro años en el cargo. Con ella, Valencia se transformó según la pauta de la burbuja inmobiliaria que arrasó en España para bien y para mal. Llevó a cabo obras faraónicas como la Ciudad de las Artes y las Ciencias, atiborrada de fuentes y edificios tan hermosos como inútiles, firmados por los arquitectos más pretenciosos y caros del planeta, e intentó atraer inversiones millonarias con distintos resultados: logró que la Copa América de vela se celebrase en Valencia pero fracasó en su intento de traer el mundial de Fórmula 1. Quería convertir la ciudad en una especie de Montecarlo y levantó un circuito de carreras que hoy se corroe por el abandono. También extendió el metro y el tranvía a barrios antiguamente marginados, pero liberalizó el suelo de las zonas populares y alentó la especulación de constructores sin escrúpulos. No está claro si la gestión de su ayuntamiento sobre los sistemas de frenado automático tuvo que ver en la catástrofe del metro de 2006, que se llevó por delante las vidas de cuarenta y tres personas, pero hay indicios de responsabilidad directa. Era una mujer poderosa y arrogante que se vio envuelta en sospechas innumerables. Su gusto por los bolsos caros, los coches de lujo y la fiesta la arrastró paulatinamente al campo semántico de la corrupción. Pero ¿era Rita Barberá *tan* corrupta como decían la prensa y las redes sociales?

Después de que Compromís le arrebatase la alcaldía, la justicia le imputó un delito de blanqueo de capitales. En sí era poca cosa (falsas donaciones de mil euros, quizá la punta del iceberg de algo más gordo), pero no en su contexto. El presunto blanqueo de Barberá estaba estrechamente relacionado con la financiación ilegal del PP, uno de los temas más indignantes de los años de la crisis. Barberá tenía influencia para colocar a sus amigos y hundir a sus enemigos. El teléfono del presidente del Gobierno siempre estaba disponible para ella. Negar la relación de Barberá con la corrupción del PP era tan difícil como demostrar su magnitud con pruebas exactas. Los columnistas políticos nos movíamos en los márgenes, esperando una sentencia, preguntándonos, a ratos, si nuestras sospechas sobre ella tendrían fundamento; si nos quedábamos cortos o nos pasábamos de frenada.

Su hundimiento personal tuvo dos vertientes. Una, mediática. Otra, política: cuando el caso Taula la envió al banquillo, las normas de transparencia del PP la obligaron a dejar el partido. A cambio, le permitieron integrarse en el grupo mixto del Senado, con lo que se puso a salvo de la justicia ordinaria por medio del aforamiento. Tras la imputación y la derrota electoral quiso esconderse en una zona de sombra, pero las cámaras la persiguieron. ¿Qué ocultaba Barberá? ¿Por qué no se limitaba a dejar su cargo y enfrentarse a la justicia? Los *paparazzi* políticos acampaban en la puerta de su casa. Aquel año, en la sesión inaugural del Senado, no se habló de nadie más que de ella. Los fotógrafos espiaban a través de sus visillos. Yo mismo escribí varios artículos sarcásticos sobre Barberá. Era una mujer fuerte cuyo poder se desmoronaba, oro para la columna de opinión. Estaba sometida a un linchamiento mediático, posiblemente justificado, pero algunos de sus amigos cercanos dicen que lo más trágico para ella fue que sus compañeros de partido le dieran la espalda.

El Tribunal Supremo la llamó a declarar el 21 de noviembre. El 23 por la mañana la encontraron muerta en su habitación del hotel de cinco estrellas Villa Real de Madrid. El fallecimiento se anunció a la prensa poco antes de las nueve. Todavía no eran las diez de la mañana y Twitter ya era una fiesta:

Rita Barberá notó un caloret en el pecho.

Rita Barberá ahora pasa al grupo mixto, concretamente en el de *Walking Dead*.

Muere Rita Barberá. Lo que hacen algunos para evitar la cárcel.

Ha muerto Rita Barberá en Madrid. Recordémosla así, como a ella le hubiera gustado, declarando por blanqueo de capitales.

Rita Barberá seguirá sin acudir al Senado.

No haré ningún tipo de broma con lo de Rita Barberá porque a ver si todavía soy yo el que acaba en la cárcel.

Creo que Rita Barberá se acaba de marcar el mayor simpa de toda la historia.[1]

Antes de que le hicieran la autopsia, ya había comenzado la nueva batalla de la guerra cultural. Dos horas después de la noticia de su muerte, los diputados de Podemos e Izquierda Unida se negaron a participar en el minuto de silencio en el Congreso porque consideraban que se estaba realizando un homenaje institucional a una corrupta. La decisión de los izquierdistas reanudó el incendio de las redes y los titulares de prensa. Alrededor del féretro se mezclaban la risa y el pésame lacrimoso, la hipocresía y el mitin, el artículo oneroso y la justificación política para todo, el sí y el no, el «conmigo» o «contra mí»; lo de siempre. Pero la pregunta que siguió flotando en la prensa una semana más tarde aludía especialmente a las redes sociales. Se pusieron sobre la mesa propuestas de control de las redes sociales por parte del partido en el Gobierno. El debate sobre los límites de la libertad de expresión colisionó con el derecho al honor de los vivos y los muertos, con la mala educación, con la praxis periodística, con la insensibilidad. Por supuesto, en el marco de la guerra cultural era un debate envenenado.

No era algo nuevo. La misma frivolidad cruel lo llenó todo cuando se anunció la muerte de Fidel Castro, David Bowie o Mohamed Alí, el asesinato de la presidenta del PP leonés y de la Diputación Provincial de León Isabel Carrasco, la catástrofe de Germanwings o el atentado en Bruselas. Siempre que se publica una noticia funesta, hay usuarios que se lanzan desde el primer minuto a demostrar su ingenio y a bailar sobre la tumba. Hay quien juzga este comportamiento como algo propio de personas «infames», «psicópatas» e «inmorales», pero creo que no es tan sencillo. Cuando tenemos la impresión

de que alguien se ha retratado por un tuit, ¿realmente lo ha hecho? ¿Bastarían ciento cuarenta caracteres para que un psiquiatra diagnosticase una psicopatía?

EL CASO ZAPATA

El 13 de junio de 2015, un edil de cultura del ayuntamiento de Madrid, recién conquistado por las plataformas ciudadanas de izquierdas, saltaba a los titulares de todos los medios de comunicación por unos chistes de humor negro. Hasta la fecha, Guillermo Zapata era un personaje totalmente desconocido, como la mayor parte de los nuevos habitantes de los «ayuntamientos del cambio». Surgidos de los movimientos sociales y de grupos de discusión de facultades de ciencias sociales, la mayoría de los miembros de la coalición Ahora Madrid era gente joven que dio el salto a la política a partir del fenómeno 15-M. Eran, por tanto, personas ajenas al cuidado electoralista de las declaraciones. Gente con un pasado despreocupado del que las redes sociales daban cuenta. Muchos ignoraban que, en la guerra cultural que se avecinaba, todo cuanto hubieran dicho en su vida civil sería utilizado en su contra.

Cuatro años antes de ser político, el 31 de enero de 2011, Guillermo Zapata debatía con otros usuarios de Twitter sobre el humor negro en las redes sociales. En el marco de la charla, trajo a colación unos chistes entrecomillados para señalar la diferencia entre el humor de la calle y lo que ese humor podía generar en el contexto de las redes. Eran chistes como estos: «¿Cómo meterías a cinco millones de judíos en un 600? En el cenicero»; «Han tenido que cerrar el cementerio de las niñas de Alcàsser para que no vaya Irene Villa a por repuestos». Cada uno de los chistes era un tuit independiente. Quedaron sumergidos en las profundidades de su *timeline* durante muchos años, mientras Zapata terminaba sus estudios, participaba en el 15-M y decidía comprometerse con la política integrándose en una pequeña formación sin demasiadas posibilidades de éxito.

Pero cuando las plataformas ciudadanas amenazaron con romper la hegemonía de los grandes partidos políticos, los asesores y la prensa afin dedicaron sus esfuerzos a buscar cualquier cosa que pudiera dañar la reputación de los nuevos competidores. Las redes sociales resultaron ser una mina de oro. Revisando uno por uno los perfiles de estos jóvenes anónimos hallaron los chistes de Zapata. El mismo día de la investidura de Manuela Carmena, la prensa los liberó de su contexto y los presentó con titulares difamatorios. Había arrancado una de las cacerías políticas más sonadas de los últimos tiempos. «Un edil de Ahora Madrid se burla en Twitter de los judíos y de Irene Villa» (*El País*); «Un comentario contra los judíos de Guillermo Zapata desata la polémica en Twitter» (*El Mundo*); «Condena prácticamente unánime a los “tuits” ofensivos del concejal madrileño Guillermo Zapata» (TVE).

Meses más tarde, le envié a Guillermo Zapata un email para preguntarle cómo vivió aquel día. No nos conocemos, pero me respondió con una rapidez y una amabilidad impropias de cualquier político.

«Creo que todo empezó en torno a las tres de la tarde —escribe Zapata—, un poco después de la sesión de investidura. En cuanto empecé a leer lo que sucedía en redes me entró un tremendo dolor de tripa. Nos fuimos a comer y no pude, no paraba de mirar el móvil. Decidí irme a casa de mi novia y echar una siesta. Dije que no iba a ir a la fiesta que habíamos organizado para celebrar la investidura, que no era bueno que se me viera con Manuela Carmena. Mis compañeros en ese momento pensaban que estaba exagerando. Una de las reacciones del estrés es que te entra muchísimo sueño y eso me pasó a mí. Recuerdo emocionalmente una sensación de querer dormir y un enorme dolor de tripa.»

Sus compañeros estaban muy equivocados. La noticia de los tuits estaba pensada para eclipsar la investidura de la alcaldesa y para condicionar sus primeros pasos en el poder. ¿Qué haría Manuela Carmena? ¿Permitiría que un «desaprensivo que se burla de las víctimas del Holocausto» siguiera en el cargo? Todos los partidos de la oposición se manifestaron contra Zapata. Su cara barbuda y gruesa aparecía simultáneamente en todas las televisiones, no se hablaba de otra cosa en las redes sociales y el jaleo hizo que la noticia saltara a los medios internacionales: «Spanish city councilman applauds

burning of Jews» (*Jerusalem Post*); «Spanish Official Apologizes Over Twitter Joke About Holocaust» (*The New York Times*).

A partir de ahí, la inexperiencia de Manuela Carmena la llevó a cometer errores en cadena. Zapata tuvo que salir de la cama, hacer de tripas corazón y empezar a dar explicaciones. Se apresuró a pedir disculpas en Twitter, pero, como ya hemos visto en otros linchamientos, esta actitud es absolutamente estéril cuando la multitud ha dictado sentencia. Intentó explicar a la prensa el contexto en el que había hecho los chistes, pero solo consiguió redoblar los ataques. Se excusó recordando que había escrito aquello mucho antes de ser político y lo acusaron de hipócrita. Confesó que le gustaba el humor negro y lo tacharon de desaprensivo.

Desde el primer momento fue evidente que las críticas de los políticos no iban dirigidas contra él personalmente, sino que pretendían dañar la reputación de su formación política. Sin embargo, las redes sociales sí que iban a por él. En las primeras horas, el caso Zapata produjo medio millón de tuits, muchos de ellos directamente a su perfil, y Zapata cometió el error de cerrar la cuenta. No había nada que pudiera hacer para combatir los focos del incendio. Carmena, acobardada por la virulencia y personalmente escandalizada por los chistes, desautorizó a su concejal y puso a su equipo de gobierno en una posición débil.

Como ocurre en toda polémica, algunas voces se pusieron de parte del concejal.

El chiste tiene una particularidad: no convierte en mejores personas a quienes no les haya hecho gracia que a quienes sí. Incluso se le podría escapar una carcajada a un activista contra el racismo; si hay algo útil contra los totalitarismos, incluso del sentimiento, es el humor. Tan descarnado que te sorprendes riéndote de tu padre el día de su funeral, o algo aún mejor: del padre de tu amigo. Lo que levantaría sospecha es que el chiste sea siempre en los funerales de los padres de gente que no te cae bien.[2]

Entre los partidarios de Zapata se habían establecido dos niveles: de un lado, la denuncia contra el complot político evidente; del otro, la defensa de la libertad de expresión y el humor negro. Pero nada evitó que la máquina del fango que describió Umberto Eco siguiera funcionando a pleno rendimiento. Articulistas y locutores de medios afines al PP llegaron a acusar a Zapata de

«nazi» y «terrorista». La Asociación de Víctimas del Terrorismo y el grupo de presión difamatorio Manos Limpias interpusieron sendas querrelas contra el concejal por apología del antisemitismo y del terrorismo etarra. Cuando el rifirrafe mediático y político derivó en asunto judicial, Zapata renunció al cargo de concejal y pasó a un segundo plano. Sin embargo, no abandonó el ayuntamiento, así que las críticas contra Carmena se redoblaron.

Aparecieron esos diagnósticos morales tan habituales en el columnismo de opinión, no siempre desde la derecha.

Hay gente que le cuesta trabajo entender, empezando por el propio Zapata, que la burla del Holocausto o de las víctimas del terrorismo [...] no tiene nada que ver con la libertad de expresión. Tampoco tiene nada que ver con el especial sentido del humor o de la jocosidad de cada uno. Esas absurdas ofensas tienen que ver con la ausencia de responsabilidad ética [...] Y sobre todo, y mucho peor todavía, con una ausencia absoluta de compasión histórica y humana.[3]

Elvira Lindo, a la que no le habían gustado nada los chistes, delató la hipocresía de la horda con estas palabras:

No tengo ninguna duda de que muchos de los indignados por los chistes de Zapata escenificaron un dolor que no sentían, y estoy segura de que no lo sentían porque no reaccionaron de la misma iracunda manera cuando un tipo de sus filas era grosero con las mujeres, por ejemplo, o cuando otro soltó en el Congreso un comentario insultante sobre las víctimas de la Guerra Civil. No me creo que sintieran un dolor insuperable por la brutalidad de un chiste quienes aceptan las groserías de los suyos. No cuele.[...]

El humor cambia con los años. No es lo mismo el infantil que el adolescente, aunque haya personas que se queden fijadas en esa época de su vida. Creo que cuando Zapata pidió disculpas aceptó sinceramente su error, así que no sé a qué viene su linchamiento pero tampoco entiendo que sus amigos se empeñen en reivindicarlo. Pedir disculpas es un síntoma de madurez. Debo ser muy ingenua pero yo las acepto.
[4]

La misma Irene Villa, una de las protagonistas de los chistes, envió una carta a la Audiencia Nacional diciendo que no estaba dolida, e incluso aseguró que algunos de los chistes sobre su mutilación, tan populares en los patios de instituto, le hacían gracia. ¿Moderó esta declaración la furia de sus presuntos defensores? Todo lo contrario. Hubo cientos de tuits como este, que selecciono porque al menos no contiene mayúsculas ni faltas de ortografía:

No se debe llamar como testigo contra nazis a un judío nostálgico del olor a crematorio ni a una víctima de ETA encantada con sus muñones.[5]

Ya me he referido al artículo en el que Jaime Peñafiel recriminaba a Villa que no se hubiera molestado. Pero ¿y Zapata? ¿Se comunicó con Irene Villa durante la polémica? «Le escribí desde mi cuenta inmediatamente [...] pidiéndole disculpas y explicándole que en ningún caso pretendía ofenderla y que lo sentía mucho. Luego le mandé un mail al contacto que encontré buscando en internet. No sé si le llegó. Creo que hay que distinguir dos cuestiones, que ella no se sintiera ofendida por el tuit no quiere decir ni que le pareciera bien, ni que yo le pareciera bien o los motivos de poner el tuit le parecieran bien. Yo he preferido no insistir en la conversación porque creo que es una situación injusta para ella encima de todo tener que hablar conmigo de este asunto. Me da muchísimo pudor este asunto.»

¿Parecen las palabras de un desaprensivo antisemita que se ríe de las víctimas?

CAMILO DE ORYO LA PSICOLOGÍA DEL SÁTIRO DE LA RED SOCIAL

Al principio, las redes sociales eran una taberna minoritaria. Por aquel entonces —hablo de 2008 como si hubieran pasado veinte años— eran un canal para expresar aquello que no nos atreveríamos a decir delante de nuestras madres. Yo tenía veintitrés años y usaba Facebook de forma brutal, sin cuidado por lo que pudiera herir a los demás. No solo publicaba chistes del estilo de los que le costaron el linchamiento a Guillermo Zapata, sino que insultaba a personajes públicos que me caían antipáticos, convencido de que no podían leerme. Ignoraba la transformación que internet estaba produciendo en el mundo. No me había parado a pensar que las palabras en la red no se las lleva el viento, ni que la casa del ahorcado había crecido hasta abarcar los cinco continentes.

Por el contrario, en mis inicios en la red social me di cuenta de que ganaba

adeptos insultando a determinadas personas: un chiste mordaz sobre Julio Medem, un cineasta que no me había hecho nada malo, me hacía más popular que uno sobre Chiquito de la Calzada. La burla contra un político de derechas reportaba más beneficios que contra un político de izquierdas. Fui aprendiendo a escalar posiciones sociales a costa de maldecir a enemigos imaginarios y vestí mi frustración con gracietas y chistes dirigidos a los triunfadores. Me cebaba especialmente contra escritores españoles contemporáneos por una razón evidente: yo quería ser uno de ellos, pero todos mis intentos por publicar una novela habían fracasado.

Creo que mi experiencia no tiene nada de particular, salvo su evolución en el calendario. En aquella época, los primeros exploradores de las redes sociales encontramos un territorio donde todo estaba permitido. Nos movíamos por ellas salvajes y llenos cinismo. ¿Alguien quiere encontrar algo mío que se pueda descontextualizar para joderme la vida? Yo mismo se lo daré: cuando Madeleine McCann desapareció en Portugal y empezó el circo mediático de sus padres, me hice una careta con su cara y publiqué un selfi con la leyenda: «¡La encontré!». Sin embargo, puedo asegurarles que tengo muy desarrollada la empatía. Jamás lo habría hecho si hubiera pensado que un pantallazo malévolos podía enviar mi broma directamente a los seres queridos de Madeleine. No había aprendido que en las redes se confunden la esfera pública y la privada.

Mientras Facebook iba absorbiendo millones de nuevos usuarios, en Twitter, mucho más minoritario, proliferaban los primeros linchamientos, pero, tal como explica Jon Ronson, eran ataques de la multitud contra grandes empresas o políticos todopoderosos, estallidos colectivos de justicia que hicieron creer a los usuarios que era posible castigar a los intocables destruyendo su reputación.

Cuatro o cinco años después, mis padres, mis antiguos maestros del colegio y mis jefes se habían creado perfiles de Facebook y me pedían amistad. Empecé a publicar libros y a escribir artículos en la prensa diaria. La evolución de mi experiencia en las redes fue paralela a la propia evolución de estas. Hoy sé qué tipo de chistes deben quedar para mi círculo íntimo de amigos, y, de hecho, soy yo el personaje público al que otros, más jóvenes y frustrados, detectan como «triunfador». No hay día en que no me llegue una de

las bromas ingeniosas y crueles que aparecen en las redes asociadas a mi nombre.

En mi época de libertinaje verbal despreocupado había conocido a un poeta llamado Camilo de Ory, que no ha abandonado la pose de *enfant terrible* aunque ya tiene casi cincuenta años. De Ory es uno de esos «desalmados» que inventan bromas ingeniosas sobre casi cualquier tema, triste o alegre, reciente o pasado. En el aniversario de la muerte de Lorca: «Deberían buscar a Lorca en el hoyo de la barbilla de Kirk Douglas. Las fechas encajan». El día del fallecimiento de Castro: «Fidel, debiste elegir PATRIA». En lo más crudo de la crisis: «En casa de los pobres, cada noche hay pelea por ver a quién le toca subir la basura». En un día señalado: «Hoy es el Día Internacional de las Personas con Discapacidad y el Día Internacional del No Uso de Plaguicidas. Propongo condensarlos en un Día Internacional del No Uso de Plaguicidas contra las Personas con Discapacidad».

Camilo no es de los que se escudan en el anonimato. Este malagueño de familia desestructurada firma con su nombre, el mismo que aparece en la portada de su novela *Osos en bicicleta*; es decir, se la juega. Todos los días husmea el tema caliente y pone en él toda su bilis y su talento poético. Cuando Fernando Trueba dijo que no se sentía español: «¿Cómo va a sentirse español Trueba si tiene trabajo?». Cuando la derecha linchó al cineasta: «Quiero ser ciudadano del mundo para ponerme histérico cuando ofendan a cualquier bandera». Cuando los nacionalistas españoles pidieron un boicot contra el cava catalán: «¿Qué es España? Un país formado por las cosas que no boicoteamos». Mientras otros recordaban al cantante de Queen subiendo vídeos musicales: «Hoy se cumplen 25 años de la muerte de Freddie Mercury, el primer artista pop que se hizo viral».

A veces, una broma de Camilo me ha ofendido aunque nunca se lo haya dicho. Uno tiene días sensibleros o se queda tocado por una noticia trágica y le apetece más la cursilería que el cinismo. Por ejemplo, el día de la muerte de Barberá me pilló con la piel fina. Durante las primeras horas tuve un pequeño sentimiento de culpa por las columnas que le había dedicado. ¿Y si había leído alguna? ¿Y sí...? Estos sentimientos patéticos desaparecieron cuando Camilo consiguió hacerme reír: «Enterrar a Rita Barberá en una caja

B». Eran las diez y media de la mañana.

La derecha mediática criminalizó a quienes estaban haciendo bromas sobre la muerte de Barberá. Conozco a Camilo y sé que no es ningún psicópata, así que decidí entrevistarle para preguntarle por qué se comporta así en las redes.

—Hay un tipo de persona que hace chistes en el minuto uno de la catástrofe. Muchos lo ven como un desaprensivo, un psicópata, etc., etc. Tú los haces, ¿por qué?

—La pregunta no es, creo, por qué los hace uno, sino por qué los hace en voz alta. Para mí el humor es una manera de relacionarme con el mundo, además de un mecanismo de defensa que me ayuda a relativizar el horror. Maquinalmente, tiendo a humorizar las situaciones dolorosas. Si no me reprimo y lo hago en público es por una cuestión ética, en el sentido más estricto de la palabra: pienso que es procedente y que difícilmente va a herir a nadie que no tenga muchas ganas de sentirse herido. Porque el público ante quien lo hago es muy específico y restringido: quien está ahí sabe cuál es el juego y qué propósito hay detrás del chiste. No se me ocurriría hilar una suite sobre Marta del Castillo delante de su padre, a no ser que él empezara primero, porque no conozco a ese señor ni él me conoce a mí.

—Pero sabes que con internet la casa del ahorcado es el mundo entero. Cualquier estado de Facebook, con el pantallazo adecuado, termina en los morros de la hermana de Rita Barberá.

—Bueno, ahí la responsabilidad es del autor del pantallazo, creo. Con la muerte Barberá he tenido algún problema (mínimo) en casa, porque allegados de mi pareja eran amigos suyos y a ella no le terminaba de hacer gracia que yo recorriera los pasillos haciendo cabriolas e improvisando chascarrillos sobre el tema. Pero vuelvo a lo mismo: todo está en el contexto y en el subtexto.

—¿Por qué en el minuto uno de la muerte de Rita Barberá, por ejemplo, hacías chistes sobre ella?

—Las redes nos han acostumbrado a ser inmediatos: por un lado, la actualidad es la que marca la agenda, y, por otro, si no haces el chiste rápido, se te van a adelantar. Más allá de esto, soy un animal pauloviano y funciono por estímulo-respuesta. El chiste viene cuando viene, otra cosa es que uno se lo pueda guardar para la próxima semana o incluso que lo descarte (algo que he hecho en más de una ocasión).

—Cuéntame más sobre el sentimiento de urgencia por si te lo quitan. ¿Cómo es?

—Es un sentimiento bastante ridículo. El humor en la red es una exhibición de plumas de pavo real que no renta más allá de la satisfacción momentánea de un ego enfermo. Por otro lado, si uno lo piensa, bromear sobre la muerte de alguien es una de las pocas oportunidades que uno tiene de hacer algo realmente original: es improbable que alguien haya hecho en 2007 el mismo chiste sobre el féretro de Rita Barberá que tú.

—El PP acusó a Twitter de matarla, cosa ridícula, pero luego había mucha gente

que decía que quien hacía esas bromas era un desalmado. Hemos visto muchos linchamientos contra gente por una broma, sobre todo por bromas contra el terrorismo. ¿Qué pasa aquí, según tú?

—Realmente, y si te fijas, los que se suelen tirar de los pelos por esas cosas no son las víctimas del terrorismo, las catástrofes naturales o los canis sevillanos, que las han pasado realmente canutas y poco van a sufrir por un chiste. El que clama al cielo suele ser un tipo oscuro y siniestro que necesita enseñar constantemente el carnet de buena persona.

—¿Alguna catástrofe, muerte, etc. te ha afectado de tal forma que no has podido hacer una broma?

—Sí he renunciado a bromear en alguna ocasión, y estoy intentando recordar ahora los casos concretos, que habrán sido un par de ellos. Pero tienen más que ver con la oportunidad del chiste y con quién hay delante (real o virtualmente) que con el grado en que me afecte la tragedia. De hecho, cuanto más me afecta, más necesito agarrarme al humor para pasar el trago.

—¿No temes que un pantallazo fuera de contexto sea enviado maliciosamente, por ejemplo, a la familia de la persona de la que te burlas?

—Soy consciente de que puede ocurrir, y lo tomaré como una señal de que ha llegado el momento de empezar a medir las palabras y echar el freno. De momento, me siento en una posición de privilegio: lo que escribo tiene la suficiente trascendencia como para satisfacer mi vanidad, pero no tanta como para crearme problemas. Trabajo en un entorno controlado, ante unos pocos miles de personas que, en general, entienden mis motivaciones, conocen el personaje que imposto y saben leer el chiste dentro de un contexto. Sé que me entiendes porque tú, en los últimos años, has pasado de vivir una situación similar a tener una visibilidad mucho más alta. Ahora no puedes decir las burradas punk que decías antes, porque el receptor ya no es un cómplice, sino un desconocido.

—¿La sociedad no te permite decir lo que quieres?

—No es que la sociedad no me permita decir lo que quiero, sino que no sabe que lo digo. Conseguir hacer entender el tono del mensaje por una mayoría y que te dejen ser *South Park* es un trabajo de filigrana que dudo que hoy por hoy pueda hacerse en este país; sencillamente, no hay la suficiente gente receptiva a ese tipo de humor como para permitirte rentabilizarlo (en el sentido más amplio del término). De todos modos, si pones «*South Park* demandas» en Google, salen cientos de miles de entradas. Es decir, hay miles de personas susceptibles cargando en plan Manos Limpias contra unos dibujos animados. Pero sus autores pueden permitirse bregar con esa situación. Sea como fuere, si mañana me llama Emilio Aragón para dirigirle un boletín parroquial de humor amable, firmo encantado y cambio de registro.

Pregunto lo mismo que con Zapata: ¿parece un psicópata?

GENTE ENTRAÑABLE

Nietzsche escribió que toda mente profunda necesita una máscara,[6] y ya hemos señalado cómo enmascaran al individuo las redes sociales. Por supuesto, enmascaran lo mismo la mente profunda que la superficial, y por otra parte, como han generado su propio lenguaje, también dejan ver aspectos de la personalidad que el individuo no siempre quiere que salgan a la luz. En la elección de las máscaras, muchos se dejan arrastrar a las opiniones mayoritarias en masas parecidas a las que describía Ortega, mientras que otros, más narcisistas, exacerbaban su individualismo y se manifiestan en contra de cualquier corriente dominante. En el lenguaje de las redes, son las hordas frente al trol, el *hipe* contra el *hater*, pero ni siquiera tenemos por qué conservar la misma actitud demasiado tiempo. Creo que a todos los usuarios de las redes sociales nos ha pasado esto: a las tres expresamos nuestro horror porque acabamos de leer una noticia horrible, por ejemplo una patera que zozobra y deja quinientos muertos en el mar, y a las tres y un minuto respondemos con «jajajaja» al vídeo de Faemino y Cansado que comparte un amigo. A las tres, algo nos ha conmocionado sincera pero superficialmente, y un minuto después otra cosa nos ha arrancado una sonrisa.

Puede que ni siquiera nos hayamos sentido dolidos con la patera o risueños con el vídeo cómico, sino que nuestra máscara haya soltado la lagrimita y la carcajada por nosotros. Al final del día, posiblemente no recordemos ni una cosa ni la otra. Si el compromiso con una causa puede solventarse tan rápido como estampando una firma en una petición, posiblemente a los tres días hayamos olvidado por completo la causa que se suponía que nos importaba.

Un halo de falsedad envuelve a nuestros personajes digitales. Desde la chica guapa, que bombardea desde su Instagram con selfis extremadamente favorecedores mendigando la aprobación de sus seguidores, hasta el ceñudo señorón que opina de cualquier novedad política con un retrato de Groucho Marx en la foto del perfil, todos elegimos atributos irreales para mostrarnos en la red social. Se respira un ambiente de tanta falsedad que allí dentro se acentúa nuestra suspicacia para percibir a los demás. Por eso sentimos esa

alegría rabiosa cuando creemos haber desenmascarado a otro y son tan habituales expresiones como «se ha retratado» o «se le ve el plumero». Por un lado, casi todos nos parecen un poco hipócritas en las redes sociales. Por otro, creemos adivinar las verdaderas intenciones de perfectos desconocidos con las herramientas que nos da la red social.

Pero casi nadie es tan simple como su perfil público. En este sentido, Anónimo García hizo un experimento muy interesante. Es uno de los integrantes del fanzine *Homo Velamine*, que dedicó el número 9 a lo que llaman «Gente entrañable». En cada página, se veía la foto del perfil de Facebook de tiernas ancianitas y señores bonachones. Debajo de cada foto podíamos leer los comentarios públicos que dejan estas personas en los foros de política de la red. En la introducción del número, escrita por Anónimo García, se lee:

Son abuelas de apariencia cándida, retratadas con sus nietos o sus perros, que responden con odio y rencor a los mensajes que les lanzan Inda y otros cancerberos de la opinión pública desde *OKDiario*, *El País*, *La Gaceta*, etc. [...] Estos titulares definen la realidad allí donde la experiencia propia no puede llegar [...] Pero cuando esa opinión adquirida se convierte en dogma, llega el fanatismo y la intolerancia. Los chivos expiatorios son todos los que quedan fuera de la tribu: partidos contrarios, religiones ajenas, extranjeros, etc. En definitiva, odio a lo extraño por puro miedo a que ponga en riesgo la inmutabilidad de la tribu. Lo cual es natural y humano, pero más natural y humano debería de ser el diálogo y el entendimiento.

Le pregunté a Anónimo García si realmente creía que el odio que muestran estas personas en las redes sociales era real, es decir, qué pensaba de esa gente con apariencia de vecinos normales y afables, que se dedica a soltar por el teclado las barbaridades más infames. «El problema —me dijo— es que ahora es público lo que se quedaba en casa, y que internet lo magnifica: su rapidez simplifica, el titular exalta, el anonimato envalentona y el algoritmo de Facebook lleva a la endogamia. La combinación de estos factores hace que cualquier hecho diferencial sea condenado.»

Es decir, la exposición pública constante de las máscaras grotescas que hemos descrito, unida a la endogamia que generan los círculos de intereses de las redes sociales, ha provocado un choque de sensibilidades y de visiones del mundo, que finalmente degenera en el debate sobre los límites de la

libertad de expresión que llamo «poscensura». Las redes sociales se convierten en un escaparate de las inmoralidades y las infamias para quien no había oído los chistes sobre Irene Villa o el Holocausto hasta que los compartió Guillermo Zapata, en el campo de batalla donde el supuesto enemigo está siempre a tiro, y donde podemos insultar estando a salvo detrás de nuestras máscaras. La periodista Ana Pastor resumía así sus primeros años en Twitter:

«Roja.» «Facha.» «Vendida.» «Entregada al poder.» «Puta.» «Hija de la grandísima puta.» «Cállate zorra.» «No tienes ni puta idea de hacer entrevistas, en una esquina serías mucho más eficiente.» «Cerde.» «Deberían degollarte las tropas moras de Franco.» «Solicito permiso para meterte en un campo de concentración en el ala de violadores inmigrantes.» Hace tres o cuatro años que comencé a usar Twitter. No recuerdo la fecha exacta, pero sí que dos amigos de TVE me abrieron la cuenta y me animaron a usarla. No tardé mucho en engancharme e incorporar esta herramienta a mi trabajo. La verdad es que desde el principio entendí cuál era la regla fundamental: que no había reglas.^[7]

Es exactamente la ausencia de reglas de la que habla Ana Pastor, unida al clima de violencia verbal que sufren ella y muchos con su exposición, lo que llevó a la formación de los escuadrones de vigilancia de los que hablamos aquí. Los mismos que corrieron tras Migoya, Frisa, Zapata, y también contra ciudadanos totalmente desconocidos.

Cremades: serás nuestro enemigo hagas lo que hagas

Jon Ronson relata el caso de Justine Sacco, posiblemente el peor linchamiento digital de la historia, por exagerado, injusto y cruel. Sacco era una chica normal y corriente con menos de doscientos seguidores en Twitter. Tenía un sentido del humor irreverente, que ella creía reservado para su pequeña lista de amigos y seguidores. Antes de viajar a Sudáfrica por trabajo, tuiteó:

Me voy a África. Espero no coger el sida. Es broma. ¡Yo soy blanca![1]

Justine subió al avión, desconectó el móvil y se preparó para un largo viaje. Ocurrió en su Twitter algo que nunca había pasado: su chiste empezó a ser retuiteado de forma masiva. Mientras volaba, el jurado de Twitter decidió que esa chica anónima era la racista más hedionda de la humanidad. En un par de horas se convirtió en *trending topic* mundial. Medios de todo el mundo propagaron la noticia en este tono: «Justine Sacco se lo va a pensar más de dos veces antes de volver a publicar tonterías en las redes sociales».[2] Antes de que el avión aterrizase, cientos de miles de internautas habían logrado que IAC, la empresa donde Sacco trabajaba, la despidiera. El *hashtag* #HasJustineLandedYet era tendencia mundial, y remitía a tuits condenando el racismo, insultando a Sacco y bromeando con su reacción cuando el avión llegase a su destino. Ronson permaneció aquella noche pegado a Twitter, y describe el linchamiento a Sacco como un estallido de furia colectiva totalmente fuera de control. ¿Qué consiguieron todos esos supuestos luchadores por los derechos de las minorías? Que cuando la víctima del

linchamiento conectase su móvil en el aeropuerto, descubriera que su vida había sido totalmente aniquilada.

Pero ¿realmente había sido una broma racista? «Era una broma sobre una situación real —le explicó Sacco a Ronson—. Una broma sobre una situación terrible que se da en la Sudáfrica posterior al apartheid y a la que no prestamos atención. Era un comentario surrealista acerca de lo desproporcionado de las estadísticas sobre el sida. Por desgracia, no soy un personaje de *South Park* ni un cómico, de modo que no me correspondía hacer un chiste tan políticamente incorrecto sobre la epidemia en un foro público. En otras palabras: no pretendía concienciar a la gente sobre el sida, ni cabrear al mundo entero, ni arruinar mi vida. En Estados Unidos vivimos como en una burbuja, aislados de lo que pasa en el Tercer Mundo. Yo me estaba burlando de esa burbuja.»[3]

Llama la atención que Sacco se refiriera a *South Park* o los «cómicos» como la gente a la que le «corresponde» ser políticamente incorrecta. ¿Realmente les corresponde a los creadores de *South Park* la incorrección política? ¿Es un derecho exclusivo que la sociedad otorga a ciertas personas? ¿Qué hay de la libertad de expresión? Como veremos en este capítulo, los vigilantes digitales dan permiso a unas personas y se lo niegan a otras, incluso entre los cómicos. Pero lo más terrorífico del caso de Sacco era, precisamente, que nadie la conocía y todo el mundo la llamaba racista por un tuit. Una simple internauta anónima a la que Twitter convirtió, a base comentarios cínicos y repetición, en un estigma con patas. Ronson recoge sus palabras al respecto: «Han cogido mi nombre y mi foto y han creado una Justine Sacco que no soy yo y a la que han etiquetado como racista». Atención a la palabra: «etiquetado».

Por una parte nos remite a las redes sociales. Un amigo mío, para gastarme una broma, me «etiquetó» un día en la foto de un actor feo caracterizado de una forma que recordaba a mí. La «etiqueta» a la que se refiere Justine Sacco es parecida, pero mucho más sofisticada. Cuando dos millones de personas te llaman «racista» al unísono, lo que hacen es crear una mujer de paja en la que todos pueden volcar su odio, recibiendo el aplauso de infinidad de camaradas desconocidos. Aquella noche, insultar a Justine Sacco era una forma de colgarse una medalla ante la comunidad virtual. No importaba que la

acusación fuera cierta o no. Daba la impresión de serlo, como ocurrió en los linchamientos de Frisa y de Migoya, y como ocurrirá en el que contaré en este capítulo.

Justine Sacco no era racista ni especialmente privilegiada, pero Twitter consiguió que lo pareciera. Se lanzaron toneladas de rumores sobre ella, su familia y su vida, de la misma forma que María Frisa no era machista ni incitaba al acoso escolar pero internet creó un retrato que sí lo era, del mismo modo que Nacho Vigalondo no es antisemita y, aunque todo el mundo lo sabía, se fingió que lo era hasta que *El País* lo despidió. En Twitter ocurre que decenas de miles de personas claman contra un retrato falso como si la equivalencia con la persona fuese del ciento por ciento. Los medios de comunicación dan la noticia sin contactar con los protagonistas. Además, siempre hay nuevas frases que sacar de contexto, viejas publicaciones que no tuvieron la menor importancia en su momento pero que se convierten en pruebas irrefutables para la comunidad.

Ante una etiqueta justa: eres fraudulento, eres mentiroso, eres impreciso, etc., puedes sentirte perfectamente avergonzado. Si eres machista o xenófobo, la etiqueta no te molestará lo más mínimo. En cambio, ante una etiqueta injusta: fraudulento al honesto, mentiroso al sincero, impreciso al riguroso, etc., te sentirás colérico, lucharás, y si el linchamiento prospera acabarás sintiéndote humillado. Es la palabra que usaba Justine Sacco tiempo después de su proceso, cuando empezaba a rehacer su vida.[4]

Los justicieros digitales creen que luchan por un mundo mejor humillando a supuestos enemigos de la comunidad. La etiqueta contamina por completo la percepción que la gente tiene de una persona, especialmente si el atributo alude a un problema social sobre el que existe cierta concienciación, como el machismo o el racismo. Aplicada a los procesos de la poscensura, llamaremos a la etiqueta «estigma», y ahora veremos cómo funciona. Elegiré, de nuevo, el machismo, así que antes conviene dar un pequeño rodeo. Cuando decimos que alguien es machista, ¿a qué nos estamos refiriendo realmente?

EL MACHISMO EN LA SOPA

Pequeño paréntesis. El Servicio de Igualdad de Oportunidades del ayuntamiento de Castellón se vio en la necesidad de advertir a la población sobre el peligroso sexismo que transmitía la serie de animación *Los Simpson*, con el lema «No continúes jugando a los Simpson, está la igualdad en juego» y la publicación de un calendario educativo. Las explicaciones de la vicealcaldesa y concejala del área, Ali Brancal, difundidas por la prensa, fueron las siguientes:

En el caso de los Simpson podemos ver cómo el marido es quien trabaja fuera de casa y, entre otros, tiene comportamientos agresivos hacia su hijo mientras la madre, Marge, es una ama de casa abnegada que vive una vida basada en el cuidado de los demás que no le satisface [...] En el caso de los niños, a ella la muestran como muy aplicada y responsable, y el personaje masculino, el de Bart, es el travieso y mal estudiante [...] Este tipo de personajes pueden contribuir a consolidar modelos familiares en los que no existe una igualdad real entre el hombre y la mujer, desequilibrio que luego se traduce al resto de ámbitos sociales.[5]

Sirvan estas declaraciones de una autoridad pública como aperitivo para lo que viene.

LA CULTURA DE LA VIOLACIÓN

Si la mayor parte de los hombres son machistas, ¿cómo es posible que todo el machismo mate y viole? Para un hombre despreocupado que tiene amigas, se dedica a trabajar y sale a tomar una copa los fines de semana; para un estudiante tímido y enamorado; para un cincuentón educado en colegio de curas con una mujer que es madre y ama de casa; para sus hijos, que aprendieron a fregar los platos; para un treintañero frívolo que quiere tener novia y cuando la consigue prefiere estar soltero; para todos esos tipos buenos y malos, normales y corrientes, mentirosos o sinceros, leídos o incultos, el

machismo puede llegar a ser la cosa más sutil y cojonera del mundo. Pocos hombres quieren que una mujer los considere machistas, pocos aceptan serlo, pero muchos lo son porque el machismo es sutil y tenaz. Cualquiera puede repetir cuatro reivindicaciones feministas y poner en Twitter #NiUnaMás o #ElMachismoMata cuando la prensa da la noticia del último asesinato, pero para quitarse de encima el machismo hace falta mucho más: depende de pequeños gestos y costumbres. El problema, en los términos en que se manejan las acusaciones de machismo en estos tiempos, es que estas se interpretan con enorme severidad, y aluden con frecuencia a testimonios y productos culturales, lo que convierte a una parte del feminismo en una máquina de vigilancia y censura. Es cierto que el machismo es una inercia poderosa y que está imbricado en la cultura. La cosificación de la mujer como objeto sexual es evidente en el cine, la publicidad, los videoclips, la literatura, etc. La percepción de la mujer como objeto es uno de los pilares de la cultura heteropatriarcal, cuyo alcance y consecuencias discute el feminismo. Sin embargo, el conflicto ideológico ha convertido los datos y sus interpretaciones en una batalla campal. Para colmo, en el otro extremo, prolifera una corriente de opinión misógina, refractaria a las reivindicaciones feministas, cuyos mensajes parten de la base de que las leyes de igualdad han invertido la balanza, y trata de relativizar el maltrato y el acoso contra las mujeres. Así, el debate sobre la situación de la mujer en Occidente aparece marcado por los extremos: chillan los que dicen que la mujer y el hombre tienen las mismas oportunidades, y frente a ellos quienes perciben que la mujer está en un peligro permanente en los países democráticos. Cuando los críticos de las políticas de igualdad se agarran a las excepciones y las utilizan para denunciar lo que entienden por «ideología de género», se colocan en uno de los bandos de la guerra cultural. Desde ese momento, «conmigo o contra mí», y «si esto es verdad, eso significa que aquello es mentira».

Los «micromachismos», las cifras de maltrato y las estadísticas sobre el techo de cristal en la inserción de la mujer al mundo productivo son pruebas de que las sociedades occidentales siguen arrastrando, muchas veces de manera cultural, una larga cola de costumbres que nos alejan de la igualdad real. Interrumpir a las mujeres en una reunión de trabajo más de lo que se interrumpe a los hombres, delegar la organización de los asuntos domésticos a

la mujer, «ayudar» en las tareas, mirar de reojo las partes redondeadas de una chica que se cruza por la calle, escuchar ciertas canciones, contar determinados chistes, pedir el teléfono a una desconocida, soltar un piropo... la lista de actitudes machistas crece según aumenta la susceptibilidad de distintos grupos de mujeres. En este sentido, el feminismo discute. Lo que unas feministas perciben como una parte inocente de la seducción o una representación de los roles masculinos, a otras les resulta asqueroso e inaceptable.

La discusión es interesante y necesaria, pero se vuelve imposible el debate sosegado en la guerra cultural. Cuanto mayores son las conquistas del movimiento feminista, cuanto más profunda es la sensibilización sobre el abuso y las desigualdades, cuantos más hombres dicen sumarse a sus filas y son conscientes de los privilegios que conlleva nacer varón, más molesto parece el sector más integrista, un grupo con temperamento guerrillero que abarrotó Twitter y los blogs feministas de consignas y vigilancia, a las que Santiago Gerchunoff llamó «feminismo matón»^[6] y el humorista Zorman caricaturizó como «feministas modernas». «Nos matáis —dicen—, nos violáis.» ¿Quiénes? Para este sector ruidoso, casi todos los hombres son culpables o cómplices. Articulan muchas de sus propuestas sobre el prejuicio de que la mayoría de los hombres occidentales quieren impedir el desarrollo personal y laboral de las mujeres, lo cual es más que discutible.

Este sector del feminismo ha conseguido adaptarse a internet mejor que ningún otro. Sus denuncias públicas, expresadas a través de las redes sociales, se vuelven virales de inmediato. Discuten a golpe de *hashtag* y su actividad se mezcla con la poscensura. Una de las consignas de este feminismo tuitero con mayor incidencia en la libertad de expresión es la versión ortodoxa que manejan del concepto de «cultura de la violación».

Según Michael Parenti, la cultura de la violación se da en una sociedad que tiende a culpar a las víctimas de la agresión sexual y normaliza la violencia sexual mediante el uso del cine, la publicidad, las canciones o la literatura.^[7] De acuerdo con esta teoría, la responsabilidad de las violaciones no es patrimonio exclusivo de los violadores, sino que se sustenta en elementos culturales, desde la «apología» hasta la «normalización» de las agresiones sexuales y la cosificación sexual de la mujer. En la descripción de

Parenti hay algo cierto. La cultura de la violación describe una realidad lamentable de países donde la mujer no vale nada y es una mercancía en manos de los hombres. Sin embargo, feministas de la Segunda Ola aplicaban el mismo análisis para explicar por qué se cometen violaciones en sociedades en las que la mujer tiene los mismos derechos que el hombre y los delitos sexuales se castigan con dureza, enfoque que una parte de las feministas de la Tercera Ola ha simplificado todavía más. Para ellas, la cultura normaliza las violaciones, y por tanto debe ser vigilada. Perciben que la sociedad está llena de mensajes que convierten a la mujer en una mercancía sexual que los hombres pueden tomar o dejar. Esta percepción de la sociedad como una masa maleable que hay que preservar y reeducar constantemente casa perfectamente con el ánimo censor. Vladímir Solodin, uno de los últimos censores de la Unión Soviética, decía: «No nos da ningún miedo cercenar la literatura más pura, ya que bajo su bandera y aspecto aparentemente refinado puede inyectarse un veneno en el alma ingenua y todavía obnubilada de las grandes masas».[8]

Los defensores de la teoría de la cultura de la violación mencionan frecuentemente el estudio de Mary Koss de 1984, que afirma que una de cada cuatro mujeres ha sido violada, y las estimaciones de Catharine MacKinnon, que llega a discutir los datos sobre violaciones del FBI y el Departamento de Justicia de Estados Unidos, y señala que «una versión conservadora de la violación sucederá al menos a la mitad de las mujeres a lo largo de su vida».[9]

Sin embargo, otras feministas dudan del alcance de estos datos. Christina Hoff Sommers cuestionó la validez de las cifras de Koss, porque solo el 27 por ciento de las mujeres que contabilizaba como violadas se calificaron realmente así. De las restantes, el 49 por ciento dijo que hubo «falta de comunicación», el 14 por ciento que había sido un «delito pero no una violación» y el 11 por ciento declaró no sentirse víctima. Para Hoff Sommers es importante diferenciar entre agresión sexual y sexo en condiciones de confusión para la mujer. En un artículo, muy criticado por los partidarios de Koss, Hoff Sommers concluyó que «Koss y sus seguidores nos presentan una imagen de mujeres jóvenes confundidas, abrumadas por hombres amenazantes que las obligan a prestarles atención en el transcurso de una cita, pero que no

pueden o no quieren calificar su experiencia como violación».[10]

Sin embargo, sabemos que muchas mujeres violadas o maltratadas se niegan a considerarse como tales. Subjetivar por completo el maltrato o la agresión sexual puede llevar a una situación en la que una mujer ni siquiera sea consciente de que han abusado de ella, y a que tenga miedo de denunciar la agresión por si la toman por una histérica. La gravedad de estas situaciones convierte el debate en un campo de minas.

La versión ortodoxa de la cultura de la violación queda clara en países subdesarrollados o regidos por teocracias machistas, como por ejemplo Arabia Saudí, donde una mujer puede terminar en la cárcel si denuncia una violación, en estallidos como la guerra del Congo, donde las violaciones han sido una forma de minar la moral del enemigo según los observadores internacionales, o la situación en Somalia que describe la feminista Ayaan Hirsi Ali, frecuentemente atacada por su crítica feroz al mundo islámico. Situaciones de extrema inseguridad para las mujeres como las de estos países ofrecen un contrapunto que nos permite ser escépticos sobre el alcance de la cultura de la violación en estados de derecho, lo cual no implica que el fenómeno no exista en Occidente de forma absoluta.

Para la nueva oleada de blogueras feministas como Jessica Valenti en Estados Unidos o Barbijaputa en España, la cultura de la violación en Occidente queda demostrada, por ejemplo, en el enfoque de las recomendaciones de la policía para evitar las agresiones. El colectivo Marcha de Putas de Buenos Aires alude a las campañas institucionales de prevención de la violación como uno de los puntales de su reivindicación. Según ellas, la sociedad hace responsable a la víctima cuando le sugiere que no vista de cierta forma, que tenga cuidado cuando bebe o se droga, o que no se aventure a caminar sola por un parque tras la puesta del sol. Barbijaputa profundiza en esta línea cuando escribe que

el problema parte de que el concepto que tenemos en la sociedad se reduce a ese acto que provoca un extraño, un «loco» solitario, que actúa en portales aprovechando la oscuridad y la soledad de la víctima [...] Pero si la violación está aceptada es porque este [es] el único tipo de violación que parece existir, cuando ni siquiera es el más común: la mayoría de violaciones las cometen hombres del entorno de la víctima, siendo en muchas ocasiones su propia pareja. ¿Qué se deriva de esta creencia tan

extendida? [...] Todas las preguntas que se alineen en el «¿y por qué ella se fue con ellos?», «¿por qué iba sola de noche?», «¿dónde iba?», «¿conocía al chico?», «pero, ¿no estaban saliendo juntos?», etc. llevan implícita esa culpa.[11]

Por un lado, Barbijaputa nos recuerda que la mayor parte de las violaciones suceden en el seno del hogar, incluso en el matrimonio, puesto que hay un mito sobre la violación —callejones oscuros y asaltos en el parque— que no se corresponde con las cifras reales. Además, también yo creo que existe una tendencia a aconsejar e incluso culpabilizar a la víctima de la violación. El problema, como explican las feministas reacias a aceptar la teoría de manera ortodoxa, es que sus partidarios se aferran a una interpretación concreta y cerrada de los límites que separan la violación de situaciones sexuales confusas, y que se dedican al análisis de la cultura y la expresión pública desde un punto de vista que no acepta la discusión. En el ambiente digital, se mezclan las anécdotas y los hechos importantes, dando lugar a una confusión que han aprovechado feministas como Barbijaputa para convertir en un dogma la versión ortodoxa de la cultura de la violación, eclipsando y hasta denunciando el escepticismo de otras feministas. Ella Whelan, una periodista británica especialmente interesada en las interferencias entre el feminismo integrista y la libertad de expresión, dice que

sí, vivimos en una sociedad que [...] limita la libertad de las mujeres. Pero esto no significa que vivamos en una sociedad de violadores. Ningún individuo es enteramente producto de su ambiente [...] El argumento contemporáneo de que todos los hombres son violadores potenciales como resultado de una sociedad que sexualiza a las mujeres es inherentemente incorrecto. La violación no es algo que pueda suceder en la ignorancia. Un hombre no puede violar a una mujer porque ve demasiada pornografía.
[12]

Por su parte, Caroline Kitchens centra su crítica en este tipo de «feministas de la blogosfera», en las que ve personas partidarias de la «censura». En su artículo «It's Time to End "Rape Culture" Hysteria», [13] señala el atentado que supone la versión ortodoxa de la teoría de la cultura de la violación contra el derecho a la libertad de expresión. Relata anécdotas comunes en las universidades anglosajonas; por ejemplo, que activistas de la Universidad de Boston consiguieron que se cancelase un concierto de Robin Thicke porque la

letra de su canción «Blurred Lines» celebra supuestamente «el sistema patriarcal y la opresión sexual», mientras que las feministas de Wellesley exigieron que se retirase la estatua del «hombre sonámbulo», una figura masculina con el pene al aire, porque «podía despertar traumas en víctimas de la violación». Hechos como estos demuestran que la creencia ortodoxa en la cultura de la violación está conduciendo con demasiada frecuencia a peticiones de censura. Si la cultura fomenta la violación, la cultura debe ser vigilada y expurgada hasta los detalles más intrascendentes.

Kitchens lamenta que las defensoras del concepto sean enemigas del escepticismo o la matización del alcance, y que tachan a sus críticos de «negacionistas» y hasta «defensores de la violación». Sin embargo, Kitchens celebra que el feminismo ya esté discutiendo el dogma. Se refiere a la publicación en 2014 del informe de RAINN, la mayor organización estadounidense contra la violencia sexual, que ponía en duda la responsabilidad de la cultura sobre las violaciones y recomendaba que se discutiera el concepto en el seno del feminismo:

En los últimos años, ha habido una tendencia desafortunada a culpar a la «cultura de la violación» del problema de la violencia sexual en los campus. Si bien es útil señalar las barreras sistémicas para abordar el problema, es importante no perder de vista un hecho simple: la violación no es causada por factores culturales, sino por decisiones conscientes de un pequeño porcentaje de la comunidad que cometen un delito violento.[14]

Tras citar el informe de RAINN, Kitchens terminaba su artículo con una llamada al feminismo crítico:

El pánico moral de la «cultura de la violación» no ayuda a nadie, y menos aún a las supervivientes de una agresión sexual. Los líderes universitarios, los grupos de mujeres y la Casa Blanca tienen dos opciones: pueden unirse a la policía del pensamiento de la blogosfera feminista, que declara la guerra a Robin Thicke, [...] las estatuas masculinas y Barbie, o pueden escuchar el sano consejo de RAINN.[15]

Uno de los datos que invitan al escepticismo sobre el alcance de la cultura de la violación alude, precisamente, a lo que los hombres dicen en las encuestas sobre agresión sexual. Pese a que Barbijaputa sostiene que España

es un país atrasado, donde la cultura de la violación está por todas partes, el mayor estudio a escala europea revela que el 92 por ciento de los hombres españoles piensan que nunca, en ningún caso, puede estar bien mantener relaciones sexuales con una persona sin su consentimiento.[16] Es el mejor dato de todos los países de la UE (en Bélgica piensan así solo el 60 por ciento de los hombres, en Reino Unido el 77 por ciento, en Alemania el 73 por ciento y en Francia el 69 por ciento), así que, si bien es cierto que la sociedad española sigue dejándose llevar por la inercia machista, también lo es que la mayoría de los hombres parecen incapaces de violar o maltratar a una mujer. Esto concuerda con los datos del informe de RAINN, que señala que solo «el 3 por ciento de la población masculina comete el 90 por ciento de las violaciones» en los campus universitarios.

Habrà que preguntarse, entonces, si el diagnóstico de la cultura de la violación contribuye a concienciar o si, por el contrario, arrastra al feminismo al campo de batalla de la guerra cultural. Ella Whelan criticaba la tendencia al frentismo, la división e incluso la criminalización de las feministas escépticas por parte del sector integrista:

Animan a las mujeres y las niñas de todo el mundo a compartir sus experiencias de atención masculina no deseada en las redes sociales, creando un movimiento superficial de mujeres unificado solo por un *hashtag* y una necesidad de declararse víctima de los males de los hombres [...] Es fácil ver por qué las dudosas ideas del feminismo moderno no están siendo desafiadas. Si tratas de deshacer la idea de la cultura de la violación, te llaman instantáneamente «apologista de la violación» o, peor aún, «activista de los derechos de los hombres» [...] Pero esta beligerancia solo revela cuán vacío es el nuevo feminismo [...] Esta nueva ola de feminismo de la que todos hablan no ha promovido demandas o ideas coherentes. Todo lo que lo une es una imagen compartida de las mujeres como víctimas que necesitan la ayuda mutua de Twitter.[17]

Recordemos cómo empezó el linchamiento a María Frisa: fueron las denuncias de grupos de feministas adolescentes en Twitter las que desataron la cacería e impusieron la idea de que el libro de Frisa contenía una apología del acoso y una cosificación sexual de las niñas. Vimos entonces cómo la etiqueta «machista» y las referencias a la «cultura de la violación» o la «cultura del abuso» generaban al instante un efecto de denuncia en la prensa, y cómo una

acusación falsa y deshonesta parecía prácticamente imposible de matizar, porque acarreaba de inmediato la condena de «cómplice». Hasta que aparecieron los defensores de la autora, los medios se limitaban a repetir la acusación sin cuestionarla, republicaban los pasajes del libro fuera de contexto que habían aparecido en Change.org, e ignoraban las explicaciones de Frisa. La complejidad, variedad y sutileza de los comportamientos machistas, racistas, etc. son despachadas de manera lineal con el reparto de etiquetas. Si la cultura o los chistes son responsables del maltrato y las violaciones, la censura aparece como algo deseable. Por otra parte, en estos términos, el hecho de ser acusado es sinónimo de ser declarado culpable. Cuando las redes sociales condenan, los titulares siempre están de acuerdo con la acusación: «Las redes arden por las declaraciones *xenófobas* de X», «Furia en Twitter por la *polémica* canción *machista* de Y». Veremos ahora cómo el estigma y la alarma sobre supuestas apologías peligrosas distorsionan por completo la reputación de un individuo.

EL ESTIGMA

La catarata de tuits que voy a mostrar apareció en menos de treinta segundos el martes 13 de diciembre de 2016. Durante el resto de la semana llovieron decenas de miles de tuits más, en los que los usuarios insultaban al mismo tipo barbudo, fornido y sonriente de veintiocho años:

Problema de las redes sociales: todo se sabe y se hace viral. #jorgecremades, mejor calladito, chaval.

Jorge Cremades, cuánta falta de empatía y responsabilidad. Váyase a la mierda con sus chistes y declaraciones.

@JorgesCremades ojalá te mueras

@JorgesCremades eres puta escoria.

Hola @JorgesCremades, en España han sido violados 82 hombres frente a 827 mujeres en 2015.

Son muchas las razones por las que, como sociedad, debemos apartar de los escenarios a gente como Jorge Cremades

QUIÉN COJONES ES EL SUBNORMAL DE JORGE CREMADES Y POR QUÉ SU MADRE NO LE ABORTÓ?

He leído el titular y el subtítulo de la entrevista a Jorge Cremades, me parece que no vale la pena seguir leyendo.

Seguid viendo y compartiendo los vídeos del Jorge Cremades, seguid #Asco

#RazonesPorLasQuePerderAmigos Mi humorista favorito es Jorge Cremades.

Espero que cuando se instaure el matriarcado Jorge Cremades sea el que inaugure el gulag machirulo.[18]

Sí, en treinta segundos. Puede que el lector se pregunte quién demonios es Jorge Cremades y qué crimen había cometido para merecer tanto odio. ¿Quizá un político que mató a golpes a su mujer? ¿Un violador callejero? ¿Un policía corrupto que detenía a chicas para abusar de ellas en la celda? No. Jorge Cremades es un humorista, autor de vídeos cómicos muy sencillos en los que se parodian situaciones costumbristas y problemas de la pareja, la soltería y los tópicos de género; un actor madrileño al que le dio por grabar *sketches* con el móvil y subirlos a Facebook, y al que tres años después seguían cinco millones de personas.

Cremades era uno de esos éxitos de internet que se saltaron el paso de mandar el currículum a Paramount Comedy. Descubrió un formato de *sketch* perfecto para las redes sociales: unos pocos segundos, píldoras concentradas de parodia de la vida cotidiana de los jóvenes y un uso hábil de la repetición. Su registro cómico no tenía nada de original; salvo en las pocas ocasiones en que tiraba por el surrealismo, las suyas eran el mismo tipo de bromas costumbristas de la mayor parte de los monólogos de *El club de la comedia* o *sitcoms* como *Friends*: caricatura de la vida doméstica, un humor por la identificación, un tipo de risa que busca el «también me pasa a mí». Precisamente de ahí vendría el estigma.

Tenía cinco millones de suscriptores en Facebook y vivía de hacer *sketches*, pero la izquierda joven de Twitter, metida en la guerra cultural, advertía a quien quisiera escucharles de que Cremades era un humorista chusco y casposo que «perpetua los roles de género». ¿Por qué no se trataba igual en Twitter a todos esos humoristas que caricaturizan los mismos estereotipos en sus monólogos? Ahí está lo interesante del caso: la poscensura señala con arbitrariedad a sus culpables, no hay tiempo para vigilar a todo el mundo, así que el grupo marca con el estigma a alguien y a partir de ese momento lo somete a un riguroso escrutinio. Mientras que los estudios culturales de género investigan las tendencias sexistas en el cine, la literatura o la publicidad, la poscensura busca enemigos individuales. Si la operación tiene éxito, la percepción de un grupo mucho más grande quedará sesgada de antemano.

Durante el año anterior al gran linchamiento, ya se habían escrito textos críticos sobre el humor de Cremades, especialmente después de que la revista *Cosmopolitan* le encargase un artículo veraniego. El tema: viajar en pareja. El humorista escribió consejos para los novios de las lectoras de *Cosmopolitan*. Los «instruía» para sobrevivir a unas vacaciones con sus chicas. Tiraba de los tópicos de un modo similar al de *Sexo en Nueva York*, pero a la inversa. Exageraba todas las incompatibilidades posibles que pueden surgir entre un hombre y una mujer que se van de vacaciones. No creo que buscara otra cosa que despertar alguna risa cómplice, pero sus detractores vieron allí una especie de burla cruel contra todas las mujeres. En Twitter, su nombre apareció asociado a la palabra «machista», y personas que no habían visto ni uno de sus vídeos decidieron que no tenían por qué hacerlo. Se apresuraron a declarar que Cremades era el representante de una ideología, el machismo, que había que erradicar a toda prisa. Yo estaba sorprendido. Si había alguna ideología oculta, podía ser la misma que la de la mayor parte de los contenidos de *Cosmopolitan* o cualquier otra revista «para mujeres», pero la revista llega a los quioscos sin despertar la furia de las masas con su ración de artículos de psicología barata, cosméticos, dietas milagro y consultorios sexuales.

Cremades se convirtió aquel día en *trending topic*. Las feministas de Twitter lo acusaron, la acusación llegó a la prensa y desde allí contagió a

mucha más gente. En su artículo de *Cosmopolitan* podíamos leer:

A veces es duro afrontar el primer viaje con tu novia, ¿verdad? No tenemos los mismos gustos, no puedes llevarla a un sitio donde irías con tus amigos —porque te arrepentirás el resto de tu vida— y, por supuesto, no es viable hacer turismo sexual.

Fragmentos como ese volaban por Twitter unidos a comentarios desdeñosos. Lo llamaban «machirulo», «pervertido» y «abusador». ¿Por qué no atacaban también al comediante Quequé? En uno de sus monólogos de *El club de la comedia* había dicho:

Te vas con ella de vacaciones y dices: «Me voy a relajar». ¡Pues no! Ella te ha hecho ya un esquema que pone: «Día 1: Pisa, actividad, ver torre» [...] Todo esto suponiendo que hayas pasado la primera fase de ir de vacaciones con tu chica, que es el destino, ponerte de acuerdo. Esto no es como irte con tus colegas, no, no [...] Ellas lo quieren tener todo programado en el esquema.

Si de algo podía acusarse al artículo de Cremades para *Cosmopolitan* era de falta de originalidad. Pero en 140 caracteres solo caben enmiendas a la totalidad. Para mi sorpresa, el recurso de las feministas de Twitter funcionó. Muchos de mis amigos empezaron también a *percibir la amenaza*. A partir de ese momento, seguí con atención las reacciones que despertaba Cremades entre mis amigos más sensibilizados con el feminismo. Ocurría algo prodigioso: aunque buena parte de los vídeos de Cremades no aluden a relaciones de pareja o tópicos de género, sino que relatan pequeñas desgracias cotidianas, y aunque la mayoría de los vídeos sobre hombres y mujeres son de una ingenuidad evidente, nadie matizaba las críticas. Cremades hacía vídeos machistas. Punto.

El estigma tiene la facultad de provocar una sinécdoque: de Cremades se tomaba la parte por el todo, concretamente dos *sketches*, uno en el que el personaje y sus amigos se pelean por acompañar a casa a una chica que ha dicho que está borracha, y otro, muy breve, en el que el chico dice mirando a la cámara que va a dar un consejo para ligar y acto seguido secuestra a una chica usando un paño bañado en cloroformo. Los internautas mostraban esos dos vídeos para demostrar que Cremades era un perturbado. El resto de su producción se ignoraba. Visto uno, vistos todos. El periodista Hamed Enoichi

me puso un ejemplo que ilustra hasta qué punto tiene que ver esto con las redes sociales: una saltadora de trampolín rusa hizo un salto muy malo por el que le dieron un cero y la descalificaron. La muchacha se hizo famosa en internet por esa pifia en el peor momento. Había sido seis veces campeona de Europa de salto, pero nadie fuera de ese deporte la conocía. «Ahora todo el mundo la conoce por ese fallo. La gente tiene el valor de reírse de ella. Gente que tiene la misma gracia saltando en trampolín que una morsa en tierra firme.»

Me preguntaba por qué tantas personas elegían precisamente a Cremades y no a cualquier otro cómico de situación. ¿Guerra de sexos? ¿Estereotipos de chico y chica? ¿Cosificación, celos, infelicidad, asalto lascivo a mujeres en discotecas o en plena calle? Aquí van unos ejemplos sacados de *El club de la comedia*, un programa de televisión que rara vez ha caído en las garras de la polémica tuitera. Eva Hache, en un monólogo titulado «Vivir en pareja»:

Ahora, que la cosa más, más, más bonita de tener pareja, eso no me lo podéis discutir, es despertarse por la mañana, abrir los ojitos, mirar a su lado... y ver... que no está.

David Guapo en un monólogo titulado, también, «Vivir en pareja»:

Vamos a hablar hoy del apasionante mundo de la pareja, ese apasionante mundo en el que una vez que entras puedes ser feliz o... tener razón, pero las dos cosas no [...] Por ejemplo, la pregunta trampa. La pregunta trampa es esa que ella te formula y que, una vez que la procesas y la respondes, te das cuenta de que la has... [el público masculino al unísono] ¡CAGAO!

Criticaron a Cremades por «normalizar» situaciones en las que el hombre está celoso de su novia. Goyo Jiménez, mi cómico favorito, en un monólogo titulado «A los tíos no nos gusta bailar»:

Un hombre y una mujer heterosexuales bailan a una distancia directamente proporcional al tiempo que llevan saliendo. Si se acaban de conocer, el tío le hace un Sergio Dalma, no los separas ni con salfumán; he visto marcajes de Pepe menos agresivos. No la suelta, pero que si se va a pedir, se va con ella haciendo el trenecito, ¡no se fia! [...] Pero ya cuando llevan toda la vida juntos, él en la barra y ella en la pista.

Se acusaba a Cremades de poner a las mujeres como las malas de la

película. Monólogo de Santi Millán:

Parece que está mirando la tele, tú te crees que mira la tele o lee un libro. ¡No!, ¡nooo! Está rearmándose. Está buscando titulares de vuestra relación, allí en su hemeroteca mental. «Enero 2011: Santi le miró el culo a mi prima; marzo 2012: Santi dice que no se dan las condiciones para mover el sofá; agosto 2014: cinco escapadas románticas que Santi nunca te ha propuesto...» Y ahí pasas a vivir con tu enemigo. No es que haya tensión en casa, no; es que se te carga el móvil sin enchufarlo.

Se acusaba a Cremades de fomentar actitudes sexistas en los hombres. Monólogo de Pepe Viyuela:

Soy una víctima de los daños colaterales porque vivo en pareja. Vivir en pareja tiene un lado bueno y veinte malos. El lado bueno es el que se coge ella en la cama. Pero los lados malos son las decisiones que toma tu pareja, o sea, lo que quiere hacer ella y acabas padeciendo tú.

Se acusaba a Cremades de fomentar una imagen del hombre muy macho, que no se atreve a mostrar sus sentimientos, que es rudo. Pablo Chiapella en un monólogo:

Un consejo a todos los tíos: no lloréis nunca delante de nadie, jamás [...]

La palabra «apología» es particularmente interesante. Es el síntoma de que hay un estigma: tras recibir los suyos, los titiriteros hacían apología del terrorismo, María Frisa hacía apología del acoso escolar, Guillermo Zapata y Nacho Vigalondo hacían apología del Holocausto y Jorge Cremades, apología del acoso y la violación. En algunos de sus vídeos aparecen hombres borrachos y ridículos intentando ligar. En el mismo monólogo de Chiapella:

Es acojonante, porque he pasado de ser odiado por una sola tía a ser odiado por un montón de mujeres: todas las mujeres de mis colegas, y luego todas las tías que tienen que aguantar la brasa de mis colegas borrachos en la discoteca. Que yo, ya que estoy allí, digo: «Mira, que le den al ciclo de antibióticos, se va a enterar la guarra de mi ex, me voy a follar a todas las tías de la discoteca, sin discriminar, ¡solo por despecho!». A ver: la teoría es buena, pero en la práctica, macho, coño, es que las tías... ¡no colaboráis! Y mirad que yo se lo digo: «Mira, te lo juro, que yo no gano na con esto, que yo lo hago por darle celos a mi ex. Entonces ¿qué?, ¿quieres salami o no quieres

salami?».

Se acusaba a Cremades de cosificar y denigrar a la mujer, de promocionar una imagen del hombre como ser acomodaticio a los cuidados femeninos y refractario a toda responsabilidad. Monólogo de Ernesto Sevilla:

Mi novia me ha dejado porque le dije que estaba loca, y «loca» es una de las cosas que a una mujer no le puedes decir nunca. Otra es, por ejemplo: «Perdona, ¿eres bizca?». Le dije que estaba loca por una chorrada, ya ves tú: me cogió el móvil y me pilló un mensaje que era: «Cuando quieras repetimos lo de anoche», que ya ves tú qué inocente [...] Pero bueno, en parte me alegro porque no paraba de darme órdenes: «levántate», «vístete», «haz la comida», «ve al trabajo»... Y es curioso, porque le molestaba que jugase a la Play y ella me trataba a mí como si fuera un Sim.

No pretendo expandir el control de los vigilantes ideológicos a la práctica totalidad de los cómicos de *El club de la comedia*, sino preguntarme en voz alta: ¿por qué precisamente Cremades?; ¿por qué se fiscalizaban sus vídeos en busca de pruebas de machismo y no los de cualquier otro? Creo que la respuesta es que en torno a Cremades se rompió el pacto de la ficción sobre el que se sostiene la comedia. Vivimos en una sociedad machista, así que es natural que el humor de situación entrecomille el machismo y haga bromas sobre él. No voy a negar que hay un enfoque sexista, incluso machista, en algunos chistes de Cremades y el resto de los monologuistas; esto sería ridículo. Pero dudo que todo eso sea una apología.

El humorista Víctor Grande se preguntaba en una charla TEDx qué pasaría si leyéramos con ojos vigilantes uno de los chistes más viejos e inocentes del mundo, que dijo haberle contado a su madre cuando tenía cinco años. Una mujer compra un perro y le pone de nombre Mistetas. La mujer pierde al perro y le pregunta a un policía: «¿Ha visto usted a Mistetas?». Y el policía responde: «No, pero me encantaría verlas». ¡Horror! ¿Cuántas susceptibilidades colectivas podría herir este chiste? La de las mujeres, porque la protagonista es imbécil; la de los policías, porque aparece un agente que hace insinuaciones sexuales; la de los animalistas, porque la mujer compra el perro en vez de rescatarlo de la protectora de animales, etc.

LA VIGILANCIA

La semejanza de los ofendidos-por-todo de las redes sociales y los viejos funcionarios de la censura estatal es estrecha en lo tocante a los estigmas. Quien clama contra un chiste o un discurso percibe a la sociedad como un colectivo infantil que debe ser protegido o, como mínimo, puesto sobre aviso. Un grupo marca públicamente a un individuo para que el público tenga precaución. Ni el humor más blanco está a salvo de la susceptibilidad, que se contagia del grupo censor a multitudes más grandes de personas, dependiendo de cuál sea el nombre del estigma.

Actualmente hay personas dedicadas a buscar el pecado en la obra creativa de los demás. Mensajes de apariencia inocente se convierten en el escaparate de los atrasos imperdonables de la sociedad, a través de un tipo de crítica que recuerda a la eclesiástica. Naturalmente, siempre hay detrás un problema real. Todo estigma injusto tiene una pequeña parte de verdad. El machismo que vieron en Cremades está en la sociedad y probablemente en algunos de sus vídeos, pero destruir a Cremades no hubiera servido para combatir el machismo. En Estados Unidos, toda una corriente de vigilancia somete el cine comercial al escrutinio de la corrección política. Por ejemplo, la búsqueda de pruebas de racismo ha convertido a algunos críticos en partidarios de un tipo de censura, y a las redes sociales en sus voceros. Devin Faraci, un *hipster* blanco estadounidense, decidió que Tim Burton es una especie de racista ignorante de sus propios prejuicios. Dedicó estas palabras a su película *Miss Peregrine*:

Es realmente muy buena, y la disfruté bastante, pero [...] trata de un grupo de blancos que se esconden del mundo y que tratan de mantener al negro fuera de su versión perfecta estilo 1943 [...] Es preocupante que en ningún momento del proceso alguien se haya enterado. Ese es el problema [...] No podemos decirle a Tim Burton lo que queremos de sus películas en cuanto a la moral, la representación o la diversidad. Son sus historias. [Pero] la diversidad es un buen negocio, y Fox está haciendo un mal negocio al permitir la visión de Burton [...] Pronto una película blanca de lirio como esta no solo va a parecer ridícula, sino que va a ser veneno en la taquilla.[19]

Salta a la vista que Faraci piensa que la sociedad del futuro castigará

películas en las que no aparezca gente de todas las razas, lo cual me resulta paradójico: en una sociedad sin racismo, creo que no nos preocuparían lo más mínimo ese tipo de cuotas. Pero, además, recomendaba a la productora Fox que, en lo sucesivo, trate de «influir» en Tim Burton para que incluya personas de otras razas en sus películas. Es decir, estaba pidiendo que la empresa editora velase por los valores sociales y censurase la representación personal del mundo del creador. Es exactamente lo que pedía la Ley de Prensa de Manuel Fraga de 1966. Solo cambian los valores. Sin embargo, lo que vuelve realmente ridículo este enfoque sobre una película como *Miss Peregrine* es que el filme trata sobre niños de piel blanca, sí, pero con curiosas y monstruosas deformaciones que los mantienen apartados del mundo. Aunque el proyecto estético de Burton apuesta por la palidez vampírica de los actores y la oscuridad de los escenarios, su filmografía está compuesta de historias de chicos y chicas diferentes que se enfrentan a la intolerancia de la sociedad. ¿Sería más adecuado a los cánones de la corrección política el mensaje de *Eduardo Manostijeras* si la hubiera protagonizado un Denzel Washington en lugar de Johnny Depp?

Da lo mismo. Toda clase de revistas de neoyorquinos de izquierdas, como *Bustle*, y críticos «liberales» como Devin Faraci se unieron al tribunal de la santa corrección de Twitter y decidieron que los caprichos estéticos de Tim Burton habían ido demasiado lejos. De pronto, todos estaban convencidos de que en realidad es un racista, y trataron de hacérselo saber. Cuando el cineasta declaró que el asunto le parecía una gilipollez, Twitter reaccionó con su orgullo herido y lo elevó al *trending topic* para llevar el estigma a un montón de gente, con la ayuda de los típicos titulares sesgados: «Twitter estalla por los comentarios sobre la diversidad de Tim Burton».[20] ¿Era el análisis de Twitter justo y razonable? Este es un ejemplo del tipo de cosas que se estaban diciendo en la red social:

Si dices «Tim Burton» tres veces, un gótico blanco aparece y te explica de forma machorra cómo es que un casting de gente exclusivamente blanca no es racista.[21]

EL LINCHAMIENTO

El linchamiento final —aunque supongo que no será el último— contra Cremades se desató en Twitter con motivo de una entrevista al cómico en *El Español* y alcanzó al resto de la prensa el mismo día. El titular de la entrevista era: «Jorge Cremades: “Hay más violaciones a hombres que a mujeres”».[22] Expresado así, parecía que el cómico quisiera polemizar con un dato que relativizaba las violaciones a mujeres, pero al leer el resto de la entrevista me quedó claro que Cremades mencionaba un estudio indeterminado en el contexto de una discusión con la periodista, que arrancó la tanda de preguntas sobre cuestiones de género en estos términos:

P: Hubo un vídeo tuyo que me pareció especialmente grave. Sale una chica en un bar y dice «estoy to' ciega, me he perdido»... y salís tus amigos y tú en plan «¿borracha? ¡Me la pido!». Y claro, en España, según los últimos datos de Interior, hay una violación cada ocho horas.[23] ¿Qué piensas de este vídeo? ¿El humor debe estar desvinculado de los problemas actuales?

CREMADES: Es que, ¿ves? Yo cuando hago ese vídeo, en ningún momento se me pasa por la cabeza una violación. Ni del palo.

P: Ya, pero va por «está borracha y es más fácil tener sexo con ella».

C: Yo lo miro así y pienso «tienes razón», pero... no sé, no sé. Entiendo que lo veas así y claro que diría «hay que separarlo», pero yo no me refería a violar a esta chica. Si hago un vídeo en el que salgo con un amigo y digo «vamos a emborracharla que me quiero liar con ella», ese vídeo hablaría de violación. Si una tía lo hace: «Chicas, vamos a emborracharle que me quiero liar con él», sería un vídeo divertido.

P: Claro, porque no hay violaciones de mujeres hacia hombres.

C: Ya... pero sí que hay violaciones en hombres, y ese tema no se trata. Hay estadísticas que dicen que realmente hay más violaciones a hombres que a mujeres, y de eso no se habla. En las cárceles hay muchísimas violaciones de hombre a hombre, y violaciones de mujer a hombre en otros temas, no físicas. Es que, tío, es un tema que prefiero no tocar, porque no sé qué decirte. Entiendo que te haya ofendido el vídeo, pero también me pasa con mi grupo de amigas que dicen «vamos a emborracharle», y es broma.

La estadística que mencionaba el cómico, y que Lorena G. Maldonado eligió como titular, podía ser errónea o polémica, pero en el contexto de la entrevista quedaba claro que la alusión no era malintencionada. Cremades insistió a lo largo de la entrevista, que por momentos parecía un debate, en que

entendía el punto de vista de la periodista, pero que no quería ofender a nadie con sus bromas. Admitía que no les ha dado demasiadas vueltas a los asuntos de género —ocurría lo mismo cuando le preguntaban por temas políticos o culturales—, pero aseguraba preocuparse de que sus *sketches* no hicieran daño a nadie. Dijo, por ejemplo, que jamás haría bromas sobre el cáncer.

Me sorprendió la elección de un titular tan malicioso porque Maldonado, en la presentación del personaje, describía a Cremades en términos condescendientes. Según ella, Cremades «es un niño grande —sin maldades, sin discurso político— que construye fruslerías ágiles, cotidianas, humanas hasta el ridículo [...] Es un animal cómico sin intenciones, quiere la coña por la coña, exenta de análisis, solo cubierta de salsa». Pero aunque la periodista anunciaba que Cremades no tiene discurso político, el titular emitía una idea contraria: que lo tiene, y que pretende relativizar las violaciones cometidas contra las mujeres. Eso es exactamente lo que interpretó la multitud tuitera y, curiosamente, la misma idea que Maldonado había expresado sobre Cremades en un artículo publicado durante la polémica del *Cosmopolitan*. Allí, Maldonado acusaba a Cremades de machista y lo comparaba con *youtubers* que emiten opiniones misóginas.[24] Le pregunté a Maldonado si al encontrarse con Cremades en persona había cambiado su opinión sobre el personaje.

«No fue grosero —me dijo—, no me vaciló en ningún momento. Fue tímido y encantador. Quería gustar. Estaba nervioso. No vi en él a un “machista hijo de puta”, vi a un machista ignorante, a un pobre chaval que no sabe ni dónde tiene la nariz. Pero como te decía antes, el machismo es uno.»

Maldonado repetía una de las ideas clave de la guerra cultural feminista: el machismo es uno, todo el machismo mata, de manera que la inocencia de un individuo o su buena intención quedan en segundo plano cuando se ha mostrado como un machista. Yo no puedo compartir este axioma. Creo que la inmensa mayoría de los hombres somos machistas, desde un poquito hasta mucho, y que la inmensa mayoría de los hombres somos incapaces de molestar, matar, violar o mirar para otro lado cuando un hombre molesta, mata o viola. El machismo extremo consiste en ver a la mujer como una puta o un cacho de carne que hace las tareas del hogar y que se tumba panza arriba cuando hay ganas de follar. Esa visión del mundo contribuye a que un tipo

malvado mate a su mujer, le pegue, la encierre en casa. No me malinterpretéis ahora: el machismo es asqueroso. Pero si la gran mayoría de los hombres todavía son machistas, la idea de que todo el machismo mata me resulta incomprensible. En el caso de Cremades, su ignorancia, o su machismo por negligencia, se equiparó inmediatamente a la culpabilidad.

¿Por qué digo «ignorancia»? Maldonado le hizo preguntas buscando una explicación a su humor. Quería que Cremades le diera una especie de poética personal, un proyecto, una justificación intelectual que el cómico no tenía. Esto fue lo que Maldonado consideró imperdonable, tal como ella me explicó:

«Yo no criminalizo que haya machismo en la ficción. Lo que me parece bochornoso es que el responsable de esos vídeos no sepa defender su humor ni construir un discurso personal digno al respecto, porque tiene más de cinco millones de seguidores y cierta responsabilidad. No me cabe en la cabeza que un tío que tiene antecedentes con este tema no esté preparado para responder. No le he preguntado por la política rusa sino por un tema que le compete y que es recurrente en su trabajo: la guerra de sexos».

Quiero subrayar la palabra que empleó Maldonado: «antecedentes». Se refería al escándalo tras el artículo de *Cosmopolitan*, y me llamó la atención el uso de un término policial, pero creo que era la palabra adecuada. Para Twitter, Cremades era un criminal reincidente. El titular de la entrevista provocó un *trending topic* en menos de una hora. Las redes ardieron. La prensa propagó el incendio. Surgieron toda clase de interpretaciones sobre Cremades que en realidad estaban hablando del estigma, del retrato robot. Barbijaputa, siempre dispuesta para denunciar cualquier crimen real o imaginario contra las mujeres, escribía:

Es tan machista como sus seguidores. No ve que perpetúa estereotipos que generan más violencia sobre nosotras de la que sufrimos. No es consciente de (o no le importa) que sus seguidores están cimentando en su imaginario que intentar acostarse con una mujer vulnerable es divertido y deseable. Y fomentar ese tipo de comportamientos es lo que hace que el bucle de la cultura de la violación no cese nunca.^[25]

Nótese el uso de los verbos. El cómico «perpetúa» y «fomenta», mientras que sus seguidores «cimentan» la «cultura de la violación». La bloguera

arrancaba su crítica con el mismo vídeo por el que le había preguntado Maldonado. Era, más o menos, el mismo tipo de broma chusca que ya habíamos visto en la escena final de *Borat*, cuando el falso kazajo rapta a Pamela Anderson metiéndola en un saco. Si era evidente que Sacha Baron Cohen estaba haciendo una parodia, ¿por qué Cremades estaba haciendo una apología? La polémica me trajo a la memoria una de las escenas más divertidas de *Amanece que no es poco*, aquella en la que un viejo le cuenta a su sobrina de quince años lo que está pasando en plena noche en la plaza del pueblo, y mientras tanto se quita la bata y se le mete en la cama:

—Pero tío, ¿para contarme todo esto hacía falta que se metiera usted en mi cama?

—Pues anda, es verdad, qué tonto, ¡pero ya que estoy aquí!

Dudo que el humor surrealista de *Amanece que no es poco* haya contribuido a que las violaciones en el seno del hogar se sigan produciendo, y sin embargo, según la versión más integrista de la cultura de la violación, cualquier representación frívola de ese tipo es responsable de que continúen produciéndose violaciones, «cimienta» la cultura de la violación, «fomenta y perpetúa» estas lacras. En este sentido, salta a la vista la relación entre la versión ortodoxa de la cultura de la violación y la hipótesis de Sapir-Whorf que sostiene la corrección política: la expresión no es una representación de la realidad, sino que influye peligrosamente en ella.

Le pregunté a Maldonado qué le parecía el linchamiento que había desatado su entrevista.

«Creo que el linchamiento es una posible respuesta del público ante unas declaraciones, igual que lo son las alabanzas. A mí no me excita que lo linchen. Pero tampoco me sentiría cómoda si ocultase cosas que ha dicho para proteger un discurso que además creo dominante. Yo estoy a favor de la verdad, y la entrevista está transcrita TAL CUAL. No he quitado ni una sola coma. Dejo hasta sus “tío” y sus “macho”. Es él quien habla.»

Las palabras de Cremades, perfectamente transcritas por Maldonado, quedaron a expensas de esa «posible respuesta» del jurado popular. Del mismo modo que Twitter había visto en el chiste de Justine Sacco a la peor racista que ha aguantado la humanidad, la entrevista de Maldonado se

convirtió en una materia bruta en la que cada frase susceptible de ser tomada mal, cada afirmación que concordase con el machista miserable dibujado por el estigma, se extraía y se llevaba a las redes sociales. Le pregunté a Maldonado por qué decidió dar en el titular una imagen, a mi juicio, tan distorsionada de las palabras de su entrevistado. «Sabrá Dios qué estudio será ese —me respondió—. Hice mal en no repreguntar, no estuve lo bastante rápida. Pero vamos, que creo que no chirría para nada en la estructura general de su discurso. Caótica, mal informada, bastante simplona y cojeante de un pie. Esa frase es lo más llamativo de toda la entrevista. ¿No es esa la función de un titular, pertenecer al discurso y resultar atractivo? No creo que sea ir a pillar, creo que nuestro trabajo es ofrecer un buen gancho y que ese gancho sea verdad. Tampoco creo que tengamos que ser benévolos con nadie. Son entrevistados, no amigos.» Creo que un titular debe servir de gancho, pero que sobre todo tiene que respetar el derecho a la libertad de expresión del entrevistado. El periodista proporciona un altavoz mediático a una persona y genera una doble responsabilidad: el entrevistado tiene la responsabilidad de decir solo aquello que pueda defender, no puede meter la pata, y Cremades cometió el error de citar de manera ambigua un estudio. Pero el periodista tiene la responsabilidad de no malinterpretar sus palabras, de no generar un titular donde el entrevistado diga aquello que no ha dicho. A mi juicio, el de Maldonado hacía precisamente eso. Cremades dijo que un estudio decía, mientras que el titular indicaba que «Cremades dijo». Ese falso «dijo» corrió como un reguero de pólvora por Twitter y por buena parte de los medios de comunicación.

Los medios se limitaban a exponer la polémica y a repetir en sus titulares las palabras del cómico según el de Maldonado y no según la entrevista. La acusación de Twitter se transformó en una condena con noticias como estas: «Las redes arden con la polémica entrevista de Jorge Cremades: “Hay más violaciones a hombres que a mujeres”» (*La Sexta*, 13 de diciembre); «Cremades: “Hay más violaciones a hombres que a mujeres y de eso no se habla”. El cómico, acusado de machista por su humor, genera una gran polémica tras arremeter contra las mujeres» (*La Vanguardia*, 13 de diciembre).

Era la tónica general. El cómico, «acusado de machista» —con lo que el

estigma se convertía en una condena mediática—, había generado una polémica tras «arremeter contra las mujeres». A mediodía, cualquiera que quisiera parecer más feminista que su vecino tenía una forma muy fácil de demostrar lo concienciado que estaba. En menos de tres horas, la polémica degeneró en un acto de censura motivado por esa necesidad pornográfica de demostrar que se defendían los valores correctos. Hasta presenciamos el baile de concejales ávidos de colgarse la medalla de la lucha contra el machismo:

SE CANCELA LA ACTUACIÓN DE JORGE CREMADES EN ELCHE POR SUS DECLARACIONES
MACHISTAS

La concejalía de Cultura ha tomado la decisión de suspender la actuación del humorista conocido por sus vídeos machistas

Tras denunciarlo Radio Elche Cadena SER, la concejala de Cultura, Patricia Maciá, ha comunicado sobre las dos y media de la tarde que se suspendía de forma tajante la actuación porque «este Ayuntamiento ha adquirido una responsabilidad y un compromiso hacia la Igualdad y no puede permitirse este tipo de errores».[26]

Nadie le preguntó a Maciá quién había contratado a Cremades. Si lo habían programado en Elche, era porque alguien en el ayuntamiento había visto sus «vídeos machistas». Algunos nos preguntábamos por qué estaba tardando tanto en dimitir el responsable, pero, claro, el tema ni siquiera estaba encima de la mesa.

Después de que la multitud y los medios de comunicación atosigasen al cómico durante horas, Cremades cometió esa noche el peor error posible cuando internet te acusa de algo que no has hecho. Se disculpó en Twitter:

Ayer hice la peor entrevista de mi vida. Desgraciadamente no me expresé bien y una persona que se dedica a los medios ha de saber expresarse. Lo siento muchísimo. Quiero matizar que la frase usada en el titular de la entrevista hacía referencia a un artículo sobre la violencia en cárceles. Soy perfectamente consciente de la gravedad de la violencia de género, la rechazo firmemente y no querría que nadie confunda mi postura. No a la violencia. Jorge.[27]

Pedir perdón es sinónimo de aceptar la culpabilidad. Esto convierte la disculpa en un error terrible en el contexto de un linchamiento digital.

Cremades recibió como respuesta directa más de quinientos tuits que se burlaban de él y seguían humillándolo. Sus disculpas no eran aceptadas, y entretanto miles de personas celebraban la decisión del ayuntamiento de Elche y exigían que Cremades borrara sus vídeos de internet. La polémica había dejado de ser una caza de brujas para convertirse en censura. Durante los meses siguientes, otros teatros cancelarían su espectáculo.

No a la violencia? Entonces vas a dejar de hacer vídeos?

por favor, a quien engañas? Si solo fuera la entrevista QUIZÁS se te podría creer, pero viendo la trayectoria de vines y vídeos que NO son graciosos si no que tienen un gran contenido machista, podías ahorrarte esta basura y quedar aún peor.

tu entrevista entera es una oda a la cultura de la violación, CRACK, no solo el titular.

Que no, Jorge. Que nos importa una mierda el titular. También la entrevista. Nos importa el machismo de tus vídeos. Ni siquiera tienes la capacidad de análisis para saber que las chorradas que has dicho han sido la gota que colma el vaso, @JorgesCremades

está muy bien que pidas disculpas por la entrevista, ahora solo falta que borres todo tu contenido que predica eso, un 98%

No es q @JorgesCremades haya hecho la peor entrevista d su vida: es q ha quedado retratado exactamente como lo q es. Mérito de la periodista[28]

Cuando ni siquiera se acepta una disculpa, queda claro que lo que busca la turba es la destrucción. Siempre que veo uno de estos linchamientos recuerdo las palabras de Miłosz:

Que surja un nuevo hombre [...] Hay que obligarlo a la fuerza, a través del sufrimiento, a que lo entienda. ¿Por qué no debería sufrir? Debería sufrir. ¿Por qué no puede servir como fertilizante, si es malo y estúpido? [...] No hay que ahorrarles estos tormentos [...] a aquellos que hasta ahora se carcajeaban, bebían, engullían, explicaban chistes estúpidos y en esto veían la belleza de la vida.[29]

El espectáculo recuerda a la picota, esa antigua máquina de escarnio público en la que dos piezas de madera encajaban la cabeza y las manos del

reo, de forma que su rostro quedaba inmovilizado a la altura de las cabezas del público que acudía a tirarle basura. En Twitter, los linchadores no se limitan a expresar su opinión sobre el culpable de turno, sino que lo avisan, colocando la arroba delante del nombre, con el morboso placer de quien mira a los ojos del condenado mientras llueven los desperdicios.

¿Por qué nos pasa esto en las redes sociales? ¿Somos realmente tan crueles? Creo que no. Como ya he dicho, Twitter, Facebook e incluso los comentarios de los periódicos pueden funcionar como un coche. Louis CK reflexionaba sobre esto en uno de sus monólogos: «Cuando estoy en mi coche, tengo valores diferentes. Soy una persona horrible cuando estoy al volante». Seguro que la mayoría de los conductores y usuarios de las redes sociales son muy buenas personas, pero el linchamiento los convierte en la peor que pueden llegar a ser.

La sensación vibrante de victoria al hacer daño a otra persona se explica en virtud de un fenómeno psicológico llamado «disonancia cognitiva». Jon Ronson lo relaciona con el linchamiento en las redes, y cuenta que mediante la disonancia cognitiva atribuimos a nuestro enemigo cualidades infrahumanas, lo que nos permitirá humillarlo con una crueldad que reprimiríamos si percibiéramos a nuestra víctima como una persona real. Además, la camaradería del linchamiento nos coloca en medio de un grupo que nos premia por nuestras ocurrencias más crueles. Quien le dé en la cara con un tomate recibirá el premio del aplauso. De alguna forma, todos señalamos al culpable porque estamos desesperados por señalar nuestra inocencia. El estigma nos impide aceptar que haya buenas intenciones en el «monstruo». Convierte su caricatura en apología, su parodia en banalización y su risa en una humillación a todas las víctimas imaginarias que se nos ocurran.

GILA, LUCHADOR POR LOS DERECHOS DE LA MUJER

El linchamiento de Cremades me animó a buscar otros cómicos que, según la versión ortodoxa de la cultura de la violación, hubieran «banalizado»,

«trivializado» y hasta hecho «apología» de la violación o el asesinato de mujeres, pero que, sin embargo, fueran considerados aliados por las feministas de Twitter. No me costó demasiado dar con un ejemplo. Encontré artículos que describen a Miguel Gila como un «luchador por la dignidad de las mujeres», «un hombre sensible y adelantado a su época».

En el *sketch* «Acabo de matar a mi mujer», Gila entra en escena con un delantal y un cuchillo carnicero cubiertos de sangre y empieza su monólogo: «Acabo de matar a mi mujer, hay que ver lo mala que era y lo bien que he hecho en matarla». Durante los cinco minutos siguientes, el personaje de Gila explica por qué está tan orgulloso de haberla matado: que si era una gorda, que si cada vez estaba más fea, que si lo mandaba a hacer la compra... que lo hacía infeliz. Al final oímos a la mujer gritando en el cuarto contiguo: «¡Ven y termina de trocear el pollo!»). Antes de salir de escena, Gila murmura: «A esta la mato yo un día, cago en to». No entraré en consideraciones sobre lo gracioso que pueda ser Gila y lo poco gracioso que pueda ser Cremades porque creo que es algo totalmente subjetivo. No sé qué pensarán del humor de Gila los cinco millones que se ríen con Cremades, ni me importa. La cuestión es que Cremades tiene el estigma pero Gila tiene el imprimátur, el visto bueno de la censura.

Miłosz describió el imprimátur soviético, signo de aceptación social, y lo opuso al estigma. Según él, estos dos elementos demostraban el «miedo a pensar»:

El miedo a pensar por cuenta propia es la característica del intelectual soviético [...] Surge en él una profunda incredulidad acerca del valor de la literatura que no tiene el «imprimatur» [...] El «imprimatur» es el signo de que el libro está acorde con la doctrina.[30]

Gila, como tantos otros cómicos que han lanzado su parodia sobre el hambre, las violaciones, el maltrato y los asesinatos, obtuvo el imprimátur, lo cual es maravilloso. *South Park*, Louis CK, George Carlin o *El Mundo Today* pueden decir lo que les venga en gana porque el jurado popular ha decidido que hacen parodias o sátiras y no atentados o humillaciones. Podríamos preguntarnos cómo se tomaría el público de hoy el *sketch* de Gila, grabado en los años ochenta, pero después de estudiar el caso de Cremades creo que no

sería la pregunta adecuada.

La pregunta adecuada sería esta otra: ¿cómo se tomaría el público el mismo *sketch* del hombre que ha matado a su mujer, con las mismas palabras, el mismo cuchillo ensangrentado y el mismo final sorpresivo, si en lugar del Gila «luchador por la dignidad de las mujeres» lo hubiera grabado Cremades, del que se ha decidido que «arremete contra todas las mujeres» pese a que él mismo ofreció disculpas y trató de solucionar el malentendido?

¡Hundamos la vida a un perfecto desconocido!

¿Qué sabíamos sobre Vicent Belenguer Santos cuando salimos a darle caza? En realidad, solo una cosa: tras la muerte del torero Víctor Barrio en el ruedo, Vicent publicó en su Facebook personal este simpático mensaje:

Muere un tal Víctor Barrio de profesión asesino de toros en Teruel (en su casa lo conocían a la hora de la siesta) yo que soy un ciudadano muy «educado» hasta el punto de ser maestro, me alegro mucho de su muerte, lo único que lamento es que con la misma cornada no hayan muerto los hijos de puta que lo engendraron y toda su parentela, esto lo ratifico en cualquier lugar o juicio. Hoy es un día alegre para toda la humanidad. BAILAREMOS SOBRE TU TUMBA Y NOS MEAREMOS EN LAS CORONAS DE FLORES QUE TE PONGAN. ¡¡CABRÓN!!

La captura de pantalla con este texto trascendió la audiencia de sus contactos (menos de cien personas) y acabó en todos los periódicos. En el recuadro de la foto de perfil se veía la cara del autor. No me pareció que tuviera pinta de ser un criminal (ni siquiera sé cómo es esa pinta), pero en las redes sociales eran muchos más que yo los que aseguraban que sí: «Miradlo, qué jeta de puto pederasta». ¿Alguien más tenía algo urgente que decir sobre la cara del autor de ese estado de Facebook? ¡Sin problema! Todas las líneas estaban abiertas. Podíamos aportar nuestro punto de vista. Los frenólogos cantaron bingo. El cadáver del torero todavía no había recibido sepultura, pero el pueblo andaba frenético a la caza del calumniador. Ardían las redes y no precisamente con cirios funerarios.

«Hijo de puta, deberían fusilar a la gente así, putos animalistas de mierda.» Entre el gentío aparecieron personas que decían conocerle.

Individuos anónimos, ocultos tras seudónimos y fotos de atardeceres, banderas españolas, vírgenes o retratos de Schopenhauer, aseguraban que habían tratado con él y que era un monstruo en todos los aspectos. La prensa agradecía cualquier testimonio que aportase datos sobre el paradero del hombre más buscado. Describir la iniquidad moral de Belenguer Santos tenía un premio inmediato: llamadas telefónicas de periodistas, cientos de retuits en Twitter y «me gusta» en Facebook, y un botín especial de popularidad para quien proporcionase indicios sobre la vida del monstruo.

Cuando el pueblo se propone algo, lo consigue. Puede ser la toma de la Bastilla, la nominación de Rosa de España para Eurovisión o el Terror Revolucionario, poco importa. Nos habíamos propuesto encontrar al culpable y en pocas horas sabíamos dónde vivía, o creíamos saberlo. Para entonces, la prensa había abandonado el velorio. El muerto se quedó solo, la fiesta estaba fuera. Arrastraron ante las cámaras a la viuda. Era una mujer joven que, naturalmente, estaba compungida. Un periodista le preguntó acerca de su opinión sobre los ataques de «esos desaprensivos». Le sacaron de la boca petróleo y gasolina, puesto que había una hoguera que alimentar. La tristeza de una viuda joven vendía menos clics que su resentimiento.

El cerco se fue estrechando. Unos aseguraban que Vicent era profesor en Tarragona, otros que impartía clases en Valencia, un tercer grupo lo situaba en Castellón. Se publicaron los nombres de centros educativos. Aparecieron unidades móviles a las puertas. Carlos Herrera, uno de los locutores más famosos de España, llamó al linchamiento desde los micrófonos de la COPE:

Vicente Berenguer Santos [paladeó cada sílaba, incluso la que añadió para españolizar su nombre], no sé si me estás escuchando, no tienes perfil de ser oyente de este programa, pero por si acaso, seguramente alguien te conocerá. Eres un hijo de puta. Muy grande. Y ante tipos como estos, lo que tiene que hacer la tauromaquia es defenderse a través de los juzgados. Y así comienza un trabajo para poner a esta basura, a todos estos malolientes, a estos resentidos, esta ignorancia de depravados, ante el juez [...] El artículo 510 del Código Penal habla de la incitación al odio. Y lo de estos tíos es incitación al odio.

Recapitulemos: un ciudadano publica en su Facebook, que no lee nadie, un mensaje ciertamente abominable. Uno de sus seguidores hace una captura de pantalla, la manda a Twitter (¡a Twitter vas!) y de ahí se filtra a la prensa. Le

llega, entre otros, a Carlos Herrera, locutor viril y taurófilo, simpático cuando nadie le toca la moral, que la lee en un programa de máxima audiencia. Incitación al odio, acusa. Pero me pregunto: ¿quién es responsable de que el mensaje de odio de Vicent llegue a todas partes? Una incitación al odio destinada a cien personas se convierte en una incitación al odio destinada a cincuenta millones. Y otra pregunta incómoda: ¿quién incita al odio y contra quién se incita? ¿Un tal Vicent contra un torero fallecido, o un tal Carlos y todos nosotros contra Vicent?

Los que rezan le piden a Dios que perdone sus ofensas «como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden». En las redes sociales la ofensa ni se perdona ni se ignora, sino que se lleva a todas partes. Como una liturgia, los procesos de escarnio colectivo nos redimen de algo, pero ¿de qué? ¿Quizá de sentirnos malvados y superficiales? Jon Ronson escribió que «una humillación o un linchamiento verdaderamente público es el conflicto entre la persona que intenta escribir su propio relato y la sociedad, que intenta escribir otro». El relato de la sociedad en un linchamiento lo escribimos todos, individualmente, para decir que somos mejores que el monstruo. Y para eso necesitamos monstruos, claro.

Nuestro monstruo del día se comunicó, finalmente, desde el fondo de su tugurio. Dijo que le habían hackeado la cuenta, que no había escrito ese mensaje (lo repetiría ante el juez tres meses más tarde), pero nadie le creyó. El periódico ya había rastreado su historial. Vicent había escrito mensajes parecidos otras veces. La noticia produjo alivio —¡menos mal que sí es un canalla, como veníamos diciendo!— y desató una segunda oleada de furia: mentía como una sabandija pero nosotros éramos mucho más listos.

Poco a poco aparecieron los héroes. *El Mundo* informaba de que un abogado, «harto de escuchar los indignantes y reprobables insultos en las redes sociales, ha localizado en Paterna a un varón que responde al nombre de Vicent Belenguer». A continuación, la noticia se volvía surrealista: el abogado interpuso una denuncia «contra quien *podría ser* el supuesto “maestro” que celebró y se mofó en Facebook de la muerte del joven torero». ¿Podría ser? ¿«Supuesto “maestro”»? ¿«Maestro» entre comillas? Pero lo mejor estaba en los comentarios de la noticia. Fue allí donde se filtró el número de teléfono móvil y la dirección del domicilio de Vicent. El moderador borraba los

mensajes y volvían a aparecer. En todos los medios. Hoy todavía pueden encontrarse los datos con una búsqueda en Google. Para entonces, el perfil de Facebook ya había desaparecido. Teníamos tantas ganas de insultarle que su número de teléfono colapsó antes del anochecer. «Información gratuita de Orange, el número al que llama está apagado o fuera de servicio en este momento.» Los héroes hacían cola, se organizaron distintas actividades. La plataforma España 2000 montó una manifestación a la puerta del domicilio, que consistió en gritar «asesino» con un megáfono debajo de la ventana del monstruo. Se elevó una petición en Change.org en la que se exigía a nebulosas autoridades educativas que el monstruo fuera despedido de su trabajo.

Firmaron la petición 238.000 personas. Con 238.000 votos se sacan cinco diputados en Aragón.

EL JURADO QUE NO DUDA, LA LEY NO ESCRITA

En un Estado de derecho, la justicia no intenta demostrar si el acusado es un sujeto moral o inmoral, sino si ha incumplido la ley. Si se convoca a un jurado popular, sus miembros pasan días enteros escuchando a la acusación y a la defensa, oyen toda clase de argumentos, están obligados a reflexionar, a limitarse a lo probado. En internet, en cambio, se ha producido un peligroso deslizamiento de la justicia hacia el examen moral. El jurado voluntario que protagoniza los linchamientos se limita a cacarear que el acusado es un ser abyecto. Hemos asistido, pues, al surgimiento de una justicia paralela, sin leyes, procedimientos ni objetivos. La poscensura brota de un talión donde se confunden la justicia y la venganza, donde la acusación es la condena.

Twitter y Facebook destruyen la reputación de las personas a las que la comunidad decide poner en la picota. Atacamos lo mismo a compañías que buscan el beneficio a costa de maltratar a la gente humilde, a políticos corruptos y líderes de opinión mentirosos, que a ciudadanos indefensos como Vicent.

En *12 hombres sin piedad*, el personaje de Henry Fonda nos advierte del

peligroso vicio de la sed de justicia, de la fuerza nefasta de las ideas preconcebidas y de la crueldad que pueden desarrollar personas convencidas de que están haciendo el bien. En la película, el jurado está compuesto por ciudadanos modélicos, miembros respetables de la comunidad, pero la responsabilidad los convierte en seres crueles e inflexibles. El personaje de Fonda se enfrenta al resto del jurado, no está convencido de que el acusado sea culpable. Es un chaval que se enfrenta a la pena de muerte sin pruebas concluyentes que, sin embargo, *parecen serlo*. Los once hombres sin piedad están dispuestos a mandarlo al cadalso, pero el personaje de Fonda logra convencerlos uno a uno de que no lo hagan. Ocurre algo maravilloso en esta película: el personaje de Fonda no dice en ningún momento que crea que el acusado es inocente, simplemente duda de que sea culpable, y la duda razonable termina por inclinar la balanza en su favor. Como en un cuento de Navidad.

No ocurre así en las redes. Declaramos culpable a Vicent del delito de incitación al odio, pero sobre todo lo declaramos culpable de ser una mala persona, por más que no sepamos nada más de él que esas palabras espantosas. El personaje de Fonda nos preguntaría si nunca hemos tenido ideas horribles, si nunca hemos dicho barbaridades, pero en las redes mandamos callar a aguafiestas como ese. En palabras de Svetlana Alexiévich, quizá nuestras intenciones sean buenas, pero carecemos de piedad. Ignoro cuáles eran las opiniones políticas de mis profesores, y tampoco sé qué piensa del terrorismo yihadista la doctora que me operó, pero no me importa. No creo que tener opiniones abominables inhabilite a una persona para dar clases o curar a los enfermos. Si supiéramos lo que piensan todos los servidores públicos, el país se derrumbaría. Si pudiéramos leer todos los pensamientos de nuestra pareja, dudo mucho que pudiéramos seguir mirándola a la cara.

Durante el linchamiento a Vicent escribí un artículo en el periódico: dejaba claro que sus palabras me parecían espantosas, pero me preguntaba si realmente teníamos suficiente información como para exigir que se le despidiera, y si unas palabras escritas en Facebook eran delito suficiente para hundir la vida de alguien. La respuesta fueron insultos contra mí. La poscensura es un fenómeno que no tolera los matices. Se levanta como una estatua del juicio moral y es intransigente como el maniqueísmo. Cuando la

mayoría ha hablado con una sola voz, el pensamiento del individuo parece una provocación.

El año anterior, yo mismo había escrito artículos contra los excesos del animalismo radical a raíz del caso de Walter Palmer, un dentista estadounidense al que hundieron la vida por participar en una cacería de leones en Zimbabwe. Supimos que el león se llamaba Cecil y de pronto, al recibir un nombre, la vida de Cecil parecía más sagrada que la de Palmer. Atraídos por la indignación popular, los medios a lo largo y ancho del mundo investigaron la vida privada del dentista. Se publicó la dirección de su clínica, que al instante se cubrió de pintadas y se convirtió en el escenario de protestas violentas. Allí improvisaron una especie de mausoleo Disney para el león, con velas y dibujos infantiles. Se filtraron los nombres de la mujer y la hija de Palmer, que recibieron su ración de insultos y amenazas de muerte. Se publicó que Palmer había pagado 50.000 dólares para disparar al león, que habían transcurrido cuarenta horas desde que había abierto fuego contra él hasta que había logrado darle caza. Eran informaciones posteriormente desmentidas, pero nadie pedía disculpas, queríamos saber más. *BBC Mundo* informaba en estos términos:

Palmer, que a principios de mes mató en una cacería a Cecil, el león más popular de Zimbabwe, cerró su consulta en Minneapolis, canceló sus cuentas en redes sociales y desapareció. No se sabe nada de él desde el martes. Y ya lo buscan las autoridades de su país, que investigan si puede ser llevado a juicio por lo que hizo.[1]

La prensa creando las noticias una vez más. Expectación, nerviosismo, ¿cuándo lo van a enjuiciar al muy cabrón? Mientras el dentista no dio explicaciones, sus pensamientos se dieron por supuestos, pero cuando se dirigió a la prensa nadie tomó en serio sus palabras. Declaró, abrumado, que nadie le había dicho que matar al león podía ser ilegal. ¿Y qué más daba? La justicia ordinaria podía ponerle una multa, meterlo en la cárcel o dejarlo en libertad; no nos importaba. Los animalistas organizaron un doble boicot: averiguaron los nombres de sus pacientes y los bombardearon con mensajes para que cambiaran de dentista. Mientras tanto, pidieron la extradición del cazador para que lo juzgase Zimbabwe, país regido por una tiranía, con múltiples denuncias de Amnistía Internacional, pese a que las autoridades de

ese país ni siquiera lo habían solicitado.

Por supuesto, también se deseó su muerte públicamente. Se publicaron millones de mensajes que no diferían en nada de los que habían causado la ruina a Vicent Belenguer, pero para este caso estaban permitidos, ¡nadie se escandalizaba! Esta vez no había una viuda a la que compadecer, sino «una puta casada con un asesino de leones».

Recuerdo una foto de aquella cacería humana. Se ve a una madre con sus dos hijos, uno de ellos disfrazado de león, frente a la puerta de la clínica cerrada de Palmer. Colocan allí unas velas en memoria del animal. ¿Les está enseñando esa madre el sentido de la compasión a sus hijos? Sería muy hermoso. La multitud lloraba la muerte de un león y arruinaba la vida a un ser humano. A mí me rondaba por la cabeza una pregunta escalofriante: ¿se habría convertido en noticia mundial el dentista si en Zimbabue hubiera matado a un hombre?

LA REPUTACIÓN

Horrorizado por el linchamiento colectivo al escritor y periodista Jonah Lehrer, acusado de inventarse una citas de Bob Dylan y humillado de forma salvaje en Twitter, Jon Ronson acude a los archivos en busca del momento en que Estados Unidos abolió los castigos de escarnio público, como los azotes en la plaza, los latigazos, los carteles humillantes para colgar al cuerpo del preso, etc. Benjamin Rush escribió en 1797 un llamamiento para acabar con esta clase de penas, que sin embargo siguieron aplicándose de manera extrajudicial. Un editorial del *New York Times* de 1867, recogido por Ronson, advierte de que las consecuencias psicológicas de los castigos de escarnio público son contraproducentes para el fin de cura social de la justicia: «Un muchacho de dieciocho años que es flagelado en New Castle por robar ya nunca levantará la cabeza en nueve de cada diez casos. Con el amor propio hecho añicos y la befa y el escarnio de la deshonra pública grabados a fuego en la frente, se siente perdido y abandonado por sus semejantes».

María Frisa, Jorge Cremades, Guillermo Zapata, los titiriteros y Nacho Vigalondo tenían dos cosas en común: primero, el motivo por el que se los sometió al escarnio público era más que discutible; segundo, todos tenían otros rasgos positivos que se podían contraponer a sus acusaciones. Frisa había cosechado buenas críticas y un montón de lectores, Cremades hacía reír a cinco millones de seguidores en Facebook, Zapata tenía de su parte a los votantes de Ahora Madrid, los titiriteros recibieron el apoyo de personas del mundo del teatro, la política y la literatura, Vigalondo era un cineasta suficientemente querido como para que su público se tomase a pitorreo la acusación de negacionismo, pero ¿qué pasa cuando lo único que sabemos de un individuo es que ha dicho una barbaridad? Su reputación no tiene forma de salvarse.

Hoy, buscar en Google el nombre de Vicent Belenguer Santos remite a centenares de artículos en los que se le insulta y se nos recuerda lo que dijo. Estas son las únicas palabras de Vicent, aparte de la declaración en la que juraba no ser el autor del mensaje. Como todos los trolls de internet y los comentaristas salvajes de los periódicos, Vicent será una persona con sus luces y sus sombras. Buen o mal profesor, no lo sabemos; internet solo nos da la imagen de su iniquidad. ¿Qué harán las empresas si Vicent busca trabajo? ¿Se arriesgarán a contratarlo cuando la vigilancia puede ponerlo de nuevo en la picota en cualquier momento? Sabemos a ciencia cierta que no. Las empresas más poderosas, como ya se ha dicho, se acobardan ante los rugidos de gato de la Red.

Me fue imposible encontrar a Vicent, y lo lamento. Me hubiera gustado contar en este libro cómo fueron esos días para él y qué le rondaba por la cabeza; cómo había sido su vida hasta ese momento y qué piensa hacer a partir de ahora. Para una persona en esa situación, la única esperanza es la Ley del Olvido, una normativa europea que intenta, entre otras cosas, limpiar los expedientes de las víctimas de la calumnia y la humillación digitales. Sin embargo, experiencias como la de Lindsey Stone inducen a pensar que internet no olvida ni perdona. Como explica Ronson, Stone intentó blanquear su imagen con toneladas de información positiva y fotos de helados, pero dado que Google cambia constantemente su algoritmo, su mala reputación vuelve continuamente a la primera página de resultados.

El movimiento censor de las redes no suele lograr que se retire un libro de las librerías o que se borre un artículo de un diario digital, pero pervierte la imagen pública de la gente y acobarda a las empresas editoras. En el caso de un escritor víctima de un linchamiento, un ataque virtual marcará su reputación. Editores y periodistas de una determinada ideología, incluso los libreros y bibliotecarios, dejarán de trabajar con sus libros. Durante el linchamiento a María Frisa, un bibliotecario juraba que jamás iba a admitir en *su* biblioteca (curioso posesivo) un libro de esta autora.[2]

EL EXPERIMENTO DE ASCH

Después de que el pueblo de Warlock haya fracasado en su intento de linchar a un par de criminales, el sheriff Blaisedell, refugiado en el cuartelillo con sus ayudantes, dice con voz airada: «Una multitud como esa repugna a cualquiera. Son hombres que pretenden pasar como bravos y duros, pero cada uno de ellos tiene tanto miedo del que está a su lado que se limita a hacer lo mismo que él».

Es una escena típica de *western* que remite al presente. Como Blaisedell, siempre he sentido aversión hacia las turbas. Antes los veíamos solo por la televisión. Iban a las puertas del juzgado a insultar al asesino. El tribunal impide al pueblo que se tome la justicia por su mano. Durante el linchamiento a Belenguer Santos les pregunté a los que pedían su cabeza por qué querían condenarlo. Me respondían con grandes palabras: que la sociedad no puede tolerar estas cosas, que se habían excedido los límites, que un profesor debe ser un ciudadano ejemplar, que el desgraciado se había «retratado». Cuando les preguntaba si estaban participando en un linchamiento, la respuesta más habitual era que no: simplemente estaban expresando su opinión en las redes sociales, exactamente igual que había hecho el supuesto profesor. Los participantes en el linchamiento apelaban a la misma libertad de expresión que yo decía defender.

Tenían toda la razón. Si alguien usa su libertad para decir una barbaridad es justo que otros la usen para criticarlo. Nadie nos obliga a ser cabales ni a

mostrar piedad. En los linchamientos de Frisa, Cremades, Vigalondo, Zapata y Víctor, cientos de miles de personas se limitaron a dar su opinión. La ofensa se expresa de forma individual. Tenemos derecho a criticar a quien nos venga en gana, pero deberíamos ser conscientes de que, con las redes sociales, nos convertimos en abejas de un enjambre. Yo también he participado en linchamientos y lo he hecho sin darme cuenta. El *trending topic* te dice que alguien ha hecho el ridículo e inventas una broma. La sueltas. Si hay suerte, te aplauden. Pasas a otra cosa sin pensar que tras el *hashtag* hay una persona humillada. A veces cometemos delitos: injurias, calumnias, revelación de datos personales, violación de la intimidad y el honor, pero somos tantos haciéndolo a la vez que nuestra víctima, atosigada, no es capaz de denunciarnos.

Pero la pregunta es si en un linchamiento estamos dando realmente nuestra opinión, si nos expresamos nosotros o se expresa la multitud a través de nosotros.

El psiquiatra Solomon Asch hizo un experimento muy importante para la psicología social. Reunió a grupos de ocho o nueve estudiantes y les pidió que participaran en una prueba de visión, que era en realidad una prueba sobre la influencia y el pensamiento crítico. Los participantes tenían que dar su opinión sobre la longitud de unas líneas impresas en tarjetas de cartón. En la primera tarjeta había una sola línea y en la segunda tres, una de las cuales tenía la misma longitud que la de la primera tarjeta, siendo las otras dos más largas o más cortas. Lo que los participantes no sabían es que el resto de los individuos de cada sesión eran cómplices de Asch. El verdadero participante tenía que dar la respuesta final, y los cómplices insistían en sugerirle una respuesta errónea. El experimento demostró que el 36,8 por ciento de nosotros cedemos a la presión del grupo, y señalamos que dos líneas diferentes son iguales aunque estemos convencidos íntimamente de que no es así. En un ambiente de presión de grupo, el criterio de la mayoría deforma al criterio individual. Es decir, el miedo a la exclusión social nos empuja a decir lo que no pensamos.

Esto es lo que nos pasa en las redes sociales. La multitud elige el *hashtag* y este nos remite a una corriente de opinión que influye en nosotros. Si la multitud considera que algo es ofensivo, tendemos a ofendernos; si dice que es

gracioso, tendemos a reírnos. El truco es tan viejo como meter risas enlatadas después de un chiste. Si el público ríe, reímos. Si el público aplaude, aplaudimos. Las sensaciones se transmiten a toda velocidad en las multitudes. Son seres que piensan y sienten por sí mismos. En una multitud no soy yo, soy parte de la multitud.

Creo que Solomon Asch no habría necesitado gastar dinero para contratar cobayas y cómplices si hubiera tenido redes sociales.

EPÍLOGO

La sociedad de la mutua vigilancia

Tras la matanza de *Charlie Hebdo* empezaron los debates sobre los límites. La libertad de expresión había encontrado un enemigo poderoso, pero enseguida vimos que no eran los yihadistas, sino que la amenaza estaba dentro, larvada en nuestra sociedad. El papa Francisco recomendó respeto, y con él otros *popes* de la sociedad. ¿A qué tipo de respeto se referían? Es decir, ¿merece respeto el integrismo que se ofende por una caricatura de Mahoma, o quizá el Papa recomendaba respeto para todas las religiones pensando en la suya, objeto tan a menudo de las burlas de los cómicos? También levantaron la voz quienes ven el mundo como una lucha de civilizaciones maniquea en que el bien está representado por Occidente y el mal, por el islam. Defendían la libertad de expresión de los cómicos pero criticaban la de los musulmanes. Se opusieron a esta corriente intelectuales que defienden el humor solo si se ríe de los símbolos cristianos, pero que condenan las burlas dirigidas a otras religiones, paradójicamente en nombre de la tolerancia.

Nos disputábamos a Voltaire como en el juego de tirar de la cuerda. Creo que lo que fue el 11-S para la libertad religiosa y las fronteras, el atentado de *Charlie Hebdo* lo fue para la libertad de expresión. Desde entonces, los extremos se han exacerbado.

Vivimos en una sociedad de la mutua vigilancia. Todos somos censores para el resto, y trabajamos en este terreno con un ahínco impropio de funcionarios. Cada provocación de un cómico, cada idea dura de un columnista, cada opinión de una figura pública e incluso de un individuo anónimo en las redes sociales, se ve obligada a desfilarse por el callejón

estrecho de una sociedad censora. En este ambiente represivo, en el que todo está permitido y al mismo tiempo todo lo que digas puede volverse en tu contra, quien no quiere meterse en líos acaba callándose. Mientras tanto, los grupos de presión ladran como Carrie Nation a los pies del Señor. Las peticiones virales de Change.org y los *trending topics* anuncian varias persecuciones por semana. Los medios de comunicación venden las historias a cambio de clics.

AUTOCENSURA

Hay quien propone la autocensura como solución, pero creo que el concepto no se maneja correctamente. La autocensura es una decisión íntima. El individuo somete lo que va a decir a la criba de su propio criterio. El escritor que corrige un manuscrito y el humorista que trata de anticiparse a las reacciones del público ejercen la autocensura. Es una parte consustancial de la creación. Sin embargo, como nos recordaba el viñetista colombiano Vladdo en el XI Seminario Internacional de Lengua y Periodismo de la Fundéu, «no es autocensura callar porque te da miedo la reacción. Eso es censura a secas». En este sentido, José Luis Aranguren decía durante el franquismo que él se autocensuraba, «pero no diría [...] propiamente autocensura, sino que es una actitud que asumo para no perder el tiempo. O sea, si estoy absolutamente convencido de que eso que voy a decir me lo van a suprimir, entonces no lo digo».[1]

Esto mismo ocurre en democracia cada vez con mayor frecuencia. Edu Galán, de *Mongolia*, me dijo que en la revista aplican la autocensura en dos frentes: «Si el abogado nos dice que no se puede publicar determinada cosa porque nos traerá problemas legales, no se publica. Luego está la línea editorial: a nosotros no nos interesa meternos con los débiles y sí con los fuertes». Sus palabras trazan claramente la línea que separa la autocensura y la censura. La línea editorial de una revista es su mecanismo de criba, mientras que el trabajo del abogado es anticiparse a los mordiscos de una censura

estatal que en los últimos años está empezando a despertarse. Sin embargo, aunque Galán y sus camaradas *mongolos* pretenden lanzar los dardos contra los fuertes, *Mongolia* ha sido acusada con severidad por toda clase de colectivos de defensa de los débiles. Es imposible autocensurarse de forma que nadie se ofenda. La susceptibilidad de la guerra cultural queda por encima de cualquier otra consideración.

Si la sociedad se manifestara unida contra los intentos de censura del Estado, este tendría que claudicar, pero lo que estamos manifestando todas las semanas es que alguien ha ido demasiado lejos y debe ser castigado, casi siempre en función de nuestra ideología. ¿Cuánto tardarán los políticos en ofrecer cepos a medida de nuestras susceptibilidades? La sociedad democrática entiende que los individuos son adultos y no necesitan protección frente a las ideas y expresiones ajenas. Sin embargo, lo que estamos viendo en los últimos años es un nuevo paternalismo, que muchos individuos reciben con los brazos abiertos. Coetzee avisa de que el erotismo y la pornografía delatan los primeros síntomas de la censura. Pues bien, desde 2016 están prohibidas ciertas prácticas en las películas porno de Reino Unido, como la eyaculación femenina o la lluvia dorada. En Perú, sociedad que según Hernán Migoya tiene todavía la alegre despreocupación de la España de los años ochenta, se debate la prohibición total de la pornografía en internet. Me pregunto: ¿qué clase de autocensura puede haber en una sociedad donde los individuos se vigilan y el Estado deja de tratar a los ciudadanos como si fueran adultos?

Uno debería callarse ciertas cosas para no ofender, tragarse una broma para no hacer daño, evitar una expresión para no herir, pero nadie debería obligar a los demás a hacerlo. La autocensura es un mecanismo propio de individuos morales, pero en la guerra cultural se rompe el consenso sobre la moral. Si un individuo calla porque sospecha que la reacción furiosa de un grupo será desproporcionada, no lo hace por empatía sino por miedo. Ese individuo es una víctima de la censura. No importa lo que diga la ley, pues, como escribió Máximo, la censura es el corolario instrumental de una sociedad censora.

La autocensura, por tanto, no me parece una solución. No, al menos, en un momento en que cualquier comentario, hasta el más inocente, puede desatar una cacería de proporciones pantagruélicas, como hemos visto a lo largo de

este libro.

EL POPULISMO EN LA SOCIEDAD DE LA MUTUA VIGILANCIA

Las consecuencias de la poscensura ya están notándose en la política de los países desarrollados. Los ataques de grupos de presión que consideran que el resto de la sociedad debe pensar como ellos nos han conducido a la división extrema de los puntos de vista, que crispa por completo el debate público. Pero, paradójicamente, las polémicas han fortalecido a quienes más ataques reciben: a los políticos populistas que sacan beneficio del ruido y del escándalo y que engordan su nicho electoral gracias a la polarización.

En las elecciones estadounidenses de 2016 y en el referéndum británico sobre el Brexit pudimos ver que los mentirosos y los desaprensivos, inmunes a los ataques, vivían su momento de gloria en mitad de las polémicas. Cuando los demócratas linchaban a Donald Trump en las redes sociales por sus declaraciones machistas, saltaba a la vista que le estaban haciendo un favor. A él no le importaba lo más mínimo lo que esa gente pudiera opinar, y a sus votantes tampoco. Lo que para unos era una acusación gravísima, para otros era un rasgo de autenticidad. Trump apelaba a un electorado indiferente a las acusaciones de la moral demócrata. Pidió el voto a grupos de personas que se enorgullecían de que las acusaran de racistas o machistas. Un clima de confrontación siempre beneficia a quien maneja ideas simples y contundentes. Es imposible oponer argumentos racionales a las pasiones, y la poscensura las exacerba.

Esta sociedad fragmentada del siglo XXI, escenario de la guerra cultural, ha creado grupos de electores que se rigen por paradigmas opuestos a los de sus adversarios. Las palabras de Trump ofenden a los votantes de Clinton, mientras que las palabras de Clinton ofenden a los votantes de Trump. Del mismo modo que a un ateo no le importa que los católicos le acusen de blasfemo, a un supremacista blanco no le importa que le acusen de racista. Sin embargo, acusaciones como estas adquieren un peso descomunal en los

medios de comunicación.

Oír lo que opinan nuestros adversarios ideológicos ha ahondado todas las divisiones sociales. Ni siquiera después de un atentado, una muerte o una catástrofe somos capaces de ponernos de acuerdo. Estamos asistiendo a la demolición de los consensos de apariencia más estable, y somos nosotros mismos los que ponemos las cargas explosivas. Así han sonado los primeros compases de la poscensura. La revista *Time* trajo un espejo en su portada de 2006, y creo que el espejo ha devuelto la peor imagen que somos capaces de dar.

ANEXO 1

Casos de boicot, persecución, censura y poscensura de los últimos años

2012-2016: El artista Eugenio Merino se enfrenta a varias demandas de la Fundación Francisco Franco, que estaba muy ofendida por dos esculturas hiperrealistas del dictador. El artista fue absuelto de todas las demandas. Merino siguió exponiendo por todo el mundo sus figuras de Franco, Hitler, Donald Trump y otros personajes ilustres.[1]

Junio de 2013: Gerardo Rivas, columnista de *El Plural*, se sienta en el banquillo de los acusados por escribir que Falange tiene «un amplio historial de crímenes contra la humanidad». El juez lo imputó después de que Falange presentara una demanda. La Audiencia Provincial archivó la querrela en enero de 2014.[2]

Agosto de 2013: Tras una polémica gigantesca en las redes sociales, Loterías y Apuestas del Estado (SELAE) retira la campaña «Uno de cada tres quiere tocarte. Déjate», con la que buscaba promocionar el Sorteo Extraordinario del Turista. Acusación: machismo.[3]

Octubre de 2013: El periódico digital *InfoLibre*, dirigido por Jesús Maraña, sufre los ataques informáticos de grupos de extrema derecha, que consiguen sacarlo de la red durante horas.[4]

Octubre de 2013: Esperanza Oña, alcaldesa de Fuengirola, prohíbe que suene en la feria música en idiomas distintos del español y amenaza con denunciar a la policía a las casetas que incumplan sus órdenes.[5]

2014-2015: Los trabajadores de los informativos de TVE anduvieron en pie de guerra por la manipulación flagrante que la dirección de la cadena les obligaba a aplicar en las noticias. Se les amenazaba con purgas y despidos.

Enero de 2014: El Banco Santander trata de impedir la exhibición del

documental *Edificio España*, de Víctor Moreno. El filme sería nominado a los Goya.[6]

Febrero de 2014: Se destituye a Pedro J. Ramírez como director de *El Mundo*. En un artículo en el *New York Times*, acusaba a Mariano Rajoy de su destitución, que relacionaba con sus noticias sobre los papeles de Bárcenas.[7]

Marzo de 2014: La revista ¡*Hola!* amenaza a la revista satírica *Mongolia* con denunciarles si no retiran de los quioscos el número 19, en el que parodian las portadas de aquella. Les exigen que destruyan todos los ejemplares y que no los promocionen en internet, y además les piden los datos de ventas del número.[8]

Marzo de 2014: El rapero Pablo Hásel es condenado a dos años de prisión por enaltecimiento del terrorismo. Según el Tribunal Supremo, Hásel alaba en sus canciones a ETA, los Grapo, Terra Lliure y Al Qaeda.[9]

Junio de 2014: Los dibujantes históricos abandonan la revista *El Jueves* después de que RBA, la empresa matriz, censure una portada sobre la abdicación del rey Juan Carlos I.[10]

Julio de 2014: El líder de Podemos, Pablo Iglesias, propone que se apliquen mecanismos de control público a los medios de comunicación privados. Según Iglesias, el derecho a la información prevalece sobre los intereses de los grandes grupos mediáticos.[11]

Septiembre de 2014: El presidente de la Comunidad de Madrid, Ignacio González, demanda a cuatro periodistas por publicar quince noticias sobre sus adjudicaciones públicas sospechosas. Les exige 600.000 euros, pero el Tribunal Supremo rechazó la demanda.[12]

Septiembre de 2014: La embajada de España impide al Instituto Cervantes de Utrecht un acto sobre una novela histórica basada en Cataluña, *Victus*, de Albert Sánchez Piñol.[13]

Noviembre de 2014: El PP acusa al programa *Polònia*, de TV3, de apología del nazismo y fomento del odio, y de discriminación racial por un gag en el que Mariano Rajoy aparecía caracterizado como Adolf Hitler en la película *El hundimiento*. El PP presentó una petición al Consell Audiovisual de Catalunya para que elaborase un informe, cosa que esta entidad se negó a hacer, al entender que *Polònia* tenía derecho a la sátira.[14]

Diciembre de 2014: El PP aprueba la Ley Mordaza con toda la oposición en contra.

Diciembre de 2014: Gregorio Morán presenta en Madrid su libro *El cura y los mandarines*, vetado por Planeta y publicado finalmente por Akal.[15]

Enero de 2015: Libertad y Justicia denuncia al cómico Facu Díaz, director del programa humorístico *La Tuerka News*. La querrela explicaba que el vídeo comparaba «en tono burlesco y de mofa» al PP con ETA, y que «la escenografía utilizada es la propia de los comunicados audiovisuales de dicha organización terrorista». El juez Gómez Bermúdez archivó la causa.[16]

Enero de 2015: Los yihadistas masacran la redacción de la revista satírica *Charlie Hebdo*.

Enero de 2015: El papa Francisco declara que «hay límites a la libertad de expresión cuando la religión es insultada». Si alguien dice una «palabra detestable» sobre su madre, «se puede esperar un puñetazo», y añade que «es normal. No puedes provocar. No puedes insultar la fe de otros. No puedes burlarte de la fe de otros».

Enero de 2015: El Banco Santander compra las portadas de *ABC*, *La Razón*, *El Mundo*, *El País*, *La Vanguardia*, *El Periódico* y *20 minutos*. Aquel día, todos aparecen con un anuncio gigante del banco que cubre por completo sus portadas.

Enero de 2015: El juez ordena a TV3 que corte cinco minutos de *Ciutat morta*, película ganadora del Premio al Mejor Documental en el Festival de Málaga. *Ciutat morta* es el resultado de una investigación sobre un caso de brutalidad policial contra okupas en Barcelona conocido como «4F», que culminó con el suicidio de Patricia Heras, una de las protagonistas.[17]

Marzo de 2015: Presuntamente por presiones del Gobierno del PP, Mediaset aparta al periodista Jesús Cintora de su cargo como presentador de la tertulia política *Las mañanas de Cuatro*. El periodista siguió trabajando en Cuatro.[18]

Marzo de 2015: El Ministerio del Interior ordena a la Guardia Civil que investigue los tuits con bromas sobre la catástrofe aérea de Germanwings. La asociación de juristas y abogados Drets impulsa una denuncia contra los autores de tuits catalanófobos (había habido víctimas catalanas en el siniestro).[19]

Marzo de 2015: Se cancela a última hora un concierto de Def Con Dos en Toledo por «presiones», con todas las entradas vendidas.[20]

Marzo de 2015: La dirección de informativos de TVE aparta a la periodista

Yolanda Álvarez de la corresponsalía en Oriente Próximo y Oriente Medio por presiones de la embajada israelí, que la acusaba de apoyar a Hamás.
[21]

Marzo de 2015: El ministro de Exteriores, José Manuel García-Margallo, destituye al dramaturgo Íñigo Ramírez de Haro como número dos de la embajada de España en Belgrado. El motivo: las declaraciones que Ramírez de Haro hizo en el estreno de su obra *Trágala, trágala* unos días antes en Madrid.[22] No era la primera vez que este autor tenía problemas con la censura. Su obra teatral *Me cago en Dios* se representó en el teatro Alfil de Madrid en mayo de 2004. Él y uno de los actores recibieron una paliza a cuenta de un grupo ultraderechista en plena representación. Los fieles atacaron el teatro para boicotear la obra, que siguió representándose entre fuertes medidas de seguridad.[23]

Marzo de 2015: RTVE emite una orden que impide a todos sus trabajadores tuitear noticias que no hayan sido publicadas previamente por los medios del ente público si sus cuentas personales tienen cualquier tipo de identificación que las vincule a RTVE.[24]

Marzo de 2015: Bartolomeu Marí, director del Macba, presenta su dimisión tras tener que cancelar una exposición con una obra ofensiva para el rey Juan Carlos I.[25]

Marzo de 2015: El Gobierno de la Comunidad de Madrid prohíbe un concierto de Soziedad Alkoholika cinco días antes de su celebración en Vistalegre.

Junio de 2015: Luis Gonzalo Segura, teniente del Ejército de Tierra, ingresa tres veces en un centro disciplinario militar por escribir una novela, *Un paso al frente* (Tropo, 2014), en la que denunciaba los abusos, el despilfarro y la mala gestión de las fuerzas armadas. Finalmente fue expulsado del ejército.[26]

Julio de 2015: El Tribunal Constitucional confirma la condena penal impuesta por la Audiencia Nacional contra dos personas que habían quemado una foto del rey Juan Carlos I y la reina Sofía durante una protesta en Gerona. La Fiscalía había pedido un año después de que declarasen cinco personas por quemar otras fotos de los monarcas durante la Diada.[27]

Julio de 2015: Laurent Sourisseau, director de *Charlie Hebdo*, declara que la revista no volverá a publicar nunca más caricaturas de Mahoma.[28]

Agosto de 2015: La organización propalestina BSD boicotea la actuación del cantante estadounidense y judío Matisyahu en el festival Rototom. Buena

parte de la izquierda española se manifestó contra él, al que acusaban de incitar al odio contra los palestinos. Durante la actuación, Matisyahu recibió insultos y abucheos.[29]

Octubre de 2015: Varias peticiones en Change.org solicitan al ayuntamiento de Zaragoza que se declare persona *non grata* a Willy Toledo por «cagarse» en el 12 de Octubre y en la Virgen del Pilar en un estado de Facebook. Se recogen decenas de miles de firmas.[30]

Enero-septiembre de 2016: Los titiriteros de Madrid son tratados como criminales por las autoridades y por buena parte de los medios de comunicación por su obra infantil.

Enero de 2016: Una nueva edición en español de las novelas de Enid Blyton (*Los cinco, Los siete secretos*) aparece censurada según los criterios de la corrección política, y se eliminan pasajes considerados machistas, racistas, etc.[31]

Enero de 2016: Marisol Moreno, concejal del ayuntamiento de Alicante del partido Guanyar, es condenada por la Audiencia Nacional a pagar una multa de 6.000 euros por los insultos que había dedicado en su blog al rey Juan Carlos I.[32]

Febrero de 2016: La Fiscalía pide veinte meses de cárcel, ocho de inhabilitación y dos de libertad vigilada a César Strawberry, cantante de Def Con Dos, por un presunto delito de enaltecimiento del terrorismo en unos tuits.[33]

Febrero de 2016: El secretario general y portavoz de la Conferencia Episcopal Española, José María Gil Tamayo, advierte de que «meterse con las convicciones no puede salir gratis. Si esos actos son delictivos y atentan contra los derechos fundamentales de las personas entre los que entran las convicciones religiosas, tienen una responsabilidad». Lo dice en referencia a una exposición en la que se leía la palabra «Pederastia» escrita con hostias consagradas.[34]

Marzo de 2016: La Audiencia Nacional condena a un año y medio de prisión a Aitor Cuervo Taboada, un internauta que entre 2011 y 2014 publicó comentarios como: «A mí no me da pena lo de Miguel Ángel Blanco, me da pena la familia desahuciada por el banco». La Guardia Civil lo detuvo en 2014. Después de que su nombre se hiciera público, le fue imposible encontrar trabajo y lo desahucieron de su casa.[35]

Marzo de 2016: Multa de 240 euros a un tuitero de treinta y ocho años que el 2

de julio de 2015 llamó «hijos de puta» y «tontopollas» al rey Felipe VI y la reina Letizia.[36]

Abril de 2016: La Fiscalía llama a declarar a Facu Díaz y a un concejal de Blanes, imputados por un delito de incitación al odio por un tuit que Díaz publicó en 2013 y que el concejal retuiteó: «Quemar iglesias me parece una barbaridad si no hay nadie dentro».[37]

Abril de 2016: El magistrado de la Audiencia Nacional José Ricardo de Prada afirma en una mesa redonda que en España se habían producido casos de tortura a los presos terroristas o de la izquierda *abertzale*. De Prada ha sido perseguido desde entonces.[38]

Mayo de 2016: TVE pide disculpas tras la polémica en las redes por una actuación del cómico José Mota. Los ofendidos pusieron el grito en el cielo porque Mota interpretaba a un médico que negocia cuántos días le quedan a un enfermo terminal.[39]

Mayo de 2016: Dignidad y Justicia amplía su querrela contra los titiriteros a los actores Alberto San Juan y Gloria Muñoz, que interpretaron la misma obra que había llevado a la acusación de Alfonso Lázaro y Raúl García.[40]

Mayo de 2016: El Tribunal Supremo dicta sentencia: las empresas no pueden censurar los comunicados sindicales. El fallo sienta jurisprudencia en el caso de los comunicados de CCOO en los canales internos de LiberBank.[41]

Mayo de 2016: El Juzgado de Instrucción n.º 5 de Granada ordena a YouTube la retirada del videoclip de los raperos granadinos Ajax y Prok titulado *Polizzia*, por «posible incitación al odio» contra la policía.[42]

Mayo de 2016: Se acusa en las redes sociales y la prensa al jurado de *MasterChef* de «micromachismos» y se critica la decisión de los colectivos LGTB de que dieran el pregón en el Orgullo Gay de Madrid.[43]

Mayo de 2016: La actriz Úrsula Corberó se ve obligada a matizar y desmentir sus palabras sobre el rodaje de la serie *Física o química* después de que Twitter la linche y la prensa lo recoja. Las «polémicas» declaraciones de Corberó: «Luego follábamos todos con todos y nadie se enfadaba. Había mucha empatía».[44]

Junio de 2016: Se acusa desde las redes sociales a la actriz Blanca Suárez de machismo por el tamaño de sus escotes en la promoción de una película.[45]

Junio de 2016: Pese a la decisión de la justicia española, la UEFA sanciona al

Barça con 150.000 euros por la exhibición de «esteladas» por parte de sus aficionados.[46]

Junio de 2016: El PP amenaza con denunciar a *El Mundo Today*, que había subido una falsa web electoral satírica de los principales partidos que concurrían a las elecciones (PP, PSOE, Ciudadanos y Podemos).[47]

Julio de 2016: El ayuntamiento de Gijón cancela un concierto del cantante melódico Francisco, que había publicado en su Facebook insultos a la vicepresidenta de la Generalitat Valenciana, Mónica Oltra.[48]

Julio de 2016: La policía de Londres detiene a la artista Milo Moiré por dejarse tocar en una *performance*, con la que quería denunciar las agresiones machistas durante las fiestas de Nochevieja del año anterior.[49]

Julio de 2016: Una petición en Change.org logra 238.000 firmas para que la Generalitat de Catalunya inhabilite a Vicent Belenguier Santos, un profesor que presuntamente había escrito en su página de Facebook una diatriba alegrándose de la muerte del torero Víctor Barrio. Grupos de taurinos denunciaron a otros seis internautas.[50]

Julio de 2016: Independentistas catalanes linchan en las redes sociales a Carles Puyol, futbolista del FCB y la Selección española, por decir en un vídeo promocional chino que es español. La prensa recogía el escándalo y lo multiplicaba.[51]

Julio de 2016: Google censura al novelista estadounidense Dennis Cooper, al inhabilitarle la cuenta de Blogspot en la que llevaba catorce años escribiendo su novela.[52]

Julio de 2016: Facebook suprime vídeos que demostraban torturas en los centros de reclusión de menores australianos porque contenían desnudos parciales, pese a que los vídeos llevaron a dimisiones públicas.[53]

Julio de 2016: Linchamiento en Twitter contra el humorista Jorge Cremades por un artículo en el que caricaturizaba las vacaciones en pareja. La prensa recoge el linchamiento y lo multiplica.[54]

Julio de 2016: El Tribunal Supremo se pronuncia sobre el odio en las redes sociales con la condena a una tuitera de veinticinco años que, entre 2012 y 2014, difundió a través de su cuenta de Twitter decenas de fotos y mensajes en los que ensalzaba la actividad de ETA y se reía de sus víctimas.[55]

Julio de 2016: Linchamiento mediático y en las redes sociales contra María Frisa por fragmentos de su libro sacados de contexto.

Julio de 2016: La presentadora Mariló Montero denuncia a Pablo Iglesias ante

- el Instituto de la Mujer por una conversación privada de Telegram, filtrada por la prensa, en la que el líder de Podemos comentaba en tono de broma que a Montero «la azotaría hasta que sangrase».[56]
- Julio de 2016: Polémica en las redes por la elección de Javier Pérez Andújar, no independentista, como pregonero de las fiestas de la Mercè de Barcelona por parte del ayuntamiento de Ada Colau. El independentismo organiza un pregón alternativo.[57]
- Julio de 2016: Polémica contra un profesor universitario por un comentario machista, que pasa de las redes a la prensa y lleva a la inhabilitación temporal del docente.[58]
- Agosto de 2016: El grupo de punk Miguel Ángel Mainstream, que usaba la imagen de Miguel Ángel Blanco, es expulsado del cartel de los Conciertos de la Villa de Madrid en el Matadero. El veto lo impuso el ayuntamiento de Manuela Carmena, acobardado tras las polémicas de los tuits de Zapata y el caso de los titiriteros.[59]
- Agosto de 2016: La Guardia Civil detiene a un italiano residente en España por insultar al rey y a Rajoy en su cuenta de Twitter.[60]
- Agosto de 2016: Enorme polémica en las redes, que llega a la prensa, porque Antena 3 emite el anuncio de una película de terror en horario infantil y el hijo de una mujer tiene miedo. La película es *Nunca apagues la luz*, de David F. Sandberg, y el estado de la madre en Facebook logró 40.000 «me gusta», fue compartido 25.000 veces y llevó a la cadena a pedir disculpas y retirar el anuncio.[61]
- Agosto de 2016: El ayuntamiento de Coria del Río convoca manifestaciones y un boicot contra la película *Cuerpo de élite*, por una frase en que un personaje dice que el único futuro laboral de las mujeres corianas es «meterse a guardia civil o puta».[62]
- Agosto de 2016: Piden en las redes y en Change.org la cancelación de un concierto de Bertín Osborne por su relación con los «papeles de Panamá», aunque en esta relación no hubo delito.[63]
- Septiembre de 2016: La Audiencia Nacional archiva definitivamente la causa contra los titiriteros y los declara inocentes.[64]
- Septiembre de 2016: El periodista y tertuliano Alfonso Rojo es condenado a pagar a Pablo Iglesias una indemnización de 20.000 euros por llamarle «chorizo», «gilipollas» y «mangante» en una tertulia televisiva. Pablo Iglesias le demandó por daños al honor.[65]

Septiembre de 2016: El periodista gallego José Manuel Rubín es condenado a pagar 5.000 euros por daños al honor tras escribir un artículo de opinión en el que decía que el senador del PP Miguel Ángel Pérez no hizo «nada de nada» a su paso por la Cámara Alta. La frase condenatoria fue esta: «Hoy sabemos que en cuatro años no hiciste ni una pregunta, ni una interpelación, ni nada de nada en el Senado».[66]

Septiembre de 2016: RTVE purga al periodista Gabriel López de Informativos y lo traslada a la redacción de un programa de debate porque se había negado a firmar la información sobre las escuchas al ministro del Interior, en protesta por que la dirección le impidiera incluir parte de los audios. El Consejo de Informativos denunció que el periodista había recibido amenazas de la dirección.[67]

Septiembre de 2016: Polémica inmensa en las redes sociales por una viñeta en la que *Charlie Hebdo* se mofa supuestamente de las víctimas de un terremoto en Italia.[68]

Septiembre de 2016: Organizaciones de padres protestan porque un texto de humor para analizar en el manual de lengua y literatura (primero de ESO) recomienda a los alumnos que se libren de los «marrones» y se escaqueen.[69]

Septiembre de 2016: Según un estudio de Twitter, cada diez segundos alguien llama «puta» o «zorra» a una mujer en la red social.[70]

Septiembre de 2016: Linchamiento en las redes contra Inés Ballester, colaboradora del programa de TVE *Amigas y conocidas*, por una frase sacada de contexto que se interpreta como racista.[71]

Septiembre de 2016: Miles de personas llaman racista a Paz Padilla en Twitter por haber dicho esta frase en *Sálvame*: «Me han sorprendido mucho los negros, son supertrabajadores y cariñosos. Yo nunca había tenido relaciones con negros. Yo le digo [a su asistente] “mi negra”, pero la quiero muchísimo».[72]

Septiembre de 2016: La primera ministra noruega remite una carta a Facebook quejándose de que haya censurado la foto de Phan Thi. Kim Phúc, la niña quemada por el napalm durante la guerra de Vietnam, por considerar que mostraba «desnudos». Facebook se disculpó.[73]

Septiembre de 2016: Linchamiento en las redes contra Álvaro, concursante de *Gran Hermano*, por sus comentarios sobre lo que haría si atropellase a un perro (mirar si le ha fastidiado el coche). Se recogen 150.000 firmas para

que lo expulsen.[74]

Septiembre de 2016: Linchamientos cruzados. Los antitaurinos atacan a un niño que quiere ser torero y al que sus padres han regalado participar en una novillada. Los taurinos atacan a los autores de los comentarios más ofensivos. La polémica permanece varios días en los medios de comunicación y calienta el ambiente para la próxima, mucho más grande.
[75]

Septiembre de 2016: El ayuntamiento de Madrid elabora una guía con recomendaciones políticamente correctas destinada a los periodistas. Recomienda informar sobre la prostitución con términos que consideran «suaves» y que no «especifiquen» la explotación de la mujer.[76]

Septiembre de 2016: El Colegio de Periodistas gallego exige en un comunicado al diario *El Mundo* que no utilice topónimos en castellano para referirse a lugares de Galicia.[77]

Octubre de 2016: El colectivo derechista HazteOir.org tumba un anuncio de El Corte Inglés después de una recogida de firmas masiva (21.000) y una polémica en las redes sociales, porque considera que hace «apología» de la homosexualidad y atenta contra la familia.[78]

Octubre de 2016: Inmenso linchamiento contra varias personas que han expresado opiniones asquerosas sobre un niño enfermo de cáncer que quiere ser torero. Todos los medios de comunicación se hacen eco y publican los nombres de los internautas, pese a que la privacidad de sus cuentas de Facebook estaba restringida y todo se supo por una filtración. Se exige el despido de cada uno de ellos y llegan a filtrarse datos personales como el teléfono y la dirección.[79]

Octubre de 2016: El concejal del distrito Centro de Madrid, Jorge García Castaño, prohíbe que se pinche en las fiestas de Lavapiés la canción «Puto» de Molotov, un éxito de 1997, tras la protesta de los colectivos LGTB.[80]

Octubre de 2016: La exposición antifranquista del ayuntamiento de Barcelona en El Born, con una estatua de Franco decapitado, sufre un boicot masivo. Antes de que hayan pasado tres días, el ayuntamiento tiene que retirar la estatua.[81]

Octubre de 2016: 250.000 firmas en Change.org piden que *Sálvame* deje de emitirse en horario infantil. Arden las redes. Se envía la carta al Defensor del Pueblo y a Mediaset. *Sálvame* sigue emitiéndose en horario infantil.

Octubre de 2016: Boicot de 150 estudiantes de la Universidad Autónoma de

Barcelona, que impiden la celebración de una conferencia de Juan Luis Cebrián y el expresidente Felipe González.[82]

Octubre de 2016: Juan Luis Cebrián, presidente del Grupo Prisa, demanda a *El Confidencial* por publicar informaciones veraces sobre su patrimonio, usando a los abogados de Prisa y camuflando su denuncia con una causa de presunto atentado contra la libre competencia. Pide a *El Confidencial* 8,2 millones de euros.[83]

Octubre de 2016: Inmensa polémica en las redes contra Arturo Pérez-Reverte por un artículo en el que llama «tontas de la pepitilla» a unas académicas que abogan por el lenguaje inclusivo en la RAE.[84]

Octubre de 2016: Amazon censura un volumen de relatos eróticos de la escritora francesa Anaïs Nin, publicado por Sky Blue Press.[85]

Octubre de 2016: Aparece el vídeo en el que Donald Trump, todavía candidato a la presidencia de Estados Unidos, dice que si tienes pasta puedes coger del coño a cualquier chica. Arden las redes sociales en todo el mundo. Hillary Clinton centra su campaña en la incorrección verbal de su oponente.[86]

Noviembre de 2016: Donald Trump gana las elecciones y se convierte en presidente de Estados Unidos.

Noviembre de 2016: La plataforma de cine española Filmin retira *Klip*, proyectada en el Festival de San Sebastián en 2012, por miedo al artículo 189 del Código Penal, que invierte la carga de la prueba en casos de apología de la pederastia. Durante el rodaje de *Klip*, en que hay escenas de sexo simulado, la protagonista tenía catorce años.[87]

Noviembre de 2016: Inmensa polémica en Twitter por un bulo que dice que el PP quiere prohibir los memes de Twitter.[88]

Noviembre de 2016: Denuncian a la revista satírica *Mongolia* por el cartel que anunciaba su espectáculo de teatro en Cartagena.[89]

ANEXO 2

Polémicas de las redes sociales que llegaron a *trending topic* y se vieron reflejadas en la prensa española. Mes de muestra: noviembre de 2016

«La polémica por el Fenómeno Mercadona saltó a las redes sociales: Derechos laborales Hacendado» (*La Sexta*); «Polémica en Twitter tras el enfado de Adara» (*El Mundo*); «Évole y Girauta se enzarzan en Twitter» (*La Vanguardia*); «Zara lo vuelve a hacer: una de sus faldas incendia las redes sociales» (*Yo Dona*); «El alcalde de Alcorcón ha sido objeto de la polémica en Twitter por unas palabras de 2015» (*El Confidencial*); «Intento de boicot a *La reina de España* por considerar “antiespañol” a su director» (*El País*); «Justin Bieber despreocupado ante la polémica del Playback en sus conciertos» (*El Mundo*). «El tuit de Aguirre sobre la muerte de Fidel Castro que arrasa en todo el mundo» (*ABC*); «Polémica en las redes sociales a raíz del grave estado de la Veneno» (*Vanitatis*); «Polémica en las redes tras la muerte de Rita Barberá» (*La Voz de Galicia*); «La empresa Hawkers paga muy cara una broma sobre Trump en Twitter» (*El Huffington Post*); «Hermann Tertsch incendia Twitter con su “consejo” a Rufián» (*El Periódico de Catalunya*); «La “cobra” de David Bisbal a Chenoa incendia las redes sociales» (*La Opinión*); «Un comentario de la artista de jazz Somi incendia las redes sociales» (*El Faro de Ceuta*). «El nuevo tatuaje de Messi incendia las redes sociales» (*Libertad Digital*). «Jake Arrieta incendia las redes sociales con un tuit sobre Trump» (*As*); «El polémico cambio de forma de Toblerone que incendia las redes sociales» (*Diario de Navarra*). «La Guardia Civil incendia las redes sociales con un polémico tuit» (*Levante*); «Polémica en Barcelona por el Belén de Colau por embalar las figuras y acabar con los Reyes» (*La Información*); «Polémica en Marruecos tras emitirse un tutorial de maquillaje para mujeres maltratadas» (*20 Minutos*); «Su coche se hunde en

directo y Twitter se llena de bromas» (*El Huffington Post*); «Un grave patinazo de Susana Díaz en Twitter chafa su presentación internacional» (*EsDiario*); «Una imagen sexual del hijo de Chayanne desata la polémica en la red» (*La Vanguardia*); «Cristina Pedroche, insultada y machacada por pedir que le regalen una TV de plasma en las redes sociales» (*Periodista Digital*); «El misterio del polémico tatuaje de Olvido Hormigos» (*Estrella Digital*). «Rose McGowan, salpicada por una polémica con unos supuestos vídeos sexuales» (*La Vanguardia*); «El polémico comentario de El Cordobés que ha revolucionado Twitter» (*Qué*); «Polémica por el vídeo fantasma de Rufián bajando de un coche oficial» (*El Periódico de Catalunya*); «Cristina Cifuentes y Ramón Espinar se enzarzan en Twitter» (*La Sexta*); «PETA siembra la polémica al hacer creer a la gente que les ha dado de beber leche de perro» (*20 Minutos*); «Polémica por el cartel de un musical que usa a la Virgen como Trump y a Cristo como Clinton» (*20 Minutos*); «La polémica sobre Badalona, última refriega entre el PDECat y la CUP» (*La Vanguardia*); «Los padres se quejan del tono oscuro del tráiler de *Cars 3*» (*Antena 3*).

Agradecimientos

Este libro nace de la observación, la lectura y las conversaciones. Agradezco a Andrea Palaudarias su enseñanza, su apoyo, su amor y su cuidado; a mis padres; a Juan Gómez Bárcena y Edgar Straele por su atención y su ayuda con los capítulos más difíciles; muy especialmente a María Frisa, Hernán Migoya, Miriam Tey, Lorena G. Maldonado, Guillermo Zapata, Yaraa Cobain, Ana Pastor, Félix de Azúa y el resto de implicados en diversos escándalos: personas que han sufrido o se han enfadado y generosamente me brindaron su testimonio; a Paco Bescós por confiarme su historia personal, que no supe encajar aquí sin desvirtuar, pero cuyo punto de vista me dio seguridad respecto a la corrección política y la discapacidad; a Elvira Lindo, que me recuerda que no he de olvidar la delicadeza, y me señala sabiamente los límites entre la incorrección y la grosería cuando me obceco y los olvido; a Diego Salazar, Antonio Maestre, Sergio del Molino, Sabina Urraca, Antonio Muñoz Molina, Xabel Vegas, Gemma Rabal, Antonio Lucas, Daniel Gascón, Guillem Martínez, Guillermo Garabito, Christian Campos, Carlos Prieto, Ignacio Vidal Folch, David Torres, Ricardo Colmenero, Gerardo Tecé y algún otro articulista por su posiciones valientes, independientes, ajenas casi siempre al barullo de la guerra cultural; a Javier Marías y Joaquín Müller su aporte de sabiduría filológica; al doctor Andrés Roig Traver por su asesoramiento en cuestiones de nomenclatura psiquiátrica; a Pepe González Espada por su ayuda en cuestiones jurídicas y de censura empresarial; a Arturo Palaudarias por su guía en cuestiones históricas; a Nacho Cardero, Carlos Hernanz, Álvaro Rigal, Esteban Hernández, Raquel Benito, Silvia Díaz, Alberto Pérez Giménez, JAS, Antonio Aporta y los demás compañeros de *El Confidencial*: mi casa, el diario que defiende la independencia a capa y espada; a Javier Gómez por su espuela y su apoyo.

En el apartado bibliográfico han sido una guía o una inspiración los siguientes libros, que recomiendo a quien quiera profundizar en cualquiera de los aspectos de esta obra: *Humillación en las redes*, de Jon Ronson; *Contra la censura*, de J.M. Coetzee; *En defensa de la intolerancia*, de Slavoj Žižek; *Censura y política en los escritores españoles*, de Antonio Beneyto; *Modernidad líquida*, de Zygmunt Bauman; *La mente cautiva*, de Czeslaw Milosz; *La cultura de la queja*, de Robert Hughes; *Carta abierta a la censura*, de Máximo; *LTI, la lengua del Tercer Reich*, de Victor Klemperer; *La información del silencio*, de Álex Grijelmo; *Aspectos jurídicos de la censura cinematográfica en España*, de Teodoro González Ballesteros; *Periodismo en reconstrucción*, de Josep Carles Rius; *La calumnia, relación humana*, de Michel Adam; *Internet no es la respuesta*, de Andrew Keen; *La ley del más débil*, de André Lapied; *El miedo a la libertad*, de Erich Fromm; *Papel mojado*, de Mongolia; *Diez años de represión cultural*, de Georgina Cisquilla, José Luis Erviti y José A. Sorolla; *Censores trabajando*, de Robert Darnton; *Ingenieros del alma*, de Frank Westerman; *La imaginación en libertad* (homenaje a Luis Buñuel), VVAA; *La mentalidad soviética*, de Isaiah Berlin; *Cómo ser grosero e influir en los demás*, de Lenny Bruce y *Tiempos presentes*, de Hannah Arendt.

El clima de irritación constante y masiva en las redes sociales ha generado un nuevo tipo de censura que aplica sus prohibiciones de manera orgánica, imprevisible y caótica. Los usuarios participamos de todas las polémicas empujados por la sed del reconocimiento, mareados por la sobreinformación y confundidos por el relativismo de la verdad, mientras que determinadas voces desaparecen por miedo a la humillación.



Las redes sociales nos han llevado a un nuevo mundo en el que vivimos cercados por las opiniones ajenas. Lo que parecía la conquista total de la libertad de expresión ha hecho que una parte de la ciudadanía se revuelva, incómoda. Grupos de presión organizados en las redes —católicos, feministas, activistas de izquierdas y derechas— han empezado a perseguir lo que consideran «excesos» intolerables mediante el linchamiento digital, las peticiones de boicot y las recogidas de firmas. La justicia se ha democratizado y la silenciosa mayoría ha encontrado una voz despiadada que hace de la deshonra una nueva forma de control social, donde la libertad de expresión no necesita leyes, funcionarios ni estado represor.

A través de casos reales de linchamiento como los de Justine Sacco, Guillermo Zapata o Jorge Cremades, este libro, a la vez honesto y perturbador, disecciona el clima censor de nuestro tiempo, mostrándonos la realidad en la que vivimos enfrascados y el terrorífico papel que desempeñamos todos.

Juan Soto Ivars. Columnista en *El Confidencial*. Autor de varias novelas, entre ellas *Ajedrez para un detective novato* (Premio Ateneo Joven de Sevilla 2013) y *Siberia* (Premio Tormenta al mejor autor revelación 2012), así como del ensayo *Un abuelo rojo y otro abuelo facha*. Ha publicado reportajes y artículos en muchos medios, entre ellos *Papel*, *El Mundo*, *Tentaciones*, *Vice* o la revista *Tiempo*.

Edición en formato digital: abril de 2017

© 2017, Juan Soto Ivars

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bronce

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9992-762-6

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

PRESENTACIÓN

- [1] Karl Popper. «Tolerancia y responsabilidad intelectual», en *Sociedad abierta, universo abierto*, Madrid, Tecnos, 1996.
- [2] Sebastián Navarrete, carta al director, *El País*, 16 de octubre de 2016.
- [3] Gonzalo Sánchez Marín, carta al director, *El País*, 9 de diciembre de 2016.

PRIMERA PARTE

La censura nunca calla

1. INTERFERENCIAS EN LA ERA DE LA LIBERTAD TOTAL

- [1] Datos de Eurostat, la Oficina del Censo de Estados Unidos y Facebook.
- [2] Datos de Excelacom.
- [3] Dato de Andrew Keen, *Internet no es la respuesta*, Barcelona, Catedral, 2016.
- [4] Dato de la Federación de Gremios de Editores de España (FGEE).
- [5] Dato de Reporteros sin Fronteras, <<http://www.rsf-es.org/grandes-citas/clasificacion-por-paises/>>.
- [6] @policia, Twitter, 30 de junio de 2013.
- [7] @policia, Twitter, 29 de mayo de 2015.
- [8] «Multado un periodista por la Ley Mordaza», *El Plural*, 7 de abril de 2016.
- [9] Primera Enmienda a la Constitución de Estados Unidos: «El Congreso no podrá hacer ninguna ley con respecto al establecimiento de la religión, ni prohibiendo la libre práctica de la misma; ni limitando la libertad de expresión, ni de prensa; ni el derecho a la asamblea pacífica de las personas, ni de solicitar al gobierno una compensación de agravios».
- [10] «Fired University of Colorado Professor Ward Churchill Keeps Teaching on Campus», Fox News, 1 de noviembre de 2007.
- [11] «Despiden a un profesor de español en EEUU por enseñar la palabra

“culo” a sus alumnos», *Lainformación.com*, 30 de septiembre de 2013.

[12] La fonética de «Carrie Nation» es similar a la de «carry nation», «llevar a la nación».

[13] Una buena película sobre la situación de la mujer en el Lejano Oeste es *Deuda de honor (The Homesman)*, dirigida por Tommy Lee Jones.

[14] J. M. Coetzee, *Contra la censura*, Barcelona, Debate, 2007.

[15] José Ortega y Gasset, «Democracia morbosa», en *Obras completas. Tomo II (1916)*, Madrid, Fundación Ortega y Gasset/Taurus, 2004.

2. DE LA CENSURA DE SIEMPRE Y LA CENSURA DE HOY

[1] Merece la pena el retrato de la huida blanca que hace Iván Bunin en *Días malditos*, Barcelona, Acantilado, 2007.

[2] La recopilación de atrocidades más completa aparece en *El libro negro del comunismo*, Barcelona, Ediciones B, 2010.

[3] Sus manuscritos originales, firmados como Soselo en 1906, pueden consultarse en el Museo Stalin de Gori. Otro poema se reproduce en Simon Sebag Montefiore, *Llamadme Stalin. La historia secreta de un revolucionario* (Barcelona, Crítica, 2007): «Por esta tierra, como un fantasma / vagaba de puerta en puerta. / En sus manos, un laúd / que tañía dulcemente. / En sus melodías soñadoras / como un rayo de sol, / se sentía la pura verdad / y el amor divino [...]. / Etc...».

[4] La combinación de propaganda y represión estatal generó un tipo de mentalidad que todavía hoy se mantiene vigente en Rusia. Queda perfectamente retratada en Svetlana Aleksiéovich, *El fin del Homo sovieticus*, Acantilado, 2015.

[5] Frank Westerman, *Ingenieros del alma*, Madrid, Siruela, 2002.

[6] Se explican con claridad estos juicios sobre corrientes artísticas en Czesław Miłosz, *La mente cautiva*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016.

[7] Es muy valioso el prólogo de Vitali Shentalinski para la edición de *Corazón de perro* de Galaxia Gutenberg, que incluye además *La isla púrpura*, una de las obras de teatro más mordaces que se han dedicado a la censura.

[8] J. M. Coetzee, *Contra la censura*, Barcelona, Debate, 2007.

[9] Mijaíl Bulgákov y Evgueni Zamiatin, *Cartas a Stalin*, Madrid,

Veintisiete Letras, 2010.

[10] Georgina Cisquella, José A. Sorolla y José Luis Erviti, *Diez años de represión cultural. La censura de libros durante la Ley de Prensa (1966-1976)*, Barcelona, Anagrama, 1977.

[11] Antonio Beneyto, *Censura y política en los escritores españoles*, Barcelona, Editorial Euros, 1975.

[12] *Ibid.*

[13] *Ibid.*

[14] *Ibid.*

[15] «RBA retira la portada de *El Jueves* sobre la abdicación del Rey», *El Confidencial*, 5 de junio de 2014.

[16] «Gregorio Morán: “El problema de la censura ahora es un asunto económico, no político”», *El País*, 2 de diciembre de 2014.

[17] Beneyto, *Censura y política...*, *op. cit.*

[18] Fiódor Dostoievski, *Los hermanos Karamázov*, Madrid, Aguilar, 1960.

[19] Beneyto, *Censura y política...*, *op. cit.*

[20] *Ibid.*

[21] Máximo, *Carta abierta a la censura*, Madrid, Ediciones 99, 1974.

3. LA CENSURA EN DEMOCRACIA

[1] La Constitución española dice: «Artículo 20. Se reconocen y protegen los derechos: a) A expresar y difundir libremente los pensamientos, ideas y opiniones mediante la palabra, el escrito o cualquier otro medio de reproducción. b) A la producción y creación literaria, artística, científica y técnica. c) A la libertad de cátedra. d) A comunicar o recibir libremente información veraz por cualquier medio de difusión. La ley regulará el derecho a la cláusula de conciencia y al secreto profesional en el ejercicio de estas libertades. El ejercicio de estos derechos no puede restringirse mediante ningún tipo de censura previa».

[2] Lo admite Juan Luis Cebrián en sus memorias. Véase *Primera página. Vida de un periodista, 1944-1988*, Barcelona, Debate, 2016.

[3] Todas las citas de este capítulo, salvo cuando se indique lo contrario,

pertenecen al volumen *Periodismo en reconstrucción. De la crisis de la prensa al reto de un oficio más independiente y libre*, de Josep Carles Rius (Edicions de la Universitat de Barcelona, 2016), libro que recomiendo a todo aquel que quiera profundizar en el panorama mediático español de los últimos años.

[4] El libro, firmado por la redacción de la revista satírica *Mongolia*, se titula *Papel mojado* (Barcelona, Debate, 2013).

[5] Jordi Rovira, entrevista a José Antonio Zarzalejos, en *Capçalera. Revista del Col·legi de Periodistes de Catalunya*, n.º 142 (2008).

[6] José Antonio Zarzalejos, *La destitución. Historia de un periodismo imposible*, Barcelona, Península, 2010.

[7] Entrevista de Daniel Gascón a Emmanuel Carrère en *Rolling Stone*.

[8] «Luis Fernández elegido por el Congreso presidente de la Corporación RTVE», RTVE, 19 de diciembre de 2006.

[9] Noam Chomsky, *Lucha de clases*, Barcelona, Crítica, 1997.

[10] Nota de prensa del Poder Judicial, <<http://www.poderjudicial.es/cgpj/es/Poder-Judicial/Sala-de-Prensa/Notas-de-prensa/El-Tribunal-Supremo-condena-la-censura-previa-por-las-empresas-de-los-comunicados-sindicales>>.

[11] Andrés Aberasturi, «Trabajadores contra sindicatos», Europa Press. El artículo completo, en <<http://www.europapress.es/otrapress/firmas/andresaberasturi/noticia-andres-aberasturi-trabajadores-contra-sindicatos-20150127120031.html>>.

[12] Jon Ronson, *Humillación en las redes. Un viaje a través del mundo del escarnio público*, Barcelona, Ediciones B, 2015.

4. EL CASO MIGOYA: LA CENSURA QUE SE NIEGA A SÍ MISMA

[1] Fernando Savater, *Mira por dónde. Autobiografía razonada*, Madrid, Taurus, 2003.

[2] «La directora del Instituto de la Mujer edita una obra con una apología de la violación», *El País*, 17 de mayo de 2003. El artículo puede leerse completo en <http://sociedad.elpais.com/sociedad/2003/05/17/actualidad/1053122401_850215>.

- [3] *Ibid.*
- [4] *Ibid.*
- [5] Llàtzer Moix, «Nabokov o Migoya», *La Vanguardia*, 22 de mayo de 2003.
- [6] Antoni Puigverd, «Aliento letrinal», *El País*, 25 de mayo de 2003.
- [7] Marta Robles, «Todas putas», *La Razón*, 24 de mayo de 2003.
- [8] Roberto García, «*Todas putas*, un éxito», en «Cartas al director», *El Periódico de Catalunya*.
- [9] Laura Freixas, «Basura», *La Vanguardia*.
- [10] Pilar Rahola, «El aquelarre de Miriam Tey», *El País*, 24 de mayo de 2003.
- [11] *Ibid.*
- [12] *Ibid.*
- [13] *Ibid.*
- [14] Juan José Millás, «Misoginia», *El País*, 30 de mayo de 2003.
- [15] *Ibid.*
- [16] Elvira Lindo, «Los indecisos», *El País*, 21 de mayo de 2003.
- [17] Empar Moliner, «Con piel de cordero», *El País*, 24 de mayo de 2003.
- [18] Joan Barril, «Cuidado con el libro», *El Periódico de Catalunya*, 23 de mayo de 2003.
- [19] Mario Vargas Llosa, «Todas putas», *El País*, 8 de junio de 2003. La versión completa puede leerse (y debe leerse) en http://elpais.com/diario/2003/06/08/opinion/1055023207_850215.html.
- [20] *Diario de sesiones de las Cortes Generales*, n.º 150, 29 de septiembre de 2003, pp. 3.682 y ss.
- [21] Lenny Bruce, *Cómo ser grosero e influir en los demás. Memorias de un bocazas*, Barcelona, Malpaso, 2015.
- [22] La expresión es común, pero la traigo deliberadamente pensando en Jay-Z. «Politics as usuals» es la segunda canción de su disco *Reasonable Doubt*.
- [23] «Los trabajadores del Instituto de la Mujer denuncian el cese de una directiva por criticar el libro *Todas putas*», *El País*, 4 de noviembre de 2003.
- [24] «El Defensor del Pueblo considera “desafortunado” que Tey editara *Todas putas*», *El País*, 8 de noviembre de 2003.

SEGUNDA PARTE
La poscensura

5. QUÉ ES LA POSCENSURA

[1] Es algo que se explica, y que se critica después con enorme dureza, en Andrew Keen, *Internet no es la respuesta*, Barcelona, Catedral, 2016. Otra visión menos negra pero interesante es la de Jaron Lanier, *Contra el rebaño digital*, Barcelona, Debate, 2011.

6. EL CASO FRISA: ¿QUIÉN ES JUEZ?

- [1] @masyebra, Twitter, 23 de julio de 2016.
- [2] @NuriaCreep, Twitter, 23 de julio de 2016.
- [3] @esopmontaraz, Twitter, 23 de julio de 2016.
- [4] @narratista, Twitter, 23 de julio de 2016.
- [5] @InmaSosa_J, Twitter, 23 de julio de 2016.
- [6] María Frisa, *75 consejos para sobrevivir al colegio*, Madrid, Alfaguara, 2012.
- [7] @lleafonthewind, Twitter, 23 de julio de 2016.
- [8] @NievesGalvez, Twitter, 23 de julio de 2016.
- [9] @Gigirka, Twitter, 23 de julio de 2016.
- [10] @Lidia_Linoche, Twitter, 23 de julio de 2016.
- [11] @YaraCobaain, Twitter, 23 de julio de 2016.
- [12] Alba Muñoz, «Pegados al móvil: así es la vida de tu hijo adolescente», reportaje publicado en *Papel (El Mundo)*. Puede leerse aquí: <<http://www.elmundo.es/papel/historias/2016/11/27/58381e3622601db6198b4678>>
- [13] Haplo Schaffer, en Change.org, 23 de julio de 2016.
- [14] F. C., publicación en Facebook de María Frisa, 21 de julio de 2016.
- [15] @pwenkzz, Twitter, 25 de julio de 2016.
- [16] Comunicado de Alfaguara, 26 de julio de 2016.
- [17] Mike Daisey, víctima de un linchamiento, citado por Jon Ronson en *Humillación en las redes*, Barcelona, Ediciones B, 2015, p. 205.

[18] «La brillante crítica de la autora de *Querida chica del bañador verde* al libro juvenil más polémico», artículo publicado por internautas en la plataforma Criteo.

[19] Haplo Schaffer, actualización de su petición en Change.org, 27 de julio de 2016.

[20] «School district weighs ban of *Mockingbird*, *Huckleberry Finn* after complaint», *The Washington Post*, 3 de diciembre de 2016.

[21] @LuluTapiruSewn, Twitter, 24 de julio de 2016.

[22] @laura_b_a, Twitter, 28 de julio de 2016.

7. LA CORRECCIÓN POLÍTICA

[1] Theodore Dalrymple, *Sentimentalismo tóxico*, Madrid, Alianza, 2016.

[2] Rebecca Nicholson, «“Poor little snowflake” – the defining insult of 2016», *The Guardian*, 28 de noviembre de 2016.

[3] Diego Salazar, «¿Cómo te atreves a hacer chistes de mamíferos?», *Perú 21*, 5 de diciembre de 2016.

[4] Victor Klemperer, *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, Barcelona, Minúscula, 2001.

[5] Frank Westerman, *Ingenieros del alma*, Madrid, Siruela, 2002.

[6] «La madre de una niña con Down pide a la RAE que revise el término “subnormal”», *ABC*, 12 de marzo de 2015.

[7] Slavoj Žižek, «La corrección política es una forma más peligrosa de totalitarismo», conferencia en *Big Think*.

[8] Slavoj Žižek, conferencia.

8. LA GUERRA CULTURAL

[1] Martin Jay, *The Dialectical Imagination. A History of the Frankfurt School and the Institute of Social Research*, Berkeley, University of California Press, 1996.

[2] Joseph Heath y Andrew Potter, *Rebelarse vende. El negocio de la contracultura*, Madrid, Taurus, 2005.

[3] «Las prostitutas, contra la guía periodística de Carmena: “Llámenos putas”», *El Español*, 28 de septiembre de 2016.

[4] Javier Benegas y Juan M. Blanco, «¿Hemos sobrepasado el punto de no retorno?», *Vozpópuli*, 24 de diciembre de 2016.

[5] En el documental de Liz Garbus *Historias en el límite de la libertad de expresión* (2009).

[6] Daniel Bernabé, «Políticamente correcto», *La Marea*, 3 de febrero de 2016.

[7] Sebastian Haffner, *Historia de un alemán. Memorias, 1914-1933*, Barcelona, Destino, 2001.

[8] *La gran ilusión. Mito y realidad del proceso indepe*, Barcelona, Debate, 2016.

[9] Javier Pérez Andújar rastrea la conexión del franquismo con las familias de la élite catalana en *Catalanes todos*, Barcelona, Tusquets, 2014.

[10] Milo J. Krmpotić, «Quienes tiran a Franco al suelo sus ideas elevan al cielo (o algo parecido)», *Ladridos crepusculares*, blog del autor, 21 de octubre de 2016.

[11] «Entrevista a Félix de Azúa», revista *Tiempo*, abril de 2014.

[12] Hermann Tertsch, Twitter, 24 de febrero de 2016.

[13] Lucía Etxebarria, publicación en Facebook, 1 de enero de 2017.

[14] Daniel Krauze, «La policía del luto», *Letras Libres*, 30 de diciembre de 2016.

[15] «“Mi pequeño dedo ha roto las reglas”: Facebook expulsa a Luna Miguel», *El Mundo*, 7 de marzo de 2016.

[16] Laura Rivas, «Las princesas Disney mataron la sororidad», *Locas del Coño*, 27 de diciembre de 2016.

[17] Alba M. Cheshire, «Sobre la literatura romántica juvenil (y el porqué es tan nociva)», *Locas del Coño*, 1 de diciembre de 2016.

[18] Lidia Infante, «El Pirata y sus bromas sobre secuestrar a rubitas #ApagaRockFM», *Locas del Coño*, 21 de septiembre de 2016.

9. HOLOCAUSTO VIGALONDO O LA BULIMIA MEDIÁTICA

- [1] Vigalondo, Twitter, 28 de enero de 2011.
- [2] Crítica de Oti Rodríguez Marchante en *ABC*, 21 de septiembre de 2016.
- [3] Enrique Dans, «Clickbait: amarillismo a evitar», *El Español*, 9 de noviembre de 2015.
- [4] Diario *Público*, 9 de noviembre de 2016.
- [5] Nacho Vigalondo, «Holocausto Vigalondo», artículo en su blog de *El País* publicado el 1 de febrero de 2011, dos días antes de que se lo cerrasen.
- [6] Nacho Vigalondo, «¡Último post!», artículo en su blog, 3 de febrero de 2011.

10. ¿SOMOS TAN CABRONES COMO PARECE POR LAS REDES SOCIALES?

- [1] @Els_Quatre_gats, @cunetilla, @Sr_Dios, @eleptic, @ElHumanoide, @LargoJavariiega, @valeriahincapi2, respectivamente.
- [2] Manuel Jabois, «Salir con las manos en alto», *El País*, 16 de junio de 2015.
- [3] Ernesto Ayala-Dip, «El payaso de la clase», *El País*, 18 de junio de 2015.
- [4] Elvira Lindo, «Pedir disculpas», *El País*, 20 de junio de 2015.
- [5] @PeterTheTool, Twitter, 2 de julio de 2015.
- [6] Friedrich Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, Madrid, Alianza, 2007.
- [7] Ana Pastor, «El ministro tuitero», *El Periódico de Catalunya*, 17 de mayo de 2014.

11. CREMADES: SERÁS NUESTRO ENEMIGO HAGAS LO QUE HAGAS

- [1] @JustineSacco. Twitter, 20 de diciembre de 2013.
- [2] «Justine Sacco: Su broma racista sobre África y el Sida ha movlizado a Internet», *El Huffington Post*, 21 de diciembre de 2013.
- [3] Jon Ronson, *Humillación en las redes*, Barcelona, Ediciones B, 2015.

- [4] *Ibid.*
- [5] «Castellón denuncia los estereotipos domésticos de *Los Simpson* en el calendario de 2017», *Eldiario.es*, 24 de diciembre de 2016.
- [6] Santiago Gerchunoff, «El feminismo matón», *El Español*, 6 de octubre de 2016.
- [7] Michael Parenti, *The Culture Struggle*, Nueva York, Seven Stories Press, 2006.
- [8] La cita procede de Frank Westerman, *Ingenieros del alma*, Madrid, Siruela, 2002.
- [9] Catharine MacKinnon, «Sexuality, Pornography, and Method», *Ethics*, vol. 99, n.º 2 (1989), pp. 314-346.
- [10] Christina Hoff Sommers, «Researching the “Rape Culture” of America», <webcitation.org/6D5GgDDEZ>.
- [11] Barbijaputa, «La cultura de la violación y la locura», *Eldiario.es*, 23 de agosto de 2016.
- [12] Ella Whelan, «Rape Culture? There’s no such thing», *Spiked!*, 17 de noviembre de 2014.
- [13] Caroline Kitchens, «It’s Time to End “Rape Culture” Hysteria», *Time Magazine*, 20 de marzo de 2014.
- [14] «RAINN Urges White House Task Force to Overhaul Colleges’ Treatment of Rape», <www.RAINN.org>.
- [15] Kitchens, «It’s Time to End...», art. cit.
- [16] Datos para 2016 del Special Eurobarometer 449, Comisión Europea.
- [17] Whelan, «Rape Culture?...», art. cit.
- [18] @Alexia_M_C, @RussellSimoni, @VirShepard, @J_Karlos97, @ElHuffPost, @Haulmag, @AnyaDeRusia, @OscarGroovy, @DiegoGuerrero94, @Snten, @Xavier_Sao, respectivamente.
- [19] Devin Faraci, «Tim Burton’s Peculiar Whiteness», *Birth. Movies. Death*, 2 de octubre de 2016.
- [20] «Tim Burton’s diversity comments blew up Twitter», *USA Today*, 29 de septiembre de 2016.
- [21] @knownforms, Twitter.
- [22] *El Español*, 13 de diciembre de 2016.
- [23] «Los datos oficiales [...] indican que en 2009 se registraron 1.304 violaciones, en 2010 fueron 1.177 y en 2011 ascendieron a 1.513, la cifra más elevada de la serie estadística. Un año después se contaron 1.280 agresiones

sexuales con penetración, que fueron 1.298 en 2013 y un total de 1.239 en el año 2014», es decir, una mujer cada ocho horas. «Una mujer es violada en España cada ocho horas, según Interior», *El Confidencial*, 11 de julio de 2016.

[24] Lorena G. Maldonado, «Putas y maltratadoras: así hablan de la mujer los youtubers más machos», *El Español*, 30 de julio de 2016.

[25] Barbijaputa, «¿Está borracha? ¡Me la pido!», *Eldiario.es*, 13 de diciembre de 2016.

[26] Radio Elche Cadena Ser, 14 de diciembre de 2016.

[27] @JorgeCremades, Twitter, 13 de diciembre de 2016.

[28] @PotiPotilnLove, @arbolsinraices, @Klarilis, @WaxabiMusic, @hxllands, @JessicaFillol, respectivamente, Twitter, 13 de diciembre de 2016.

[29] Czesław Miłosz, *La mente cautiva*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016.

[30] *Ibid.*

12. ¡HUNDAMOS LA VIDA A UN PERFECTO DESCONOCIDO!

[1] «Cómo puede llegar a ser juzgado Walter Palmer por matar al león Cecil», *BBC Mundo*, 31 de julio de 2015.

[2] Juan Cuadra, «Sutilezas, linchamientos y libros infantiles», blog *Sombra y Sauce*, 29 de julio de 2016.

EPÍLOGO. LA SOCIEDAD DE LA MUTUA VIGILANCIA

[1] Antonio Beneyto, *Censura y política en los escritores españoles*, Barcelona, Editorial Euros, 1975.

ANEXO I. CASOS DE BOICOT, PERSECUCIÓN, CENSURA Y POSCENSURA DE LOS

ÚLTIMOS AÑOS

[1] Puede encontrarse información rica y variada buscando en Google «Franco» y «Eugenio Merino».

[2] «La Falange de las JONS fracasa en su intento de procesar [...] a Gerardo Rivas», *ElPlural.com*, 17 de enero de 2014.

[3] «Loterías retira una campaña publicitaria criticada por sexista», *InfoLibre*, 27 de agosto de 2013.

[4] «No callarás», artículo de opinión de Jesús Maraña en *InfoLibre*, 23 de octubre de 2013.

[5] «La alcaldesa de Fuengirola solo permite música en español en las casetas de Feria», *ElPlural.com*, 8 de octubre de 2013.

[6] «El Banco Santander intenta evitar que un documental sobre el Edificio España vea la luz», *Eldiario.es*, 30 de enero de 2014.

[7] Pedro J. Ramírez, «In Spain, Fired for Speaking Out», *The New York Times*, 5 de febrero de 2014.

[8] «La revista ¡Hola! pide retirar a *Mongolia* de los kioskos», *Mongolia*, 12 de marzo de 2014.

[9] «El Supremo condena a dos años de cárcel al rapero Pablo Hásel por enaltecer el terrorismo», *ABC*, 12 de marzo de 2015.

[10] «Varios dibujantes de *El Jueves* dimiten tras retirarse una portada sobre el Rey», *El País*, 6 de junio de 2014.

[11] «Pablo Iglesias propone regular los medios a través de mecanismos de control público», *InfoLibre*, 3 de julio de 2014.

[12] «El Supremo tumba la demanda de Ignacio González contra *Público*», *Público*, 30 de octubre de 2014.

[13] «La “censura” del Gobierno excede los límites de España: Exteriores prohíbe la presentación de un libro en Holanda», *El Plural*, 5 de septiembre de 2014.

[14] «TV3 es defensa de les acusacions del PP: “*Polònia* és un programa d’humor i sàtira política”», *Ara*, 18 de noviembre de 2014.

[15] «Gregorio Morán: “El problema de la censura ahora es un asunto económico, no político”», entrevista en *El País*, 2 de diciembre de 2014.

[16] «Gómez Bermúdez archiva la causa contra el humorista de *La Tuerka* Facu Díaz», *El Confidencial*, 15 de enero de 2015.

[17] «Un juez prohíbe la emisión en TV3 de parte de un documental sobre el 4F», *La Vanguardia*, 19 de enero de 2015.

[18] «Los “pecados” que han costado el puesto a Jesús Cintora», *Bluper*, 27 de marzo de 2015.

[19] «Interior ordena investigar los tuits catalanófobos contra las víctimas del accidente aéreo», *El Periódico de Catalunya*, 25 de marzo de 2015.

[20] «Las “presiones” consiguen cancelar un concierto de Def Con Dos en Toledo», *InfoLibre*, 27 de marzo de 2015.

[21] «TVE no renueva a Yolanda Álvarez, su corresponsal en Jerusalén», *El Huffington Post*, 25 de marzo de 2015.

[22] «Margallo destituye al “número dos” en la embajada en Serbia», *El País*, 26 de marzo de 2015.

[23] «*Me cago en Dios* llega al Alfil entre medidas de seguridad», *El País*, 14 de mayo de 2004.

[24] «RTVE amordaza en redes sociales las cuentas de los trabajadores», *InfoLibre*, 27 de marzo de 2015.

[25] «La censura de una obra sobre el rey Juan Carlos se lleva por delante al director del Macba», *InfoLibre*, 23 de marzo de 2015.

[26] «Defensa expulsa del Ejército al teniente Segura», *El Mundo*, 11 de junio de 2015.

[27] «La fiscalía pide que declaren cinco personas por quemar fotos del Rey en la Diada», *El País*, 8 de noviembre de 2016.

[28] «*Charlie Hebdo* dejará de publicar caricaturas de Mahoma», *El Mundo*, 18 de julio de 2015.

[29] José Antonio Zarzalejos, «Matisyahu y el rampante anti judaísmo de la izquierda en España», *El Confidencial*, 20 de agosto de 2015.

[30] Recopiló las peticiones el artículo «Recogen firmas en Change.org para declarar persona non grata a Willy Toledo en Zaragoza», *Mediterráneo Digital*, 13 de octubre de 2015.

[31] «La corrección política contra Enid Blyton», *El Periódico de Catalunya*, 5 de enero de 2016.

[32] «Una concejala de Alicante, condenada a pagar 6.000 euros por injurias al Rey», *Las Provincias*, 25 de enero de 2016.

[33] «Tenemos un Gobierno que alienta la represión gracias a lo que le chiva el ángel Marcelo», entrevista a Strawberry en *InfoLibre*, 11 de febrero de 2016.

[34] «Los obispos advierten: “Meterse con las convicciones no puede salir gratis”», *La Razón*, 25 de febrero de 2016.

[35] «La Audiencia Nacional condena a Aitor Cuervo a un año y medio de prisión por enaltecimiento», *Diagonal*, 4 de marzo de 2016.

[36] «Multa de 240 euros al tuitero que “se cagó” en los reyes», *InfoLibre*, 14 de marzo de 2016.

[37] «Imputan al humorista Facu Díaz por un tuit de humor negro publicado en 2013», *InfoLibre*, 20 de abril de 2016.

[38] Fernando Flores, «Libertad de expresión e imparcialidad de los jueces: el caso De Prada», *Al Revés y al Derecho*, blog sobre derechos humanos, 24 de junio de 2016.

[39] «La broma menos graciosa de José Mota», *La Vanguardia*, 2 de mayo de 2016.

[40] «La Fiscalía, en contra de admitir la querrela contra Alberto San Juan», *La Vanguardia*, 18 de mayo de 2016.

[41] «Las empresas no pueden censurar comunicados sindicales, según el Supremo», Europa Press, 12 de mayo de 2016.

[42] «Un juez ordena la retirada de un vídeo de los raperos Ajax y Prok», *El Mundo*, 26 de mayo de 2016.

[43] José Confuso, «Los “micromachismos” que esconde *MasterChef*», *El País*, 5 de mayo de 2016.

[44] «Úrsula Corberó desmiente su controvertida afirmación sexual sobre *Física o química*», *El Huffington Post*, 17 de mayo de 2016.

[45] «Blanca Suárez y su excesivo escotazo en una revista de cine para promocionar su película», *Vozpópuli*, 27 de junio de 2016.

[46] «La UEFA sanciona al Barça con 150.000 euros por la exhibición de esteladas», *Marca*, 3 de junio de 2016.

[47] «*El Mundo Today* se salta la “censura” del PP con una nueva web satírica», *El Confidencial*, 22 de junio de 2016.

[48] «Francisco se siente “fusilado” porque Gijón haya suspendido su concierto por los insultos a Oltra», *Eldiario.es*, 8 de julio de 2016.

[49] «La policía de Londres detiene a una artista por dejarse tocar en una *performance*», *El Huffington Post*, 1 de julio de 2016.

[50] «Los taurinos denuncian a 6 personas por sus tuits vejatorios tras la muerte de Víctor Barrio», *El Mundo*, 12 de julio de 2016.

[51] «Aluvión de críticas e insultos a Carles Puyol por decir esto: “Soy

Carles Puyol, soy español”», *El Mundo*, 19 de julio de 2016.

[52] «Google rapta la nueva novela de Dennis Cooper», *El Mundo*, 24 de julio de 2016.

[53] «Facebook Has Taken Down Four Corners’ Detention Abuse Footage», *The Huffington Post*, 26 de julio de 2016.

[54] «Twitter brama contra Jorge Cremades por un artículo “machista” sobre las vacaciones en pareja», *ABC*, 20 de julio de 2016.

[55] «El Supremo advierte que el odio en Twitter no está amparado por la libertad de expresión», *El País*, 13 de julio de 2016.

[56] «Montero denuncia a Pablo Iglesias ante el Instituto de la Mujer por una conversación de Telegram», *Eldiario.es*, 27 de julio de 2016.

[57] «Caza de brujas nacionalista contra el pregonero de la Mercè», *El Periódico de Catalunya*, 27 de julio de 2016.

[58] «“El escote de María” le cuesta dos meses de empleo y sueldo a un profesor gallego», *El Confidencial*, 28 de julio de 2016.

[59] «Veto municipal a una banda madrileña por usar la imagen de Miguel Ángel Blanco», *El Confidencial*, 7 de agosto de 2016.

[60] «Detenido un italiano por insultar al Rey y a Rajoy en Internet», *El País*, 19 de agosto de 2016.

[61] «Clamor contra el anuncio de *Nunca apagues la luz*: “Mis hijos no pueden dormir”», *El Confidencial*, 23 de agosto de 2016.

[62] «*Cuerpo de élite* solivianta a Coria del Río», *El Periódico de Catalunya*, 29 de agosto de 2016.

[63] «Piden la cancelación de la actuación de Bertín Osborne en Alcalá de Henares», *La Vanguardia*, 23 de agosto de 2016.

[64] «La Audiencia Nacional archiva la acusación de enaltecimiento contra los titiriteros», *Información*, 14 de septiembre de 2016.

[65] «Alfonso Rojo, condenado a pagar 20.000 euros por llamar “chorizo” y “gilipollas” a Iglesias», *Libertad Digital*, 22 de septiembre de 2016.

[66] «Condenan a un periodista al decir que un senador del PP de Ourense no hacía “nada de nada”», *Mundiario*, 21 de septiembre de 2016.

[67] «TVE purga al periodista que se negó a firmar la pieza de los audios de Fernández Díaz», *Fórmula TV*, 12 de septiembre de 2016.

[68] «Indignación en Italia por una viñeta de *Charlie Hebdo* sobre el terremoto», *El Mundo*, 2 de septiembre de 2016.

[69] «Padres protestan por un texto de humor en un libro de Lengua que

ánima a evitar “marrones” en el trabajo», *InfoLibre*, 14 de septiembre de 2016.

[70] Carlos Otto, «¿Logrará Twitter solucionar el problema del acoso a sus usuarios?», *La Vanguardia*, 1 de septiembre de 2016.

[71] «La lamentable frase de Inés Ballester sobre la madre del niño dado en adopción: “Además, negra”», *El Comercio*, 16 de septiembre de 2016.

[72] «Paz Padilla: “Me han sorprendido mucho los negros, son supertrabajadores y cariñosos”», *20minutos*, 27 de septiembre de 2016.

[73] «Las disculpas de Facebook por censurar la foto de “La niña del napalm”», *La Voz*, 13 de septiembre de 2016.

[74] «Más de 125.000 firmas piden la expulsión del sevillano Álvaro de Gran Hermano 17», *ABC*, 16 de septiembre de 2016.

[75] «Verónica: “Lucharé hasta que pague por ese comentario hacia mi hijo”», *Diario de Festejos*, 14 de septiembre de 2016.

[76] «Las prostitutas, contra la guía periodística de Carmena: “Llámennos putas”», *El Español*, 28 de septiembre de 2016.

[77] «O Colexio de Xornalistas pídelles a *El Mundo* que non utilice Guinzo de Limia, Pollo ou Las Nieves», *GaliciaConfidencial.com*, 29 de septiembre de 2016.

[78] «El Corte Inglés retira su polémico anuncio en el que equiparaba la familia a las uniones homosexuales», *Actual*, 1 de octubre de 2016.

[79] «“Adrián, vas a morir”, le dice una antitaurina al pequeño con cáncer», *El Mundo*, 9 de octubre de 2016.

[80] «El edil de Centro prohíbe volver a pinchar “¡Matarile al maricón!”», *ABC*, 10 de agosto de 2016.

[81] «El Ayuntamiento de Barcelona retira la estatua de Franco ante el Born tras ser derribada», *El Periódico de Catalunya*, 20 de octubre de 2016.

[82] «Los alumnos de la Autónoma acorralan a los 150 radicales del violento escrache a Felipe González», *ABC*, 21 de octubre de 2016.

[83] «Una inédita demanda judicial contra la libertad de prensa en España», editorial de *El Confidencial*, 15 de octubre de 2016.

[84] El artículo que desencadena la polémica es «No siempre limpia y da esplendor», *Zenda*, 3 de octubre de 2016.

[85] «Pedofilia, voyeurismo y asfixia: Amazon censura a la reina de la literatura erótica», *PlayGround*, 31 de octubre de 2016.

[86] «El vídeo más machista y grosero de Donald Trump sale a la luz», *La*

Vanguardia, 9 de octubre de 2016.

[87] «Filmin retira una multipremiada película con sexo entre menores por temor al nuevo Código Penal», *Eldiario.es*, 6 de noviembre de 2016.

[88] «La última propuesta del PP: censurar los memes»; la noticia-bulo empezó en *Diagonal*.

[89] «Comunicado sobre la denuncia a nuestro cartel de *Mongolia, el Musical 2.0* en Cartagena», *Mongolia*, 11 de noviembre de 2016.